



ROMANCE
FANTÁSTICO

A photograph of a man's muscular torso with various tattoos. On the left chest is a tattoo of a man's face with a crown. On the right chest is a tattoo of a woman's face. On the upper abdomen is a tattoo of a moth with a skull on its chest. On the right arm is a tattoo of a large rose. The background of the tattoos is a dark, textured surface with faint, mirrored text.

La Última MUSA

ELLE CATT

Table of Contents

[Créditos](#)

[Título](#)

[Newsletter](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[**Epílogo**](#)

[**¿Te ha gustado La última musa?**](#)

Primera edición septiembre 2021
Depósito legal septiembre 2021
© Cherry Publishing
71-75 Shelton Street, Covent Garden, Londres, UK.

ISBN 9781801161497

La última musa

Elle Catt

Cherry Publishing

Prólogo

Tras abrir la ventana, una sensación de libertad me invade. Siento un hormigueo por todo el cuerpo. Dejo momentáneamente que el frescor de la noche me acaricie el rostro. Joder, ¡qué bien se siente!

Con una mezcla entre excitación y temor, salgo por la ventana y me encuentro sobre el inmenso techo plano de la casa de mis padres. Joder, jamás había hecho esto.

Si mi madre supiera... Ella, que nunca me ha dejado salir, y todavía menos después de las diez de la noche... Le daría un ataque si me viera aquí.

Veo el descapotable de Robin aparcado frente a la valla y mi corazón se acelera. Dios mío, Robin está delante de mi casa. Robin. Ese por el que todas las chicas del instituto se pelean.

Bendigo secretamente a Stella por haberme invitado a salir con su pandilla esta noche. Aunque rompa todas las normas de la casa, sé que no me arrepentiré jamás de esta locura.

Ignorando los escalofríos que corren por mi piel, me escabullo discretamente por el techo y salto con agilidad sobre el muro de abajo. Al menos todos esos años de danza sirven para algo. Me encuentro rápidamente sobre el césped. Me doblo en dos para salir del patio sin dejarme ver.

Al llegar al coche, reajusto mi ropa para quitar las arrugas. Robin está frente a mí, apoyado contra la puerta del vehículo con los brazos cruzados. Me mira con aire malicioso. Es guapo. Magnífico. De hecho, tiene el cabello oscuro, la piel mate y ojos negros como el ébano. No me sorprende que todas las chicas se enamoren de él. Porque aparte de estar bueno, es inteligente y amable.

En un futuro será cirujano, como su padre y el mío. Tiene un futuro prometedor y una bonita carrera como destino.

Robin es el hijo de un colega de mi padre, el que ha cenado en casa y que yo he espiado toda la noche porque mi madre me ha prohibido salir de mi habitación. Es el tipo de hombre que ella alaba y que pasa todas las pruebas con éxito: una familia respetable y rica, un futuro bien planeado, una educación ejemplar... «Un hombre bien hecho», como dice ella. La perfección.

Creo que me gusta un poco. Cuando Stella me dijo de salir con su grupo de amigos, me prohibí negarme. Por culpa de Robin. (O gracias a él).

Y aquí, en este momento, por primera vez en mi vida, estoy desobedeciendo a mi madre. Peor, desobedezco la regla número uno: «no mentirás». Pero voy a cumplir dieciocho años, así que decido desafiar la prohibición. Esta noche, Robin me lleva a la fiesta de la música.

Noto las mariposas revolotear en mi estómago mientras me acerco a él. Veo que sus ojos se deslizan sobre mí y un destello de interés atraviesa sus ojos. Esta noche es excepcional, y he hecho un gran esfuerzo para arreglarme. Me he dejado el pelo suelto, me he maquillado ligeramente y me he puesto la única falda que es un poco más corta que todas las demás.

—Eh, Kataline, estás... muy guapa.

Me pongo roja en cuando su mirada desciende por mi cuerpo. Instintivamente cierro los

lados de mi chaleco mientras subo a su descapotable. Hay algo en sus ojos que me intriga, un resplandor sucinto de deseo mezclado con algo más que no logro identificar. Solo dura unos segundos, así que me distraigo con otra cosa.

Tras llegar al concierto privado de un grupo universitario de moda, nos encontramos con el resto de la pandilla, los amigos de Robin y Stella.

Este concierto es un momento mágico para mí, que nunca he salido. Es como un paréntesis en mi cotidianidad lúgubre y desprovista de fantasía. Ríe como nunca. Y me atrevo a beber un poco de cerveza. ¡Qué sensación más agradable la de sentirse como una chica normal! Tengo la sensación de tener por fin una vida. Una verdadera, con ese punto de locura que la hace maravillosa.

Cuando el concierto termina, mi voz está ronca de tanto reír y no tengo ganas de volver a casa. Me gustaría que esta noche no terminara jamás. Durante la actuación, Robin se ha acercado a mí. Incluso le he dejado que me cogiera de la mano. Y ahora quiero más. No sé por qué, pero tengo la sensación que debo aprovechar estos momentos como si fuera la última vez que pudiera divertirme.

Cuando unos de los amigos de Robin, Miguel, un chico de origen puertorriqueño, nos propone acompañarlo a una fiesta, no dudo ni un segundo. Si me pillan cuando vuelva a casa, sé que no me arrepentiré de haber aprovechado la noche al máximo.

—¿Seguro que quieres venir, Kataline? Porque te puedo llevar a casa, si quieres.

La mirada de Robin pasa rápidamente de Miguel a mí. Parece estar dividido entre el querer estar con su amigo y el deber de estar conmigo. No tengo ni la voluntad ni las ganas de ponerle fin a esta velada, así que le respondo con determinación:

—Vamos a por la prórroga. Me apetece divertirme esta noche.

Una sonrisa de complicidad con Miguel y nos vamos.

Nos encontramos en una megafiesta de fraternidad, donde el alcohol fluye libremente y las chicas bailan sobre las mesas. Jamás había visto a tanta gente joven divertirse (fuera de las películas que miro furtivamente en mi ordenador).

No sé hacia dónde dirigirme entre las parejas que se comen la boca, los que hacen juegos para beber y los que se divierten sobre la pista de baile, improvisada en pleno centro de la sala.

Miguel y Robin hablan mucho sobre su pasado. Aparentemente, Miguel acaba de volver del extranjero, así que supongo que tienen mucho que decirse. Escucho vagamente su conversación, aunque prefiero observar las escenas que se desarrollan bajo mi mirada. Quiero llenar mi memoria de imágenes de esta fiesta. Puede que sea la única a la que jamás asistiré. Hay una chica muy simpática que me atrapa de la mano y me hace bailar. Yo me dejo hacer. Nunca lo había hecho. Dejarme ir... Me hace bien.

Por unos instantes siento las miradas de Miguel y Robin puestas en mí y tengo la impresión de que hablan de mí. Como sensación, es algo nuevo. Yo, que paso los días inadvertida, llamo su atención y, en parte, me halaga que un chico como Robin se interese por mí. Me mira sutilmente cada vez con más frecuencia, hasta que atrapo su mirada y deja de disimular. ¿Podría ser que yo le gustara... un poco?

Aun así, me siento de todo menos sexi con mi falda plisada a media pantorrilla y mi blusa de manga corta. Nada que ver con los maniqués desvergonzados que desfilan bajo nuestras miradas desde el inicio de la noche. ¿Podría ser que mi lado bien educado le guste a Robin? Mi madre se pondría verde de hastío.

La noche avanza y los vasos vacíos se multiplican en nuestra mesa. Los miembros del grupo ya se han ido y me encuentro sola con Miguel y Robin, quienes, al parecer, se han comprometido a regar sus reencuentros. Acabo en el sofá, esperando a que el tiempo pase y mirando cómo acaban con sus bebidas una a una. Me empiezo a preguntar si serán capaces de llevarme a casa.

Tras un rato, empiezo a aburrirme, rechazando las bebidas que me van ofreciendo. La fiesta se resume finalmente a la droga, la música neurótica, al alcohol y al sexo. ¡Nada divertido! Acabo por pedirle a Robin que me lleve a casa. Con un vistazo a Miguel, acepta sin quejas. Naturalmente, Miguel nos sigue, y salimos de la fraternidad hacia la noche clara por la luna llena.

En el coche, nadie dice nada. Estoy decepcionada. Me hubiera imaginado otro final para esta salida, un momento romántico con Robin bajo la luz de la luna; quizás un beso. Pero ahí estoy, impaciente porque el coche aparque delante de mi casa.

Debería sentirme bien por volver a casa, pero, extrañamente, cuanto más conducimos, más incómoda me siento. Miguel está en el asiento trasero y Robin le lanza miradas regularmente a través del retrovisor. Un silencio mortal se adueña del habitáculo y siento que algo se trama. Me retuerzo en mi asiento, ansiosa por encontrarme en el ambiente familiar de mi vecindario.

Entiendo que las cosas van mal cuando Robin de repente gira a la derecha y aparca el vehículo en el borde de un bosque. Abro la puerta instintivamente y salgo precipitadamente. Sin prestar atención al terror que me revuelve el estómago, me alejo reculando, pero me detengo en seco cuando Robin sale y empieza a hablarme con una voz que no reconozco.

—¿Dónde vas, cariño? Ven aquí... No tengas miedo.

Tiene un brillo en su mirada que hace que se me hiele el cuerpo. Hay algo de demente que lo hace terrorífico. Miguel me lanza una sonrisa carnicera mientras se acerca. En este momento empiezo a entrar en pánico. En el fondo de mí sé lo que tienen intención de hacer. Me quieren hacer daño, pero soy incapaz de darme cuenta ni de moverme, o incluso llorar. Estoy completamente hipnotizada por la locura mortal que veo brillar en sus ojos oscuros.

No es hasta que Miguel abre la boca que vuelvo en mí.

—Te dejamos veinte segundos de ventaja, muñeca.

Quedo momentáneamente indecisa, como si mi cerebro no quisiera creer lo que está pasando.

—Vamos. El contador está en marcha. Uno...

Es como un clic. Sin gritar, con el miedo en el vientre, me doy la vuelta y huyo. Huyo tan lejos como mis piernas me dejan. Corro. Hasta perder el aliento. Sin saber adónde. Con la consternación de la presa que huye de su depredador.

Escucho la cuenta de los segundos y las risas diabólicas que me siguen a medida que me adentro en el bosque.

—Corre mientras puedas, cariño. La caza ha comenzado y nos encanta perseguir a nuestras presas... ¡Doce!

Continúo adentrándome en el bosque, sin preocuparme de las ramas que me cortan los brazos y las piernas. Sé que es mi única posibilidad de sobrevivir: alejarme lo máximo posible de esta voz diabólica que lleva la cuenta de mi indulto.

—¡Veinte!

Mi corazón se salta un latido y siento las lágrimas de despecho rodar por mis mejillas. Oigo ruidos detrás de mí. Pasos que se acercan. Intento alejarme lo máximo posible. Tras lo que me parece una eternidad, me encuentro delante de una cabaña, rezando por que esté habitada... ¡Qué error!

Llamo. Llamo con todas mis fuerzas a la puerta de madera para que alguien me abra y venga a ayudarme. Pero la cabaña está vacía. Tiemblo y empiezo a sollozar. El desespero me asalta como una mano invisible que agarra mi garganta y me sofoca.

No, esto no puede ser verdad...

Me congelo cuando una rama se rompe justo detrás de mí. Mi sangre se hiela en las venas. Lentamente, me doy la vuelta y me los encuentro de cara. Mis verdugos.

Jamás olvidaré sus sonrisas sádicas tras comprender que han ganado, que estoy a su merced y que me han ganado. Cuando Miguel habla, su voz está llena de odio:

—Sucia musa virgen, tan mojigata, tan inocente... ¿Piensas que te vamos a dejar intacta antes de venderte?

Robin ataca primero. Una fuerte patada en el estómago me dobla por la mitad. Sé que soy más débil que ellos. Que, ante su fuerza, yo no tengo ninguna posibilidad. Sin embargo, me defiendo. Como una loca. Logro rascarle la cara a Miguel de tal forma que tendrá una cicatriz para el resto de su miserable vida.

—¡Putá, pagarás por esto!

Y, de nuevo, tiene razón. Lo pago. Me persiguen por varios minutos. Me golpean por turnos por todo el cuerpo, sin parar. Los golpes me llueven de tal forma que soy incapaz de devolvérselos ni de esquivarlos. Siento que se me rompen las costillas cuando Miguel me patea en el tórax. Mi cuerpo no es más que dolor. Tengo hematomas y heridas por todas partes. Al final, el sufrimiento es tan intenso que estoy a punto de desvanecer.

Robin interviene, deteniendo mi calvario.

—Para, Miguel, se va a desmayar.

En este momento pienso inocentemente que ha terminado. Que han desahogado sus frustraciones conmigo y que ahora me dejarán tranquila.

De nuevo, otro error.

—Mierda, no es normal —dice Robin con voz jadeante—. Debería haber reaccionado.

Miguel me mira con desprecio.

—Sí, creo que tienes razón. Aunque no es tan grave. De todas formas, aprovechemos. No hemos hecho todo esto para nada.

No entiendo a qué se refiere. Lo único que veo son sus ojos inyectados en sangre y cómo su cara forma una expresión tan feroz que parece poseído. Se deshace de sus pantalones ante mi mirada aterrada.

—Vamos, Rob, sostenla.

Robin obedece y en este momento quiero morirme.

Miguel se pone encima de mí y comienza a besar mis labios ávidamente mientras Robin me agarra. Aprieto los dientes, pero me muerde hasta hacerme sangre y no puedo hacer otra cosa que permitirle el acceso. Su lengua invade mi boca con rudeza y me quedo sin fuerzas para luchar.

Después, arranca mi blusa y mi falda y me quedo en ropa interior, a su merced.

—Joder, si está buena... Jamás me habría imaginado que bajo su ropa de mierda encontraría tal tesoro.

Arranca mis bragas con un brillo demente en los ojos. Un sabor a bilis invade mi boca cuando comienza a entrar en mí. El dolor que he sentido cuando me han pegado no es nada en comparación al que ahora me retuerce el estómago.

Las lágrimas corren por mis mejillas mientras Miguel me roba lo más preciado que tengo. Mi pureza, mi inocencia. Me viola mientras Robin me mantiene en el suelo, disfrutando del

espectáculo con una sonrisa demoníaca.

Me siento humillada, dañada en lo más profundo de mi cuerpo y de mi alma. Sin embargo, mientras dura el calvario, me obligo a mirar a Miguel a través de las lágrimas. Quiero fijar su cara en mi memoria, sus ojos mientras me brutaliza de la manera más vil. Estas imágenes me perseguirán hasta el fin de mis días.

Cuando Miguel ya ha tenido suficiente de mí, se endereza sin siquiera mirarme. Ahí cruzo la mirada con la de Robin. Sé lo que quiere hacer y me duele. Me duele decir que había confiado en él, que estaba preparada para confiarle mi corazón, y de verlo traicionarme de la forma más despreciable.

Con una mirada fría, Miguel se acerca y extiende la mano para acariciar mi pecho sin apartar los ojos de mí.

Tiene una voz dulce que contrasta con la dureza de su mirada. Su mano recorre mi mejilla en un gesto casi tierno.

—¿Qué es lo que esperabas saliendo esta noche, Kataline? ¿De verdad pensabas que me interesabas? ¿Qué saldríamos juntos como los demás idiotas? Pero mírate... Con tu ropa de vieja, no eres nada. Si no hubiéramos tenido dudas sobre tu naturaleza, ni siquiera te habría mirado. Es una pena, porque en realidad estás buena. Quizás más que la mayoría de las musas que conocemos.

No entiendo a qué se refiere ni tengo fuerza para responderle, así que me contento con mirarlo con todo el odio que puedo darle.

Robin suelta una risita desdeñosa.

—Apuesto a que no entiendes lo que está pasando, ¿verdad? No pasa nada, son cosas fuera de nuestro control.

Miguel interviene y da un golpecito a la cabeza de su cómplice.

—Cállate, Robin, no es el momento de dar explicaciones. Tenemos que terminar el trabajo. No podemos arriesgarnos a que ella abra...

Sé lo que significa eso. No me dejarán salir de aquí sin terminar su sucio trabajo. Quizás acabarán por matarme. No se arriesgarán a que se lo cuente a la policía. Realmente, me da igual. De todas formas, no creo que pueda vivir después de lo que me han hecho.

Impasible, miro cómo Miguel saca un cuchillo de su chaqueta. Avanza hacia mí con una mirada mortífera. Respiro profundamente mientras su mano se levanta para atacar.

Pero en el momento en el que cierro los ojos esperando el golpe letal, suena un estruendo. Una sombra gigantesca aparece en el marco de la puerta. No sé lo que es, pero inmediatamente me siento en paz. Una ola de calor me acaricia suavemente y me da un alivio liberador.

Mis músculos se relajan y el dolor se desvanece. Me siento vacía de todas mis fuerzas, así que me dejo ir, y mi cuerpo finalmente se rinde. Justo antes de hundirme en la nada, escucho la voz de Miguel transformada por el miedo.

—Joder, mierda, un maldito...

Cuatro años más tarde

Si me hubieras dicho que una modificación del empleo del tiempo podría cambiar toda una vida, me habría reído en tu cara. Sin embargo...

Las 9:30. Toca ir a la siguiente clase. Recojo mis cosas y las meto en mi bolsa. Tengo que ir a la sala de trabajos prácticos, y está en la otra punta del edificio. Pfff. Si hubiera sabido que este año sería tan complicado, me lo habría pensado dos veces.

Me levanto demasiado rápido de la silla y se me cae la bolsa, que se vacía bajo las mesas.

«Oh, no, ¡no puede ser! ¡Ten cuidado, idiota!».

Me doblo en dos para reagrupar las hojas de dibujo mientras mi vecina de mesa se inclina para ayudarme. La chica tiene una pequeña sonrisa burlona con el don de irritarme, pero me abstengo de decirle nada; ya está bien que me ayude. Además, ha pasado mucho tiempo desde que no he despertado el miedo a ninguna chica de mi edad, así que me resigno.

—Kataline, ¿verdad?

—Kat, si no te importa.

La sequedad de mi voz le hace recular, y me arrepiento de mi exceso de humor. Maldita sea, lo voy a joder todo de nuevo.

Pero no puedo hacer nada, me horroriza que pronuncien mi nombre entero. Me recuerda demasiado a mis orígenes. Ya tengo un nombre un tanto particular, y si encima lo pronuncian entero, le da un aire pomposo que no soporto. La chica me pasa el resto de mis pertenencias con una sonrisa dudosa. Parece realmente simpática. Recojo mis croquis evitando su mirada.

—Gracias, eres muy amable.

—De nada.

No sé qué más añadir y, viendo mi vergüenza, me dirige un pequeño asentimiento de cabeza.

—Bueno, ¿hasta la semana que viene, entonces?

—Sí, claro.

Me precipito hacia la salida, pero en el momento en el que salgo del anfiteatro, ella me llama.

—Eh, Kat, el taller es hacia el otro lado.

¡Mierda!

Freno en seco y doy media vuelta mientras le dirijo un pequeño gesto de agradecimiento. Corro para llegar a tiempo a la siguiente clase.

Corro. Todavía y siempre. Tengo la impresión que es lo único que hago desde que entré en esta escuela de locos. Sin embargo, es mi culpa. Si no hubiera decidido seguir un doble grado este año, no estaría como estoy.

Y sí, lo sé, soy una loca. Me ha dado por hacer dos carreras completamente distintas. Esto llena mis días, no me deja reflexionar demasiado y, sobre todo, no me deja tiempo para ningún tipo de relación social. Y así, me divido entre mis dos pasiones: las ciencias y el arte.

De golpe he aumentado el número de horas lectivas un treinta por ciento. Eso, más el trabajo en casa para ponerme al día de las clases a las que no he podido asistir. Una locura. Y, como si no fuese suficiente, no me he integrado a esta nueva universidad a la que he entrado.

Hace más de seis semanas que estoy en esta universidad y estoy tan sobrecargada con mis

horarios que no he tenido tiempo de conocer a nadie. ¡Vaya cosas!

Me doy cuenta con amargura de que no conozco el nombre de la chica que me ha ayudado antes. Es patético. Sin embargo, cuando pienso en su rostro, me digo que podría ser una amiga. Hace mucho tiempo que no he tenido una amiga...

Entro precipitadamente al taller de diseño y me acerco al profesor, que se sienta frente a su escritorio.

—Buenos días, profesor. Soy Kataline du Verneuil. La señora Martin debe haberlo avisado de que me incorporaba hoy a su clase.

Me dirige una mirada vaga y me señala el fondo de la sala, sacudiendo la mano en el aire.

—Ah, sí. Bien, ¿a qué esperas? Instálate en algún sitio, ya hemos empezado.

«OK. ¡Gracias por la acogida, Don Cretino!».

La sala es grande, sin embargo, solo queda un sitio libre. Me instalo delante de una mesa de dibujo, evitando cruzar las miradas curiosas que siento sobre mí. Deslizo mis pertenencias bajo la mesa y me pongo rápidamente una bata de trabajo. El profesor ya ha dado sus explicaciones. Continúa el programa donde lo había dejado, como si yo no hubiera interrumpido su clase.

Dios, pero ¿qué me ha dado para agregar esta clase en plena mitad del semestre?

Don Cretino —ese será su apellido para el año— nos pide varias herramientas para el trabajo práctico. Tras servirme en el armario de los consumibles, vuelvo a mi sitio. Es entonces cuando me doy cuenta de que un chico ocupa la misma mesa que yo. No había contemplado hasta ahora. Me mira con media sonrisa, como si yo fuera el evento que vino a alegrarle el día. Avergonzada, bajo la vista.

—Hola.

Su voz ronca me hace saltar. Le lanzo una mirada de soslayo y veo su rostro agradable que me anima a contestarle, aunque yo no quiera hacerlo.

—Hola.

Sus ojos se fijan en mí con interés.

—¿No nos hemos visto por algún lado?

No respondo. Me escudriña intentado encontrar algo entre sus recuerdos. Después, su sonrisa se ensancha.

—Vale... Entonces, ¿eres nueva en esta clase?

Maldita sea, sigue insistiendo.

Muestro un ceño fruncido que espero que calme sus ardores.

—Es eso, eres nueva. Es por eso que todos te miran como si fueras un extraterrestre. ¿De dónde vienes?

Mierda. Me ha tocado el pesado. Suspiro. ¿Tengo la obligación de responderle?

«Kat, querida, has decidido integrarte en la sociedad... así que ¡responde!».

Mi pequeña conciencia me pone en orden y le saco la lengua interiormente antes de volverme hacia mi vecino.

—Columbia.

El chico parece impresionado e intrigado a la vez.

—Ah, he ahí el acento.

Imita la entonación de mi voz y me arranca una sonrisa muy a mi pesar. Efectivamente he pasado los últimos diez años de mi vida en Estados Unidos. Y aunque volví a Francia hace más de diez meses, conservo un ligero acento americano del que me resulta difícil separarme.

—¿Y qué ha hecho que dejes una de las mejores universidades del mundo para venir aquí?

Mi corazón se hunde y una sensación familiar de estrés me invade. Respiro lentamente para calmarme. Aunque me parezca simpático, me recito mis argumentos habituales como un autómata.

—He decidido retomar mis estudios en Arte. Y solo podía venir a esta universidad presentándome directamente a último año.

—Guau, impresionante. ¿Has conseguido convencer al jurado de selección?

Hago una mueca.

—Sí, bueno, no tengo ningún mérito puesto, salvo que ya había estudiado todas las asignaturas en mi anterior... universidad. Seguía el curso a distancia.

El profesor nos interrumpe.

—Eh, artistas, será mejor que os concentréis en vuestro trabajo en vez de parlotear como urracas. Thomas, pasa el programa.

Joder, ¡qué irritante es!

El Thomas en cuestión nos distribuye los sujetos a trabajar que debemos realizar en parejas y presentar al final de la clase. Para evitar la difícil decisión de escoger pareja, Don Cretino decide constituir las parejas tal y como nos hemos sentado en las mesas, lo que significa que me toca con... ¡Mierda! Ni siquiera sé su nombre.

—Maxime. Maxime Savelli.

Me tiende la mano y no puedo hacer otra cosa que agarrarla. Una mano bastante fina, pero con un agarre firme y seguro. Tiemblo cuando nuestros dedos se encuentran.

—Kataline du Verneuil. Kat, mejor.

Eleva una ceja, pero no hace ningún comentario. Me parece un chico bastante agradable. De normal, tras decir mi nombre, me acosan a preguntas y me catalogan en la clase de los «aristócratas idiotizados», lo que me hincha hasta el punto más alto. Y eso que no doy mi nombre y apellidos completos: Kataline Anastasia Suchet du Verneuil. ¡Nada de eso! ¿Quién puede soportar un nombre como este?

—Encantado, Kat. Me alegra ser tu compañero para el trabajo.

Hago una mueca. Pero de alguna forma, me siento aliviada. Podría haber sido peor. No me gustan los ejercicios en parejas. Con los eventos que han ido sucediendo a lo largo de mi vida últimamente, me he convertido en una loba solitaria, maestra del camuflaje entre la multitud. Por eso también elegí este curso. Al menos, cuando trabajo en el taller, nadie viene a molestarme. Y todavía más, soy una verdadera perfeccionista y trabajo duro. Me empleo a fondo en todo lo que hago. No tolero ningún error y tengo la molesta tendencia de exigir a los demás la misma calidad de trabajo que me impongo a mí misma. (Lo cual es imposible viendo mi grado de exigencia).

La propia idea de hacer un proyecto dividido me hace sudar. Espero que Maxime tenga un nivel suficiente que nos evite tener que quedarnos después de clase.

Y esta será mi primera prueba de sociabilidad.

Nos lanzamos a trabajar sin esperar más. Tenemos que hacer un cuadro a cuatro manos a partir de una carta postal. La nuestra representa un paisaje en la orilla del mar de un gusto terrible. Turno por turno, cada uno realiza sus ideas y nos encontramos con la agradable sorpresa de tener el mismo punto de vista. Nada de hacer realismo a partir de este horror. Nos vamos entonces lo abstracto. ¡Genial!

Tras poner sobre el papel mis últimos toques con el lápiz, espero pacientemente a que Maxime me muestre su croquis. Aprovecho para echarle el ojo disimuladamente. Es guapo. Con su pelo rubio en batalla, su piel mate y sus ojos claros. Una franca belleza refrescante.

«Pero ¿desde cuándo te interesas por el físico de los chicos, Kat?». Mi conciencia me devuelve al camino correcto. Desvío rápidamente la cabeza, con la sensación de haber sido pillada en el acto. Maxime me lanza una mirada por encima de su mesa de trabajo y me habla.

—Eres rápida, ¿eh?

Entrecierro los ojos ante el doble significado de sus palabras. ¿Habla de la tarea o de que me ha sorprendido echándole un ojo? Decido burlarme de él para esconder mi vergüenza.

—Sin embargo, no es tu caso.

—Efectivamente, prefiero tomarme mi tiempo. Me gusta estar seguro de que lo que hago está bien hecho.

Me provoca de forma voluntaria y debo reconocer que este pequeño juego me divierte. Y bien, para una persona que quiere ser asocial, es bastante agradable.

—Rápida. Eso no quiere decir laxista. A mí también me gustan las cosas bien hechas. Te aconsejo que no se te olvide.

Maxime se queda quieto por mi comentario. Me mira fijamente, sin palabras.

Mi audacia me sorprende a mí también. Es realmente raro que yo llegue a ser agradable. Sobre todo, con alguien del sexo opuesto. Y extrañamente, se siente bien encontrar esta forma de imprudencia que me ha faltado buena parte de mi existencia. Si mi madre me viera bromear con un chico que conozco desde hace una hora, se volvería loca. Mi corazón se tensa al pensarlo.

—¿Me dejas mirar?

Mi vecino de mesa me arranca el cuaderno para ver mi dibujo.

—Eh...

—No está nada mal... Dicho eso, aquí habría acentuado un poco más la línea.

Es la primera vez que alguien da alguna observación sobre mis elecciones artísticas. Entrecierro los ojos desafiándolo y agarro su bloc con escepticismo.

Pero examinando su croquis debo admitir que sus ideas son más que pertinentes. Tras varios intercambios de puntos de vista, terminamos por ponernos de acuerdo y lanzarnos a la pintura a cuatro manos que ha pedido el profesor. Y, evidentemente, en cuanto exponemos nuestra obra al resto de la clase, el profesor no puede hacer otra cosa que felicitarnos por nuestro trabajo.

—¿Veis? Esto es lo que espero de vosotros. La creatividad, el atrevimiento y una pizca de locura.

Nos acaba de insultar, ¿no?

Hago un gesto con los ojos a Max, quien se esconde para reír, mientras el profesor continúa.

—Bien, ahora a empezar, niños, si no queréis quedaros en el muelle de los perdedores. No hay demasiadas plazas en el próximo grupo y son caras. Tendremos que trabajar duro. Y hablando de eso, aquí tenéis los proyectos trimestrales.

Nos da un tema para trabajar durante las horas de trabajo autonómico. Y, como en la clase de hoy, deberá hacerse en parejas.

—Seguimos con los mismos equipos.

—Genial —dice Maxime mientras me guiña un ojo.

Vuelvo a observarlo. Es un chico realmente guapo con esa gran sonrisa que ilumina su rostro. Su mandíbula enfatiza su lado un tanto salvaje y al lado de su boca aparecen dos hoyuelos cuando sonrío. Su cabello corto, hábilmente despeinado, le da un aire de surfista.

¡Kelly Slater! Lo tengo. Se parece a Kelly Slater cuando ganó su primera copa mundial de surf en 1994.

No puedo dejar de sonreír pensando en cómo se pondría Kim si lo supiera. ¡Es superfan! En

todo caso, no se puede decir que se parezca alguno de los chicos que encontramos habitualmente en las clases de arte. Está lejos de parecer el artista bohemio que se deja ir. Más bien al contrario.

—¿Te preocupa algo, Kat?

Me sonrojo al haber sido pillada.

¡Mierda, ya son dos veces en menos de dos horas que me pilla en plena sesión de acoso!

—No, no, nada. Me preguntaba cómo nos organizaremos para hacer este proyecto. Porque entre las horas de trabajo autónomo yo tengo también las clases de química.

Se queda pensando por unos instantes mientras me mira con interés.

—Escucha, podemos hacer esto en otro momento. Tengo un rato libre el viernes a partir de las seis. Podríamos quedar para trabajar en la organización.

«Uy, uy. Más lento». ¡Esto implica muchas cosas!

«Joder, ¿en qué te has metido?».

Dudo. En realidad, el viernes por la tarde no me va demasiado bien. Comienzo a organizarme mientras pienso la forma de esquivarlo.

—Podemos discutirlo. ¿Tienes clases ahora?

—Sí, tengo que ir al anfiteatro.

Suena el timbre. Mierda, ¡llegaré tarde!

Me levanto mientras meto mis cosas en la bolsa.

—Si quieres, podemos encontrarnos para comer.

Hago una mueca mientras miro la salida. Pero el segundo timbre precipita mi decisión.

—De acuerdo, nos encontramos aquí a mediodía. Tengo una hora de pausa, y después tengo una clase de gestión de proyectos.

—Yo no tengo nada hasta las tres. ¿Hablaemos del viernes por la tarde?

Con un suspiro, acabo por ceder y decido desviarme de mi regla principal. ¡No me preguntéis por qué!

—Vale.

Y me pongo a correr por el pasillo sin darme la vuelta.

Víboras y He-Man

Nos encontramos como habíamos dicho al mediodía. Detecto una expresión de alivio en los ojos de Maxime cuando me ve acercarme.

—Genial...

Se queda ahí, incómodo, como un adolescente en su primera cita. Debería mandarlo a paseo para que no tenga esperanzas de nada, pero, extrañamente, me siento bien con él y no quiero hacerle daño. Es como si algo de su persona me calmara, pero no sé exactamente qué es.

—¿Quieres que vayamos a comer a algún sitio?

Su pregunta me saca de mis pensamientos. De todas formas, no tengo respuesta, así que...

—Sí, claro. Vayamos a comer.

En el momento en el que salimos del pasillo, un grupo de chicas sobreexcitadas se lanza encima de nosotros. El tipo de chicas que uno ve en las series americanas para adolescentes. La más alta y la más guapa se lanzan al cuello de Maxime con una familiaridad casi molesta.

—Eh, Max, cuánto tiempo, guapo.

Frunce el ceño y se queda inmóvil mientras que la alta lo envuelve como una liana. Es morena, con el pelo largo y liso y los ojos almendrados de color verde. Algunos dirían «ojos de gato». Sus tejanos parecen demasiado ajustados para ella y el escote es tan bajo que parece que sus pechos vayan a salirse a cada movimiento. Las dos chicas que la acompañan no van mucho mejor con sus minifaldas y sus tops de encaje. Eso sin tener en cuenta su maquillaje, que las hace parecer actrices porno. Si me atreviera, les preguntaría cómo lo han hecho para escapar de su burdel.

¡Qué desperdicio! Estoy segura de que no necesitan todos esos adornos para atraer miradas.

De todas formas, me pregunto qué hacen en esta universidad.

—Meg, por favor...

Las dos acólitas se ríen como pavas cuando la Meg en cuestión atrapa a Maxime por la nuca y le pasa la mano por el pelo.

—Vamos, no seas aguafiestas, Maxie, cariño. Definitivamente, nunca serás como tu hermano... Él es un chico, uno de verdad.

Repasa a Maxime con la mirada mientras le pasa la mano por el torso, como evaluando la mercancía. Su mueca de decepción es evidente. Sin embargo, no se puede decir que a Maxime le falte encanto. Bueno, con sus tejanos beis y su camisa blanca parece más un dandi que un dios del Olimpo. Pero hay algo en su actitud que resulta atractivo, una especie de aura reconfortante y benevolente que te da confianza inmediatamente.

«¡Pero escúchate, Kat!».

—Vale, me gusta mucho tu hermano, Max. Así que no soy objetiva. —A su agarre añade una sonrisa inequívoca.

La rubia interviene:

—Es verdad. ¿Quién puede ser capaz de resistirse a un tío así de guapo?

Y la pelirroja agrega:

—Está claro. Mégane tiene razón. Nadie lo puede superar. Rip... ¡en la cama es un verdadero

dios!

Se burla acariciándose el pecho. ¿Se cree que está en una escena porno o qué?

La morena, la que se llama Mégane, parece darse cuenta de mi presencia.

—Anda, ¿y esto? ¿Una nueva?

«Esto te dice muchas cosas, ¡petarda!».

Por una vez —que no cuenta como costumbre—, estoy en plena sintonía con mi conciencia.

Maxime se libera del agarre con un movimiento de hombros y me atrapa con su brazo, como poniéndome a cubierto.

—Déjalo estar, Meg.

Siento la mirada de animosidad de tres chicas que me repasan de la cabeza a los pies. Se diría que evalúan la competencia. Particularmente Mégane, que me escudriña con la ceja levantada, como si yo fuera su rival. Pero su rostro se detiene al ver mi falda larga y mi blusa abotonada hasta arriba.

Arruga la nariz y, juzgando sin duda de que yo no soy ningún riesgo, dirige su atención a sus amigas.

—Vamos, chicas, al final resulta que no es gran cosa.

Se me sube la mosca a la nariz, pero me culpo a mí misma. Aquí nadie me tiene miedo, puesto que intento evitar llamar la atención. Aprieto los labios.

—Por cierto, hazme un favor, Maxie, cariño. Dile a tu hermano que mantenemos lo del viernes.

Le guiña el ojo de forma maliciosa antes de dar media vuelta, seguida de sus acólitas.

En respuesta, Maxime levanta la mano con un gesto apenado. Tengo la impresión de que este intercambio le ha molestado tanto como a mí.

—Lo siento. Acabas de conocer a Mégane, Lucie y Cindy. Son... amigas de mi hermano.

—Me han parecido muy simpáticas estas chicas... ¡para ser víboras!

Imito el siseo de las serpientes.

—Sí, si hay que tener reptiles, prefiero tener cerca un saco o un cinturón.

Eso me hace reír.

—¿Rip es tu hermano?

—Sí.

Su tono es un poco amargo.

—Vaya nombre.

Se gira hacia mí y me examina casi asombrado antes de precisar:

—Es un apodo, de hecho.

»¿Tienes hambre? Conozco una buena cafetería a dos pasos de aquí.

Giro de ciento ochenta grados; cambia el tema y la actitud en menos de diez segundos. ¡Espero que no sea bipolar! No soporto los cambios de humor.

Maxime me mira, esperando una respuesta.

—Vamos, invito yo.

Bueno, vale.

—¡Como tú quieras, Maxie!

La cafetería es inmensa, pero está llena a esta hora. Nos cuesta encontrar una mesita alta y dos taburetes para degustar nuestros *wraps* vegetarianos.

—Eres muy amable por invitarme, Maxime, pero no me gusta estar en deuda. La próxima

vez invito yo.

Su sonrisa se ensancha. Le acabo de prometer una segunda comida, ¡qué idiota soy!

Durante toda la comida, Max intercambia apretones de manos y asentimientos de cabeza con todo el mundo. Qué locura. Este tío parece ser conocido como el lobo blanco.

Yo, en cambio, no conozco a nadie. Aparte de a él.

—Vaya, cualquiera diría que eres famoso. A tu lado debo parecer una salvaje.

Me sonrío con una mira de disculpa.

—Sí, famoso. Se podría decir eso.

—¿No te molesta? Porque, francamente, a mí me asustaría. A menos que...

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Déjame adivinar. Ya eres un artista de renombre mundial que viene en busca de nuevas ideas en las clases colectivas.

Estalla de risa.

—Estás muy lejos de la realidad.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué es lo que hace que todo el mundo quiera darte la mano?

—Bueno, digamos que soy parte de un grupo de personas bastante populares por aquí. Del tipo que atrae a las multitudes. Es por eso que me conocen: no porque sea brillante ni nada por el estilo, sino porque me he convertido en un «posible vínculo» con mi ilustre séquito. Lo que los acerca a mí es lo que buscan obtener.

»Pero volvamos a ti, ¿estuviste mucho tiempo en Estados Unidos?

—Más de ocho años. Mis padres se mudaron a Nueva York y yo terminé mi bachillerato en francés. Después hice una preparación y entré en Columbia.

La mirada de Maxime dice mucho de su admiración.

—Estoy absolutamente asombrado por las personas que deciden dejar sus raíces de la noche a la mañana.

—Oh, en cuanto a eso, estuvo planeado desde hacía mucho tiempo. Mi padre es profesor de medicina, especializado en patologías raras, y mi madre es profesora de música y canto. Un amigo de mi padre llevaba mucho tiempo diciéndole de venir. Finalmente lo convenció y ahora es investigador en la Universidad de Columbia.

—¡Joder, así de simple!

—Sí, así de simple.

Hablar de mi padre siempre se me ha hecho incómodo. No es que no esté orgullosa de él. Lejos de eso, es un hombre brillante, excelente en su campo. Es un investigador reputado, reconocido por sus compañeros y que ha salvado a muchos pacientes. Es prestigioso, admirable. Pero ahí termina el sueño, porque salvar vidas te quita la tuya.

El profesor Du Verneuil ha participado en numerosos trabajos de investigación que permiten mejorar las curas de ciertas patologías raras. Ha practicado cirugías muy delicadas que han hecho avanzar técnicas de operación y ciertos tratamientos y ha recibido numerosos honores por su trabajo. Y, sin embargo, ese éxito me ha pesado toda mi vida y me sigue pesando hoy en día. Porque mi padre ha estado ausente de mi vida un ochenta por ciento.

Sí, lo sé. Es egoísta. Pero es así.

Me acuerdo de que, por las noches, cuando era pequeña, luchaba por verlo llegar a casa. En vano. Cuando cruzaba la puerta de entrada, yo ya hacía rato que estaba dormida. Y los fines de semana era todavía peor. Había urgencias. Cada vez que organizábamos una salida, tenía que

anularla en el último minuto porque su busca no paraba de sonar.

Es simple: no me ha visto crecer.

Algunas veces adelantaba mi despertador una hora para verlo antes de irse al trabajo. Es triste llegar a ese punto.

Mi madre fue quien me crio. Su trabajo era mucho más flexible y tenía la libertad de organizar su tiempo. Virtuosa del piano y del canto lírico, daba clases particulares a artistas. En aquel momento, solo tenía clientes *amateurs* y tenía todo el tiempo del mundo para ocuparse de mi educación.

Eso es lo que hizo.

Mi educación... No era una tarea fácil, porque era una niña especialmente difícil. Tenía reacciones imprevisibles y crisis sin razón alguna. Ante la mínima contrariedad, podía tirarme al suelo y volverme incontrolable. Tenía una sensibilidad exacerbada y era muy difícil para mi madre canalizarme. Tengo pocos recuerdos de mi infancia, solo algunos *flashes* que vienen de vez en cuando a perturbar mi sueño.

La solución de mi madre fue la de cuadrarme. Y cuando digo cuadrar... Me dio una educación muy religiosa, hiperrestricta. Así que he sido criada con unos principios de antaño. Esto fue beneficioso por unos años, pero al llegar a la adolescencia, rápidamente me di cuenta de que mi madre me había encerrado en unos dogmas pasados de moda que acabó poniendo por encima de todo; mi felicidad y mi florecer incluidos.

Tanto como para decir que no conozco el amor maternal.

Le daba tanta importancia a mantenerme a raya que olvidaba que era una niña que necesitaba cariño de su madre.

La única libertad que me permitía era la de dejar hablar a mi inspiración a través de cualquier tipo de arte. Esa fue mi terapia. Cada vez que tenía una crisis, me encerraba en una habitación con pinceles o música. Pintar mis estados de ánimo, mis sueños, mis ansiedades, bailar hasta no poder respirar, cantar hasta quedarme sin voz. Todo eso me permitía canalizar mis emociones desbordadas. Mi madre cultivó ese lado artístico como si lo hubiera planificado. Al final, nada fue al azar.

Con ella, mi destino estaba trazado. Ella había imaginado una bonita línea recta, fina y sin defectos, que ella había diseñado con tradición y principios. Desafortunadamente, transformé la línea en un garabato gigantesco.

A veces ser humano es sorprendente, y todo eso que habías planeado, previsto y organizado puede tambalearse por una simple pulsión, un momento de desconcierto donde la locura supera la razón, o donde lo irreal se impone a lo real. Unos segundos pueden cambiar toda una vida.

Pensando en esto, siento un pinchazo en el corazón.

—Eh... Kat, ¿estás ahí?

Maxime me hace salir de mis pensamientos de un sobresalto.

—Te preguntaba que de qué parte eres. ¿De París o de las afueras?

Está sentado frente a mí y su interés por mi persona se lee en su rostro.

—París, en el distrito 18.

Levanta una ceja, asombrado. Es verdad que es un barrio bastante popular y caro... Siento la necesidad de justificarme. No me gusta que la gente se haga ideas erróneas sobre mí. Es por eso que suelo esconder el entorno acomodado del que vengo.

—Yo vivo con mi tía, ¿y tú?

—Yo en la casa de mi familia, en Vincennes.

¡Y yo que creía que me tomaría por una burguesa privilegiada!

—Yo vivo con mi hermano, Rosa y...

—¿Rosa?

—Nuestra empleada del hogar. Es como un miembro de la familia. Es adorable. Su tono está lleno de ternura, pero también detecto un poco de amargura.

—¿No hay padres?

Me arrepiento de mi falta de tacto, pero Maxime me responde sin la menor molestia.

—No hay padres.

Deduzco que él y su hermano son huérfanos. Es triste.

—Y tu hermano, ¿también estudia aquí?

Casi se ahoga.

—¿Rip?

Es en este momento cuando un chico inmenso nos interrumpe y le da un fuerte golpe en la espalda de Maxime, que suelta el bocadillo.

—¡Joder, Parker! Ten cuidado. Esta camisa es nueva.

Él se oscurece y, rápidamente, se limpia la salsa que le corre por los dedos. Pero el chico que le acaba de dar un manotazo en la espalda no se disculpa. Se instala a horcajadas sobre una silla y empieza a comer las patatas fritas como si no pasara nada, con una sonrisa en su rostro.

—Y bien, Max, ¿ligando?

Se gira hacia mí con una mueca burlesca. Me mantengo impassible mientras intenta justificarse.

—Quiero decir...

«Ya, sí. Qué majo».

Viendo que su comentario no ha hecho gracia, continúa:

—Sabía que te encontraría aquí, tío. Entonces, ¿quién es esta? ¿Tu nuevo objetivo?

El coloso me observa con glotonería, como si no hubiera visto una chica en toda su vida. ¡Qué vulgaridad! Este debe ser el típico tío al que le importa un comino la belleza de la chica siempre y cuando ella vaya a la cama sin cuestionar. ¡Qué asco! Es una pena, porque él es increíblemente guapo.

Joder, empiezo a creer que esta universidad está poblada de gente rica y guapa.

—Parker, te presento a Kat. Kat, este es Parker, el mejor amigo de mi hermano.

—Hola, muñeca.

El famoso Parker me tiende una mano arañada que me niego a apretar. Ni siquiera entiendo cómo Maxime se las arregla para no rechazarlo. Hiervo por dentro, pero mi buena educación me impide ponerlo en su sitio. Me contento con responderle con voz seca.

—Hola.

Se me queda mirando unos segundos con media sonrisa. Después devuelve su atención a Maxime.

—Interesante. ¿Sabes qué hace falta para la pequeña fiesta de Rip? Me dijo que me encargara de los suministros.

Maxime parece hastiado. Levanta la mirada al cielo antes de responder.

—Lo de siempre, supongo. Mientras traigas alcohol, todo debería ir bien. Tú conoces mejor que yo este tipo de eventos, haz lo que quieras.

—Hmm. Tienes razón. Es más, tengo una idea. Haremos temática mexicana, esta vez. Mezcal, tequila y, para las chicas, Desperados.

Levanto las cejas. Buen ejemplo de machismo. ¿Por qué una chica tiene que preferir una cerveza a alcohol más fuerte? Bueno, cabe decir que este Parker no parece un erudito. Con su «perfección» y su constitución se podría decir que es un *biker*, un género no demasiado listo.

¡Y aquí estoy, abusando de los estereotipos!

—¿Vienes con nosotros a ver el partido?

Maxime le dedica una mirada oscura.

—No, esta vez no. Tengo cosas que hacer el viernes.

Parker hace una mueca y me lanza una mirada evocadora. Ha entendido que las «cosas que hacer» me conciernen directamente.

—Ya, entiendo. Pero sabes que a Rip no le gustará eso.

Muerde una patata mirándome seductoramente con una sonrisa en los labios. Este tío está tan seguro de su poder de seducción que debe de pensar que todas las chicas van a caer desmayadas ante él. Si sigue así, acabaré por cortarle el rollo. ¡Y a la mierda los principios!

Pero antes de reaccionar, se gira de nuevo hacia Maxime.

—Vas a perderte algo, tío. Pero, bueno, si tienes mejores cosas que hacer... Fíjate que lo entiendo. Estoy igual de intrigado que tú. Y de hecho, eres libre de tomar tus propias decisiones.

Me guiña el ojo de una forma de lo más perversa.

—¿Y qué hay de tus elecciones, Parker?

Parker se congela medio segundo. Después su boca se estira en una sonrisa inmensa.

—Yo sé lo que hago, tío. Además, tu hermano me necesita.

Maxime hace una mueca.

—No, eso es falso. Rip no necesita a nadie.

—No te preocupes, estoy de broma.

Parker se levanta y desordena el pelo ya desordenado de Maxime.

—Venga, amigo, nos vemos este finde para la repetición. Y relájate. Todo irá bien.

Le dirige un golpecito amigable a la espalda antes de alejarse, no sin antes darme un beso lascivo desde lejos que me hace levantar las cejas.

Bueno, no he entendido nada del intercambio que acaba de producirse, pero lo que sí sé es que ese tío me parece horrible.

Sigo su silueta de *biker* mientras se une a un grupo de chicas sobreexcitadas por su llegada. Por Dios, ¡qué idiotas! Nada de mirarlas; me dan nauseas.

—Muy majo, este He-Man. Nos ha dejado su basura llena de aceite.

Agarro el recipiente de las patatas fritas con la punta de los dedos y lo meto en mi bolsa de papel con cara de asco.

Maxime se queda momentáneamente quieto y estalla de risa.

—¡He-Man! Le queda como un guante. Me lo apunto. Se lo diré la próxima vez que me venga borracho.

Su cara muestra entonces una especie de benevolencia que me sorprende, dado el intercambio que han tenido. Ante mi expresión perpleja, se siente con la necesidad de justificarse.

—Parker no es quien parece ser, ¿sabes? Es realmente majo y, de hecho, es un genio. Bueno, tengo que admitir que sus aficiones no son muy intelectuales y que sus amigos dejan que desear, pero...

—¿Hablas de tu hermano?

Ups, no tendría que haber dicho eso. Maxime frunce el ceño y se cierra como una ostra.

Decido cambiar el tema.

—Vale, dejémoslo estar. ¿Qué te parece si hablamos de nuestro proyecto?

El resto del día transcurre con normalidad. Mis clases me monopolizan y la tarde pasa a toda velocidad. Una vez la última sesión de Biología termina, me dirijo al metro. La estación no está muy lejos, y llego a tiempo para tomar el tren de las 19:10. Llegaré justo a tiempo de ver a Jess antes de que se vaya a trabajar.

Jessica es mi tía, la que me hospeda desde hace casi un año y con quien he atado lazos más fuertes que con mis propios padres. Y eso que antes solo me había cruzado con ella en algunas celebraciones familiares. Sin ella, hoy no estaría donde estoy.

Mis pensamientos me llevan un año atrás.

Desde mi vuelta a Francia, he estado al borde de la explosión. Ya no sabía ni dónde estaba ni qué hacía ni lo que quería hacer. Me volví paranoica y tenía la impresión de que todo el mundo sabía quién era y qué había hecho. Buscaba en la mirada de los demás el miedo que había dejado en los ojos de la gente de mi anterior vida. Era insostenible. Afortunadamente, Jess estuvo ahí para liberarme.

Desde siempre estuve atrapada en los grilletes educativos de mi madre, que se había tomado muy en serio acabar con mis impulsos. Su mejor arma de combate era su educación, estricta y dura. La danza, el canto y la pintura eran formas destinadas a canalizar mi lado oscuro. Ella combatía mi locura con una disciplina de hierro. Mientras tanto, yo luchaba contra mí misma.

Cuando pienso en ello, si no hubiera sucedido el evento que marcó mi vida, todavía estaría ahí, siguiendo el camino que mi madre tenía preparado para mí.

Un nudo crece en mi vientre a medida que los recuerdos vuelven a la superficie. Mi pulso se acelera y un calor maligno y familiar sube por mi pecho. Tengo que pensar en otra cosa; si no, terminaré por no poder controlar nada. El metro no es el mejor sitio en el que tener una crisis. Aplico los consejos de Ashley, mi terapeuta, y paso a paso consigo que me baje la angustia y que se retiren estos pensamientos insanos.

La llegada a mi parada es mi salvación. Me escabullo hacia la puerta y sigo la corriente ansiosa de viajeros, dejando la crisis detrás de mí. Tras haber cruzado dos calles, llego por fin al taller, aliviada de sentirme en casa.

—Kat, ¿eres tú?

Mi tía me interpela en el momento en el que me pongo las bailarinas.

—Sí, Jess, acabo de llegar.

Ella irrumpe en la entrada. Verla me arranca un suspiro de alivio. Es asombroso el efecto que tiene esta mujer en mí. Con su sola presencia, me siento tranquila. Sin embargo, su apariencia no es tranquilizadora.

Ella es lo que se podría llamar «una marginal».

Mi tía es tatuadora, y su cuerpo es testimonio de la pasión que siente por su arte. Tiene la piel cubierta por tatuajes de colores. ¡Una auténtica *suicide girl*! Y como no es suficiente con ser alta y estar buena, tiene una cara preciosa que le valió ser apreciada por varias agencias de moda. Puede presumir de haber salido en las portadas de varias revistas de tatuajes.

Su trabajo es reconocido entre el sector por su delicadeza incomparable. Tiene una clientela principalmente femenina, aunque también tiene como mejores clientes a personalidades masculinas del *show-business*. Bueno, algunos tíos vienen solo para mirarla, pero en general ella los manda amablemente a paseo.

Con las ganancias de las sesiones de fotos se gana bien la vida. Igualmente ha conseguido

pagar su *loft* en su barrio favorito sin tener que tocar el patrimonio familiar. Vive a dos pasos de su estudio, el Ink'Ladies.

Jess se acerca y me rodea con los brazos.

—¿Cómo vas, preciosa? —Sin esperar mi respuesta, sigue—: Tengo prisa. Lo siento, no voy a poder hablar contigo, cariño. Kiss Love viene a ver su diseño esta noche, y no quiero llegar tarde. Ya te contaré qué tal va.

Mi corazón se hunde en la aprensión. La veo activarse y ponerse la chaqueta de cuero a toda prisa. Parece una estrella del *rock*, con sus tejanos ajustados y negros, su corsé y sus botas con tachuelas. Le gusta especialmente este estilo, que acentúa aún más su lado de chica mala. Y, aun así, ella es como la crema, suave y dulce como no lo es nadie.

—¿Estarás bien? —me pregunta, con la mano ya en el pomo de la puerta.

Así es ella. Sabe que no tiene alternativa, pero se siente mal por dejarme sola.

—No te preocupes, me las apañaré. Ya soy mayorcita.

Suelta la puerta y vuelve hacia mí para encerrarme de nuevo entre sus brazos.

—Tienes mi número, ¿sí?

—Sí, sí. Vete, o llegarás tarde.

—No volveré muy tarde, lo prometo.

Me manda un beso con la mano y sale precipitadamente de casa. Sé perfectamente que, cuando ella atraviese la puerta, yo ya estaré profundamente dormida.

Una vez la puerta está cerrada con llave, me adentro al *loft* con paso silencioso. El enorme salón que hace las veces de oficina me parece exageradamente grande para una sola persona. La decoración de este atelier rehabilitado se parece a su propietaria. Todo es de metal y madera, y está lleno de obras de arte. Parece una galería. Y, aunque la belleza del sitio es innegable, yo prefiero la intimidad de mi pequeña sala privada.

Jessica me tiene reservado todo un espacio en la primera planta. Una habitación, un vestidor, un baño con ducha y un salón dotado de una pequeña cocina. No podría pedir más. Es la solución ideal que nos permite cohabitar sin entrometernos en nuestras respectivas vidas; aunque la mayor parte del tiempo cenamos juntas. Menos el miércoles, como hoy, ya que Jess tiene sesiones nocturnas en el estudio.

Sinvergüenza, el *maine coon* de Jessica, viene a frotarse contra mis piernas entre ronroneos. Me acompaña hasta mi planta.

Después de haber leído mis apuntes del día, haber hecho mi informe sobre el puntillismo y revisado mis próximas tareas de Química, me doy una ducha rápida. Me pongo una camiseta sin mangas, un pantalón de chándal viejo y mis calcetines mullidos. Me encanta esta ropa, me hace sentir muy a gusto.

Lanzo una mirada al reloj: son las 22:45. Jess no volverá hasta al menos dentro de dos horas, así que decido acomodarme en el sofá. Con un plato lleno de bocaditos, me instalo cómodamente sobre los cojines.

Así es mi vida tras instalarme en casa de Jess. Largas noches a solas delante de la tele, la pantalla del ordenador o mi cuaderno de dibujo. Puede parecer triste, pero es ideal para mí. Tengo la necesidad de reconstruirme antes de volver a afrontar el mundo.

Paso el resto de la noche envuelta en una manta mientras me río sola con *Ally McBeal*.

Cuando la puerta de entrada se abre, me despierto en un sobresalto, todavía en la misma posición.

Primera fiesta

Es viernes. El timbre estridente de mi despertador me lacera los tímpanos. Tengo que cambiar el sonido. Es inhumano despertarse con este escándalo. Sobre todo cuando uno se ha pasado la noche intentando dormir. Debe de ser por la perspectiva de pasar la noche con Maxime lo que me ha impedido conciliar el sueño. Tengo la impresión de que solo he cerrado los ojos; tengo la cabeza nublada. El día de hoy promete ser largo.

Me levanto penosamente y me arrastro hasta el baño. ¡Caramba, genial! Mi reflejo en el espejo da miedo. Tengo unos círculos tan grandes alrededor de los ojos que cualquiera diría que soy un panda. Me meto en la ducha quejándome y esperando que el agua fría obre un milagro.

Cuando bajo a la cocina de la planta baja, siento un nudo en el estómago. Jess ya está preparando las tortitas. Me detengo un momento para olfatear el buen aroma.

Hmm. Finalmente mi nudo se transforma en antojo.

Mi tía se gira hacia mí y permanece en suspenso, con la paella en la mano. Sus ojos pasan de mi cabeza a mis pies y su boca se redondea en un «oh» mudo.

—¡Por Dios, cariño! Pero ¿qué es esto?

¡Ligero aire de pánico! Doy un repaso rápido a mi ropa nueva, comprada en línea y recibida ayer. Mi falda larga y suelta cae perfectamente hasta los tobillos y mi blusa blanca está perfectamente abotonada hasta arriba. No veo dónde está el problema.

—¿Qué?

—¡Cualquiera diría que eres la doble de Marie Ingalls!

Me muerdo el labio, irritada. Mis ojos pasan de su conjunto de camiseta de The Doors y sus *minishorts* a mi *look* que parece haber salido de otro tiempo. Es evidente que hay un pequeño problema. Es como si nos hubiéramos intercambiado los roles. Yo soy la vieja mientras que mi tía es la sobrina joven y guapa. Jess apenas ha dormido unas horas y está fresca como una rosa en primavera. Es injusto. ¡La vida es una gran injusticia!

Jess suelta la sartén humeante y se acerca a mí.

—Ven conmigo.

Me mete la camisa por dentro de la falda y me desabrocha los primeros botones, hasta mostrar mi top de licra. Después, recula para mirar el resultado. No me atrevo a moverme, estoy poco acostumbrada a que me arreglen de esta forma.

—Sí, falta algo. Espera aquí.

¡Como si fuera a desaparecer de un golpe de varita!

Jessica vuelve treinta segundos más tarde y me rodea la cintura con un cinturón de cuero negro.

—Ah, así está mucho mejor.

Toquetea mi pelo y lo ata en un moño flojo. Yo me dejo hacer. El corazón me palpita mientras mi tía me examina el rostro con ojo experto.

—¡Deberías pensar en maquillarte un poquito! Pareces enferma. Y con estas gafas no podemos ver tus preciosos ojos.

Suspiro mientras continúa su inspección.

—Escucha, Jess, sé que adoras rodearte de los bailarines de *burlesque* del barrio, pero no veo por qué debería parecerme a ellos.

—Tienes las pestañas superlargas y un color de ojos magnífico. Estoy segura de que con un poco de rímel, sombra de ojos y un poco de brillo en los labios estarías para morirte. Podría pedirle a Elisa que venga a darte unos consejos.

—No, no... Fuera de cuestión. Tendría la sensación de ir disfrazada.

Me escudriña con aire pensativo.

—Bueno, tampoco pasaría nada. ¿Sabes que nos atrevemos a hacer más cosas cuando vamos maquilladas? ¿No has ido nunca a una fiesta de disfraces?

¿Yo, a una fiesta de disfraces? ¡Está de broma! La única fiesta a la que he ido terminó en película de terror.

Niego con la cabeza, lo que la hace suspirar más fuerte.

—Dios mío, ¡acabaré por creer que mi hermana quería hacer de ti una monja!

Me río. No sabe lo que dice. Cuando ve todo lo que diferencia a mi madre de mi tía, me pregunto si realmente son medio hermanas. Cabe decir que la diferencia de edad influye. Se llevan dieciocho años, lo que hace que yo solo tenga diez años menos que mi tía. Mi madre y su hermana proceden de un linaje noble eslavo por parte de padre. Mi abuela materna también venía de una familia burguesa adinerada. Pero la madre de Jess era una simple modista, mucho más joven que su marido, una mujer modesta que un día se enamoró de uno de sus clientes, fanático de los sombreros. Es precisamente por eso que mi madre no ha visitado mucho a su medio hermana.

Cuanto más me codeo con ella, más me doy cuenta de que soy mucho más cercana a Jess y sus ideas marginales que a mi madre y su rigidez.

Decido cambiar de tema.

—Y bien, ¿qué le pareció el diseño a Kiss?

Sus ojos destellan de excitación.

—Le ha encantado. Francamente, Kat, deberías pensar seriamente en mi propuesta. Tus ideas son muy originales y tu golpe de lápiz haría palidecer de envidia a muchos de mis colegas. Estoy segura de que causarías un buen revuelo en el sector.

Un soplo de orgullo me invade. Me alegra saber que mi trabajo ha gustado a la cliente de Jess, y sobre todo que ella misma lo haya apreciado.

Ocho meses atrás no me hubiera imaginado que podría hacer esto. Fue Jess quien me motivó a intentar este tipo de arte. Fue así, de la nada, un día que yo estaba en su estudio de tatuaje.

Tenía por costumbre estar en la recepción del estudio tres tardes por semana y los fines de semana. Era el trato que le propuse cuando ella se negó a que le pagara un alquiler.

Ese miércoles, Jess estaba acabando de diseñar un pez koi para el bajista de un grupo de *rock*. Verla liada en su mesa de dibujo pintando, difuminando los colores y reelaborando los detalles me fascinó.

Lo ilustraba a mano alzada, reproduciendo perfectamente la imagen que salía de su imaginación. Fue increíble. Las sombras de los colores hacían brillar las escamas de la carpa como cuando la imaginamos cerca de la superficie del agua.

Viendo mi interés por su obra, Jess me dio un bloc y algunos lápices.

—¿Te apetece hacer uno? Con tu talento no debería ser muy complicado...

Me quedé inmóvil un momento, pero debo admitir que la idea me interesó. Jess me propuso

hacer una prueba con un motivo gótico para una de sus clientas.

Nunca me había planteado dibujar o pintar bajo pedido. Y menos para alguien extraño. Todo lo que hacía salía directamente de mi cabeza. Nunca por obligación, nunca porque alguien me lo pidiese; simplemente era lo que salía de mí. Y ahí tenía que pintar para otra persona. Eso era nuevo.

Al principio me sentí un poco estúpida delante de la hoja en blanco. No sabía qué hacer, y la idea de un tatuaje de ese género no me inspiraba nada. Comencé a diseñar algunas características con un lápiz negro, pero nada trascendente. Entonces, viendo mis dudas, Jess me dio un consejo: «Métete en la piel de tu cliente e imagina lo que te gustaría si estuvieras en su lugar». Miré algunas fotos de la clienta en cuestión, una bonita cantante de pelo negro azabache y mechas blancas. Después, cerré los ojos e imaginé a esa chica en pleno concierto. Fue como una revelación. Me lancé y tracé el motivo que me hubiera gustado ver sobre mi piel si yo fuera ella. Un cuervo sobre unos pequeños cráneos.

Me daba mucha vergüenza enseñárselo a Jess, pero cuando vi su reacción me sentí más orgullosa que nunca.

—¡Lo sabía, Kat! ¡Es magnífico!

Insistió en mostrárselo a su clienta, que lo escogió entre otras tres propuestas. Desde entonces, aparte de estar en la recepción, diseño algunos tatuajes para algunos clientes.

Eso ha sido una especie de terapia. Al principio mis obras eran muy oscuras, con cosas mórbidas y espeluznantes. No hacía otra cosa. Y eso iba bien teniendo en cuenta la clientela de Jess. Debo decir que todavía me parece gracioso saber que muchos *bikers* y otros «chicos malos» llevan mis diseños en su piel.

Poco a poco he ido teniendo más confianza, y mis diseños han evolucionado hacia cosas más sobrias; aunque en el gore es donde muestro todo mi potencial.

Con Jess nos complementamos bien, porque tenemos estilos completamente diferentes. Ella es más barroca, con detalles de encaje, y yo soy más *trash*. Saber que hay gente a la que le gusta lo que hago es suficiente recompensa para mí. Si vieran las pintas de quien diseñó su tatuaje...

Echo un vistazo a mi reloj.

—¡Uy! Llegaré tarde.

Me levanto precipitadamente y me pongo la bolsa sobre el hombro. Cojo una torta caliente y, al momento de dar la vuelta, Jess me interpela:

—¿Vienes al estudio esta tarde?

Mierda, me he olvidado de decirle que no estaré allí. Es una situación tan banal que ni siquiera creo que sea de verdad. ¿Mi vida será al fin normal?

—Lo siento, te voy a defraudar esta tarde, Jess. Tengo que hacer un trabajo, y Maxime me ha propuesto de trabajar en su casa.

Este año, con el trabajo que tengo, espero poder seguir ofreciendo mis servicios a Jess. Mi tía levanta una ceja de interrogación y espera a que le dé más información.

—Va conmigo a clase, y tenemos juntos un proyecto trimestral.

—Ah... Bien, genial. Me alegra que por fin hayas conocido a alguien de tu promoción.

—Sí, es un chico simpático. Bueno, me voy. No me esperes.

—Tómate tu tiempo, cariño.

Al cerrar la puerta, me la imagino perfectamente con una sonrisa iluminando su rostro.

El día pasa sin que me cruce con Maxime. El viernes siempre es un día muy cargado para mí,

y no tengo más que media hora para comer. Las clases se encadenan sin darme tiempo siquiera de encontrarlas.

No es hasta que salgo de mi aula, después de mediodía, que lo veo discutiendo con un grupo de chicos. Hago una mueca. No es lo mío acoplarme..., sobre todo cuando no conozco ni a la mitad de la gente.

Joder, ¡qué mierda! No me acordé de pedirle la dirección para esta tarde.

Dudo. Me apresuro a dar media vuelta cuando Maxime se gira repentinamente y me aborda:

—¡Eh, Kat!

Con el corazón a mil, dibujo una sonrisa. Murmuro un breve saludo mientras mis mejillas delatan mi vergüenza. De todas formas, avanzo hacia él. Tengo que hablarle si quiero encontrarme con él esta tarde para hacer el trabajo. Levanto la cabeza, reprendiéndome internamente.

—¿El plan de hoy sigue en marcha?

Siento sobre mí las intensas miradas de los chicos que lo acompañan. Sobre todo la del tipo mediano, con un rostro angulado y unos ojos penetrantes. Tiene el físico de un modelo también, con el pelo largo y negro como el ébano. Aun así, tiene un aire antipático que, a mis ojos, le quita una buena parte de su carisma.

Max mete las manos en los bolsillos.

—¡Claro! ¿Hay algún problema?

El tipo antipático levanta una ceja interrogativa en dirección a Maxime. Cualquiera diría que no le gusta la idea. Le lanzo una mirada oscura.

«Pero ¿en qué me estoy metiendo?».

Maxime no parece ver su reacción y espera a que le responda.

—Eh... Sí. No... Es decir, no me has dado la dirección.

—Ah, es verdad. Apúntame tu número y te la mando en un mensaje.

Le cojo el teléfono que me tiende y añado mi número en sus contactos. Mis manos tiemblan ligeramente mientras mis dedos bailan sobre el teclado.

Joder, es la primera vez que doy mi número a alguien.

—¿A qué hora?

—¿A las 20:30 te va bien?

—Me va perf...

—Max, ¿piensas presentarnos?

El tipo antipático me corta sin el menor escrúpulo.

Maxime eleva los ojos hasta el cielo. Se diría que le molesta casi tanto como a mí que el tío se entrometa de esta forma.

—Kataline, este es Royce. Royce, Kataline, una chica de mi clase con quien...

—Encantado, Kataline —vuelve a interrumpir.

Pero ¿qué problema tiene este idiota? ¿Quién se cree que es? Me dan ganas de ponerlo en su sitio, pero me abstengo, como siempre.

—Kat, solo Kat.

Me tiende la mano con una sonrisa. La tomo muy a mi pesar. Tiene la piel fría. ¡No me sorprende! Royce me repasa de la cabeza a los pies y me incomoda.

—Me alegra conocerte, Kat. ¿Estarás de fiesta esta noche?

Es Maxime quien responde en mi lugar.

—No, Royce. Viene a mi casa para trabajar. Tenemos cosas que hacer, proyectos en los que

trabajar y eso. Ya sabes, ¡lo normal!

Oh, ¿Max es sarcástico? Me gusta. Y viendo la cara que pone el tío, veo que da en el blanco.

—Eres muy previsible, mi pobre Maxime. Pero, bueno, lo entiendo. Seguramente valdrá la pena... Probablemente nos veamos esta noche, Kat.

No me acaba de gustar el tono con el que pronuncia mi nombre.

—Sí, sin dudas.

—Hasta luego, Fly.

Se da la vuelta, dejando ver el inicio de un tatuaje en su nuca. Se aleja, seguido por los demás, que parecen seguirlo como perritos.

—¿Fly?

—Sí, es el apodo que el imbécil de mi hermano y sus colegas me pusieron para cabrearme.

Uf, percibo cierto rencor en su tono de voz. Aunque puedo entender que no le guste que lo traten así. Había una especie de desprecio en la mirada de Royce que a mí también me ha molestado mucho.

—Déjalo estar, Kat, no valen la pena. Bueno, ¿entonces a las 20:30?

Su rostro retoma su habitual expresión alegre. Ciertamente lo prefiero así.

¡No! ¿Pero qué digo?

Sacudo la cabeza para evitar que mi pequeña voz interior se ría de mí.

—Eh... Sí, sí. No hay problema. Iré hacia esa hora. Hasta luego.

Le hago un pequeño gesto con la mano y me alejo con el corazón a tope.

A las 19:45 por fin estoy lista para salir. He comido algo a toda prisa y me he puesto una nueva falda plisada que me llega a los tobillos, un chaleco largo que esconde mi forma y los *derbis* para el camino. Tengo que hacer una media hora en metro y un cuarto de hora caminando para llegar a casa de Maxime. Por curiosidad —y también para evitar perderme—, he buscado su dirección en Google Earth. No he visto más que una gran entrada y un techo inmenso. Eso no me ha ayudado.

Estoy nerviosa. Hace mucho que no he ido a casa de nadie. Y todavía menos a casa de un chico de mi edad. Tengo que calmarme. No es una cita, y aunque no conozco demasiado a Maxime, me inspira confianza.

¿Y desde cuando confías tú en los hombres?

Doy una patada a mi pequeña voz para callarla. No va a empezar a insinuarme nada a mi humor. Hace meses que intento convencerme de que no todo el mundo es tremendamente malo, así que no vendrá ahora a fastidiarlo todo. Además, es solo una quedada para un trabajo. Y no estaremos solos, ¿no?

Entonces, ¿por qué mi corazón se acelera?

Lanzo un vistazo al espejo de la entrada y decido hacerme un moño desenfadado. Mi pelo es largo hasta la cintura. Es tan fino que me cuesta mantenerlo en la goma de pelo. El color, de un castaño medio con algunos reflejos rojizos, hace que mis ojos resalten.

Mis ojos... El orgullo de mi madre. Este color improbable entre el verde y el color miel con un punto oscuro al lado de cada pupila parecido a un lunar. Es la marca de fábrica de las raíces eslavas de la familia. El contraste con el círculo marrón que envuelve mi iris es muy extraño. Mi tía dice que son ojos de gato.

Ella ha heredado los ojos negros de su madre. Se irrita cuando ve que los escondo detrás de unas gafas de pasta gruesa. Yo creo que está bien así. No vale la pena resaltar cuando lo que se

busca es difuminarse entre la gente.

Es hora de irme. Cojo mi bolsa de mensajero y salgo en dirección al metro.

Un viernes por la noche ajetreado.

Una vez estoy en la calle que Maxime me ha indicado, releo dos veces el mensaje para asegurarme de que no me he equivocado. He aterrizado en una avenida llena de propiedades inmensas cada una más lujosa que la anterior.

Madre mía, veo que sus padres son buenos en lo suyo... ¡Solo falta que esté escrito «sujeto al impuesto de grandes fortunas» en cada muro!

Llego a la entrada negra que he identificado en internet. Vive aquí. Con un suspiro de ánimo, llamo al timbre. Casi al momento, la voz de Maxime suena en el interfono.

—¡Eres tú, Kat! ¡Qué bien que hayas venido!

¿Lo dudaba?

El portal se abre bajo un pequeño ruido y descubro maravillada una magnífica mansión que se alza orgullosa en el centro de un parque ajardinado. De repente me siento muy pequeña.

Subo las escaleras hasta llegar a una gran puerta de hierro forjado. Maxime sale precipitadamente. Tiene una sonrisa igual a la de un niño ante sus regalos de Navidad.

—Ven, entra.

Nos adentramos en un recibidor gigante. Mientras me ayuda a quitarme el abrigo, aprovecho para admirar el lugar. Esta vez es seguro: es millonario. Esta barraca tiene que valer una fortuna. Está decorada con gusto, en un estilo que se acerca a la modernidad y la tradición. Una suntuosa mezcla.

—Ven, es por aquí.

Tengo la impresión de que Maxime tiene prisa para empezar el trabajo. No tiene pinta de que me vaya a enseñar la casa. ¡Qué pena! Me dirige hacia una gigantesca escalera de mármol negro.

—Mi habitación está arriba.

Llegamos a una gran antesala convertida en salón que da acceso a unas diez habitaciones. Maxime me dirige a la del fondo a la izquierda.

Cuando abre la puerta, no puedo evitar silbar mientras admiro el lugar. Una habitación... Más bien un apartamento. La inmensa habitación a la que hemos entrado está provista de un escritorio, un sofá y una televisión 4K.

Reprimo un nuevo silbido.

—¿Tu habitación? Pero no tienes cama.

Maxime parece avergonzado.

—Está en la habitación de al lado.

—¿Con baño privado, imagino?

Me río de él, pero no parece ofenderse. Asiente con una mueca.

—Sí.

—No tienes que avergonzarte, Max. Está bien.

Sonríe.

—Ven, nos instalaremos aquí. ¿Quieres beber algo?

Abre una pequeña nevera que no había visto, al lado del sofá.

—No, gracias. Tenemos trabajo. Beberemos después, cuando celebremos el fin del proyecto.

—Adicta al trabajo, ¿eh?

Es su turno burlarse de mí. Le dirijo una pequeña sonrisa y saco mis blocs de mi bolsa.

Ya han pasado tres horas desde que hemos empezado a trabajar; no nos hemos dado cuenta

del tiempo. La sesión que debía ser la fase cero de nuestro proyecto, la que nos permitiría elaborar un plan de acciones, un calendario de trabajo y el escenario de organización ha acabado convertida en una verdadera reunión de trabajo. Literalmente nos hemos dejado llevar por nuestra pasión compartida por el arte.

No es hasta que el alboroto invade la planta baja que nos damos cuenta de la hora.

—Mierda, ¿ya? ¿Qué hora es?

Maxime de repente parece contrariado. Se levanta nervioso y seca sus manos en su pantalón, como si las tuviera mojadas.

Echo un vistazo a mi reloj.

—Oh, vaya, es casi medianoche. Joder, he perdido el último tren.

Maxime recoge apurado mis cosas. Parece completamente en pánico. Intento calmarlo.

—Déjalo estar, ya he perdido el tren, no vale la pena apresurarse.

Pasa la mano por su pelo sin responderme. Pero ¿qué le pasa?

—Eh, ¡no pasa nada!

Maxime se detiene y me mira como si tomara consciencia de mi presencia. El ruido de abajo se amplifica y pronto una música *punk-rock* resuena por toda la casa.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Ven, te llevo a casa.

Me levanto y me pongo rápidamente el abrigo con la extraña sensación de que va a suceder algo. La inquietud evidente de Max acaba por ganarme. Decido formular la pregunta que no he osado poner hasta el momento.

—¿Qué pasa?

—Mi hermano —se queja Max con una voz llena de amargura.

Coge una chaqueta y me toma la mano para hacerme salir. La antesala está invadida. No, es toda la casa la que está repleta de jóvenes que gritan para hacerse oír por encima de la música. Tengo la impresión de haber caído en mitad de una fiesta de estudiantes. En menos de cinco minutos, han ocupado todos los rincones de la primera planta.

Y, aparentemente, es una fiesta más *trash* que de ir arreglado. Hay punkis por todas partes: tatuados, con *piercings*, con crestas de colores o con cortes de pelo extraños como la chica de pelo teñido al estilo arcoíris y con los pelos más cortos de un lado que del otro. Tengo la impresión de haber ido a la época de los Sex Pistols. Algunos se mueven al ritmo de un *rock* salvaje que suena a través de un altavoz gigante que no había visto al entrar. Otros se apelotonan en los rincones oscuros, fuera de cualquier mirada. Percibo algunas botellas de alcohol que caen y un fuerte olor a cannabis invade el espacio.

Arrugo la nariz cuando veo a un chico con la cabeza rapada que se traga el gusano que hay en las botellas de Mezcal.

¡Puaj! Es asqueroso.

Cruzamos el pasillo. Tengo la impresión de que todo el mundo nos mira. Al final, en medio de toda esta gente extraña estoy yo, la marginada. Siento las miradas sobre mí y hundo la cabeza entre los hombros para intentar pasar desapercibida. Un sentimiento bien conocido me invade. Me encuentro años atrás, en cierta fiesta que jamás olvidaré.

Me esfuerzo por seguir a Maxime por las escaleras, bloqueando así mi hilo de pensamientos.

Llegados a la planta baja, mi acompañante me hace cruzar la casa hasta una vidriera que hace la función de sala de estar. Los sillones y los sofás de diseño están colocados alrededor de una barra en forma de cilindro luminoso. Todo está en tonos blancos, negros y gris perla.

Es una locura, casi parece una discoteca. El contraste entre el estilo de música y los

ocupantes de las habitaciones es sorprendente.

Maxime me coloca detrás de sí y avanza discretamente, como si quisiera escapar de la atención de los demás. Nos enfilamos hacia los sillones cuando alguien nos interpela en una esquina de la habitación, donde la música no se escucha tan fuerte.

—¡Eh, Max! ¡No me digas que has logrado traerte una chica a casa!

Maxime se detiene y suelta un suspiro.

Reconozco inmediatamente la voz de Parker, el bello coloso de pelo rubio y perfecto. Está desparramado en el sofá, con una chica en cada brazo y, extrañamente, no me sorprende lo más mínimo. En fin, será mejor llamarlas «muñecas» para hablar de estas dos *Barbies* excesivamente maquilladas que llevan unos atuendos más que dudosos hechos de cuero y encaje. Una de ellas se ha propuesto romper el récord de chupetones, por lo que veo. Está literalmente colgando del cuello de Parker. En cuanto a la otra, está ataviada con una pelambreira azul turquesa. Me lanza una mirada condescendiente mientras acaricia con una mano el muslo de su vecino.

Mis ojos se cruzan con los del coloso. Inmediatamente se endereza, empujando a la rubia chupasangre, que me dedica una mirada desagradable.

—¡Eh, pero si es nuestra nueva amiga Kat! Esto es interesante...

La rubia me repasa de arriba abajo. Una sonrisa burlona estira su boca.

—Pero ¿dónde has pescado a esta? ¿Has visto su ropa?

Su acompañante añade:

—¡La hostia! Pero ¿qué es esa falda y esos *derbis* pasados de moda? Mi pobre niña, tengo que darte un consejo: ¡deja de robarle la ropa a tu abuela!

«¡No necesito ningún consejo tuyo, idiota!».

Bien jugado, consciencia. Bueno, ya van dos veces que me sueltan el mismo comentario hoy. Y no es nada agradable.

Aprieto los labios para que mis palabras no salgan. No es el momento de dejarme ir y montar un escándalo. Me concentro en mi respiración para enfriar mi cabeza. No es necesario que deje libre mi cólera. He pasado más de dos años mejorando mi conducta, ¡no voy a arruinarlo todo por dos pobres idiotas!

Parker continúa repasándome sin vergüenza, con un brillo casi vicioso en sus ojos. ¡Qué locura! Tiene a dos tías buenas medio desnudas en la palma de su mano y no ha podido evitar mirar a la única chica que parece un saco insípido, escondida en su falda eternamente larga. ¡Debe de ser un fetichista de las faldas largas o algo!

«A menos que solo sea para molestar a Maxime...»

Las dos chicas continúan riéndose de mí sin parar y yo aprieto los dientes para retener las palabras que amenazan con salir de mi boca.

Maxime me tira de la mano.

—Ven, Kat. Nos vamos antes de que esto degenera.

No sé si habla de mí o de él.

Me tira del brazo para conducirme más lejos, pero, extrañamente, no llego a moverme. Siento un escalofrío. La misma sensación que cuando te sientes observado. Giro la cabeza hacia el fondo de la sala y lo veo.

Ese que me observa.

Está al acecho en la sombra. No distingo su silueta, apoyada con descuido contra el muro. Un tejano negro, unas botas de cuero, una camiseta con un logo... Nada más. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y entre el juego de sombras y luces no logro ver su rostro. Aun así,

siento la presión de su mirada, como si su aura me invadiera entera.

—No has venido esta noche.

Mi corazón se salta un latido.

¡Dios mío, esa voz! Un timbre grave, ligeramente roto. Tengo escalofríos por todo el cuerpo. Maxime retira su mano de la mía, como si se hubiese quemado. La mete despreocupadamente en el bolsillo. La tensión aumenta y la atmósfera de la estancia se enfría. Todo el mundo está atento a lo que viene a continuación.

—Tenía cosas que hacer. Lo siento.

El hecho de que se disculpe evidencia su vergüenza. Cualquiera diría que se siente culpable de algo.

—¿Con ella? —pregunta la voz.

Hay cierto desprecio en su tono. Aparentemente, parece imposible que Maxime haya pasado tiempo conmigo. ¡Genial!

El hecho de que el desconocido hable como si yo no estuviera ahí me exaspera.

Levanto una ceja interrogativa. Siento la extraña necesidad de ponerlo en su sitio delante de todo el mundo. Hago una mueca y me acerco a Maxime.

—Me decepcionas, Maxime. Sueles tener mejor gusto.

Maxime sacude la cabeza.

—Estábamos trabajando. Simplemente no hemos visto la hora.

Parece que esté soñando. ¿Es de mí de quien hablan? Ya no es solo el tío en la sombra que me deja claro que no soy de su gusto, sino que encima Maxime parece avergonzado de haber sido visto en mi compañía.

—Si tienes ganas de perder el tiempo con tías insípidas, es cosa tuya, Fly. Pero esta noche tenías que estar aquí. Sabías que no podías esquivarlo... Y esta tía no es excusa.

¡Alucino! Me acaba de llamar «tía insípida», ¿no? Me recoloco las gafas sobre la nariz enfadada. La sangre me sube a la cabeza a medida que la cólera se propaga a lo largo de mi espina dorsal. Las palabras silban a través de mis dientes apretados sin que las pueda detener:

—¿Y tú? Apuesto a que prefieres pasar el rato con tías sin cerebro. Así no se dan cuenta de lo gilipollas que eres.

De repente, me muerdo el labio, arrepintiéndome de haberme dejado llevar. Pero ¿por quién me toma, joder?

La sensación aumenta cuando Maxime gira sorprendido la cabeza en mi dirección. Rezo en silencio para que solo me haya escuchado él, pero no tengo tiempo de verificarlo porque el gilipollas al que acabo de insultar se acerca a mí a paso lento pero determinado. La sala se congela y las cabezas se giran hacia nosotros. Escucho a alguien soltar un pequeño silbido.

Mi corazón para de latir cuando me doy cuenta de que acabo de olvidarme de los dos años de terapia.

Un cabello negro recortado en una especie de cresta despeinada, con un rostro anguloso, una mandíbula fuerte y unos ojos sorprendentes, magníficos, de un gris claro, casi translúcido, que contrastan con el color de su extraña pelambrera, me atraviesan entera.

A medida que se acerca, percibo un *piercing* que se balancea sobre su ceja y otro que decora la esquina de su labio inferior. Su boca es simplemente magnífica.

Instintivamente mis ojos siguen sus tatuajes, que van desde sus nudillos hasta sus antebrazos, antes de perderse por las mangas de su camiseta.

Cuando se sitúa delante de mí, me doy cuenta de que su rostro tiene marcas de golpes. Tiene

el labio superior partido, un corte en la frente y un feo hematoma en el pómulo. Viendo su piel hinchada, esas lesiones deben de ser recientes. A mi parecer, a este tío acaban de darle una paliza.

Mis ojos se cruzan con los suyos, fríos y desdeñosos. No puedo evitar temblar ante su mirada de hielo. Todo en él desprende peligro. Como si se paseara con una pancarta en la que estuviera escrito «Te voy a destruir». Mi sexto sentido me pide que me aleje de este tipo, pero soy incapaz de moverme.

Todo el mundo está en silencio, como si esperaran una escena.

El desconocido se acerca más y más a mí y parece tener toda la intención de matarme. Un músculo se contrae maliciosamente en su mejilla mientras parece evaluarme como lo haría con un adversario. Levanta bruscamente una ceja. Después, frunce el ceño, como si algo lo hubiera sorprendido. Bajo los ojos, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo.

—¿Qué has dicho, Derbis?

Siento su aliento caliente en mi rostro y no me atrevo a levantar a cabeza. Mi estómago se tensa cuando su perfume invade mis fosas nasales. Huele a almizcle, a cuero y a cigarro. Un cóctel embriagador de una sensualidad irresistible.

Con esfuerzo, levanto los ojos hacia él. A pesar de mi metro setenta, debo tirar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Me quedo mirando el *piercing* de su boca como una idiota mientras me imagino qué se sentiría al pasar la lengua por ahí.

«¡No! ¿Estás loca o qué, Kat?».

Sacudo la cabeza mientras aprieto mi bolsa sobre el pecho para protegerme de su proximidad perturbadora. No es propio de mí tener pensamientos así ni sentirme tan vulnerable. Sintiendo mi malestar, Maxime viene a mi socorro.

—Déjalo estar, tío.

Le pone una mano en la espalda como para calmarlo, pero el desconocido sigue mirándome sin prestar atención a Maxime. Entrecierra los ojos, como si buscara leerme pero algo se lo impidiera.

—Y se llama Kataline.

Oh, no... «Kat. Solo Kat».

El tío se acerca un poco más, hasta rozar mi mejilla. Inspira profundamente.

¿Estoy soñando o me está oliendo?

Retengo la respiración, como si esperara un veredicto que no llega. Tras de unos segundos que me parecen una eternidad siento su aliento en mi cuello cuando me susurra:

—Kataline.

Repito mi nombre con su voz rasposa y suena como música erótica en mis oídos. Mi estómago se tensa y maldigo internamente a mi cuerpo por reaccionar tan violentamente. ¡Qué traidor!

El desconocido se endereza y sus ojos se detienen en mis labios, que muerdo para evitar que tiemblen. La esquina de su boca se levanta en una sonrisa burlona. Y con ella, se gira hacia Maxime y deja de prestarme atención.

La atmósfera se relaja de golpe y las conversaciones siguen con normalidad, inundando la habitación de un alboroto tranquilizador.

Pff... ¡Pobre tipo!

La cólera hierve en mi interior. Estoy segura de que sabe perfectamente el efecto que provoca en la población femenina y juega con eso. Me odio a mí misma por estar tan receptiva a su

encanto de matón sexi.

—Interesante, Max, realmente interesante.

Pero ¿qué tienen que decir todos?

Maxime suelta un suspiro, como si estuviera aliviado y cambia de tema.

—Sí, hará falta hablarlo. Pero joder, Rip, te has pasado esta noche.

«Rip... Así que es él».

—No te preocupes por eso, no es nada. Pero la próxima vez que me des plantón, te iré a buscar yo mismo. Podría haber acabado mal esta noche...

Max no parece intimidado, solo parece lamentarlo.

—Lo prometo, vendré la próxima vez... ¿Cómo ha ido?

Rip atrapa una cerveza, le quita el tapón con los dientes y se la da a su hermano mientras le dedica una sonrisa carnicera.

—¿Tú qué crees?

En ese momento, Parker se pone de pie, levanta su lata apartando a la rubia, que sigue enredada en su cuello como una sanguijuela.

—¡Cincuenta y tres, tío! ¡Ha necesitado un minuto y cincuenta y tres segundos!

Maxime ensancha los ojos soltando un pequeño silbido de admiración. Atrapa la cerveza y la choca con la de su hermano. Su comportamiento ha dado un giro de ciento ochenta grados. Ahora parece contento.

—¡Sí, tío! ¡Eres genial! ¡Estaba seguro de que lo ibas a hacer! ¡Royce debe de estar feliz!

En el momento en el que pronuncia su nombre, el Royce en cuestión entra en la habitación y salta sobre el sofá más cercano con una flexibilidad casi sobrenatural.

—¡Sep! Ha estado bien, Rip. ¡Vuelve a hacerlo la próxima vez y te prometo que te besaremos los pies!

Coge una lata de cerveza y la vacía de una vez. Una chica morena se une a él y le atrapa el cuello para morderle el lóbulo de la oreja. Tengo la sensación de estar en una película mala de serie B donde todos los actores son guapos y nadan entre lujos. ¿Es una manía suya lo de exhibirse así en público?

Parker se ríe.

—Apuesto a que preferiría que nos las follásemos, ¿verdad, Rip? No estarías en contra de una noche tórrida con tías buenas, ¿no?

Levanto la vista al cielo. No me sorprendería que lo negara...

—¿A ti qué te parece?

Con una sonrisa devastadora, Rip se desliza en un sillón de terciopelo. Lanza una mirada hacia mí y sus ojos se estrechan. Me repasa con aire extraño, como si buscara leerme. Tiemblo ante su frialdad y redirijo mi atención a mis manos, todavía agarradas a mi bolsa. Me enrabio internamente. Es la segunda vez que me hace bajar la mirada en menos de diez minutos.

—Mira, hablando de bombas.

Una mezcla desagradable de pachulí y vainilla invade la atmósfera en el momento en que tres chicas hacen su entrada.

¿Por qué no me sorprende ver a Mégane y sus dos *minions* cruzar la habitación?

Seguras de ellas mismas, avanzan hacia la alcoba moviendo escandalosamente las nalgas. Con sus *minishorts* y sus tops de tirantes se diría que son *strippers* salidas de un video de Booba. Los ojos de Mégane brillan en cuanto ve a Rip sentado en el sillón.

Sin ningún pudor, se instala a horcajadas sobre sus muslos y le atrapa la nuca para deslizar su

lengua en su boca. ¡Directa!

Me atraganto con solo mirarlos. Y lo peor es que Rip le devuelve el beso con pasión, ignorando a todas las personas que los miran sin vergüenza. Como si estuvieran solos en el mundo, agarra las nalgas de Mégane y la coloca violentamente sobre su entrepierna. Sus dedos se hunden en su carne cuando él la mantiene sobre sí mismo en una posesividad manifiesta. La morena gime y se retuerce sobre él.

Se me seca la garganta y mis labios se abren sin que yo quiera.

«Este tío es...»

La voz de Lucie me sobresalta:

—Una bomba sexual.

Se acerca a mí, pone su índice sobre mi mentón para cerrarme la boca y me susurra en la oreja.

—Deja de babear. Este tío no es para ti, bonita.

Enrojezco, avergonzada de haber sido pillada en un delito de voyerismo. Pero rápidamente me doy cuenta de que no soy la única que los observa.

—Eh, Rip, déjalo para más tarde... Conseguirás que se me ponga dura si sigues.

La observación de Parker hace reír a todo el mundo. Yo ahogo un hipido, conmocionada. Rip aparta dulcemente a Mégane, que acaba por separar su boca con un suspiro de frustración. Se aleja un poco y pasa sus brazos alrededor del cuello de su novio, sin bajar las rodillas.

—Lo has hecho de nuevo, cariño. ¡Tenemos que celebrarlo!

Tan pronto como pronuncia esas palabras, Royce saca un fajo de billetes del bolsillo de su chaqueta y lo agita en la nariz de su novia, quien lo mira de reojo.

—Sí, ¿por qué no vamos a White? Invito yo.

Tan pronto como lo dice...Todas las personas presentes en la habitación se levantan al unísono mientras Parker habla a través del megáfono.

—¡Apagad todo! ¡Nos piramos!

Las protestas se elevan y todos acaban saliendo a una de la misma forma en la que entraron.

Bueno, evidentemente la pequeña invitación de Royce no era para todo el mundo. En todo caso, no era para mí, que soy insignificante para este tipo de personas.

Por sorprendente que parezca, al momento de salir me dedica un pequeño gesto con la cabeza.

—Imagino que vosotros dos no venís, ¿no?

Maxime deja su cerveza intacta sobre una mesita y me sobresalto cuando me coge la mano.

—No, no. Tengo que llevar a Kat a su casa.

Sofía ríe.

—Oh, no. ¿Te has saltado el toque de queda, cariño?

—De todas formas, con esa ropa no la dejarían ni entrar.

Lanzo una mirada asesina a Lucie. ¿Se dividen por turnos para vacilarme o qué? Rip agarra a Mégane por la cintura y la levanta como a una pluma para colocarla sobre el apoyabrazos de la silla. Él se levanta, agarra su chaqueta motera y se dirige a la salida con Mégane pisándole los talones.

No consigo apartar la mirada de su cuerpo atlético. Avanza con un movimiento felino, como un depredador, y puedo distinguir fácilmente sus músculos contraerse bajo la camiseta en el momento en el que se pone la chaqueta. Siento que mis mejillas se sonrojan y un dulce calor se expande en mi vientre. En el momento que pasa cerca de nosotros, Rip se detiene y se inclina

hacia mí.

—Dulces sueños, Derbis.

Me dedica una sonrisa ladina para hacerme entender que ha visto que lo estaba mirando. Está claro que se ríe de mí. Mégane estalla de risa y es la última cosa que escucho antes de que el silencio reine en la mansión.

Me encuentro nuevamente sola con Maxime, que ha recuperado su expresión avergonzada. Parece un perro apaleado.

Me doy cuenta de que no me he movido desde que he entrado en esta habitación. Debe de hacer media hora que estoy de ahí pie, con mi bolsa aplastada contra el pecho.

En realidad, no me sorprende que los demás se hayan reído de mí. Parezco una mojigata así de quieta.

Siento la cólera aumentar a medida que repaso lo que acaba de suceder. Rip me ha dado un nuevo apodo que no soporto. Bueno, más que un apodo es una forma de burlarse de mí. ¡Como si no tuviera suficientes formas ya! Aprieto los puños.

Es el tío más arrogante y antipático con el que jamás me haya cruzado. Y el primero que consigue sacarme de mis casillas después de...

—Lo siento, Kat. Son...

El pobre Maxime no sabe qué más hacer para disculparse. Viendo su molestia, mi enfado disminuye un poco. No quiero que se sienta culpable por esta gilipollez. Tomo aire profundamente y saco una sonrisa falsa de mis labios, tal y como sé hacerlas.

—No es nada. Olvídalo. ¿Nos vamos?

Una chica sexi

Optamos por el bareto de la esquina, el Wizz, nombre que rinde homenaje a la canción de Serge Gainsbourg, *Comic Strip*. Es donde se reúnen los artistas y, a esta hora, hay ya muchos músicos, pintores y escultores de todo tipo. Nos las arreglamos para encontrar una mesa alta con tres taburetes al fondo de la sala.

Me gusta mucho este bar. La decoración es completamente surrealista. Los muros están cubiertos de bocetos coloridos en los que los clientes han aportado su grano de inspiración. Jess dibujó una magnífica calavera mexicana justo encima de la barra.

Los muebles son hechos de objetos restaurados y todo está desparejado. Suena música *rock* de fondo y hay un pequeño escenario que permite a pequeños grupos tocar de vez en cuando. Aquí, como en muchos sitios, mi apariencia desentona, pero extrañamente me siento a gusto. Nadie me juzga. Los artistas son los marginados, así que imagino que ellos piensan que mi apariencia y yo también lo somos.

—Bueno, soy yo quien invita, chicas —dice Kris, sentándose.

—Más te vale —responde Jess—. ¡Lo has propuesto tú!

¡Siempre discutiendo estos dos! Pero por una vez Kris no responde y cierra la carta que estaba examinando.

—Yo tomaré un Delirium. ¿A vosotras qué os apetece?

—Un Celtika para mí —responde Jess.

—Una Coca-Cola Zero para mí.

Kris y Jessica levantan la mirada al cielo al mismo tiempo.

—Joder, cariño, estamos aquí para celebrar mi tatuaje... Es alcohol o nada.

Habitualmente bebo un refresco o agua, pero ante la mirada de Kris siento la necesidad de contentarlo. Al final, he sido yo quien ha dibujado el tatuaje, ¿no?

—OK, pero tenéis que ayudarme. No conozco nada que tenga alcohol.

—Tómame una birra afrutada —me aconseja Jess—. Es menos amarga y te pasará mejor.

Bajo los ojos hacia la carta y descubro una con melocotón que no parece ser demasiado horrible.

—¿Una Pêche Mel Bush? —dijo dubitativa.

Kris y Jess intercambian una mirada de entendimiento.

—¡Voy a por tu Mel Bush, preciosa!

Kris se levanta para pedir las bebidas en la barra. Aprovecho su ausencia para preguntar a mi tía.

—Entonces, ¿dónde se lo has tatuado?

Me dirige una sonrisa coqueta.

—Ah... Eres una cotilla. En la ingle. No está mal, ¿eh?

Pone su mentón sobre sus manos y continúa, con un brillo en los ojos.

—Me ha dicho que tu *pin-up* se me parece. Qué mono, ¿no?

Lo sé porque he sido yo quien lo ha diseñado y que, efectivamente, me he imaginado a mi tía

mientras dibujaba su rostro. En todo caso, su sonrisa dice mucho sobre su manera de tomarse el cumplido de Kris.

—¿Y es el parecido lo que te gusta o el hecho de que se lo has grabado cerca de su... cosa?

Jess sonríe felizmente.

—No lo sé. Un poco de las dos, probablemente.

Me lo imaginaba. Realmente está enamorada de él.

Kris vuelve con las manos cargadas de bebidas. Cojo la mía, que golpea brevemente la de Kris.

—¡Salud, rompecorazones!

Bebemos y tomo un sorbo del líquido agridulce. Hmm, no está tan mal.

Voy por mi tercera botella y me siento un poco alegre. Maldita sea, creo que no he hecho bien. El lado afrutado de la bebida me ha hecho olvidar que contiene alcohol. Me lo he bebido como si fuera zumo, y ahora estoy viendo venir la segunda ola.

Me río por nada. Y verme reír como una idiota hace reír a mis acompañantes. ¡Qué listos!

—Francamente, Jess, no es razonable. Deberías haberme dicho que esta cerveza tiene más de ocho grados... No tolero el alcohol. —Me río.

—¡Eso es lo que mola, Kat! Al menos por una vez te sueltas un poco. El único riesgo es el posible dolor de cabeza por la resaca de mañana. Pero qué más da, es fin de semana, ¿no?

¡Sí, es verdad!

Mi sonrisa idiota se desvanece en cuanto la puerta del bar se abre.

Rip entra en la sala, seguido de Parker y Royce.

Todavía está más bueno como en mi recuerdo; con su pelo negro expertamente despeinado y sus ojos casi transparentes. Me resulta difícil apartar los ojos de él.

Mi sangre se hiela y me hundo en mi taburete, forzándome a ocultar la cabeza entre las manos.

Dios mío, espero que no me vean... Me arriesgo a echarles un ojo. Demasiado tarde. Parker ya señala nuestra mesa y se dirige hacia nosotros a paso decidido, seguido por Royce. Joder, pero ¿por qué vienen hacia nosotros? A su llegada, Jess y Kris se levantan a la vez. Parker atrapa a mi tía por la espalda.

—Eh, Jess, ¿cómo vas, muñeca?

Ups, me he perdido. ¿Conoce a mi tía?

—¡Ey, chicos! Me alegra veros.

Ahí sí que alucino del todo. Bajo la cabeza todavía más, escondiéndome detrás de mi cerveza, esperando que no se den cuenta de mi presencia. Afortunadamente, Jess y Kris me esconden de los recién llegados.

Royce abraza a mi tía como si fueran viejos amigos.

—Jess, preciosa, hace mucho que no nos vemos.

Rip aparece entonces desde detrás de su colega e intercambia una mirada con Kris.

—¡Hola, hermano! Me alegra verte.

Su voz ronca me da escalofríos.

—Hola, colega. ¿Cuándo vendrás a hacerme una visita al estudio?

Jessica interviene.

—Chst, no respondas, Rip, y ven a darme un abrazo, tío.

Ella lo atrapa por el cuello y se estrujan con cariño. Rip lanza una mirada divertida a Kris.

—¡Sabes muy bien que soy fiel! Cuando estoy satisfecho, no tengo razón para cambiar. Jess se hincha de orgullo.

—Exacto. Y en este caso, Rip es *mi* cliente y está *muy* satisfecho. Además, para tu próximo proyecto...

En ese momento, Parker se pone de puntillas y mira por detrás de los hombros de Kris.

—¿Derbis?

Oh, mierda. «¡Noooo!».

Me encantaría deslizarme por debajo de la mesa y desaparecer. Por desgracia es imposible. Debo enfrentarme a la mirada medio sorprendida medio vacilona de Rip.

Retomando su tono alegre, mi tía pasa un brazo por mis espaldas.

—He aquí a Kat, mi pequeña genio del lápiz.

Las caras de Parker, Rip y Royce muestran claramente su incredulidad.

—¡No! ¿¡En serio!?

El comentario de Rip me pone sobria de golpe y la cólera me sube como un cohete en el momento de su lanzamiento. Odio a este tipo y todavía más ahora que viene a invadir mi zona de confort que he ido construyendo lentamente.

Le dirijo la mirada más asesina que puedo darle, pero tiene el don de hacerlo sonreír. Se cruza de brazos y me dirige un rictus con la boca que me hace perder los papeles.

—Me alegro de verte a ti también —dice con su voz ronca.

Parker estalla de risa.

—Joder, Derbis, ¿tú aquí? Pero en serio, ¿te has perdido?

¿Qué pasa, no tengo derecho a ir a tomar una cerveza?

Me molesta este tipo de pensamiento. ¿No me conocen y se permiten juzgarme?

Bueno, objetivamente, viéndome con mi falda hasta las rodillas, mi chaleco de lana y acompañada de dos tatuadores tatuados puede parecer más que raro. Pero esa no es razón para reírse de mí. Delante de mi tía, encima.

Frunzo los labios para calmar mis ganas de gritarles. Pero con la ayuda del alcohol, las palabras salen de mi boca sin que pueda controlarlas.

—Y tú, Parker, ¿sigues siendo igual de gilipollas?

Maldita sea, no tengo por costumbre ser grosera abiertamente. En general guardo mi lengua para mi fuero interno.

Jess abre los ojos y Kris suelta un pequeño silbido.

—Ah... ¡La has hecho buena!

El guapo de Parker frunce el ceño, pero no responde. Rip se sienta sobre el taburete de Kris y se gira hacia mi tía.

—Entonces, ¿cuál es tu plan, Jess?

Mierda. No tiene intención de instalarse aquí para hablar, ¿no?

—Vienes al estudio, te muestro un croquis y, si te gusta, podemos empezar a trabajarlo dentro de una semana.

Rip parece reflexionar, pero en lugar de responder a Jess, pone el brazo sobre la mesa y se inclina hacia mí.

—¿Y si fuera tu genio la que me mostrara lo que ella quiere?

Jess mueve los pies, como si estuviera incómoda. ¿Tiene miedo de que le haga perder el cliente?

Kris se adelanta con el torso abombado y responde en lugar de mi tía:

—Explícale a Kat lo que quieres y ella te lo hará. Tiene un don para esto.

Rip levanta una ceja y responde a Kris sin dejar de escudriñarme con su sonrisa satánica:

—¿Estás seguro que hará *todo* lo que yo quiera?

No me gusta para nada el doble sentido de sus palabras. Me contengo para no mandarlo a paseo.

—Te aseguro que lo que hace es genial—interviene Kris—. Si no, jamás hubiera aceptado que me diseñara mi último tatuaje. Y en cuanto a hacer *todo* lo que tú quieras, quedará dentro de los límites de la decencia, está claro. Prohibido ir más lejos.

Rip entrecierra los ojos una vez más y Royce hace una mueca de admiración. Que un tatuador reputado como Kris acepte llevar una de mis obras es obligatoriamente un símbolo de calidad.

—Ya sabía yo que había algo con esta chica...

El comentario de Royce aumenta todavía más mi malestar. ¿Cuándo dejarán de hablar de mí como si no estuviera delante? Es más: ¿nadie me pregunta mi opinión sobre el proyecto?

Hago una mueca mientras niego con la cabeza.

—No creo que sea buena idea. Estoy segura de que Rip conoce a mejores ilustradores que yo.

—No, me parece bien. Si ella te da trabajo es porque tienes nivel. Confío en Jess.

Va implícito que no confía en *mí*.

Dios mío, ¿en qué me estoy metiendo? ¿Tengo derecho a negarme? Lanzo una mirada hacia mi tía y su mirada inquieta me confirma que hay algo que no termina de encajarle, pero acaba por acceder.

—OK, decidido. Ven cuando quieras al estudio, Rip. Me avisas y nos organizamos para recibirte con Kat.

Bueno, entonces, ¿qué? ¿Es un privilegio? De normal es ella quien impone las condiciones, así que ¿por qué tantas concesiones?

Cuando volvemos a estar solos en la mesa, no puedo evitar preguntar a mi tía:

—¿Desde cuándo lo conoces?

Deja de beber su cerveza y me lanza una mirada prudente.

—¿A quién? ¿A Rip?

Asiento.

—Vino la primera vez al estudio hace unos cinco años. Con Kris hemos hecho la mayoría de sus tatuajes. Incluso nos hizo trabajar en carteles y portadas de álbumes. No me preguntes por qué quiere que unos tatuadores hagan eso; francamente no tengo ni idea. Está claro que es nuestro lado más oscuro lo que busca. Y bueno, nos peleamos un poco para tenerlo en nuestro portafolio. Es un buen cliente y una apuesta segura. Y tú, ¿de qué lo conoces?

Me siento obligada a responder.

—Es el hermano de mi compañero de proyecto, Maxime.

Fija su mirada felina en mí por unos instantes.

—Ah, eso significa que realmente no sabes quién es, ¿verdad?

Niego con la cabeza. No. Y no tengo ganas de saberlo, la verdad.

«¡Mentirosa!».

—Es el cantante y guitarrista de Cursed... Imagino que no conoces el grupo, ¿no?

«¡Eh!, ¿cómo lo sabe?».

—Malditos.

Oh, joder. Ahora lo entiendo. Vemos su logo en todas partes en los carteles de conciertos. Hasta tiene camisetas y sudaderas que llevan las dos alas rasgadas que forman lo forman.

¿No es el grupo del que me ha hablado Maxime? ¿Ese del famoso ensayo?

—Ese tío es un virtuoso —interviene Kris—. El mejor guitarrista que conozco. Lleva la música en la sangre, y tiene mucho talento. No solo en la música.

Entiendo mejor ahora. Es por eso que todo el mundo le va detrás. Los músicos siempre han tenido *groupies*.

Me encuentro buscándolo con los ojos. Está sentado unas mesas más allá. Ya tiene un pequeño grupo de gente a su alrededor, sobre todo de chicas que buscan por todos los medios posibles llamar su atención. Eso me exaspera y giro los ojos reprimiendo un suspiro.

—Atención, Kat, este tío es peligroso. Realmente duro, no sé si me entiendes... —retoma Kris, que me ha sorprendido mirándolo.

Levanto los hombros.

—En serio, no es el tío adecuado para una chica como tú.

Una chica como yo... Quiero contestar, pero su frente arrugada por la inquietud me frena en seco. Raramente he visto a Kris así de serio. Si él cree que Rip es un tipo peligroso, no me imagino entonces de lo que es capaz.

—Eh, no he sido yo quien ha decidido trabajar para él.

—Lo sé —interviene Kat—, pero no será tan malo que trabajes para él.

Parece estar incómoda. Lanza una mirada de contrariedad a Kris.

—Es la mejor tarjeta de visita que puedes tener. Desde el momento en el que un nuevo proyecto sale de ti, los clientes empiezan a llover —dice él—. Además, sospechamos menos de lo que tenemos delante de nuestros ojos, ¿no?

—Sí, es verdad. Vale la pena intentarlo.

Ella levanta una nueva cerveza y la choca con la de Kris. Qué intercambio más extraño.

Me levanto. Con tanta cerveza necesito ir al baño.

Encerrada en la cabina, escucho a unas chicas que sueltan risitas delante de los grifos.

—Joder, chicas. ¡Creo que voy a morir! Rip... ¡sentado en la mesa al lado de la nuestra!

¡Lo dice con un tono que parece que vaya a tener un orgasmo solo con pronunciar su nombre!

«¡Como si tú supieras lo que es eso!». Le sacó la lengua a mi conciencia e intento concentrarme en la conversación.

—Dios mío, es realmente sexi. ¡Creo que si saliera con él estaría dispuesta a todo, todo el tiempo! Parece que eso le encanta.

Oh, no. ¡Puaj! No tiene ningún pudor.

Las chicas ríen aún más fuerte. Mira que pueden ser tontas. Deben de ser sus hormonas efervescentes que las hacen así de pueriles. Quiero salir y gritarles que bajen de su nube. Los tíos como Rip no salen con las chicas, las usan y las tiran cuando han terminado. ¡Como un pañuelo viejo!

—Daré un concierto pronto con su grupo. Tenemos que conseguir sitio sí o sí.

—Solo tienes que pedirselas a Mégane.

Al escuchar su nombre, afino el oído con una curiosidad insana.

—¿Tú crees?

—Claro, en estos momentos son inseparables.

—No sé cómo lo hace. Todo el mundo sabe que Rip no es hombre de una sola mujer.

—Sí, bueno, tanto da. ¡Eso nos da más opciones!

Ríen de nuevo. Escojo ese momento para salir del lavabo. Cuando salgo, dejan de hacerlo. Sus miradas me repasan, a mi atuendo y a mi rostro, con una expresión de burla.

Al lado de sus prendas de cuero, mi *look* parece sacado del armario de mi abuela. Les lanzo una mirada oscura. Salen riéndose de mí. La costumbre me permite, al menos, ignorarlas.

Me lavo las manos y paso agua por mi rostro para refrescarme. Después salgo para reencontrarme con mi tía y su pseudonovio. Todo el buen humor que tenía antes se ha ido.

Camino por el pasillo oscuro para salir de nuevo a la sala grande cuando siento una mano agarrarme la muñeca. Me sobresalto. Una corriente eléctrica me atraviesa. Retiro rápidamente el brazo y me giro para encontrarme frente a frente con... Rip.

Arruga brevemente el entrecejo. Me mira con insolencia.

—¿Derbis? Definitivamente estamos hechos para encontrarnos.

Me congelo y me preparo para mandarlo a paseo, pero no me da tiempo.

—¿Y bien? Explícame cómo una chica como tú acaba en un lugar como este con dos personas tan tatuadas

«¿Una chica como yo? ¡Vete a la mierda!».

—Eso no te incumbe.

No encuentro nada mejor que decir. Y eso lo hace carcajearse. Pero casi instantáneamente desaparece su sonrisa y vuelve a ponerse serio. Se apoya contra la pared del pasillo de cara a mí y me mira con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados sobre el pecho. Y yo, en vez de irme, me quedo ahí mirándolo, incapaz de moverme.

—Me intrigas, Derbis. De verdad.

—No me llames así.

Levanta una ceja.

—¿Prefieres Kataline?

Un escalofrío recorre mi columna y me maldigo interiormente por reaccionar así. Con la voz más fría que puedo hacer, le respondo:

—Kat. Así está bien.

—Yo prefiero Kataline.

Suspiro sonoramente. ¿Por qué me saca tanto de quicio este tío?

—Dime, Kataline. —Pronuncia cada sílaba con un aire provocador—. ¿Cómo es que trabajas con Jess? Es una de las mejores artistas del mundillo. Forma parte del mundo de la noche, mientras que tú...

Dirijo mi mirada al cielo y cruzo los brazos.

—Es mi tía.

—Ah, ahora lo entiendo. Misterios de la genética.

Evidentemente. No se le hubiera ocurrido que tenga parentesco con Jess. Ella es guapa y sexi, y yo... ¡Sin contar que me debe tomar por una ayudante!

—Si te preocupa tu dibujo, solo tienes que venir al estudio. Ya juzgarás entonces.

¿Por qué he dicho eso? Como si su opinión tuviera importancia.

Sus ojos se encojen a medida que me observa. Después se reincorpora y se acerca peligrosamente.

—Perdona si te he molestado.

Reculo instintivamente. No le voy a dar el placer de mostrarle mi incomodidad.

—No, no lo has hecho.

Su perfume llega a mi nariz. Es la misma mezcla de tabaco, cuero y almizcle. Es tan viril y sensual que resulta ser para mí un afrodisíaco. Unas mariposas vuelan por mi estómago. Tengo que escabullirme. Y rápido.

—Perdona, pero tengo que volver con ellos.

Una vez más, huyo en vez de afrontar la situación.

«Bravo, Kat. Bonita muestra de coraje y confianza en uno mismo». Gracias, conciencia. Gracias por apoyarme, de verdad.

—Espera, tengo otra pregunta. ¿Tienes intención de salir con Max?

Me mira de una forma que no puede ser más seria. Casi me asfixio. Como si fuera a responderle.

—¿Y a ti qué te importa?

—Max es mi hermano.

—¿Y eso te da derecho a inmiscuirte en sus historias del corazón?

—Entonces, ¿admites que te gustaría salir con él?

—No te voy a responder.

Siento cómo mis mejillas se ponen rojas. No es buena señal. Tengo que largarme. Me doy la vuelta para irme, pero, de nuevo, Rip me lo impide. Con una velocidad increíble me hace recular hasta que toco la pared. Me pone las manos a cada lado de mi cabeza para evitar que me mueva.

—Solo por si acaso: que sepas que no eres su tipo, y que es mejor para ti que te alejes de él.

Mientras dice esto, su mirada se desliza sobre mí, evaluándome.

Me muerdo el labio, que me tiembla de rabia. No solo me hace un interrogatorio, sino que encima me insulta. Clava sus ojos en los míos y por primera vez veo un brillo que no logro descifrar. Frunce el ceño, como si él mismo se hubiera dado cuenta de que algo ha cambiado. Inspira profundamente y sus fosas nasales se dilatan.

En el momento que abre la boca, un grupo de chicas se abalanza sobre nosotros y nos empuja a un lado.

Una de ellas, una chica rubia muy mona y con un escote pronunciado, se acerca a Rip y tira de su camisa, a riesgo de dejar ver su mercancía.

—Rip, por favor, me puedes firmar...

Parece que está completamente borracha.

Rip me libera sin apartar la mirada. Después, de gira hacia la rubita, que le da un rotulador negro con la cabeza de lado. Ella luce una sonrisa feliz que le hace parecer una muñeca.

¿Estoy soñando o le está pidiendo que le firme en el pecho?

Sin ninguna vergüenza, Rip toma el rotulador y le dibuja una firma en el seno. Las mejillas de la chica se vuelven carmesí del placer. Él gira el rostro hacia mí.

—¿Lo ves, Derbis? Esto es una tía sexi.

Le pone el tapón al rotulador con una sonrisa en los labios y me guiña el ojo provocador.

Esto ya es demasiado. Me doy media vuelta y me alejo a paso rápido, con su risa retumbando en mis oídos.

Sesión de *relooking*

Después de despedir a Kris y comer algo, Jessica me lleva a su tienda favorita, la de su mejor amiga Marjolaine. ¡Socorro! ¡En qué lío me he metido!

Mi tía me lleva hasta una pelirroja alta con un *look* igual de escandaloso que el suyo.

—Marjo, te presento a Kat, mi sobrina. Kat, esta es mi amiga Marjolaine, experta en *relooking*.

—Hola, Kat. ¿Eres tú el desafío de hoy?

Sonríe. Esta chica está buena. Dios mío, tengo la sensación de ser el patito feo.

—Vale, lo vamos a hacer a mi manera, ¿de acuerdo, Kat? Te escogemos ropa, vas al probador y te las pruebas, Y después —solo después—, decidimos si nos las quedamos o no.

A mi pesar suelto un suspiro profundo, ese que tiene el don de hacer que *él* ponga los ojos en blanco. Siento que el ejercicio será complicado.

Hasta el presente siempre he escogido mi ropa sin siquiera probármela. Era más fácil, porque me contentaba con llevarme ropa oscura, ancha y cómoda.

Mi tía me dedica una mirada asesina.

—Ni siquiera intentes decir que no, ¡no tienes elección!

Levanto las manos en señal de derrota.

—Vale, vale, lo hacemos como tú digas. Pero con una condición: que sea suave y que cubra todas las partes de mi cuerpo que deben ser cubiertas. No quiero ir provocando ni ir demasiado desnuda.

—Eh, confía en nosotras, cariño. Eres mi sobrina; no te vestiremos como si fuéramos a venderte en una subasta.

Sacudo la cabeza reprimiendo una sonrisa. Su mirada se ilumina. Inmediatamente, se ponen a rebuscar entre las estanterías, agarrando la ropa a su alcance. ¡Toneladas de ropa! Me contento con seguir las sin gran convicción, a pesar de la angustia, que aumenta a medida que ellas llenan la cesta.

Tras solo quince minutos, la cesta está llena de tejanos, faldas, camisas, camisetas y otra ropa. Tengo escalofríos solo de pensar que tengo que probarme todo eso.

Desgraciadamente para mí, Jess es de una intransigencia alucinante. Tengo que probármelo *todo*.

Al poco, me encuentro haciendo un desfile de moda en los probadores. Como público y jurado, una tía con una mirada quisquillosa que no deja pasar ninguna falta de gusto y su amiga experta en materia de *relooking*. Cada vez que descorro la cortina sé enseguida si me queda bien o no; está escrito en sus rostros.

—Es genial. Un cuerpo como este es fácil —dice Marjolaine mientras me mira retorcerme frente el espejo para mirarme el trasero—. Todo le queda bien.

Debo admitir que sí. Incluso este tejano se pega a mis formas en perfecta armonía. Suspiro. Todavía hay etapas que pasar antes de enamorarme de este pantalón.

—Sí, pero iremos poco a poco —interviene Jess tendiéndome otro pantalón, un poco menos estrecho.

Sin embargo, para mi gran sorpresa, la sesión de *relooking* acaba casi por divertirme. A fuerza de probarme ropa, me habitúo a deambular por el probador. Tengo la impresión de ser Julia Roberts en *Pretty Woman*. Han seleccionado ropa no muy llamativa pero moderna y juvenil. Me estoy convenciendo de que he hecho bien en ponerme en sus manos; es más fácil no tener que escoger. Toda la ropa que han cogido me gusta lo suficiente. Incluso este vestido corto negro apretado que realza mi cintura y mis pechos.

¡Joder! ¡Un vestido negro corto! «Mamá, si me vieras...»

Con este pensamiento no puedo evitar tirar de la tela para ajustar mi escote. La imagen que me devuelve el espejo me deja atónita. Este vestido me va como un guante. Como si hubiera sido hecho para mí. Me imagino la cara de Rip si me viera con esto puesto. Le cerraría el pico a ese idiota. «No soy sexi, ¿no?».

Pero ¿qué me hace pensar en él?

Jess me abre la cortina al ver que no salgo. Sus ojos están llenos de admiración.

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Los chicos, tonta! ¡Estás muy guapa así! No hay discusión, nos llevamos el vestido.

Palidezco y me quito el vestido como si de repente me estuviera asfixiando. Vamos a ir poco a poco, ¿sí?

Al final de la sesión hemos apartado unas treinta piezas: tejanos camisas, camisetas, tops, sudaderas, chalecos y tres vestidos, uno de ellos el famoso negro. Y, para poner la guinda al pastel, Jess me ha convencido para llevarme unos *shorts*.

—Con unas medias gruesas y opacas será más adecuado.

Ya, bueno... Ya veremos.

Ahora la pregunta es si me atreveré a llevar todo esto.

Nos dirigimos a la caja y Jess aprovecha para preguntarme de la nada:

—Entonces, preciosa, no has descartado ni una sola pieza... ¿Te hace ilusión convertirte en otra chica?

Me quedo muda. ¿Qué se supone que le tengo que responder?

«Que sepas que le gustan las chicas sexis...». Las palabras de Rip resuenan en mi cabeza. Aparto el pensamiento con un giro de cabeza.

—He pensado que es momento de cambiar, eso es todo. Mi psicóloga seguramente pensaría que es bueno para mí.

Mi tía me mira con escepticismo. Después agarra una chaqueta de cuero de un perchero y la añade a la ya densa pila de ropa.

—Venga, esto quedará bien con tu vestido negro. Esto lo pago yo.

Tras salir de la tienda y haberle dado las gracias a Marjo, mi tía y yo nos quedamos un rato paseando por los pasillos del centro comercial. Hoy me he deshecho de una parte de mi economía, y cuando pienso en la ropa que me he comprado, me pregunto si ha sido buena idea.

«Ha valido la pena. Es más que un gasto, ¡es terapia!».

—Por cierto, Kat, ¿has llamado a tu padre?

La pregunta me hace fruncir el ceño.

—Tenemos planeado hacer un Skype al final del día.

—¿Cómo te sientes?

Hago una mueca. La relación con mis padres ha cambiado mucho en los últimos años. Toda la vida que me habían construido desde que era pequeña fue barrida en un momento. Y la desilusión más grande fue mi madre. Si no hubiera ocurrido... el incidente, jamás hubiera

comprendido la fuerza de su agarre. Y aunque mi psicóloga me diga lo contrario, jamás hubiera osado ir en contra de sus principios.

Desde bien pequeña me encerró en un mundo estricto donde la feminidad en sí era pecado. Me educó con la idea de que no tenía otro lugar que en la sombra, que era un objeto de tentación para la lujuria y que debía esforzarme constantemente para parecer invisible. Jamás he entendido por qué tenía esta fijación de esconderme de todo el mundo. Y sigo sin entenderlo.

No era maternal. Nunca me daba abrazos, nunca me daba besos. Sin embargo, creo que me quería, y su actitud ultraprotectora debía ser su manera de demostrarlo. Eso es lo que dice mi psicóloga. Fue el amor de mi madre lo que la llevó a sobreprotegerme.

Cuando crecí y mi cuerpo de mujer se formó, su actitud fue todavía más estricta. Un cuerpo como el mío era un verdadero peligro. Me obligó a camuflarme para evitar envidias o deseos. Y yo me sentía mal; era un cuerpo que mi madre detestaba.

Entonces yo me encerraba en mi cáscara escondiéndome dentro de ropa demasiado grande y demasiado fea como para atraer miradas. Ella me prohibía salir, ir a fiestas de mis amigos, ser feliz. Maldecía el reflejo que hacía que mi madre fuera tan dura conmigo. Así es como empecé a evitar los espejos.

A mi madre no le gustaba la apariencia de su hija, ¿por qué debía gustarme a mí?

Y lo peor es que yo lo veía normal. Ella decía que me protegía de la perversidad de los demás, de la peligrosidad de los hombres. Como si todos los representantes del género masculino fueran potenciales perversos. Solo mi padre tenía bondad en los ojos, por eso siempre lo ha elogiado. Es por esta razón que siempre me ha motivado a estudiar. Para que siguiese sus pasos. Y también porque de esa forma me concentraba en mi futuro profesional y me evitaba pensar en el personal.

La relación que tengo con mi padre es más sana. Incluso si lo veía poco después de haber dejado que mi madre dirigiese mi vida. Con sus numerosas ausencias, no se ha dado cuenta jamás del daño que ella me ha hecho. Él pensaba que mi aislamiento se debía a mi adolescencia; y después, que priorizaba mis estudios a todo lo demás. No era falso, en realidad. Pero concentrarme en mis clases y tareas era solo una forma de evitar toda relación social fuera del colegio.

Todavía me acuerdo de un día que mi padre invitó a uno de sus compañeros a casa, acompañado de su hijo, que volvía de estudiar durante dos años en el extranjero. Mi madre me enclaustró en mi habitación toda la noche, con prohibición de salir. Me acuerdo haber espiado el comedor con las mejillas en llamas porque tenía miedo de un castigo.

Esa fue la primera vez que vi a Robin...

La llegada al *loft* detiene mi hilo de pensamientos. El estrés aumenta.

Coloco rápidamente mis compras en el armario poniendo atención de no quitarles las etiquetas y cierro las puertas mientras me pregunto si mi colección de faldas quedará en el olvido. No estoy segura.

Suena una llamada por Skype. Como siempre, mi padre es puntual.

Me precipito delante de la pantalla de mi ordenador con la aprehensión habitual que precede a nuestras llamadas. El rostro familiar aparece y suspiro de alivio.

Parece que ha perdido peso.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. Bien, ¿cómo vas?

Noto inquietud detrás de su pregunta. Realmente le preocupa que me vuelva loca otra vez.

—Bien.

—Y tus clases, ¿intensas?

—Me he inscrito a todas las opciones que buscaba, así que voy bien cargada.

—¿No crees que deberías haber ido más despacio?

—No, está bien, te lo aseguro.

Mi padre se queda en silencio. Parece escéptico.

—Bueno, ¿y tú, entonces? Dejando de lado tus estudios, ¿cómo te sientes?

Ah. Ahí está. La verdadera pregunta. Sonríe brevemente.

—Va bien... Jess es genial, y empiezo a conocer a gente de mi curso. Quizás hasta consiga hacer amigos, quién sabe.

Mi corazón se acelera al pensar en los que no tenía en Nueva York.

—Eso está bien. Me alegro.

Decido cambiar la conversación.

—¿Y tú el trabajo? ¿Qué tal va?

—Siempre igual: la nueva promoción es prometedora, hay unos estudiantes excelentes y creo que este año volveremos a tener el premio a mejor estudiante del estado.

Un largo silencio se instala y oscurece la atmósfera. Es terrible. No hablamos más que una vez al mes y no sabemos qué decirnos. La pregunta fatídica me quema en los labios, pero no llego al fondo.

—Y...

—Ella no ha vuelto, Kat. Apenas tengo noticias. Solo sé que tiene nuevos estudiantes en prácticas. Es Martin quien me lo ha dicho.

Frunzo los labios y rezo para que mi padre no distinga brillar mis ojos tras la pantalla. Sé que es estúpido, que con todo el daño que me ha hecho debería odiarla, pero sigue siendo mi madre. Y me culpo por el hecho de que se haya ido.

Si no nos hubiéramos hecho tanto daño...

Mi padre no ignora nuestras diferencias, pero nunca nos ha reprochado lo que sea esto, ni a ella ni a mí. Se contenta con ser paciente y continúa sosteniéndome con un amor incondicional.

Lo escucho suspirar.

—¿Crees que un día volverá y llegaremos a hablar?

—Eso espero, cariño, eso espero...

A las 19 horas exactas paso por la puerta de la casa de Max.

Lleva ropa casual y se ve todavía más imponente con sus tejanos y su *teddy*. Me recibe con una gran sonrisa y dos *pizzas* gigantes.

—Justo a tiempo, Kat. Acabo de llegar con nuestra cena.

—Hmmm. Huele bien.

—Pollo con piña y queso de cabra con miel.

—Me encanta.

Su sonrisa se ensancha. Me lleva a la cocina, donde una mujer de origen hispano limpia los fogones.

—Kat, ella es Rosa. Rosa, te presento a Kat. Ya sabes, es de quien te he hablado.

La pequeña mujer frunce los labios y me dedica una mirada penetrante. Trago. No parece agradable.

—Así que tú eres Kat.

Oh, ¡vaya! ¡Qué recibimiento! Decido poner el tono lo más amable posible.

—Encantada, señora.

Ella continúa escudriñándose sin decir nada. Después, su rostro se ilumina y me tiende la mano con una gran sonrisa en los labios.

—Bienvenida, jovencita. Me alegra que Maxime trabaje contigo. Le va bien compartir su pasión con alguien en esta casa.

Abro los ojos como platos. Bueno, vaya giro de ciento ochenta grados.

Siento a Maxime detenerse a mi lado. Él tampoco las tenía todas consigo. Le dedico una sonrisa a Rosa.

—Intentaré vigilarlo, lo prometo.

—¿Todavía queda un poco de tu cóctel, Rosa? —interviene Max.

—Sí. Mira, he metido dos botellas en la nevera.

Maxime coge dos vasos y una botella y me deja llevar los cartones de *pizza*.

—¿Sabes a qué hora saldrá tu hermano esta noche? Ha pasado el día encerrado en su habitación.

Ella frunce el ceño al decir eso.

—No, ni idea. Pero puedo avisarlo, si quieres.

—No, déjalo. Ya me ocupo yo. Mejor que vayáis a trabajar ya.

¡Qué autoridad! Max me lleva por las estancias —me gusta decirlo así, tiene más clase—. En el momento en el que cruzamos el pasillo de la planta, unos ruidos captan nuestra atención. Me detengo para escuchar de dónde vienen.

¡Debo estar soñando!

No son ruidos, son gemidos de mujer. O más bien chirridos, ahora que escucho los sonidos agudos que salen de la puerta de la derecha. Mis mejillas se vuelven carmesí en el momento que comprendo lo que ocurre detrás de las paredes.

Maxime se detiene a mi lado.

—Joder, cómo abusa.

Parece igual de avergonzado que yo. Los chirridos se vuelven gritos.

—Oh, ¡Dios, Rip! ¡No pares! ¡Oh, sí!

La mujer grita de placer, sin importarle lo más mínimo si alguien puede oírla. Se oye un fuerte gruñido. Después, al cabo de unos segundos, vuelve el silencio. Max se vuelve hacia mí con las mejillas rojas de vergüenza.

—Siento que hayas tenido que sufrir eso, Kat. No pensaba que...

Yo también estoy terriblemente avergonzada, y tengo la impresión de ser una voyerista.

—Déjalo estar, Max. No es tu culpa.

El pobre Maxime sigue siendo víctima de las incivildades de su hermano. Parece tan abochornado que decido relajar la atmósfera:

—Después de todo, parece que se lo pasan bien, ¿no?

Maxime ríe, aliviado de que me tome la situación con humor.

—Sí. En todo caso, esta grita más que las otras. Ven, debemos ponernos a trabajar. Quiero enseñarte lo que he encontrado en internet.

Grano de razón

Dos pizzas y diez páginas de informe más tarde comienzo a cansarme. Ya son las once de la noche y mi jornada ha estado bien ocupada. Sin contar que tengo resaca y hace nada he estado de compras, cosas a las que no estoy nada acostumbrada.

Afortunadamente, mi dolor de cabeza ha desaparecido. El cóctel de Rosa ha sido un tratamiento efectivo contra el dolor. Es más, tomaría otro trago de esta bebida mágica.

—¿Todavía queda cóctel, Maxime?

Está completamente absorto en un artículo de la revista *Art'y*.

—Eh... No, creo que no.

Tomo la botella vacía y la agito bajo su nariz para que levante la vista de la pantalla.

—¡Mierda! ¿Quieres que vaya a buscar otra botella?

Veo que realmente quiere seguir devorando el artículo.

—Déjalo, ya voy yo.

Redirige su atención a la pantalla y responde sin girar la cara.

—¡Genial! ¿Te acuerdas de dónde está?

—Debería poder apañármelas.

Cuando paso por el lado de la puerta más cercana a la escalera no puedo evitar recordar lo que hemos escuchado hace unas horas. Enrojezco de imaginar lo que podía estar pasando en la habitación de al lado. La reputación de Rip no es infundada; aparentemente, sus encuentros sexuales no son un simple rumor. Unos escalofríos me recorren la columna al imaginarme la escena.

«Dios mío, ¡piensa otra cosa, Kat!». Por una vez, escucho a mi consciencia y me obligo a bajar las escaleras. Evito hacer ruido; solo me faltaría encontrármelo.

Al llegar a la cocina espero encontrarme a Rosa, pero la habitación está vacía. Se ha ido y ha dejado una bandeja con comida para dos personas. Hay tapas y trozos de fruta. Tiene buena pinta. Tan buena pinta que no puedo evitar coger un grano de uva al pasar.

—¡Ladrona!

Reconocería esta voz entre mil. Pillada en el acto, me sobresalto y devuelvo rápidamente el grano al pequeño bol.

—Lo siento. Yo no...

Me giro para ver a Rip, que me mira con un aire casi divertido, apoyado sobre el marco de la puerta. Mi corazón se salta un latido. La belleza de este tío es inhumana.

Está desnudo de cintura para arriba, simplemente vestido con unos tejanos rotos que caen perfectamente de sus estrechas caderas. Sus brazos están cruzados sobre el pecho. No puedo evitar que mis ojos recorran su cuerpo, tallado como la piedra. Sus abdominales están perfectamente diseñados y forman la famosa «V» que se marca bajo el vientre. Me dan sudores fríos. Me da por mirar los numerosos tatuajes que adornan su piel y que magnifican a la perfección su cuerpo de atleta. Mis ojos caen sobre el *piercing* que adorna su pezón derecho.

Al verlo, se me seca la garganta y mi corazón se acerca a las doscientas pulsaciones por minuto.

Pretendo que la visión de su cuerpo de Adonis no me afecte, ser insensible a su sonrisa ladina y a sus ojos de un color improbable que literalmente me hipnotizan.

Pasa una mano por su pelo despeinado; testimonio de sus recientes actividades. Eso me devuelve a la Tierra. Sin responder, abro la puerta de la nevera.

—Por favor, adelante, Kataline. Coge todo lo que te apetezca.

Mueve el brazo como para dar a entender que su propuesta va más allá de una simple pieza de fruta. Detengo mi gesto antes de tomar la botella de cóctel. Se ríe de mí, ¿no? Lo miro con un aire frío y desdeñoso.

—No nos conocemos.

—Ahí te equivocas, muñeca.

¿Muñeca? ¿Acaba de llamarme «muñeca»?

Me sube la mosca a la nariz. Inspiro profundamente para no llevarme por delante su falta de respeto, pero no puedo evitar hacerle tragar sus palabras:

—Te prohíbo que me llames eso. No soy una de tus perras.

Ignorando la dureza de mi tono, se acerca a mí y cierra la puerta de la nevera de un gesto brusco que hace que me sobresalte. La sangre se va de mis mejillas y reculo mecánicamente hasta que mi espalda golpea la mesa. Levanto una ceja sorprendida, pero Rip continúa avanzando peligrosamente, como un depredador ante su presa indefensa. Entra en mi espacio personal y me domina con toda su altura viril. Su irresistible perfume absorbe mi oxígeno hasta el punto de que comienzo a jadear. Mi corazón late con fuerza y mis manos se agarran al borde de la mesa. Me quedo inmóvil, incapaz de hacer el mínimo gesto. Incapaz de hablar.

Sus ojos hipnotizan los míos y me hundo en el gris azulado de su iris. Un extraño brillo plateado los cruza, y unos largos escalofríos recorren mi columna cuando pone sus manos a ambos lados de mi cuerpo. Inclina la cabeza hacia mí y mi corazón deja de latir. Su aura me invade y hace temblar las partes más íntimas de mi ser. No me reconozco. ¿Cómo lo hace para hacer de mí una marioneta sin voluntad?

Como la última vez, acerca la cabeza para oler el perfume en mi cuello. Cierro momentáneamente los ojos cuando su aliento cosquillea en mi piel, justo debajo de la oreja.

—¿No te gusta esa palabra, muñeca? ¿Prefieres que te llame otra cosa?

De nuevo esa voz ronca que me remueve las entrañas. Se incorpora y vuelve a capturar mi mirada.

—¿Cómo te gusta que te llamen, Kataline?

Pronuncia la frase lentamente, con una voz aterciopelada y como si le hiciera el amor a mi nombre. Abro la boca para recuperar el aliento y veo sus ojos descender hasta mis labios. ¿Es que va a...?

Pero bruscamente, contra todo pronóstico, recula, dejándome vacía de toda energía. Con una pequeña risa desdeñosa atrapa el grano de uva que acabo de dejar y lo desliza lentamente entre sus sensuales labios antes de morder. Se toma su tiempo, sin quitarme los ojos de encima. Estoy seducida por su gesto, incapaz de pensar correctamente.

—A todas las chicas les gusta que las llamen por algún nombre, ¿no es verdad?

Su tono desdeñoso me hace sentir como si me hubieran echado agua helada por encima. Me muerdo el labio, furiosa conmigo misma por no ser más fuerte ante su carisma devastador. Trago.

—No soy como todas las chicas.

Vuelve a acomodarse contra la puerta.

—No, es verdad. Eres diferente. Buscas más esconderte que mostrarte. Pero en el fondo quieres lo mismo, ¿no?

Empieza a irritarme furiosamente con su condescendencia y su aire de saber todo sobre mí. Cruzo los brazos sobre el pecho y levanto el mentón en un gesto provocador.

—Adelante, estoy impaciente por conocer tu teoría.

—Quieres encontrar al que te elevará más alto que el séptimo cielo y que te hará gritar hasta perder la razón... El que te hará llegar a la cima del placer.

Quedo descolocada de estupefacción. Totalmente aturdida.

¡Pero qué idiota, arrogante y pretencioso!

¿Qué se imagina? ¿Que todas las tías esperan que las empotre contra la pared para hacerlas gemir de placer?

El recuerdo de los gritos de la chica resuena en mis oídos.

«Deja de mentirme, Kat... ¡Te mueres de envidia!». Mi consciencia me provoca. Le cierro la puerta en las narices.

—¡No sabes nada de mí, idiota! —siseo.

En ese momento, dos brazos finos y desnudos abrazan el torso de Rip. Lucie pega su boca a su cuello. Sin la más mínima vergüenza, le da un lametón y acaba por morderle el lóbulo de la oreja.

—Rip..., vuelve a la cama. Está fría cuando no estás. Y tengo hambre...

¡Lucie! ¿Estoy soñando? ¿No es la amiga de Mégane, la misma que le metió la lengua en la boca hace apenas una semana? Disgustada, giro la cabeza, pero no lo suficientemente rápido como para evitar la mirada hastiada de Rip.

Lucie se da cuenta por fin de mi presencia.

—Oh.

—Sí, tenemos visita. Derbis se ha perdido en la cocina. ¡Y nos ha robado una uva!

—No es verdad, la he devuelto.

Mi comentario infantil lo hace sonreír. Sacudo la cabeza, reabro la nevera con rabia y agarro la botella de cóctel para salir lo más rápido posible de la cocina. Pero cuando me acerco a ellos, la voz de Lucie me detiene.

—Pequeña ladrona... No está bien coger las cosas que no son tuyas.

¡Eso ya es demasiado! Giro la cabeza hacia ella y le dirijo la sonrisa más maligna que puedo.

—Dime, Lucie, ¿al que le acabas de morder la oreja no es el novio de tu amiga?

Ella estalla en risas. ¿Qué? ¿He dicho una gilipollez?

—Pobre Kat... Tan pura, tan inocente. Te voy a decir algo, querida. Vivimos en un mundo cruel. Aquí cada uno está para sí mismo. No estás en casa de los Osos Amorosos, tu bonita mentalidad de católica anticuada te la puedes meter por donde yo sé.

Cierro los ojos e inspiro profundamente para evitar saltarle encima. Pero cuando los abro, veo que ya no tiene nada más que decir. El miedo aparece en su rostro e inmediatamente el velo rojo que nublabla mi vista se disipa, como una bruma matinal. Lucie recula y se acerca a Rip, que me mira con un aire más que interesado.

Tengo que salir de la cocina antes de que esto vaya más lejos. Paso por delante de la pareja sin dedicarle más atención, pero cuando llego a la escalera, Lucie me interpela de nuevo con una voz menos segura:

—Eh, Kat, una palabra y te las verás conmigo.

¡Como si no tuviera otra cosa que hacer que meterme en las historias de los demás! Sin

darme la vuelta, levanto la botella en señal de asentimiento. No voy a rebajarme para responderle a esta idiota.

Subo por las escaleras tarareando mi canción favorita.

De vuelta a la habitación de Max, este me lanza una mirada inquieta.

—¿Todo bien, Kat? Pareces disgustada.

Suspiro.

—Me he cruzado con tu hermano y su nueva amiga...

Se gira hacia mí, pero no responde.

—Era Lucie.

—Oh, ya veo.

—¿Siempre es así? Arrogante, egocéntrico, abyecto, egoísta...

Maxime parece arrepentido una vez más. Yo estoy exasperada.

—¿Te das cuenta? Sale con Mégane y no se avergüenza de acostarse con su mejor amiga al mismo tiempo.

Bueno, sé que no llevo a estas chicas en mi corazón, pero me duele ver que la gente juega con los sentimientos de los demás. Se diría que a él le importa una mierda hacer daño.

—Rip no tiene sentimientos. Por nadie. Lo que quiere, lo toma. Y no tiene por costumbre pedir permiso. Poco importan las consecuencias. Es así, y nada lo cambiará.

—Sí, bueno, ¡yo a eso lo llamo ser un bastardo!

—Bueno, Kat, no me imaginaba que podía hacerte enfadar tanto.

Mierda, tiene razón. Me miro las manos. Tengo los puños tan apretados que las uñas se me clavan en las palmas. Respiro profundamente para bajar la tensión. No tengo ganas de que este tío me haga perder el control.

Después de unos segundos de respiración abdominal, termino por sonreírle a Max.

—Tienes razón. No merece que me tenga así. Después de todo, hace lo que quiere. Es solo que su comportamiento choca con mis valores. Francamente, no sé cómo lo haces para soportarlo.

Max baja un poco la cabeza y mira mis manos.

—¿Sabes?, Rip tiene una vida diferente a la nuestra. A veces es difícil, aunque no sea la impresión que da. Tiene la necesidad de dejarse ir de vez en cuando. De deshacerse de la presión. Y así es como se mantiene. Sexo, drogas y *rock'n roll*. Esas son sus elecciones, y yo las respeto; aunque no siempre esté de acuerdo con su forma de hacer las cosas.

Sí, una vida difícil, ¡pero eso no lo excusa!

Una pregunta quiere salir de mí:

—¿Cuál es su verdadero nombre?

Maxime me lanza una mirada de sorpresa. Parece dudar un segundo. Después, cambia de opinión:

—Raphaël.

Es un nombre extraño y no le pega nada. Es un nombre dulce, cálido. El nombre de un arcángel. Todo lo contrario a él.

—¿Y por qué ese mote, «Rip»?

Maxime me dirige una mirada enigmática, perdido en su mundo.

—*Rest in Peace*.

Abro los ojos como platos y Max me responde en un tono frío.

—Lógico para un tío que coquetea con la muerte.

Rest in Peace

De vuelta a casa, repaso la conversación con Maxime. Todo lo que he aprendido de Rip esta noche desfila en bucle por mi cabeza. No me hubiera imaginado eso.

Su apodo se lo dio Parker, cuando le ofreció una placa funeraria con las palabras «Rest in Peace» grabadas sobre el mármol blanco:

—En ese momento, Rip solo tenía diecisiete años. Hacía carreras salvajes en moto sobre terrenos sin edificar para ganar el dinero, pero también por la diversión y el espíritu de la competición. Era el mejor, pero era peligroso. Empujaba los límites sin cesar hasta que un día salió mal.

Maxime se detiene para tomar aire. Tiene los ojos demacrados, como si reviviera la escena. Retoma su recital con la voz llena de emoción:

—Normalmente era yo quien organizaba los desafíos. Y esa noche tuve una idea completamente loca: le propuse a Rip competir contra su mejor amigo, David. Estaban igual de locos, pero, sobre todo, estaban pillados por la misma tía. Así que organicé esa estúpida apuesta para decidir entre ellos: llegar a la velocidad más alta en una distancia corta. Rip quería ganar a toda costa y probar que él era el mejor... Porque el que ganara ese desafío ganaba el corazón de la chica.

»Todo el mundo estaba loco en la arena. Tú dirás, era ver a los dos mejores pilotos clandestinos competir por una tía. Era el evento de la temporada. Rip superó los doscientos sesenta kilómetros por hora justo antes de llegar a la línea de llegada. Un récord nunca igualado en una distancia tan corta. Cuando pienso en ello veo que era completamente inconsciente. Pasó algo al frenar tras pasar la línea. Su moto resbaló y chocó contra una pared de hormigón de diez metros de grosor. Me precipité hacia él, pero ya estaba en coma.

»Lo llevé al hospital. Fue directamente a reanimación, porque sus funciones vitales estaban tocadas. Ahí su corazón se paró; simplemente dejó de latir. Su muerte fue declarada a las 23:42.

Maxime hace una pausa. Su mirada clavada en sus manos, la respiración corta. Fija sus ojos en mí, todavía parece en shock. Como si estuviera reviviéndolo en directo.

—Cuando vinieron a darnos la noticia, estaba en la sala de espera con Royce y Parker. Eso me devastó. La idea de perder a mi hermano era intolerable. Era como si perdiera una parte de mí mismo.

Para de nuevo. Su expresión es torturada.

—Entonces recé... Nunca he sido creyente, pero recé lo más fuerte que pude. Hubiera dado lo que fuera para que viviera... Hubiese vendido mi alma, la suya y la de los demás para que me devolvieran a mi hermano. Era todo lo que tenía.

Me mira. Percibo un inmenso dolor en su mirada.

—Mi plegaria fue escuchada. A las 00:36 exactamente, Rip se despertó sin que los médicos pudieran dar la más mínima explicación. Era un milagro, un superviviente.

Me quedo sin voz. Después de digerir la información, la única pregunta que me viene a la

cabeza es:

—¿Y la chica?

Maxime deja escapar una pequeña risa amarga.

—¿Molly? Jamás la ha vuelto a ver.

Al día siguiente estoy abatida. Mi sueño ha estado poblado de motos, cuero, granos de uva y tíos buenos con ojos azul grisáceo.

De repente, estoy de un humor de perros y, desgraciadamente para mí, no hay nadie con quien pueda desahogarme. Jess se ha ido dos días con Kris a una convención de tatuajes en el centro de Francia. No volverá hasta mañana por la noche.

No tengo nada más que hacer que trabajar. Espero que eso me cambie las ideas.

Después de dos buenas horas de búsqueda en internet, mis pensamientos rondan sin que me dé cuenta otra preocupación mucho menos profesional. Mis dedos bailan por el teclado y acaban por escribir distraídamente «Cursed» en la barra de búsqueda de Google.

Después de varias páginas, encuentro una que agrupa numerosos vídeos, en los que reconozco a Rip. Dudo. Finalmente, clico en el primer enlace.

De repente, un sonido *punk-rock* llena la habitación. ¡Ah! Es poderoso y lleno de testosterona. Me dejo llevar por la música, moviendo mis dedos al ritmo de esta. Hasta que la voz de Rip me golpea fuerte. Mi vientre se tensa instantáneamente.

Este tío tiene una voz literalmente orgásmica. Me avergüenza admitirlo, pero podría explotar con solo escucharlo. Cierro los ojos y me dejo llevar por su timbre particular, ligeramente raspado y sensual. Canta en inglés, y su acento es irresistible.

Mis ojos acarician la pantalla. Está muy bueno, no puedo negarlo. En este video *amateur* lleva una camiseta sin mangas y unos tejanos, la guitarra en la mano y da tanto que parece que está poseído. A cada vez que canta, lanza al público una mirada llena de pasión contenida. Es como si hiciera el amor a todas las chicas presentes en la sala.

Una vez termina la primera canción, clico en la siguiente. Y la siguiente. Después una cuarta. No paro. Su voz se vuelve una droga que no quiero dejar pasar.

En el décimo vídeo, descubro una melodía más lenta, más lánguida y de una sensualidad desmesurada. Es casi un *slow*. Cierro los ojos para impregnarme de las palabras y me dejo invadir por la voz ronca de Rip.

La canción habla de un hombre, preparado para morir de amor por la mujer a la que quiere. Después es la traición, el abandono y el sufrimiento. Es tan triste que se me llenan los ojos de lágrimas. Es como si el dolor de Rip se incrustara en mi piel y se escapara por los poros en una miríada de escalofríos.

Cuando la canción termina, abro los ojos y mi mirada se posa en el título del vídeo, en la parte inferior: «*Want to die*, escrita por Rip».

Escribió la canción para Molly. Estoy segura.

Tiene más de 250 000 visitas y 143 721 «Me gusta» solo en esta canción. Los Cursed tienen muchos fans, por lo que veo. Y viendo los comentarios, son principalmente mujeres. Es más, no dudan en ofrecerse abiertamente y darle sus números de teléfono:

Qué idiota esta chica por haberte abandonado. Yo no te dejaría jamás, Rip. Llámame.

Yo te puedo consolar. Ven a mi casa.

Mojo las bragas con solo escuchar el sonido de tu voz.

Fóllame, Rip.

Cierro bruscamente la pantalla del portátil. No sé por qué, pero me molesta leer todo esto. Todas estas chicas no lo conocen y, en cambio, están dispuestas a lo que sea para llamar su atención.

Suspiro.

«¡Tienes que pasar a otra cosa, amiga!».

Sin embargo, en el fondo, sé que no lo haré. Rip está en mis pensamientos. Constantemente. A pesar de las advertencias de su hermano. Todavía puedo escuchar las recomendaciones de Maxime de la noche anterior:

—Rip es peligroso, Kat. Es mi hermano y lo quiero, pero tengo que advertirte. Deberías alejarte de él. Es imprevisible, y se ha forjado una armadura de rencor y resentimiento. Se ha convertido en una verdadera máquina, sin emociones. Se aprovecha de la gente y toma lo que le ofrecen sin remordimientos, sin ninguna reserva. Y poco importa si hace daño. Ha sufrido, y se nutre del sufrimiento de los demás...

Guau. Vaya cuadro.

Maxime continuó:

—Después del accidente entró en una espiral de autodestrucción. Lo que le gusta es jugar con la muerte y explotar los límites. Cada día más intenso, cada día más lejos. Ese es su lema. Necesita desahogarse. Por eso necesita forzar los límites. Un día acabará muerto. Y tengo miedo de que se lleve a más personas en su descenso al infierno.

A Maxime parecía importarle realmente lo que dijo. Y lo entiendo. Rip está completamente enfermo.

En todo caso, una cosa es segura: está fuera de cuestión que tenga el mínimo contacto con este tipo. Me da miedo. Y no solamente porque está loco y parece un suicida, también porque mis reacciones en su presencia son imprevisibles.

¡Que el tatuaje se lo diseñe otra persona!

Giro de situación

De vuelta a la universidad, he tomado buenas decisiones. Bueno, no he decidido ponerme la ropa nueva, pero estoy determinada a meter a Rip en el grupo de los olvidados. No estropearé mi último año de estudios.

Estoy aquí por una razón muy clara: debo retomar una vía normal para enterrar mi pasado y seguir en buenas bases. Y estas bases pasan por la obtención de mi título universitario y, por consiguiente, mi independencia.

Voy a concentrarme en mis proyectos y no voy a perder de vista mi objetivo. ¡Está fuera de cuestión que le diseñe nada este tipo!

Le he dejado un mensaje sobre ello a Jess. Sé que va a decepcionarse, pero no me cambiaré de opinión.

Extrañamente, siento mi corazón más ligero desde que he tomado la decisión. Así pues, con la mente liberada, me dirijo a la sala de Ciencias Físicas. Como la chica que me ayudó a recoger mis cosas está sola en una mesa, decido instalarme a su lado. ¡Qué buena iniciativa! Ya era hora de dedicar tiempo a otra cosa y de conocer a otras personas.

—Hola.

—Oh, hola, Kat... Me parece que preferías «Kat» a «Kataline», ¿verdad?

—Sí, sí, exactamente.

Me siento un poco idiota porque no sé su nombre.

—Eh... Perdona, pero...

—Me llamo Justine. «Ju» para los amigos.

Me tiende la mano un poco fría.

—De acuerdo, bien. Genial.

Qué mal, no sé qué decirle ahora. Me mira con un aire juguetón, como si esperara algo de mí. Mi malestar se prolonga.

—¿Puedo preguntarte algo, Kat?

—Sí, claro.

—Conoces a Maxime Saveli, ¿verdad?

—Eh... No, no es eso. Tenemos una clase conjunta y hacemos un trabajo juntos, pero no lo conozco realmente.

¿Por qué no le he dicho la verdad? Que Max y yo tenemos una relación un poco más que la de un simple trabajo y que puede que seamos amigos.

—Ah... ¿Y su hermano?

Ahí está. Rip. Rip otra vez. Siempre Rip. Se diría que mi proyecto de mandarlo al olvido es más difícil de lo que pensaba.

—No me gusta demasiado, así que lo evito.

—Oh, qué pena. Hay un concierto privado de los Cursed en el Wizz en quince días, y no he conseguido sitio. Podría pedírselo a mis hermanos, pero estaría en deuda con ellos y no quiero. Así que me dije que quizás...

—Puedo preguntarle a Max, si quieres.

—Oh, ¿harías eso?

Sonríó estúpidamente.

—Sí, no me importa pedírselo. Pero no te prometo nada.

—¡Genial! Tengo muchas ganas de verlos en el escenario. Son una pasada en vivo. Esto, eh... ¿te gustaría venir conmigo?

Es una locura lo inocentes que podemos ser a veces hasta el punto de querer pasar la noche con una perfecta desconocida. Sin embargo, su rostro me inspira confianza y simpatía, y me siento incapaz de negarme.

—Si quieres...

Y ahí estoy, embarcándome en nuevas relaciones sociales. ¡Vaya *performance*!

Durante la clase aprendo un poco más sobre la chica simpática que ama por encima de todo la naturaleza y que pretende convertirse en una gran militante ecologista. Viene de una familia modesta de la periferia y es la tercera de una familia de ¡ocho hijos! ¿Quién es capaz hoy en día de sacar adelante a ocho niños?

Sus padres son comerciantes en el sector biológico, lo que me parece normal con las ideas de la chica. Aun así, mientras ella me explica que le encantaría poner la ciencia al servicio de la protección de la naturaleza y de la preservación de las especies, me cuesta creerlo. Pero parece totalmente convencida, tan motivada que no puedo hacer otra cosa que seguir su visión de un mundo futurista donde la evolución y la ecología viven en armonía.

Imagino igualmente que podría fácilmente convertirme en su amiga. Hacia el final de la clase, me pregunta:

—¿Y qué te parece?

—¿El qué?

—Max.

—Ah, bien, es muy amable. Me gusta lo que hace.

—No hablaba de eso.

—Oh.

No sé qué responder. No quiero responder en absoluto. De repente, ella continúa:

—¡A mí me parece guapísimo! Parece salido de la marca Rip Curl. ¡Solo que le falta la tabla de surf!

—Sí, supongo.

—Espera, solo de mirarlo, babeo. Y, además, me encantan los artistas...

Me mira con unos ojos muy abiertos y la lengua colgando. Está tan graciosa que no puedo evitar reírme.

—¿Crees que irá a Hossegor este verano?

Sacudo la cabeza.

—Deja de soñar, Justine, y vuelve a la Tierra. Este tío tiene a muchas tías a sus pies.

—Sí, tienes razón. No tengo ninguna posibilidad. Es como su hermano. A él lo llamo «el Coleccionista». Creo que su... *máquina* ha visto más tías que Rocco Siffredi.

—¿Su «máquina»?

Estallo en una risa franca, lo que me cuesta una mirada oscura por parte de la profesora. Me hundo en la silla intentando ser más discreta.

Ups, he dado la nota y no en el buen sentido. Aun así, extrañamente, me siento un poco eufórica. Últimamente tengo la costumbre de soltarme. Afortunadamente, el timbre anuncia que la clase ha llegado a su fin. Ya es mediodía. No he visto el tiempo pasar.

—¿Te apetecería dar una vuelta juntas por la ciudad un día de esta semana?

—Sí, ¿por qué no?

—El miércoles. Termina a las 16:30, y me parece por tu horario que estás disponible. ¿Te iría bien?

—Sí. —Es el único día que no termino demasiado tarde. Bueno, haré el esfuerzo de no decepcionarla. ¡Es por mi bien!

—OK, quedamos el miércoles, entonces. Nos encontramos en la entrada principal.

—¡Súper!

Recogemos nuestras cosas y nos apresuramos a salir de la clase cuando un alboroto en el pasillo capta nuestra atención. Una multitud nos impide el paso. Después de unos cinco minutos esperando, Justine empieza a perder la paciencia y se abre paso a codazos.

—¿Sería posible salir de la clase o qué? ¿Qué está pasando?

Me pongo de puntillas para ver la razón de todo este follón. Y ahí, lo veo.

Les pasa a todos una cabeza y destaca con su mirada de chico malo. Rip, rodeado de decenas de chicas que quieren acercársele, tocarlo o que le firmen un autógrafo.

Mi corazón salta. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Intento esquivarlo disimuladamente, pero mis ojos se cruzan con los suyos. Su mirada se oscurece.

—¡Eh, Derbis! Te busco a ti.

Cierro los ojos soltando un suspiro. Siento todas las miradas volverse hacia mí en un solo movimiento. Algunas son envidiosas; otras, de odio; y otras, llenas de incredulidad; como si fuera imposible que un tío como Rip pudiera ni siquiera dirigirme la mirada.

Se acerca abriéndose paso. Después se gira hacia la gente.

—Lo siento, pero tengo que hablar con mi... amiga Derbis, aquí presente.

Me señala en un gesto teatral que me hace querer esconderme en la madriguera de un ratón.

Las *groupies* se dispersan entre suspiros y pequeñas risas desagradables. Oigo a un tío decir: «Eh, Rip, ¿ahora te van las frías?».

¡Gilipollas!

Rip se acerca y su mirada se desliza sobre mí.

—Hmmm. Veo que no has seguido mis consejos. Qué pena.

Cruzo los brazos y le dirijo una mirada oscurecida.

—¿Qué quieres?

—Eh, tranquila, tigresa. ¡Solo he venido a hablar de trabajo!

Sin demorarme en el sabio calificativo de «tigresa», me doy media vuelta y empiezo a alejarme.

—Lo siento, pero no voy a hacer el diseño para ti, Rip. He cambiado de opinión. ¡Y te prohíbo que le digas a la gente que somos... *amigos*!

Me alcanza en dos pasos y me agarra del brazo. Una descarga eléctrica me atraviesa. Lo retiro con brusquedad.

—Estas bromeando, ¿no?

Su voz es seca y venenosa. Tengo la impresión de que realmente espera que le haga el diseño.

—¿Y por qué tantas ganas de que sea yo quien diseñe tu tatuaje? Jess está perfectamente dotada para ello. Solo tienes que confiar en ella.

Me dedica una mirada dura.

—Es justo porque ella me ha dado tu nombre que quiero que seas tú quien me lo haga. Te has comprometido, y ella también. No puedes echarte atrás.

—Te recuerdo que no he firmado nada.

—¿Entonces no tienes palabra?

Me muerdo los labios. Sí, tengo palabra. Y detesto ser obligada a faltarla por su culpa. Al ver que no respondo, levanta una ceja.

—¿De qué tienes miedo, Derbis? ¿Tienes miedo de quedarte sola conmigo?

Siento mis mejillas enrojecer. De igual forma, mi cuerpo me traiciona. Tengo todavía las advertencias de Maxime en mi cabeza y me resulta difícil no mostrarme suspicaz.

Con una sonrisa fría, Rip cambia bruscamente de táctica:

—De todas formas, si te echas atrás en nuestro acuerdo, puede que Jess me saque de su lista de clientes.

¡Joder! ¡Ahora me chantajea! Normal, sabe perfectamente que no le haría nunca eso a mi tía.

—He prometido venir a ver tu trabajo y confiarte el proyecto si lo que haces me gusta, así que vamos a hacer lo que estaba previsto.

Inspiro profundamente; tengo que calmarme.

—Has decidido amargarme el día, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Por qué me buscas? ¿No tienes suficientes petardas a tu alrededor para que te diviertan?

Su rostro se ilumina con una sonrisa encantadora. Esa sonrisa carnicera y coqueta que me hace zozobrar.

—Demasiado fácil. Prefiero lo difícil. Sabes bien que adoro los desafíos. Alegra mis días... y mis noches.

Joder, debería haberlo sabido. Está al corriente de que no soy como las demás: no me desmayo ante él ni me lanzo a sus brazos al menor gesto.

—No soy un desafío, Rip. Así que déjalo estar. De todas formas, para demostrártelo, aceptaré tu propuesta. Estoy de acuerdo en mostrarte mi trabajo, como estaba previsto.

Una luz brilla en sus ojos de acero. Parece intrigado y un poco decepcionado. Desliza sus manos hacia los bolsillos en un gesto despreocupado.

—Vale. Entonces ven mañana por la tarde a mi casa con tus diseños. Miramos si lo que has hecho me gusta y te explico mi proyecto.

Hubiera preferido quedar en un sitio neutro, pero siento que, si voy en contra de lo que propone, lo encontrará excitante.

—OK. A las 19:30 me va bien. Pero pongo una condición.

—Te escucho.

—Si el proyecto no me inspira, declino.

Me tiende la mano en señal de acuerdo. La tomo.

Me arrepiento al momento, cuando unos escalofríos recorren todo mi cuerpo.

Cuando Rip se va, Justine me salta literalmente encima. Maldita sea, me había olvidado por completo de la pobre.

—Entonces, ¿se lo has pedido?

Estoy tan absorbida por lo que acaba de pasar que no comprendo de lo que me habla.

—¿Qué?

—Las entradas.

«¡Mierda, las entradas!».

—No, se me ha ido de la cabeza.

«¡Y que lo digas!». Escucho el ruido desagradable que hace la pequeña voz en mi cabeza. Se burla de mí.

—Pero, si quieres, se las pido mañana.

Justine me dirige una mirada incrédula.

—Puede que sea cotilla, pero... ¿qué es ese proyecto del que hablaba Rip?

«Cotilla», sí. Es la palabra correcta. Hago una mueca. Bueno, ¿se lo digo? ¿No se lo digo?

Se lo digo:

—Diseño tatuajes para mi tía, que tiene un estudio. Es un trabajo de estudiante, en cierta forma. Y tengo que hacer uno para Rip... Bueno, si le gusta, claro está. ¡El señor quiere comprobar con quién está tratando antes de tomar una decisión!

Justine se me queda mirando estoicamente. Después, su mirada se ilumina.

—Oh, ¡Dios mío! ¡Qué locura! ¡Vas a diseñar algo que será incrustado en la piel de Rip! Pero ¿te das cuenta? Es como si te confiara una parte de su cuerpo para grabar alguna cosa que viene directamente de tu alma... Ahhh, ¡es demasiado *cute*!

No, no me quiero dar cuenta. Joder, ya es bastante difícil sin añadir una pseudocomplicidad simbiótica que jamás existirá.

—En todo caso, vas a poder verle desnudo... ¡Qué oportunidad!

Palidezco.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, en función del sitio donde quiera hacerse el tatuaje, tendrá que mostrarte...

¡Mierda! No había pensado en eso. Tengo necesidad de saber dónde pretende hacerse el tatuaje antes de diseñárselo. Siempre que haya planeado hacérselo en una zona decente...

Confrontación íntima

Al día siguiente, agrupo mis croquis en la carpeta sin gran convicción. Durante todo el día he planificado cosas para evitar la confrontación. Pero es imposible; no puedo arriesgarme a que Jessica pierda un cliente. Y menos este. Es más, está más aliviada desde que le he dicho que me he repensado la situación.

—Oh, joder, Kat, ¡me habías asustado! No sabía cómo convencer a Rip de que viniera al estudio. Estaba segura de que me hubiera mandado a paseo. Es duro en los negocios, ¿sabes? Y si lo pierdo, pierdo también una buena parte de mi clientela.

—¿Tan importante es?

Mi tía me mira como si le hubiera dicho la estupidez del siglo.

—No puedes ni imaginarte la cantidad de tías que quieren que les haga una réplica de alguno de los tatuajes de Rip. ¡Están dispuestas a pagar varios cientos de euros para tener algo en común con él!

Es increíble. Y yo que pensaba que los tatuajes eran algo estrictamente personal...

—En todo caso, lo tuve al teléfono después de nuestra salida del Wizz. Insistió en que fueras tú y solo tú quien diseñara su tatuaje.

Soy escéptica. ¿Por qué quiere que le muestre los croquis si ya ha tomado la decisión?

Con la carpeta bajo el brazo, llamo vacilante a la puerta de la mansión de Vincennes. Es Rosa quien abre, para mi gran alivio.

Durante el trayecto, he diseñado un plan: vació rápidamente mi carpeta y me largo. Después de todo, Rip no me ha dicho que tenga que estar presente mientras mira mi trabajo. Podrá decirme algo por mensajes.

¡Hermosa prueba de cobardía! Pero no me importa, cuanto menos vea a Rip, mejor. Y si puedo evitar cruzármelo, estará bien para mí.

«¿Tienes miedo de quedarte a solas conmigo?». Las palabras de Rip vuelven a mí. Joder, quizás tenga razón.

—Entre, señorita Du Verneuil. El seños Saveli ha insistido para que os acompañe en estas dependencias.

¡Mierda! Se diría que Rosa no quiere que me vaya.

—Pero...

—Nada de peros. Tengo indicaciones y tiendo a respetarlas. Venga conmigo, por favor.

Su voz es neutra. La sigo con el ceño fruncido. Solo faltaría que se metiera en problemas por mi culpa. Maldigo interiormente a Rip; no pierde nada por esperar.

Me dirige hasta la planta en la que nos recibe un ruido de guitarra eléctrica. Rosa me acompaña entonces hasta una puerta acolchada, al fondo del pasillo.

—Adelante, entre. Raphaël no debería tardar mucho.

Giro el pomo dubitativa. Me encuentro en una habitación pequeña y acristalada, con todo un equipo digno de los grandes estudios de grabación. A los controles está Royce con unos cascos en las orejas.

A mi entrada, me hace una señal para que me quede en una esquina. También me hace un

gesto inequívoco para que guarde silencio. ¡Qué amable es este tío!

Pero no me importa, otra cosa llama mi atención. Al otro lado del cristal está Rip.

Está sudado. Con la guitarra en la mano se eleva con un *riff* impresionante. Parece que la guitarra y él sean uno solo. Sus dedos corretean por las cuerdas con una habilidad desconcertante. Acaba por hipnotizarme completamente.

Guau. Este tío es un verdadero virtuoso. Mis dedos se tensan sobre la carpeta cuando gira la cabeza y sus ojos se hunden en los míos. Me dirige una sonrisa ladina, como si estuviera contento de que estuviera ahí. Yo me quedo quieta, incapaz del más mínimo movimiento. Su camiseta sin mangas deja ver los numerosos tatuajes que bailan sobre sus músculos. No despego mis ojos de su cuerpo. Tengo la impresión de que me falta el aire.

Rip continúa tocando sin dejar de mirarme. Su mirada se oscurece cuando entona un aire menos brutal, aunque parezca más apasionado. Se acerca al micrófono y empieza a cantar.

Guau. Su voz es mágica, más fascinante en persona. Las palabras cuentan la historia de una pareja y la dificultad de las relaciones humanas. Hablan del amor destructor de un hombre y de una mujer, que los maltrata y acaba por destruirlos. Es poderosa, pesada y extremadamente sensual a la vez.

Durante todo el rato, Rip me mantiene prisionera en sus iris hipnóticos. Hasta el final.

No sé cuánto tiempo más ha durado esto, pero tengo la impresión de que podría haberme quedado así durante horas, mirando su boca rozar sensualmente el micrófono. Si la canción no hubiera terminado, estaría definitivamente muerta por haber contenido la respiración.

Me siento literalmente vacía. Vacía pero extrañamente bien. Es como si hubiera dado seis vueltas en una pista de atletismo y las endorfinas empezaran a hacerme efecto.

—Súper, tío, ¡la guardamos!

La voz de Royce me hace sobresaltar. Deja los cascos mientras corta el micrófono, después se gira hacia mí y me dirige una mirada sospechosa. Aprieto la carpeta contra mí, como para protegerme, y le dirijo un gesto con la cabeza.

—Hola.

—¿Así que eres una artista? —pregunta, señalando la carpeta con el mentón.

Asiento.

—Eso parece.

Royce me dirige una pequeña sonrisa sardónica que inmediatamente desearía borrarle a bofetadas.

—Un consejo, pon distancia con Saveli, querida. O te vas a quemar tus bonitas alas.

Levanto los hombros y su mirada se oscurece.

—Las chicas inteligentes no juegan con los demonios.

Un brillo extraño atraviesa sus pupilas. Tengo ganas de contestarle que estoy lejos de ser lo que parezco, pero no me da tiempo a responder porque Rip aparece en el estudio.

—Hola, Derbis.

—Si quieres que trabajemos juntos, Rip, deja de llamarme con ese apodo de mierda. Y ahí estoy. Apenas acabo de entrar en la habitación y ya me saca de mis casillas.

—De acuerdo. Te llamaré Kataline, entonces —dice provocándome todavía más.

Se sigue riendo de mí. Otra vez más. Le contesto con un tono lo más seco posible:

—Kat es suficiente.

Frunce el ceño, pero cede.

—Kat, entonces. Aunque, francamente, prefiero Kataline. ¿Has traído los dibujos?

Le enseño mi carpeta.

—Bien. Veámoslos. Royce, te digo algo mañana, tío.

Royce choca la mano que Rip le tiende.

—Sí, me largo. No te olvides del jefe. Necesita una respuesta como muy tarde mañana por la mañana. El viernes llegará rápido, así que tenemos que tener tiempo para organizarlo todo.

—No te preocupes. Ya me espabilo. Tendrá su respuesta a tiempo.

Royce se levanta y me lanza una mirada fría y penetrante que me hace estremecer. Definitivamente no parece que le guste demasiado. Sostengo su mirada sin parpadear. Antes de salir, se detiene un instante delante de mí, como si quisiera decirme algo. Pero a último momento se lo piensa y sale de la habitación sin mirarme más. ¡Cómo me enerva este tío!

Una vez que ha salido, Rip se vuelve hacia mí. Parece casi jovial, aunque no le pega.

—Bueno, ¿vamos, Derb... Kat?

Vaya, el señor hace esfuerzos... Vamos progresando.

Lo sigo y pasamos la puerta justo al lado del estudio. Me acuerdo que esta era la habitación de la que salían los gritos de Lucie. El recuerdo me hace temblar del asco. Para mi sorpresa, entramos a un inmenso salón, con un sofá de ángulo negro lleno de cojines blancos y una pantalla gigante colgada de la pared. Las cortinas opacas oscurecen la habitación, pero distingo otra puerta en la pared izquierda.

Rip echa un ojo hacia atrás para ver si lo sigo.

—Puedes poner tus cosas en el escritorio.

Me lleva hasta una gran bandeja de teca llena de papeles en el fondo de la habitación.

Aprovecho para admirar los carteles de cine, algunas fotos y las guitarras eléctricas colgadas en las paredes. Hay una decena, de distintas marcas: Gibson, Fender, PRS, Jackson..., y dos bajos.

Guau, ¡que bonitas son!

Rip recoge una camiseta de una de las dos sillas que están en el escritorio.

—¿Me das permiso para tomarme una ducha? Las grabaciones son... bastante intensas.

Mis ojos se deslizan por sus brazos brillantes de sudor. Con sus tatuajes, le da un toque sensual y me cuesta apartar la mirada.

Trago con esfuerzo y constato por su expresión de mofa que es perfectamente consciente del efecto que produce en mí. aclaro la garganta antes de responder.

—No hay problema. Espero.

—Bien. Ponte cómoda, tardo cinco minutos.

Me guiña el ojo y se va hacia la habitación contigua (que me imagino que es su dormitorio). Debe de tener también un baño. Respiro hondo. Lo tensa que estoy en su presencia...

Aprovecho este momento de soledad para abrir las cortinas y explorar la habitación. Es grande y luminosa. Picada por la curiosidad, me dirijo hacia las fotos colgadas en la pared. Son principalmente fotos de conciertos, pero también hay otras en las que se ve a Rip con algunos de los mejores guitarristas del mundo: Jimmy Page, David Gilmour, Keith Richards... e incluso Slash.

¡Joder! ¡Alucina!

En las fotos, Rip parece un ángel. Agarra fuertemente su guitarra y las estrellas le dan un abrazo como si se conocieran desde siempre.

Hay algo bastante raro en estos retratos, pero no consigo ver el qué.

Es extraño penetrar en su intimidad así. Extraño y, al mismo tiempo, incomodador. Me dirijo

al escritorio y empiezo a hacer un poco de sitio para extender mis diseños.

Sobre las decenas de hojas que se amontonan, las partituras y las letras de canciones están garabateadas. Tomo una al azar. Conozco bien la música. He crecido entre ella. Mi madre me enseñó piano, danza y canto. Mi ojo está entrenado en este dominio y me doy cuenta inmediatamente de la calidad del trabajo que tengo entre manos.

Un ruido detrás de mí me sobresalta. Dejo inmediatamente la hoja que tenía entre las manos.

—La curiosidad es un defecto feo.

Siento enrojecer mis mejillas hasta las orejas. Con un movimiento seco, abro mi bolsa de par en par.

—No había sitio...

Esta justificación pueril me cuesta una risa burlona por su parte. Me doy la vuelta para meterlo en su sitio, pero me paro en seco.

Rip está solo vestido con unos tejanos rotos de cintura baja. Tiene el pelo mojado e intenta secarlos con una toalla mientras me mira con los ojos brillantes.

Dios mío, ¡no debería estar permitido ser así de sexi! Los latidos de mi corazón se aceleran. Ver que soy tan susceptible a su encanto me cabrea.

Su pelo húmedo acaba en finos mechones sobre su frente y tengo unas ganas terribles de pasar mi mano por ahí. ¡Joder! Respira, Kat. ¡Recomponte!

«¡Para! Adoras mirarlo medio desnudo... Te encanta, ¡confiésalo!».

Levanto un dedo imaginario a la vocecita que me provoca.

—¿Podrías vestirte, por favor?

—¿Por qué? ¿No has visto nunca a un tío desnudo?

Le lanzo una mirada oscura sin responder y me siento sobre la silla del escritorio para hacer la elección de mis diseños. Se acerca y mira por encima de mi hombro. El perfume de su gel de ducha se mezcla con su olor y me inunda las fosas nasales. Evito respirar y pensar en el calor que emana su cuerpo y que invade mi espacio.

—Hmmm. Jess no mintió. Tienes un don.

—Gracias.

Toma una de las hojas sobre la que hay diseñado un dragón realista.

—Buen golpe de lápiz. Pero, dime, ¿haces cosas menos tradicionales? Tipo... ¿arte contemporáneo?

Busco entre mis croquis y le muestro una obra que representa un ojo anidado en un reloj espiral. Se diría que ha salido del universo de Tim Burton.

—Sí, es esto. Esto es lo que quiero, algo más abstracto.

Su frase promueve mi interés. Me gusta mucho este estilo que llama a la inspiración del artista. Permite trabajar la obra como pieza central y distinta, respetando una cierta armonía con las formas del cuerpo y los otros posibles tatuajes.

—Explícame tu proyecto.

Rip coge una silla y se sienta a horcajadas delante de mí.

—La muerte... Quiero una cortacésped posmodernista. Algo atípico. Aterrador y bello a la vez. Morboso y surrealista. Algo un poco loco... con esta cara.

Me tiende la foto de una chica rubia con el pelo flotando al viento. Parece una foto vieja, porque tiene los bordes amarilleados y está desgarrada por un lado, como si la hubieran cortado intencionalmente.

Inclino la cabeza, perpleja, y fijo la mirada en el magnífico rostro de la chica que me sonrío

desde el retrato.

—¿Y dónde quieres el tatuaje?

Señala el lateral de su vientre con su índice.

—En el costado.

Trago mirando su dedo moverse por su piel.

—Hmmm, OK. ¿Y la medida?

Baja hasta la cintura de su tejano, ya muy bajo, y con la otra mano señala bajo su pecho derecho.

—Es una pieza grande... Aquí duele mucho, ¿no?

Levanta una ceja.

—Sí, ¿y?

—No sé. Es por saber.

Él se burla.

—¿Te preocupa que me pueda doler? Te pido diseñarme un tatuaje, no que te preocupes de mi salud. Además, ya tengo uno en el otro costado. Sé lo que hago.

Le cojo la hoja de las manos y la apoyo en la pila de bocetos junto con la foto.

—De acuerdo. Pero que sepas que tengo muy en cuenta el sitio del tatuaje antes de diseñarlo. Te guste o no, haré como siempre.

—Entonces, ¿lo harás?

Le echo una mirada de reojo. Parece que no puede estar más serio.

—Si confías en mí, sí.

—Completamente.

No pensaba que fuera a acceder tan fácilmente; y que yo también lo haría, tampoco. Mi profesionalismo toma el mando.

—Bien, entonces tendré que hacer unas fotografías del... sitio. Para tener en cuenta las proporciones. Y tengo que mirar también los otros tatuajes para que estén en armonía.

Se levanta y se cruza de brazos.

—Soy todo tuyo.

—Bien.

¡Estoy perdida!

Me levanto y me acerco a él prudentemente. Su olor penetra nuevamente en mí. Huele muy bien.

Dios mío, si empiezo a pensar así, no terminaré nunca.

Inspiro y le doy la vuelta para observar los tatuajes que adornan su espalda. Tiene muchos. Escrituras verticales sobre el omóplato izquierdo en una lengua que no consigo descifrar. Unas pequeñas barras que forman una especie de mostrador. Un reloj antiguo que se deshace y pierde sus números romanos sobre la espalda derecha. Unos engranajes. Un árbol muerto en la parte baja de su espalda con un cráneo posado junto a una mano con uñas afiladas.

En el centro de su nuca también hay una mariposa esfinge. Y justo en el centro de sus omóplatos, dos tipos de muescas que parecen la decoración de molduras barrocas.

Sigo con mi exploración preguntándome si todos estos diseños tienen realmente un significado para él o si están vinculados a eventos de su vida.

Acabo de darle la vuelta para encontrarme frente a él. Mi corazón late demasiado deprisa. Evito levantar los ojos y continúo la exploración.

En el lado izquierdo del torso hay un cuervo que pone las semillas en su corazón. Las alas del

pájaro se extienden hasta su hombro. El tatuaje está salpicado de manchas de color rojo. Debajo, nuevamente escrituras indescifrables que descienden hasta su cadera. Son magníficos.

Atrapo su puño para examinar un esqueleto abrazando a una calavera mejicana con los ojos cerrados en el bíceps derecho. En la parte interna del antebrazo, un demonio sobre un trono de cráneos me mira con una sonrisa maléfica. Termino en su mano, rodeada de zarzas y capullos de rosa. Sobre las falanges, unas letras describen la palabra «HALF».

Cojo su mano derecha y repito la operación. En este brazo hay una moto en perspectiva, una guitarra eléctrica y un búho; y sobre su mano, una tumba, donde se puede leer «R. I. P.».

Todos los diseños están vinculados entre sí, como si se tratara de una sola pieza inmensa que ocupa casi toda la parte superior de su cuerpo. Y se diría que esta pieza cuenta una historia. *Su* historia.

Levanto un poco su mano para leer las letras tatuadas sobre sus dedos: «DEAD».

HALF DEAD. Medio muerto.

Mis ojos se apartan de las letras para volver a su rostro. Y ahí, la intensidad de su mirada me congela en el sitio. De repente, libera su mano.

Estaba tan absorbida por sus tatuajes que no he visto que me miraba con atención.

Sus pupilas están dilatadas y tiene una expresión que no le había visto todavía.

Abro la boca por la sorpresa.

Sin avisar, Rip me atrapa el mentón para levantarme la cabeza. Para mi gran sorpresa, lo dejo hacer, incapaz de moverme ni de respirar. Lentamente, retira mis gafas y las deja sobre el escritorio.

Sus manos atrapan mi rostro y cosquillean mi nuca, dejando atrás un rastro que me quema. Trago cuando sus dedos repasan el contorno de mis pómulos y se deslizan sobre mi mandíbula.

La tensión aumenta todavía más cuando pasa un pulgar lentamente por mi labio inferior. Él empieza a respirar más fuerte. Mis párpados se entrecierran y el corazón me late tan fuerte que creo que va a explotar. Sus ojos se fijan en mi boca, como si no pudieran dejar de mirármela.

—Mierda...

Sin poder reaccionar, Rip se derrite sobre mí con un gruñido ronco.

Sus labios chocan con los míos con una sensualidad que despierta en mí unas sensaciones hasta el momento desconocidas. El calor de su boca contrasta con el frío de su *piercing*.

Intento liberarme, pero él me mantiene firmemente, evitando que me aparte de su agarre. El calor de su cuerpo, la dulzura de sus labios y la virilidad que emana de él detienen mi voluntad. Me rindo y me dejo llevar por su abrazo.

Su lengua juega con mis labios que acaban por abrirse y dejar paso a la mía. El mundo se detiene. Es como si hubiera encendido un fuego que llevaba extinguido demasiado tiempo.

Instintivamente, me agarro a sus brazos y lo oigo gruñir por mi contacto. Me aprieta un poco más contra él y desliza sus manos a lo largo de mi cuerpo. Después, me atrapa el pelo con firmeza y tira dulcemente de mi cabeza hacia atrás para profundizar todavía más su beso.

Con un gruñido me pega contra la pared. Me dejo invadir por las sensaciones de su boca sobre la mía, de su cuerpo contra el mío. Me empieza a faltar el aire y mi vientre se tensa cuando siento su deseo contra mí. Es como un dolor que se instala en el hueco de mi cuerpo, una necesidad urgente de saciar una sed que me devora por dentro. Una necesidad sube por mi garganta cuando su boca desciende por mi mandíbula.

—Kataline...

Su voz llena de deseo hace el efecto de una ducha fría y me devuelve bruscamente a la

realidad. «Dios mío, ¿¡qué estoy haciendo!?».

Con un relámpago de lucidez, me aparto y lo empujo con toda la fuerza de la que soy capaz. Abro los ojos horrorizada cuando mi mano se levanta para pegarlo. Pero rápido como un rayo, Rip me atrapa el puño antes que se acerque a su mejilla.

Entrecierra los ojos durante una fracción de segundo, sorprendido por mi gesto. Pero en vez de dejarse llevar o de defenderse, me tira contra él sin ceremonias. Me encuentro nuevamente pegada a su torso, con su olor irresistible invadiendo mi nariz. Rip planta entonces sus ojos fríos en los míos, de los que te congelan en el sitio.

Intento despejarme de un movimiento de hombros y lo amenazo.

—¡No vuelvas a hacer eso, Rip! ¡Nunca! Si no...

Mi intento de liberarme lo hace sonreír con ironía, lo que me enerva todavía más.

—¿Si no qué, Kat? ¿Me vas a pegar? Aunque me ha parecido que tú has disfrutado igual que yo de nuestro intercambio.

Tiene razón, debo admitirlo. Y eso me vuelve loca. Estoy furiosa. Con él. Conmigo. Con mi cuerpo que se acerca instintivamente a él, como si estuviera imantado. ¿Cómo me he podido dejar llevar así?

Rip acaba soltándome con desprecio y se apoya despreocupadamente sobre la pared de detrás, con los brazos cruzados. Ha recuperado su calma y su posado; como si no hubiera pasado nada. Aun así, un pequeño músculo sobre su mejilla revela su cólera. Sus ojos son de hielo.

—Tú... Tú...

Mierda, no sé qué decir. De nuevo, una buena ocasión de parecer ridícula.

Aprieto los puños y reagrupó rápidamente mis diseños. Me pongo las gafas en un movimiento enfurecido. Escucho a Rip reír.

—Eres increíble, Kataline, ¿lo sabes? Increíble y deliciosa.

Giro la cabeza enérgicamente en su dirección. Él complementa su provocación pasando su lengua por los labios en un movimiento lascivo. Maldigo mi cuerpo por estremecerse ante esta visión erótica.

Con un suspiro de rabia, paso por delante de él y me dirijo a la salida.

—Te lo juro, Rip, si te atreves a hacerlo otra vez, ¡esto se acaba!

Salgo de la habitación sin mirar atrás. Como respuesta, oigo su risa burlona, que me persigue hasta casa.

Rendez-vous en Ink'Ladies

—¿Y bien, Kat? ¿Qué tal ayer por la tarde?

Noto en la voz de Jess su inquietud.

—Bien, le haré el diseño —gruño.

—¿De verdad?

—Sí.

—Oh, gracias. Eres genial, cariño. Entonces, cuenta. ¿Qué ha escogido?

Apoyo la cabeza en las palmas de las manos y remuevo mi café con la cucharita de forma automática.

—Una cortacésped.

Jess extiende sus brazos.

—Solo una... ¿cortacésped?

Parece decepcionada.

—*Art nouveau*.

Su rostro se ilumina y se acerca a mí.

—Genial. Me encanta. No he hecho muchas, así que está guay.

Yo tampoco. Así que no sé lo que va a salir de este diseño. Extrañamente, estoy sin inspiración. Después de que me haya besado, no pienso en otra cosa. En su olor, en la dulzura de sus labios contrastando con el frío de su *piercing*, en el sabor de su lengua sobre la mía, la forma ardiente con la que se lanzó sobre mí cuando cedí (y a la que yo respondí como un adicto sin drogas).

Nunca nadie me había besado así.

«Veo que te ha gustado, ¿eh?». Mi conciencia todavía sigue ahí. Le cierro el pico con desdén.

«¡Joder, Kat, reacciona!».

Eh, bueno, no. Imposible. El recuerdo me deja un sabor amargo y dulce a la vez. Tiemblo de cólera y de deseo al mismo tiempo.

¿Por qué estoy así con este tío? Nunca me hubiera dejado hacer ni la décima parte de lo que me he dejado hacer con este tío. Peor: ¡yo también lo he besado, joder! Y si no hubiera retomado el control, solo Dios sabe dónde hubiera terminado.

«En su cama, ¡pardilla! ¡Babeas ante un cuerpo como el de Apolo como si fueras una loba!». ¡Maldita voz! La golpeo con un buen derechazo para silenciarla.

Llevo evitando al sexo opuesto desde hace tres años, y basta con que llegue Rip para ponerlo todo patas arriba. Debería asquearme su contacto. En vez de eso, me encuentro temblando y casi maullando en sus brazos, como si fuera una gata en celo. ¿Será eso lo que me enerva tanto? ¿Por qué me atrae como un imán? ¿Por qué este tío me deja así de vulnerable?

Estoy completamente perdida. Y es por eso que no dudo en trazar una línea. Tampoco sé para cuándo quiere este boceto. Me he ido como si fuera una ladrona y no hemos tenido tiempo de terminar la negociación. ¡Qué mala suerte!

—¿Cuándo lo vuelves a ver, entonces?

Estoy segura de que Jess ha notado algo; siempre ha tenido muy buena nariz para estas cosas.

Suelto un suspiro que me rompe el alma.

—Tengo que llamarlo para acordar la fecha.

—No hace falta.

Levanto una ceja.

—Tiene que pasarse por el estudio al final de la tarde. Solo tienes que venir.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Así podrás quedar con él.

—Ah... Bueno, vale, me pasaré.

Finalmente me aseguro de saber que Jess estará ahí la siguiente vez que lo vea.

—Bien. Y, de mientras, dime por qué no te has puesto la nueva ropa.

A las 8:10 me apresuro a salir del apartamento cuando suena el timbre de casa. Es Maxime.

—Hola, Max, ¿qué sucede?

Se queda en el marco de la puerta y me observa. Debe de ser un choque para él. Maldigo a Jess en silencio.

Me ha obligado a llevar uno de mis nuevos tejanos, con una camiseta de manga larga entallada, demasiado para mi gusto. ¡Es verdad! Si la comparo con las sudaderas y los chalecos que suelo llevar, ¡esta camiseta es exageradamente apretada!

Me siento incómoda, porque tengo la sensación de estar expuesta, como en una vitrina. Según mi tía y su chico, mis formas no tienen nada que envidiarles a los ángeles de Victoria's Secret y debo enseñarlas con orgullo. ¡Qué fácil decirlo! Todavía escucho a Jess sermonearme: «¡Es una locura tener un cuerpo así y sentirse tan mal por dentro!».

—Eh... Kat, ¿te encuentras bien?

Suspiro levantando mis ojos al cielo y le doy la espalda.

—Déjalo estar, Max. Me voy a cambiar...

—No, ¿estás de broma? No, no, no te vas a cambiar, estás... muy bien así. Y llegaremos tarde.

Lo miro de reojo. Está rojo como una amapola.

—Pues deja de mirarme como si hubieras visto un extraterrestre.

—Es verdad que sin tus faldas largas y todo, estás... diferente. Pero no te preocupes, me acostumbraré.

«¡Ahí lo tienes!».

Traga.

Jess llega en ese momento y me atrapa por la nuca.

—Hola, ¿a que así está buena nuestra pequeña Kat?

Oh, Dios mío, ¿cuándo va a parar esto?

—Muy guapa.

Hago una mueca. Debo cambiar de tema.

—Gracias. Bueno, no nos vamos a quedar dos horas aquí. ¿Por qué estás aquí, Max?

Sacude la cabeza como para reordenar sus ideas. Debe tomar a Jess por una loca.

—He pensado que estaría bien pasar a buscar a Kat para ir a la universidad. Y, después de clase, podríamos dar una vuelta por el centro de recursos para avanzar con el trabajo.

Jess responde por mí.

—Ah, no, lo siento, pero esta tarde tiene que estar en el estudio para...

La corto.

—Trabajar. Voy al estudio para trabajar.

—Oh, vale, no pasa nada.

Parece decepcionado. Es verdad que, dicho así, mi respuesta ha sonado a una coartada falsa. Y no quiero contrariarlo. Es realmente amable conmigo.

—¿Quieres venir? —pregunta Jess entonces.

—¿Al estudio?

—¡Claro, tonto! —responde, burlona.

—Jess...

Mi tía a veces me avergüenza.

—Sí, ¿por qué no? ¿Trabajas haciendo qué, Kat?

¡Es el momento de la verdad, amiga!

—Diseño tatuajes para Jess. Y tiene un cliente que tiene un proyecto que yo tengo que diseñar.

—Qué guay. Parece divertido.

—Es tu hermano —interviene nuevamente mi tía.

—¿Qué?

—El cliente. Es tu hermano.

Maxime inmediatamente frunce el ceño y aprieta los puños.

—De acuerdo, vengo.

Al finalizar las clases vamos directamente a Ink'Ladies. Maxime ha estado todo el día enfurruñado; sospecho que la quedada de esta tarde tiene mucho que ver. E incluso así, ahora que estamos de camino, se contenta con responder a mis preguntas con los labios apretados.

Cuando entramos al estudio mi corazón se salta un latido al descubrir a Rip instalado cómodamente en uno de los sillones de la entrada. Está leyendo una revista y tiene una taza de café humeante en la mano. ¡Joder, maldita obra de arte de moda con pelos desordenados!

Está absorbido en su lectura, como demuestra su mueca en la boca, la cual forma una pequeña arruga en la esquina de sus labios magníficos.

«Te gustaría hacérsela desaparecer con la lengua, ¿a que sí?». Me abstengo de dar un golpe de Vovinam Viet Vo Dao para acallar a la voz y me obligo a mostrarme impasible.

La máquina de tatuar se enciende y la música está a tope. Jess está trabajando.

La puerta se cierra detrás de mí y Rip levanta la mirada hacia nosotros. Frunce el ceño al ver a su hermano. Después, sus labios forman una pequeña sonrisa burlona cuando sus ojos se posan sobre mí. Sé que él también piensa en el beso que intercambiamos, y eso hace que me ponga roja.

—Hola, Rip.

Me fuerzo por sonar neutra, con intención de probarle que lo de ayer no significa nada para mí y que he pasado a otra cosa. Aun así, en mi interior, todo mi cuerpo me recuerda con intensidad el momento de locura. Me estremezco muy a mi pesar.

—Ah, ¡por fin! Casi tengo que esperar.

Se levanta y avanza hacia nosotros. Su mirada se fija en mis labios y siento cómo el color sube hasta mis mejillas. «Mientras Maxime no lo note...». Afortunadamente, Rip no hace ningún comentario.

Se dirige a su hermano en tono de burla:

—¿Vienes a tatuarte, Fly?

No puedo evitar intervenir ante el tono sarcástico de Rip.

—¿Y por qué no? Los tatuajes no están reservados a una cierta categoría de personas. Conozco a mucha gente que se los hace. Es cuestión de personalidad. A mí, personalmente, me llama más la parte artística.

Rip levanta una ceja. Luego, se sienta despreocupadamente en la butaca mientras coge su taza humeante.

—Si tú dices, Derbis...

Me llama por este odioso apodo expresamente. Sabe que me enerva. De golpe, prefiero no darle la oportunidad de burlarse todavía más de mí y decido ignorarlo.

En ese momento, Jess sale de la cabina de tatuajes con... ¡Mégane!

—Eh, Kat, qué bien que hayas venido.

Mi tía me atrapa calurosamente en un abrazo.

—Le dije a Rip que sin duda te pasarías a arreglar los detalles del pedido. Empezaba a inquietarme al no verte llegar.

Asiento con la cabeza para tranquilizarla.

Mégane, vestida simplemente con un *short* enano, unas medias opacas y un top exageradamente escotado, se inclina hacia Rip para mostrarle su nuevo tatuaje, una mariposa en el seno derecho.

—Mira, Rip, cariño. ¿Qué te parece?

Se sienta sobre el reposabrazos y tira de su camiseta manchada, ofreciéndonos una vista desde arriba de su sujetador rosa de encaje. ¡Mira que puede ser vulgar!

Esto último no debe de ser la opinión de los hombres presentes en la habitación, que no se privan del espectáculo de seducción, para más placer de la chica que se cree la más bonita.

—Es mono —dice Rip acariciando el contorno del tatuaje, brillante por la pomada.

Patético.

¡Qué gilipollas! Liarse con la mejor amiga de su chica y besarme la noche anterior no parece suponerle ningún problema de conciencia. ¡Es tremendo!

Cruzo los brazos sobre el pecho para evitar gritarle todo lo que pienso de él.

Jess me guiña el ojo.

—Bueno, tenemos que fijar la visita. Ponte cómoda, Kat; vas a hervir con el abrigo puesto.

Sin pensarlo, me giro para colocar mi chaqueta en el perchero. Rip maldice y oigo la taza chocar contra el platillo.

Me doy la vuelta y me doy cuenta con horror de que todas las miradas se dirigen a mí. Bajo la mirada.

¡Joder! No es a *mí* a quien miran, sino a mi culo, apretado por los tejanos. Mi ropa deja adivinar las formas y tengo la impresión de que esto ha perturbado a la audiencia.

Me sonrojo aún más y tiro de mi camiseta para intentar esconder el trasero. Sabía que tenía que haberme dejado el abrigo.

Jess me dirige una pequeña sonrisa satisfecha.

—¿Has cambiado algo, no, Kat?

La voz de Mégane es amarga como la cicuta. No le respondo. En cambio, me contento con mirarla con una sonrisa cursi. Pero esta desaparece cuando cruzo la mirada con Rip, quien recorre mi cuerpo como si estuviera apreciando cada centímetro. Pasa la lengua sobre su labio inferior y la muerde mientras me mira directamente a los ojos.

Reprimo mis ganas de levantarle el dedo, pero Mégane se encarga de vengarme dándole un

codazo en las costillas.

Me apresuro a sentarme en el mostrador de recepción para recomponerme. «¡No volveré a ponerme este maldito tejano!».

Afortunadamente, Jess saca su agenda y todos la prestan atención.

—Bien, veamos. ¿Qué te parece el sábado que viene, Rip?

«¿El sábado que viene? ¿Está loca?».

Rip reflexiona unos segundos y después asiente.

—Tengo algo el día anterior, pero me va bien. ¿Kat?

Me sobresalto.

No tengo ganas de darle una razón a Mégane o a Rip para desacreditarme, así que miento (teniendo cuidado de adoptar un tono indiferente para ocultar mi pánico):

—Me va perfecto.

Rip se levanta y se pone delante de mí, con las manos sobre el mostrador.

—¿Has empezado algo ya? ¿Me lo muestras?

¡Mierda! Estoy segura de que sospecha de algo.

—No, no ha tenido tiempo. Hemos estado mucho juntos... últimamente.

Max ha venido a mi rescate. Debería darle un beso por esta intervención. ¡Con todo el honor, por supuesto! Pero cuando veo la mirada que Rip le lanza, me digo que no sería una buena idea.

Hay una rivalidad entre los hermanos, y tengo la desagradable sensación de que yo soy la causa.

—Pues deberías dejarla un poco en paz para que pueda trabajar. ¡Le pago para eso!

¡Qué mezquindad!

—En realidad es a Jess a quien pagas, Rip. Y no te preocupes, me pondré a ello. Tengo que retroceder para poder avanzar. He tenido algunos problemas muy desagradables últimamente que han perturbado mi inspiración.

¡Y ahí está! «¡Chúpate esa, donjuán!».

Doy en el blanco. Rip entrecierra los ojos peligrosamente y frunce los labios. Sabe perfectamente a qué evento estoy aludiendo.

Sostengo su mirada a pesar de los latidos acelerados de mi corazón.

Soy consciente de que lo que hago es mezquino para él, pero no soporto verlo ahí con su amiguita cuando la tarde anterior me devoraba los labios como si no hubiera comido durante siglos.

Rip retoma su soberbia y me apuñala en pleno pecho.

—Tienes razón. Es mejor que te dediques a tu arte. Es la única cosa que haces bien, ¿no? Para lo demás, deja hacer a los expertos.

«Ah, bueno, ¡ahí la has buscado bien!».

Por si no lo hubiera escuchado bien, coge a Mégane por la nuca y le mete la lengua en la boca sin ningún pudor.

De repente, la morena se enrolla alrededor de Rip gimiendo como si estuvieran solos en el mundo. Bajo los ojos y aprieto los puños de rabia. ¡Quiero arrancarle a su perra de las manos y pegarle una buena en la cara!

Su beso es tan largo que Maxime acaba por toser incómodo. Jess frunce las cejas mientras me dirige una mirada intrigada y retoma rápidamente la palabra:

—Tengo la impresión de que tenéis cosas mejores que hacer, chicos. Largaos. Te he apuntado para el sábado.

Mégane le dirige a mi tía una pequeña sonrisa gutural. Tiene las mejillas rojas y los ojos le centellean.

—Ups. Perdona, Jessica. Rip tiene el don de hacerme olvidar todo. Pero ¿cuánto te debo?

Jess le lanza una mirada de interrogación a Rip.

—Invito yo.

Fíjate, ¡qué hipócrita!

Mégane salta en su sitio.

—Oh, eres un amor, Rip...

Se acerca a él y le murmura algo en la oreja que le hace reír. Después, se levantan a la vez y ella desliza una mano por el bolsillo trasero del tejero de Rip mientras se dirigen a la salida.

Sin girarse, él nos saluda con la mano.

—Nos vemos el sábado, Jess.

Aunque eso me revuelve el estómago, no puedo evitar intervenir.

—Y para los bocetos, ¿cómo lo hacemos?

Se detiene en el umbral y gira la cabeza lo suficiente como para dirigirme una mirada de muerte.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Jugar con fuego

Para el miércoles siguiente todavía no he empezado el diseño. Cada vez que pongo el lápiz sobre el papel, la imagen de Rip aparece delante de mis ojos, y no consigo hacer nada.

«¡Es eso, eres una adicta! Un simple besito y ya estás medio desmayada...». Gong Bu a la voz que explota por el impacto del golpe. Fíjate, no sabía que era buena en kung-fu.

Bueno, vale. Debo reconocer que mi yo interior tiene razón. Me cabrea que Rip me tenga de esta forma. No puedo negar que hay algo. Pero lo más difícil es que no llego a definir lo que siento. Rip me cabrea y me atrae al mismo tiempo.

Mi pulso se acelera, mis piernas flaquean... Cada vez que estoy cerca de él es lo mismo. Y sé perfectamente que si quisiera volver a besarme, me dejaría de nuevo. Con el mismo sofocón que la primera vez, o incluso más. Aun así, me arrancararía la lengua antes de admitirlo abiertamente. Es una locura.

Suspiro.

¿No deberían disgustarme los hombres? ¿No debería huir de ellos como si fueran la peste? Pues no, con Rip tengo la impresión de no ser dueña de mis propios sentimientos. Mi cuerpo, este traidor, ha tomado las riendas. Y hace lo contrario de lo que le dicta mi corazón. Lo que siento en presencia de Rip es nuevo, lleno de contradicciones, y tan fuerte que me siento completamente indefensa. Me da miedo no poder controlar lo que ocurre.

«¿¡Y Max qué!?». Max... Estamos tan en la misma onda que creo que me aprecia más de lo que debería. Lo veo en sus ojos cuando me mira. Es guapo y tiene todas las cualidades para gustarle a una chica. Sin embargo... Sin embargo, le falta algo. La pequeña chispa que enciende las llamas.

Suspiro profundamente.

Yo, que me he jurado alejarme de todo representante del sexo opuesto y de mi corazón... Y aquí estoy, entre mis pulsiones y mi razón.

—¿Qué te pasa, Kat?

Me giro hacia Justine. «Ups, ¡pillada!».

—Nada. Pienso.

Me dirige una mirada compasiva.

—¿Un chico?

Me río entre dientes.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Tengo un remedio infalible. ¡Ir de compras!

—Yo tengo otro. Una buena ducha de agua fría, una buena serie y un bol de palomitas.

Estalla de risa.

—Ah, sí. Es otra buena solución.

Se vuelve a poner seria.

—Bueno, ¿es grave, doctora?

Sacudo la cabeza.

—No, déjalo estar. No es nada serio.

Es hora de cambiar de tema:

—Entonces, ¿adónde me vas a llevar esta tarde?

—Al Jerry.

Pongo los ojos como platos.

—¿El Jerry, el bar de moteros? Creía que querías ir de compras.

Conozco el bar. Es uno de los preferidos de mi tía. Justine levanta la cabeza.

—Cambio de programa. Tengo que ir a buscar un sitio para mis hermanos. —Se acerca a mí para susurrar—. Hay duelos el viernes por la noche.

No sé de lo que me habla. Viendo mi cara, prosigue haciendo una mueca:

—Ufff... Tienes que salir más. Un combate clandestino. En las arenas.

Mis cejas se levantan. Ya he escuchado hablar de estas historias de peleas de calle, pero nunca me han interesado. Es ilegal y peligroso.

—¿Y tú vas a estas cosas?

—Sí, pero siempre con Marco y Mat. No me dejarían ir sola. Los tíos que van ahí son verdaderos asesinos.

»Ni te imaginas la cantidad de tías que van a este espectáculo. ¡Hay barra libre de testosterona!

—¿Y no te preocupa que te detengan?

—Las arenas están vigiladas. No me da miedo.

Después de comer, Justine me dirige hasta la calle Halles, a la búsqueda de plazas para el espectáculo clandestino.

Viendo el bar, me alegro de haber escuchado a Jess y de haberme puesto el nuevo tejano, la camisa de Guess y la chaqueta de cuero. Con este *look* al menos me difumino en el entorno. Al final puede ser que vaya a pasar más desapercibida vestida así...

Desgraciadamente, cuando entramos, me doy cuenta de mi error: al cruzar la puerta, muchas cabezas se giran hacia nosotras. Sin prestar atención, Justine se dirige a la barra y se inclina hacia el camarero para murmurarle algo en su oreja. Incómoda, giro la cabeza hacia los lados y veo distintas miradas masculinas clavadas en mí. Maldita sea, debería haberme atado el pelo y puesto un gorro.

Justine vuelve hacia mí con una sonrisa en los labios.

—Ven conmigo, es en la sala de atrás donde ocurre todo.

Me coge de la mano y me dirige hacia el fondo. Las miradas nos siguen y mi corazón se encoge. No hay nada de tranquilizador en todo esto.

Pasamos una puerta escondida por una pesada cortina de terciopelo rojo vino y aterrizamos en una sala humeante en la que hay varios billares.

Toso. ¡Creía que estaba prohibido fumar en lugares públicos!

—Mira, ahí está.

No sé de quién habla, pero parece segura de sí misma.

—Espérame aquí, tardo un minuto.

La sigo con los ojos cuando se acerca a una mesa del fondo de la sala.

Cuatro tíos están jugando al póker. Entrecierro los ojos al ver los fajos de billetes que manejan. Están concentrados en su juego y parece que no han visto a Justine llegar junto a ellos.

El que está de espaldas a ella pone las cartas sobre la mesa y anuncia con voz segura:

—¡Escalera real, chavales! ¡Dadme la pasta!

Los otros tres dejan las cartas entre quejidos.

—¡Joder, Royce, eso no se hace! Ya estoy harto... ¡Ganas siempre!

¿Royce?

—¡Pues sí, tíos! Es la vida. ¿Qué coño haces aquí, Justine?

Justine tose casi ahogándose. ¿Cómo la ha visto? ¿Tiene ojos en la espalda? Mi nueva amiga se contonea mientras se acerca a él.

—Perdona que te moleste, Royce, pero Mat me ha enviado para recoger las entradas para el viernes por la noche. Me ha dicho que ya estabas avisado.

Royce se gira hacia ella y la mira con los ojos entrecerrados. Parece que duda si mandarla a paseo.

—¡Y que lo digas! Le voy a decir un par de cosas a tu hermanito. Está tarado por mandarte aquí.

Justine empequeñece.

—Tenía cosas que terminar... para la moto de Xav'. Y he sido yo quien se lo ha propuesto.

Royce cierra sus pequeños ojos de comadreja, como si no creyera su explicación. Después, se levanta y busca algo en el bolsillo de su chaqueta de cuero. Saca unos pequeños cartones verdes. Se los tiende a Justine, que le da un rollo de billetes de vuelta.

—Está bien. Ahora sal de aquí. No has venido sola, ¿no?

Su tono protector me hace casi sonreír. Frunce el ceño como si estuviera inquieto.

—No, estoy con una compañera de clase...

Me señala con el mentón y, cuando gira la cabeza hacia mí, veo la sorpresa pintada en la cara de Royce; pero no hace ningún comentario, y se contenta con un pequeño asentimiento de cabeza dirigido a mí. Después, abre el rollo de billetes que Justine le acaba de tender.

—Toma, id a tomar algo a la sala de al lado mientras termino.

—Pero...

—Tengo que ver a tu hermano, así que te llevo al mismo tiempo. Y no vale la pena que te niegues, ¡no tienes opción!

Ha hablado en un tono seco. A pesar de la cólera que se ve en el rostro de Justine, ella no replica. Con un movimiento brusco, regresa con paso decidido. Sus labios fruncidos y sus manos cerradas me indican que no le gusta nada recibir órdenes.

—¡Me cabrea que este tío se crea mi niñera! Ven, Kat, vamos a beber una cerveza al otro lado.

La sigo sin decir nada. No tengo muchas ganas de beber un refresco en un bar lleno de moteros que —la mayoría de ellos— parecen haber salido de prisión.

Afortunadamente, encontramos una mesita alta un poco apartada.

—¿Conoces a Royce?

Justine eleva la mirada hacia cielo.

—Sí. Es un colega de mis hermanos, Marco y Mat. Se conocen desde siempre y van siempre juntos. No sé exactamente qué es lo que hacen, pero conociéndolos, no puede ser nada bueno.

—Parece... protector contigo.

Hace una mueca.

—¡Claro! Hay veces que todavía cree que soy la niñita que los espiaba cuando reparaban sus motos. ¿No ve que me he hecho mayor y que no necesito que me cuiden? ¿Y tú? ¿De qué lo conoces?

—Estaba en casa de Max el otro día, cuando trabajábamos con nuestro proyecto.

—¿Max?

—Bueno, estaba con Rip, de hecho.

—¡Me sorprendes!

«Bueno, ¿y eso qué significa?».

—¿Por qué dices eso?

—Rip es su potro y su mejor amigo. Royce es su mánager en todo lo que hace. Y puedo decirte que está consiguiendo una gran cantidad de dinero.

El camarero nos trae el refresco y dos pajitas. Al momento de pagar, rechaza el billete que Justine le tiende.

—No, no, ya está arreglado. Por el tipo de la barra... Ha dicho que era para, y cito, «el culo bonito de la chica de la melena».

Roja, giro la cabeza y veo a un tío inmenso apoyado a la barra con una birra en la mano. Levanta la jarra hacia nosotras.

Justine ahoga un grito.

—Pero ¿te lo puedes creer? ¡Te tira la caña un *free-fighter*!

—¿Un qué?

Justine aplaude con los ojos brillantes. Está literalmente eufórica.

—Un *free-fighter*. Uno de los tíos que participa en las peleas. Mis hermanos son fans de este deporte, así que conozco a todos los boxeadores.

Lanzo una mirada discreta al tío, que continúa comiéndome con los ojos. Es realmente alto y guapo. Con su corte de pelo puntiagudo y su mandíbula cuadrada parece un comandante soviético.

Bebo del refresco como si nada, intentando calmar la cólera que me pone los pelos de punta. Siento malestar cuando me mira.

—Dices que lo conoces... Entonces, ¿cómo se llama?

—Es Mirko Waner. Su apodo es «el Limpiador», porque limpia todo a su paso. Es uno de los tíos que peleará el viernes por la noche... Será mortal.

—Eh, bueno, me apiado de al que le toque contra él.

—¡*Sip!*

Es raro, pero tengo ganas de saber más sobre estos combates clandestinos.

—¿Y cómo van exactamente las peleas?

—La regla es..., bueno, que no hay. Todos los golpes están permitidos y todos los estilos también. Boxeo, artes marciales, *jiu-jitsu*, lucha... En fin, todo lo que quieras, pero sin armas. El objetivo es derribar a tu oponente y hacer que se rinda.

—Impresionante. ¿Y hace mucho que vas?

—La primera vez que fui era demasiado pequeña para este tipo de cosas. Me resultó realmente difícil mirar. Tíos que se aplastan la cara con las manos desnudas... Es realmente violento. Pero más tarde aprendí a apreciarlo.

—Me cuesta comprender que se pueda hacer esto solo por el dinero... Los demás deben de ser un poco sádicos para hacer sufrir a los demás sin razón.

—Sádicos y masoquistas. Y a la vez lo veo muy sexi. Estos tíos son máquinas de matar, y a mí me da algo al saber que pueden aplastar a quien sea de un solo manotazo.

Estallo en una carcajada.

—¡Ah! El interés de las chicas por los chicos malos, ¡una condición reconocida!

Justine hace una mueca.

—De cualquier forma, deberías venir. Hay un ambiente de locos en las arenas.

Francamente, es un concepto que no me acaba de gustar del todo, pero me guardo mi opinión.

—Es ilegal. ¿La policía nos sabe nada de esto?

Justine se encoge de hombros.

—Están más o menos al corriente, creo. Pero lo dejan pasar.

—¿Y esto dónde se hace?

—Es un secreto. En general, se llevan a cabo en los almacenes o en los hangares. Depende. Pero no sabemos la localización exacta hasta el último momento. Un día te llevaré.

—Vale, mientras esperamos ese famoso día, aprovecho para ir al baño.

Me levanto y me dirijo al fondo de la sala. Al momento de cruzar la puerta, siento una mano agarrarme el trasero y otra deslizarse por mi cintura. Un fuerte olor a alcohol me invade las fosas nasales cuando me susurra en la oreja:

—Eh, Melenita, ¿dónde vas así? ¿Me buscas para darme las gracias?

Me congelo, aturdida. El tipo de la barra me está tocando el culo y subiendo la otra mano hacia mis pechos.

Mi sangre no termina su recorrido. En un cuarto de segundo mi pasado vuelve a resurgir y hace que se mezclen distintas emociones, demasiado contenidas hasta este momento. El miedo, el dolor, la desesperación, la resignación... El odio, la furia, las ganas de matar.

Me deshago de su agarre rápidamente y, poseída por mis instintos, levanto la mano sobre el tío en cuestión. Le doy una bofetada magistral y me preparo para darle otra cuando me atrapa la mano y la coloca detrás de mi espalda. Su pecho choca contra el mío y veo en sus ojos inyectados en sangre el brillo maligno que he provocado al rebelarme. Una mezcla de cólera y de deseo. Creo que he aumentado más sus ganas que otra cosa.

—Joder, me encanta que te resistas, Melenita. Es mejor todavía.

Mi rabia se multiplica por diez mientras peleo para soltarme. En vano. Es mucho más fuerte que yo. Gruño de frustración.

Maldita sea, quiero sacarle los ojos a este cabronazo.

—Suéltala, Mirko, está conmigo.

La voz de Royce me suena lejana, pero, de todas formas, el tipo relaja su agarre; aunque no me libera completamente.

—Qué pena. Necesito hacer ejercicio para el viernes. Ella me hubiera ayudado perfectamente a deshacerme de la tensión.

Para ilustrar sus palabras, reajusta su pantalón al nivel de la entrepierna. Un sabor a bilis sube por mi garganta y mi mirada se nubla. Conozco bien estos signos. Necesito calmarme a toda costa. Intento controlar la respiración y doblo los esfuerzos por no saltarle al cuello.

Mirko me libera y me alejo todo lo que puedo de él. Las piernas me flaquean y el pulso está en pánico. Tengo que concentrarme en otra cosa si no quiero que esto vaya a más. Cierro los ojos un instante para retomar control de mis emociones y empiezo a tararear una canción con los labios apretados.

Mirko me lanza una mirada sombría que me repugna todavía más. Royce se acerca a mí empujándolo.

—¿Estás bien, Kat?

Sacudo la cabeza, todavía incapaz de pronunciar otras palabras que no sean las de Mad

World. Me deben de tomar por una loca. Royce se gira hacia el coloso.

—Dame el número de tu habitación. Miraré si puedo mandarte a algunas chicas esta noche.
El rostro de Mirko cambia a una sonrisa lasciva.

—Ah, gracias, amigo. Sabes cómo cuidar a tus invitados. Ya conoces mis gustos: una melena larga y un buen par de tetas. El tipo de tigresa que me gusta domar...

Es en ese momento que noto su acento eslavo. Me dirige una mirada carnicera, como si fuera a devorarme. Cierro los párpados tan fuerte como puedo para olvidarme de su expresión perversa y continúo relajándome. Llego al final de la canción. La tensión no ha descendido.

—Hasta otra, Melena Preciosa.

La risa burlona de Mirko acaba por alejarse. Debe de haberse ido. Royce pone una mano reconfortante en mi espalda. Abro los ojos.

—Está bien, Kat. Ya estás segura. Intenta olvidar lo que acaba de pasar y respira lentamente.

El Royce que conozco ha desaparecido y en su lugar hay un hombre protector y atento. Murmura palabras tranquilizadoras para que me calme. Y actúa como un bálsamo. Mi pulso retoma un ritmo normal y mis manos dejan de temblar. Dejo de cantar.

—Gracias, Royce.

Le agradezco de corazón que haya intervenido. Sin él, no sé lo que habría pasado.

—De nada, estos tíos son incontrolables, y con el número de golpes que reciben en la cabeza, su cerebro acaba por estropearse. Mirko es un enfermo. Tiene la asquerosa tendencia de atacar a alguien más débil que él, las mujeres en particular.

Este es el tipo de persona que odio por encima de todo.

—Vamos, ven, busquemos a Justine, que os llevo.

Ni Royce ni yo hablamos de lo que acaba de pasar.

Inspiración

Dentro del coche que nos lleva a casa de mi nueva amiga, rumio a medida que repaso el incidente. Creo que si Royce no hubiera intervenido, habría petado, y solo Dios sabe cómo hubiera terminado esta historia.

En todo caso, una cosa es segura: no me hubiera imaginado que Royce pudiera ser así de caballeroso. En particular conmigo.

Se ha comportado como un verdadero caballero y, de repente, la opinión que tenía formada de él es completamente diferente. Ya no sé qué pensar.

Tiene mucha más empatía de lo que parece. Le estoy profundamente agradecida por haberme ayudado. Por otro lado, el episodio igualmente me ha demostrado algo, y es que yo pensaba erróneamente que me podía controlar en una situación así. Aparentemente, no es el caso. He estado cerca de entrar en bucle.

Una vez llegados a la casa de Justine, Royce para el coche y se gira hacia nosotras.

—Chicas, deberíais evitar venir a sitios como estos. Los frecuentan muchos tipos extraños.

—¿Hablas por ti, Royce?

Justine lo provoca: Veo en los ojos oscuros de él que le ha dolido. Pero, casi instantáneamente, un pequeño brillo cruza sus pupilas. «Fíjate, Justine parece afectarle más de lo que parece».

—¡Exacto! Y te aconsejo evitar a tíos como yo.

Justine frunce el ceño ligeramente, a pesar de la sonrisa que se obstina en conservar.

—Ya tengo a mis hermanos para que me hagan de papis, Royce. No necesito que te unas.

Ella baja del vehículo y, una vez fuera, se agacha hasta la altura de su ventanilla para darle un beso en la mejilla.

—¡Gracias por las entradas!

Royce murmura un «de nada» avergonzado y redirige su atención al volante.

Antes de bajar, le susurro en la oreja:

—Gracias otra vez por tu intervención, Royce.

—Sí. Rip me hubiera destripado si no hubiera hecho nada.

Entrecierro los ojos, pero no digo nada. Salgo del vehículo preguntándome lo que ha querido decir eso.

De vuelta en casa, decido darme una buena ducha para sacarme el recuerdo de las manos de Mirko sobre mí y el olor a tabaco. Me quedo ahí una media hora, enjabonándome, hasta que oigo a Jess gritar al otro lado de la puerta.

—¡Joder, Kat, vas a vaciar el calentador!

Levanto la vista al cielo cerrando los grifos. Si ella supiera lo que ha pasado hoy, se volvería loca.

Mi tía lo sabe todo de mi historia. Sabe qué me pasó en Estados Unidos. Era mejor para las dos que estuviera al tanto de todo y que estuviera avisada de que, en cualquier momento, todo podía dar un vuelco. Cuando me instalé en su casa, se lo conté todo. Quise explicarle de mi boca

todo lo que pasó. Me duele volver a esos momentos y, a la vez, me alivia poder confiar esto a otra persona aparte de mi psicóloga.

Jess no es la tía más social que existe, pero entendió que era importante para mí contárselo. No comentó ni preguntó, solo me escuchó. Y eso era lo que esperaba de ella.

Después de eso, no hemos vuelto a hablar del tema.

Después de la cena, me instalo ante mi escritorio y, sin pensarlo, empiezo a garabatear sobre mi bloc. Mis dedos corren sobre el papel sin que yo lo ordene. Mi mente está en otra parte. Ocupada por los eventos que cambiaron mi vida. No debería dejar que los recuerdos invadan mi cabeza de esta forma. Aun así, en este instante, me encuentro tres años atrás, en la noche en que mi vida dio un vuelco. La noche en la que una simple fiesta se transformó en una película de terror.

Lo perdí todo esa noche. Mi inocencia, mi pureza, mi orgullo... y a mi madre.

Después de mi calvario en la cabaña, me desperté en la cama de un hospital. No sabía cómo había llegado allí; no tenía ningún recuerdo después de desmayarme, pero mi cuerpo me recordó el doloroso episodio que acababa de vivir. Los golpes, el dolor, la violación y la humillación. Todo volvió a mi mente como un golpe.

Me quedé postrada en el suelo, en posición fetal. Lloré todas las lágrimas que tenía pensando que podrían borrar mi dolor y limpiar las marcas de mi cuerpo. No me podía mover del daño que me hacía. No era más que dolor. Y era mi alma la que más sufría. Quería morir. Morir para que no me siguieran asaltando las imágenes de mi suplicio. Morir para liberar mi cuerpo y mi espíritu de lo que Robin y Miguel me habían hecho.

Cuando entró el médico de guardia a mi habitación, yo estaba acurrucada en una esquina, con los ojos demacrados y aturrida. Cuando se acercó a mí, me lancé sobre él como una furia, a pesar de mis costillas rotas y del dolor que me retorcía los miembros. No tuvo nada que ver con lo que me pasó, pero lo atacé. Solo porque era un hombre. Un hombre que podía hacer ese tipo de cosas a una mujer si le apetecía. Él representaba un peligro.

Me apresuré con rabia. Un velo rojo cubrió mis ojos. Luego se quedó todo negro. No me acuerdo qué pasó exactamente, pero el pobre hombre debió de haber necesitado reanimación. Me culpé terriblemente por haber hecho eso. Me arrepentí de haberme comportado como los que me martirizaron.

Fui atendida por una unidad psicológica especializada en casos graves, y estuve tres días sin poder pronunciar ni una palabra. Cuando finalmente pude hablar, lo saqué todo de una vez.

Hubo una investigación. La policía interrogó a Miguel y a Robin, pero, evidentemente, tenían una coartada sólida y su propia versión de los hechos. Según ellos, me fui de la fiesta porque estaba celosa de que Robin hablaba con otras chicas. Y ellos se quedaron. Las chicas en cuestión estaban ahí como testimonios. Ellas afirmaron que pasaron la noche entera con él.

¡Panda de mentirosas!

Pero lo que más me dolió fue volver a ver a Robin y la mirada desdeñosa que me dirigió.

Él y Miguel fueron exonerados y la investigación no tuvo éxito. La policía cerró el caso asumiendo que me habían violado unos tipos que estaban de paso. Tipos a los que no encontraron jamás. Era mucho más fácil que acusar al hijo de un cirujano reputado, buen cristiano y, además, el mejor amigo del gobernador del Estado.

Después de eso mi madre se fue de casa, usando como pretexto que tenía que aislarse para recuperarse de la tragedia. Ella me ignoró, negándose a verme, como si fuera la peste. Esperaba un poco de apoyo por su parte, pero, en su lugar, no tuve otra cosa que indiferencia. Aun así, ella

me ayudó a su manera. Gracias a ella, construí la armadura indestructible en la que me refugié para digerir mi odio.

Pasé seis semanas encerrada en mi habitación sin ver a nadie, contentándome con comer, beber y dormir. Me quedaba en la oscuridad, recordando los eventos trágicos de mi vida y negándome a hablarle a mi padre, quien tuvo que soportar este calvario.

Ideas de venganza empezaron a germinar en mi mente. Quería que Robin y Miguel lo pagaran. Yo no había hecho nada para suscitar su odio y para que se cebaran conmigo como hicieron. Lo veía injusto, cruel y cobarde.

Fue en ese momento cuando empezaron las verdaderas crisis, oleadas de cólera sin importar cuándo ni a quién iban dirigidas. Alguna vez me venían con las pesadillas. En otros momentos, era viendo mi reflejo en el espejo. No soportaba verme. Cada vez era lo mismo. Un velo rojo delante de los ojos y, después, oscuridad. Tras aquello, no quedaban demasiadas cosas intactas en la habitación. Tuvimos que cambiar varias veces los muebles y repintar las paredes.

Cuando volvía a ser yo, era horrible. No recordaba nada y solo podía ver los daños. Mi padre jamás me ayudó en mis crisis, y fue mejor así, porque no puedo imaginarme lo que le podría haber pasado si hubiera estado ahí.

Me hizo consultar a una psiquiatra reputada, especializada en casos difíciles. La primera vez que vi a Ashley, la psicóloga en cuestión, me diagnosticó una fase postraumática breve, afirmando que no duraría demasiado tiempo. Pero estaba equivocada. Se acentuó, hasta que un día hice algo irreparable.

Una mañana, tres meses después del incidente, recibí una carta. Mi padre la deslizó por debajo de la puerta de mi habitación sin abrirla. En ella, había una nota con letras recortadas de las revistas: «Maldita musa virgen». Solo eso. Esas simples palabras fueron suficientes para que yo explotara. Me levanté con la idea de que ya era hora. Ya era hora de exigir una reparación, de enfrentarme a mis verdugos, de vengarme. Me preparé para ir a clase. Con una calma olímpica preparé mis cosas y fui a comer. Como siempre.

Mi padre me miró sin decir nada, perplejo, y vi en su mirada un brillo temeroso que jamás le había visto. Debió de intuir que estaba tramando algo, algo malo. Desafortunadamente, estaba lejos de adivinar lo que iba pasar.

Ese día, cometió el error de dejarme salir de casa.

Llegué a la universidad en modo automático. Tenía la impresión de estar en una película de terror mala. Era la espectadora y me veía deambular por los pasillos de la facultad, a la búsqueda de mi verdugo. Sin reflexionar, me dirigí hacia el Departamento de Medicina. Cuando abrí la puerta de la clase, busqué a Robin con la mirada. Lo vi bromeando tranquilamente con una estudiante, como si jamás hubiera golpeado y violado a una chica tres meses atrás. Me acerqué a él ignorando las miradas inquietas que se estaban posando sobre mí. Cayó el silencio.

Cogí un taburete y me senté delante de él, al otro lado de la mesa. Lo miré fijamente a los ojos. En mi cabeza veía su cara cuando abusó de mí. Su expresión sádica cuando me golpeaba sin la menor duda.

Me acuerdo todavía del sabor a bilis que invadió mi garganta al ver su imagen de perfecto caballero de buena familia. ¡Qué horror!

—Kataline, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar encerrada en un psiquiátrico?

Escuchar su voz me dio todavía más ganas de vomitar, pero me esforcé a quedarme impasible. Agarré la hoja de la guillotina de cortar papel que le había robado a mi padre de su

escritorio antes de salir de casa.

No dejé de mirarlo a los ojos. Quería saber si era capaz de mirarme a la cara después de lo que me había hecho. Por un momento vi cobardía en su rostro; el pánico invadir sus pupilas. Después, ese aire lleno de odio y desdén característico de todos los que se creen por encima de los demás, solo porque tienen un estatus.

Robin cometió un error. Se levantó bruscamente, haciendo caer la silla. Después, poniendo las manos sobre la mesa, se inclinó hacia mí y me escupió a la cara.

—Lárgate de aquí, Kataline. ¡Pírate, enferma mental! ¡Vete a que te curen!

Tuve ganas de matarlo. Pero no estaba lo suficientemente loca como para hacerlo.

Le dirigí mi mejor sonrisa. ¿Me creía loca? Tenía razón. Estaba loca. Loca de rabia y sedienta de venganza.

Esa vez fue distinto: apareció el pelo rojo, pero mantuve la conciencia. Con una rapidez que me sorprendió a mí misma, saqué la guillotina de debajo de mi abrigo y, ante los ojos atónitos de los estudiantes, la clavé con fuerza en las manos de Robin, hasta que la lámina chocó contra la mesa en un ruido sordo.

Robin gritó, con sus ojos fuera de las órbitas por la sorpresa y el dolor. Yo estallé en risas. Lo miré sin dejar de reír. Entonces, todo el mundo gritó. Lentamente, giré la hoja sobre sus manos. Todavía oigo el ruido de los tejidos desgarrándose, de los huesos rompiéndose. Fue un verdadero alivio para mí verlo sufrir. Me puse a llorar a la vez que reía, como una histérica.

Sentí unos brazos agarrarme para apartarme de él. Me iban a arrestar, eso estaba claro. Pero me daba igual. Yo continuaba riendo ante la cara roja de mi verdugo, que chillaba como un niño.

Me llevaron directamente a la comisaría, y mi psicóloga tuvo que hacer un informe médico para evitarme la cárcel. Pasé un año y medio en un centro especializado en el tratamiento de los dementes psíquicos. También me dio igual. Había conseguido mi venganza. Bueno, una parte.

A Robin tuvieron que operarlo, pero perdió el uso de sus manos en un sesenta por ciento. No podrá ejercer jamás como cirujano. Arruiné su carrera y su vida como él hizo con la mía.

Las lágrimas se escapan de mis ojos cuando vuelvo al presente. Se deslizan por mis mejillas y caen sobre el papel.

Retomo lentamente la conciencia y miro a través de mis pestañas mojadas el boceto que acabo de hacer. Es magnífico.

«Esto es lo que le enseñaré a Rip».

Bienvenidos a las arenas

Hola. Tengo el boceto. ¿Cuándo nos vemos? Kat.

Miro la pantalla del móvil esperando la respuesta del mensaje que acabo de mandar. He preferido escribir a Rip antes que llamarlo. Todavía lo culpo de lo que hizo y es mejor mantener las distancias entre nosotros.

La respuesta llega unos segundos más tarde:

Hola. Tan pronto como puedas. ¡Tengo ganas de verlo!

Sonrío débilmente. Me da un poco de miedo la reacción que tendrá cuando vea mi diseño. Siempre es el momento más delicado para mí, el momento en el que mi trabajo es juzgado. Todavía más cuando Rip es quien hace el rol de jurado.

Mi teléfono vibra de nuevo:

Mañana por la tarde. Antes del show.

¿El show? ¿Habla de los combates clandestinos por los que Justine compró las entradas?

???

La respuesta no se hace esperar:

Los duelos. En las arenas.

¡Bingo! Parece que no tengo elección. Pero los días están contados, y si no le gusta mi boceto, me tomará tiempo hacer uno nuevo.

Vale. ¿Cómo lo hago para entrar? No sé dónde es.

Aviso a Royce. Él te dejará entrar. Para el lugar, pregunta a tu amiga Justine. Ella lo sabe.

OK.

Royce debe de haberle contado algo de Justine y de mí. Algunos segundos pasan y mi teléfono vibra de nuevo:

Y no vengas sola.

¡Ahora me da órdenes! De todos modos, con lo que ha pasado recientemente, no me arriesgaré a ir sola en un sitio lleno de tarados borrachos de esteroides. Sin responder, busco el número de Justine.

—Hola, Kat, ¿todo bien?

—Dime, Justine, me propusiste llevarme a las arenas mañana por la noche, ¿no?

El día siguiente lo paso imaginándome el encuentro con Rip. No estoy realmente atenta a mis clases, y Maxime no tarda en darse cuenta de que alguna cosa me ronda por la cabeza.

—¿Qué te pasa, Kat? Te veo rara esta semana.

No le he hablado de la noche que me espera, ni de mi aventura con Mirko Waner, y todavía menos del beso de Rip. Evidentemente, no son cosas que me apetezca compartir con Max. Y quiero esconderle todo lo negativo que hay en mí. Es realmente amable, y muy atento. Además, tengo miedo de hacerlo sufrir.

«¡Mentirosa! Di que no tienes ganas de decirle que te juntarás con su hermano sexi y que te has enamorado de él». Aplasto la pesadilla de voz con un martillo de cinco toneladas. Me niego a darle la razón. Simplemente, me preocupa que estos eventos inquieten a Maxime más de lo que deberían. De todas formas, viendo la arruga que tiene en la frente, claramente necesita que lo tranquilice.

—Estoy un poco estresada con todos los trabajos. Tengo mucho que hacer y estoy cansada. No te preocupes por mí, estaré bien.

He aprendido a mentir con el tiempo, pero admito que ahora he tenido dificultades para hacer creíble mi excusa de mierda.

Max muestra una expresión perpleja, como si no se creyera ni una palabra de lo que le dicho. Bajo la cabeza para que no vea mi rostro teñido de rojo.

«¡Joder, ubícate, Kat! Has estado horrible ahí... ¡Realmente horrible!».

Si no se ha creído nada de lo que le he dicho, Maxime no lo demuestra. Me dirige una pequeña sonrisa igual de falsa que mi aire inocente.

—Las vacaciones se acercan. Podrás descansar un poco.

Asiento con la cabeza, avergonzada de lo que voy a decirle:

—De hecho, Max... Esta tarde no podré ir para trabajar en el proyecto... Tengo... algo que hacer.

Frunce nuevamente el ceño y no me dice nada más hasta el final de la clase.

Por la tarde, después de una comida frugal, me preparo para ir a casa de Justine. Me pongo rápidamente un tejano negro con un cinturón, un top de licra y una camisa blanca suelta que me abotono hasta arriba. Todavía tengo que sacar las faldas del armario. No son adecuadas para ir a un espectáculo como el de hoy.

Me pongo un poco de pintalabios, me paso rápidamente el cepillo por el pelo, ajusto mis gafas sobre la nariz y respiro profundamente. Estoy preparada.

La bola que tengo en mi estómago no se ha ido desde que salido de la universidad.

Me cuesta creer que vaya a las arenas para ver un combate clandestino. Afortunadamente, los hermanos de Justine vienen con nosotras. Eso me tranquiliza un poco. Al menos, con esos tíos no tendremos problemas.

Los hermanos de Justine, Marco y Mathieu, tienen dos y tres años más. Son verdaderos gigantes, y se parecen tanto que se diría que son gemelos. Son tan altos como los que pelean, así

que son unos buenos cuidadores. Los conocí la noche en la que Royce nos llevó a casa de Justine. Jamás he conocido a unos tíos tan protectores con su hermana. Son adorables, aunque a veces tienen la tendencia de tomarla por una niña pequeña.

Doy un último vistazo al espejo para verificar que mi *look* no es demasiado llamativo. Finalmente, empiezo a acostumbrarme a los tejanos. Son bastante agradables de llevar, y no me siento ni demasiado vulgar ni demasiado provocativa. Básica, en cierta forma. Creo que Ashley estaría orgullosa si me viera.

Son las 21:30. Me calzo los botines, me pongo la chaqueta, la bufanda y el gorro, y salgo para encontrarme con Justine para ir al espectáculo.

—Hola, Kat. ¿Estás lista para el gran *show*? ¡La primera vez! Ya verás, ¡es alucinante!

Marco, el mayor de los hermanos, me recibe con una gran sonrisa. Mat sale de la casa y me besa en las mejillas en un gesto de lo más natural. Es una locura, los he conocido hace dos días y es como si nos conociéramos de toda la vida.

—Eh, eh. ¡Es tu bautizo! ¡Músculos y testosterona por un tubo! Prepárate, amiga, ¡hay riesgo de que mojes las bragas!

Indignada le doy un golpe en el brazo y él hace ver que le ha dolido.

Dicho así no me dan ganas de ir a este espectáculo. No soy muy fan de la violencia gratuita. Incluso si les pagan para aplastarse la cara.

—Eh, dejad a mi amiga, chicos.

Justine empuja a sus hermanos para darme un abrazo. Está supersexi con su minifalda de cuero y sus botas hasta los muslos. A su lado no destaco para nada, pero me parece bien. Al menos, esta vez será ella quien se lleve todas las miradas.

—Kat no va para ver las peleas, sino por trabajo.

Me parece que a Justine le cuesta morderse la lengua. Afortunadamente, sus hermanos son menos cotillas que ella.

—Eh, bueno, sería una pena no aprovechar la ocasión. ¡Todas las chicas se vuelven locas por los *street-fighters*! Vamos, moveos, jovencitas, o llegaremos tarde.

El único combatiente que conozco es Mirko Waner, así que lo de «volverse locas» está por ver.

Mat nos dirige a su Mustang GT Premium azul brillante. ¡Nada mal!

Me deslizo detrás con Justine y pasamos el trayecto escuchando a Mat y Marco hablar de sus pasiones en común: las motos, las tías y los combates. Durante una buena parte del trayecto, hacen pronósticos. No entiendo casi nada, pero ellos parecen saber mucho, y parece que ganan dinero con las apuestas. En cualquier caso, es su viaje y se nota.

Escucho distraídamente, ya que prefiero concentrarme en las luces cegadoras de las farolas que pasan por delante de mis ojos. Eso me distrae y me permite pensar en otra cosa que no sea el estrés que crece en mi pecho.

Me preocupa encontrarme en este tipo de manifestación clandestina y totalmente ilegal. (A menos que sea la perspectiva de volver a ver a Rip lo que me tiene así de nerviosa). En cualquier caso, pagar por ver a unos tíos repletos de esteroides pegarse, francamente lo veo algo completamente inmoral. Que se peguen por una causa, por unos ideales, lo puedo entender; pero esto es una simple cuestión de ego y de músculo.

Salimos del centro y, después de algunos kilómetros, salimos a la periferia. Al cabo de veinte minutos de trayecto, llegamos a un vasto terreno con un almacén rodeado de un aparcamiento ya lleno. Vigilantes con perros custodian el acceso. Debemos presentar las entradas para poder

pasar. Esto está francamente bien vigilado y organizado.

Cuando bajo del vehículo, veo la importancia del evento. Mi corazón late como un loco y la bola de mi estómago se hincha como un balón.

Un número impresionante de persona se dirige hacia las puertas con entusiasmo. Si tan solo pudiera picarlos un poco...

Seguimos el movimiento natural de los espectadores. Estoy sorprendida al constatar que la multitud es muy diversa. Hay desde la típica chica sexi con los pompones hasta el chico malo tatuado vestido todo de cuero. Incluso hay unos tíos trajeados que parecen haber salido directamente de la parroquia. Me pregunto cómo encontraremos a Royce entre toda esta gente.

Me dispongo a preguntarlo cuando el teléfono de Mat empieza a sonar. Apenas unos segundos después, se gira hacia mí y Justine.

—Royce os espera en la entrada de los participantes, chicas. Está en el lateral. Ahí. —Nos señala una pequeña pancarta que indica «Acceso reservado».

Mi corazón se acelera y la bola está apunto de estrangularme. Inspiro ruidosamente intentando olvidar mi inquietud. Justine me lanza una mirada tranquilizadora y la sigo hacia la puerta, vigilada por un segurata en uniforme.

Llamo la atención de mi amiga en un susurro.

—¿Por qué tenemos que pasar por aquí para ver a Rip?

Justine se ríe, pero al momento de abrir la boca para responder, el vigilante nos interrumpe:

—¿Qué hacéis aquí, chicas? La entrada principal es por el otro lado.

Sí, veo que está muy controlado. Sigo sin entender por qué tenemos que pasar por una puerta de servicio. ¿Acaso Rip es parte de la organización del espectáculo?

Justine toma cartas en el asunto:

—Tenemos que encontrarnos con Royce aquí.

Rápidamente, el rostro del tipo cambia.

—Esperad aquí, voy a ver si está disponible.

—Está bien, Stéph, déjalas pasar.

Royce aparece detrás del coloso. Frunce las cejas al ver a Justine. Después, dirige rápidamente su atención hacia mí.

—¿Vienes por el proyecto de Rip?

Asiento sin decir nada.

—Hazlo rápido, quiero que esté concentrado.

Levanto la vista al cielo. No veo en qué podría desconcentrar a su amigo. Solo vengo a enseñarle un boceto.

En el momento en el que paso por delante del vigilante, éste me detiene.

—Chaqueta, bolso... Esto se tiene que quedar en la puerta, bonita.

—Dámelo —interviene Justine—. Te lo guardo, si quieres.

Cojo mi bloc del bolso y le doy mis cosas. De repente, me siento vulnerable sin mi gran abrigo bajo el que esconderme.

Royce desliza sus ojos sobre mí con un aire crítico, pero no hace ningún comentario y me dirige hacia un pasillo largo en el que hay varias puertas. En una de ellas está escrito «Rest in Peace» en letras doradas.

Desconcertaba, lanzó una mirada hacia atrás, hacia Justine, que se ha quedado en la entrada. Pero no tengo tiempo de ver su expresión. Royce abre la puerta y me empuja al interior antes de cerrarla, no sin avisarme en un tono seco:

—¡Tienes cinco minutos, Derbis!

Entro en una pequeña habitación equipada. Faltan algunas cosas, pero es extrañamente parecida a los camerinos de los espectáculos: dos sillas, un armario con varios conjuntos de ropa, un espejo rodeado de unas bombillas grandes y un sillón. También hay una cama improvisada. Y sobre la cama... Rip. Está sentado, tieso como un palo, las manos sobre sus rodillas y los ojos cerrados.

Va vestido con una bata de satén negra, idéntica a las que llevan los boxeadores. Está inmóvil, y yo no me atrevo a hacer ningún gesto por miedo a perturbarlo. Parece que está meditando.

Mi sangre baja a los pies cuando la realidad me cae sobre la cabeza como una granada.

¡Mierda! ¡Qué idiota! ¡Rip es un *free-fighter*! No medita. Se concentra para la pelea.

«Dios mío. ¿De verdad se va a pelear con alguien ante todo el mundo? Pero no, está vestido como si fuera a hacer un *striptease*. ¡Pervertido!». La vocecita se vuelve loca. Le respondo con un gancho digno de Mohammed Ali.

Rip abre los párpados bruscamente y hunde sus ojos en los míos. Me sobresalto. Hay un brillo de locura en su mirada. Una especie de terminación morbosa que brilla en el centro de sus pupilas, como si fuera una pequeña llama. Lo hace terriblemente intimidante. Y atractivo.

Reculo. Pero su mirada se suaviza en cuanto me ve.

—¿Kataline? ¿Has venido?

«No, no soy yo, es mi doble».

Un brillo de interés cruza por sus pupilas plateadas a medida que sus ojos repasan mi atuendo.

Asiento con la cabeza y busco automáticamente el boceto en mi bolsillo para desviar su atención. Le tiendo la hoja con la mano temblorosa. Todavía no me atrevo a abrir la boca.

Rip mira el diseño con gran interés. Sus dedos pasan lentamente por los rasgos del rostro de mi personaje y sus labios se alargan en una media sonrisa satisfecha.

—¿Solo tienes esto? —pregunta en voz ronca.

Asiento, atónita por su pregunta. Mientras le guste...

—Lo sabía.

La sangre se va de mis mejillas. Levanto una ceja.

—¿El qué?

—Sabía que llegarías a captar lo que quería y a reproducir la foto a la perfección. Bonita y peligrosa a la vez, oscura y brillante, mortal y tan viva... ¡Es perfecto!

Suspiro de alivio. No sé si hubiera soportado haber tenido que rehacer el boceto, dadas las circunstancias en las que lo dibujé.

—Tendremos que discutir algunos pequeños detalles, pero, en conjunto, es lo que quiero. Buen trabajo.

Me devuelve el papel y lo doblo para meterlo en mi bolsillo.

Ha sido rápido. En cambio, en lugar de irme, me quedo observándolo. Al cabo de unos segundos, termino por soltar la pregunta que quiere salir de mis labios:

—Entonces, ¿tú haces combates?

—Sí.

—¿Además de la música?

—Sí.

Sacudo la cabeza. No es muy conversador con el tema.

—Acabaré por creerme que eres un bicho raro.

—Deberías estar segura, Kataline.

Sigue llamándome por mi nombre completo. ¡Cómo me cabrea! Con todo, el sonido de su voz cuando su lengua pronuncia las sílabas de mi nombre es realmente sensual. Dejo escapar un suspiro.

—¿Y por qué? Quiero decir, ¿qué te aporta?

—¿Acaso yo te pregunto por qué escoges vestirme como una abuela cuando estás tan sexi vestida así? Esta es tu verdadera personalidad, y aun así te empeñas en esconderla.

Quedo estupefacta. ¿Por qué dice eso?

Se levanta, se acerca a mí sin dejar de mirarme a los ojos y me hace recular hasta que mi espalda choca con la puerta. Rip levanta la mano y enrolla su dedo en uno de mis mechones.

—Tu apariencia es lo opuesto a lo que eres realmente. A tu interior. Lo noto. Lo noté cuando te vi. Lo he notado desde que te besé la otra noche. Tienes un fuego que quema, aquí...

Señala mi corazón con el índice de su mano libre.

—... y muero de ganas por hacerlo explotar un día.

Abro la boca para contradecirlo, pero no me sale ningún sonido. ¿Quién es para decirme eso? ¿Se cree que en solo unos días lo conoce todo de mí? Aun así, está cerca de la verdad. Pero no me atrevo a admitirlo.

«¡Te ha leído como un libro abierto, cariño!». ¡Mierda! ¡Tengo ganas de reventar a esta maldita voz! Pero me contento con levantar la cabeza en un gesto orgulloso. No voy a demostrarle que sus palabras me afectan más de lo que deberían. Espero a que se ría de mí, pero no hace nada. Su mirada se oscurece y sus dedos descienden por mi cuello, ligeros como una pluma. Es una quemazón insostenible lo que sigue. Con este simple contacto, mi corazón se acelera. Retengo la respiración, esperando. Rip inclina lentamente su cabeza hacia mí, muy cerca, hasta que nuestros rostros están a unos pocos centímetros.

—Sé que tienes tantas ganas como yo, Kataline. Esta fuerza que nos empuja al uno contra el otro... es inevitable. Y es demasiado fuerte para que luchemos contra ella.

Incapaz de responderle, trago a duras penas y me muerdo el labio. Respondiendo a mi llamada silenciosa, Rip acerca sus labios todavía más, sin realmente llegar a tocarme y sin apartar la mirada de mis ojos.

Quedó cautiva por esos ojos plateados mientras su lengua dibuja los contornos de mi boca. Es de un erotismo extremo. Cierro instintivamente las piernas para calmar las pulsaciones de mi vientre. Mi corazón está a punto de explotar. Cuando sus labios chocan con los míos y su lengua busca la mía, la emoción es tan intensa que cierro los ojos.

Yo, que le había prohibido besarme de nuevo, me encuentro gimiendo como un gatito. La pasión nubla mi resolución de golpe. Me agarro a sus brazos de músculos de acero, abandonándome totalmente a su profundo beso. Este beso provoca en mí el mismo deseo intenso que la vez anterior, ese deseo que me atraviesa entera y que me deja incapaz de hacer el menor pensamiento coherente.

Es como si lo esperara desde siempre. Como si me liberara de mis dudas y mis miedos. Nuestros labios y nuestras lenguas se reconocen y comienzan una danza tórrida en la que voy a acabar perdiéndome.

¿Cómo lo hace? ¿Cómo consigue reavivar un sentimiento que creía muerto desde hace mucho?

Rip me atrae hacia él y su rodilla se coloca entre mis piernas. La fina tela de su bata no

esconde ninguna parte de su firme cuerpo. Escucho un quejido ronco salir de mi garganta cuando le devuelvo el beso con fiereza.

Alentado por mi quejido, coloca las manos en mi cintura y me abraza más contra él. Empiezo a perder la estabilidad y a sofocarme. Siento mi interior arder y mi vientre se tensa cuando siento contra mí la prueba de su deseo.

¿Podemos disfrutar de un simple beso? Dios mío, al ver mi estado, me temo que sí.

Las manos de Rip descienden sobre mis nalgas, moldeadas por los tejanos. Se aparta un poco para coger aire.

—Joder, me encanta esta nueva ropa...

Sin darme tiempo a responderle, se apodera nuevamente de mi boca y, con un gesto brusco, me levanta. Este tío tiene una fuerza sobrehumana.

Instintivamente me agarro con las piernas alrededor de su cintura para no caer. Estoy completamente desconectada de la realidad. Me dejo llevar por un torbellino de sensaciones que nublan mi razón. Empiezo a temblar y un pequeño grito agudo sale de mi boca sin que pueda controlarlo.

Rip pega mi espalda contra la puerta y empieza moverse contra mí. Sobre un punto sensible...

El fuego... el fuego del que habla me abraza. En el interior. Agarró su pelo para acercarlo todavía más hacia mí y fundirme en su abrazo apasionado.

Ya no soy yo. No soy la persona que se frota sensualmente contra su virilidad tras haber perdido la cabeza. Me pierdo entre este continuo río de sensaciones que me está asolando.

Un dulce fervor invade mis entrañas y amenaza con engullirme. Siento que me voy a caer en la nada. Ahora, un grito en su boca. El calor aumenta... Mis ojos se tiñen de rojo. Voy a...

Un golpe en la puerta me devuelve bruscamente a la realidad. Rip se congela y la tensión cae de repente. Sin soltarme, me hace poner los pies en el suelo, con los ojos cerrados por miedo a cruzarme con su mirada. Intento recuperar el aliento, tembloroso de deseo y de frustración.

Rip me da un beso rápido en la boca y termino por abrir los ojos. Su mirada está fija en mi rostro, como si buscara adivinar lo que pienso. Parece sorprendido. Contrariado, más bien. ¿No le ha gustado mi reacción? ¿Se arrepiente?

Yo, extrañamente, no me arrepiento de lo que acaba de pasar. Quiero más. No puedo negarlo. Pero ahora no sé cómo actuar. Es realmente contradictorio con la reacción que tuve el otro día... y por la forma en la que normalmente reacciono.

Rip pasa dulcemente el dorso de su mano sobre mi mandíbula. Su pulgar resigue el trazo de mi labio inferior.

Un segundo golpe en la puerta acaba por romper la magia.

—Eh, tío, es la hora del sorteo.

Royce se impacienta.

—Sí, voy.

Rip deja caer la mano de mala gana.

—Deberías irte, bebé.

Unas mariposas revolotean en mi vientre. Asiento de la cabeza sin decir nada, vacía de toda energía. Tengo que largarme de aquí antes de que me dé cuenta realmente de lo que acaba de pasar.

Con las mejillas encendidas abro la puerta para encontrarme cara a cara con Mirko Waner, que en ese momento pasa por el pasillo. Lo acompañan dos chicas que podrían ser fácilmente

confundidas con dos prostitutas, viendo su extraña ropa. Curiosamente, las dos tienen el pelo muy largo y del mismo color que el mío.

La mirada de Mirko se ilumina con un brillo malicioso cuando me ve.

—Eh, Melenita... ¿Tú aquí? Acabaré pensando que me estás siguiendo.

De repente, la rabia me invade.

—Ni en tus sueños, pedazo de...

Él ignora mi intervención y continúa:

—Me alegra que estés aquí. Así verás lo que es un tío de verdad. —Lanza una mirada desdeñosa detrás de mí, como el si el mensaje subliminal fuera dirigido a Rip.

Después, sin añadir nada más, me guiña el ojo y se aleja con las dos petardas colgadas de sus brazos.

Siento a Rip tensarse a mi espalda. Por su tono de voz, percibo su molestia.

—¿Lo conoces?

Es Royce quien responde en mi lugar.

—Conoció a Mirko el otro día en el bar... Mejor dicho, sus nalgas conocieron las manos de Mirko.

Ahogo un juramento y le lanzo una mirada ultrajada. ¿Está loco o qué? ¿Por qué dice eso?

Me giro hacia Rip y veo por su mandíbula apretada que está conteniendo la ira. Aunque no sea asunto suyo, siento la necesidad de justificarme.

—Es un idiota que se cree irresistible y que puede hacer lo que quiera.

Rip cierra las manos y veo sus nudillos blancos bajo la presión.

—¿Te ha tocado?

Viendo que no respondo, se gira hacia su amigo.

—¿Royce?

—Creía que podía manosear a Derbis como si nada, sin pedir permiso. Pero llegué a tiempo. Tuve que encontrarle a alguien similar para calmarlo un poco..., supongo que me sigues.

Hace un movimiento explícito con la pelvis y luego se gira hacia mí.

—¡Llamaste su atención, Derbis! Échale la culpa a tus tejanos apretados.

Su mirada desciende por mis muslos.

—Royce...

El tono amenazante de Rip hace que levante los ojos.

—No sé qué hubiera sido de ella y su trasero si no hubiera intervenido.

Le lanzo una mirada negra.

—Me sé defender sola. ¡Si no hubieras intervenido, lo hubiera destripado!

—Es verdad que pensé que le saltarías a la yugular y que le sacarías los ojos. ¡En realidad eres violenta!

—No tienes ni idea, Royce.

Mi tono calmado pero determinado parece dar en el blanco. Royce me mira con el ceño fruncido, como si unas alas me hubieran salido de la espalda. La mirada de Rip permanece dura.

—Es la hora, Royce. Vamos.

Pasa por delante de mí sin mirarme, pero veo en sus ojos un brillo asesino que me congela.

Duelo

Me quedo viendo a Rip alejarse, sin moverme. Royce se gira hacia mí antes de acercarse a él corriendo. Tiene una pequeña sonrisa de satisfacción que no acabo de comprender. Al pasar por delante de un tío con una chaqueta *bomber*, se gira hacia mí.

—Acompaña a Kat a las tribunas privadas, Jo. Justine te espera ahí —añade, llamando mi atención.

Genial. Yo que no quería asistir a esta tontería de combates y ahora no tengo elección.

Sin entusiasmo, sigo al famoso Jo, que me dirige hacia la sala principal. Es un almacén inmenso, con un techo muy alto, en el centro han instalado un *ring*, rodeado de vallas. A su alrededor, la multitud se apresura para mirar. Hay unos andamios instalados que sirven de tribunas a los más temerarios. En uno de los lados, hay una pequeña plataforma instalada. Veo a Justine con su amiga Samantha. Deben de haber quedado aquí esta noche. Mat y Marco también están ahí. Esa debe ser la zona VIP.

La multitud parece impacientarse y empieza a gritar una serie de consignas mientras aplaude. Sin prestar atención, me deslizo por detrás de Jo para acercarme a la plataforma. Aprovecho el trayecto para pasarme una toallita por el rostro para parecer un poco más decente. Después del beso con Rip, me imagino con los labios hinchados y las mejillas rojas por el placer.

Cuando Justine me ve, frunce el ceño y hace una señal a sus hermanos para que me ayuden a subir. Al final me alegra haber venido con tejanos.

—¿Todo bien, Kat? Estás roja y pareces disgustada.

Sacudo la cabeza escondiéndome detrás de mi pelo. Después, me giro hacia Jo, que se ha quedado abajo.

—Gracias, Jo.

Hace una pequeña señal y se aleja.

Justin me da mi bolso y mi abrigo mirándome con un aire divertido.

—¿Todo bien, entonces?

Me pongo la chaqueta.

—¡Me podrías haber dicho que Rip era un *free-fighter*!

¿Qué otra cosa podría haberle dicho? ¿Qué todavía tiemblo por mi encuentro con él? ¿Qué no me reconozco y que no sé ni dónde estoy?

—Lo siento, pensaba que lo sabías.

Le dirijo una pequeña sonrisa para mostrarle que no la culpo.

—Déjalo, no es grave.

Me coge por el brazo y salta en su asiento.

—Ya verás, ¡es el mejor!

Un presentador con traje de lentejuelas nos distrae cuando entra en el *ring* acompañado de los ocho combatientes de esta noche. Entre ellos está Mirko, con su sonrisa confiada y su aire de comandante soviético; y Rip, imparable a pesar del músculo que se contrae peligrosamente en su mandíbula. Está cabreado. Lo noto.

Tan pronto como sube a escena, su mirada se dirige a la multitud, como si buscara algo. Tras unos segundos, se detiene en mí. Me congelo. Me ha encontrado y no deja de mirarme. De forma mecánica, paso la lengua por los labios pensando en el beso apasionado que hemos compartido. Me da un escalofrío al recordar nuestro encuentro mientras maldigo internamente.

Durante el tiempo que dura el discurso de apertura del presentador, Rip no deja de mirarme. Sus ojos son duros y ardientes a la vez, y no puedo escapar. El calor vuelve a mí como si una simple mirada fuera suficiente para hacerme perder la cabeza.

—Joder, Kat, ¿le has hecho algo? No deja de mirarte.

Ignoro la pregunta de Justine y me contento con mirar el *ring*. No escucho lo que dice el presentador, pero, en un momento, Rip se acerca a él para murmurarle algo a la oreja. Después de unos intercambios en voz baja, el rostro del presentador se ilumina. Parece estar en el cielo. Los ojos de Rip vuelven rápidamente a mí. Entonces, la bomba cae:

—Damas y caballeros, tenemos un pequeño cambio de programa, ¡porque esta noche tenemos un desafío! Sí, damas y caballeros, ¡un desafío lanzado por el gran Rest in Peace al Limpiador!

La multitud se queda atónita unos instantes antes de volverse loca.

No entiendo nada, pero no me gusta lo que está sucediendo. Justine, Samantha, Marco y Mat están sobreexcitados por la noticia, igual que el conjunto de espectadores que dan fuertes pisadas en las tribunas.

—¿Qué significa eso?

Justine se gira hacia mí.

—Rip ha desafiado a Mirko. Pelearán sin el sorteo. ¡De esta forma es un K. O. obligatorio! ¡Esto será sangriento!

Sus ojos centellean de excitación. Los míos están horrorizados. Espero que Rip no haya hecho eso por mí.

«Seguro que si...».

Justine se gira de nuevo hacia mí con burla.

—Me pregunto por qué habrá decidido desafiarlo... ¿Tienes alguna idea, Kat?

No respondo y pongo mi atención en la arena, con los ojos fuera de las órbitas por la noticia. Los combatientes salen del cuadrilátero y se van cada uno hacia su entrenador.

Royce parece satisfecho. Me dirige una mirada de entendimiento, como si todo esto hubiera sido calculado. Pero desvió la mirada cuando Justine me da unos golpes con el codo.

—Mira, ya entran.

El presentador acoge a Rip y a Mirko en la arena. Uno está sombrío y concentrado; el otro, desfilando, como si estuviera seguro de su victoria.

—Y aquí tenemos el primer combate de esta noche, señoras y señores. ¡Y qué combate! —Coge el puño de Mirko y lo levanta—. Directamente venido de Europa del Este, invicto desde que llegó de Estados Unidos hace un año, apodado «el Limpiador» por sus fans, ¡el gran Mirko Waner!

Se oyen silbidos desde las gradas. Mirko no parece ser muy apreciado por aquí. El presentador coge entonces la mano de Rip y repite la operación. Este último parece todavía concentrado.

—Campeón después de varios años, con récord de K. O., nuestra estrella local, ¡Rest in Peace!

Los espectadores aplauden como locos, Justine y sus hermanos también.

—Rip es mortal. Es el mejor de su categoría —me dice Mat en la oreja.

—¡Vamos, Rip! ¡Eres el mejor! —Justine y Samantha gritan a mi lado.

Aturdida, me quedo congelada mirando el cuadrilátero sin realmente verlo.

Los dos *free-fighters* se dirigen hacia los ángulos opuestos del cuadrilátero y se quitan los albornoces. No dejo de mirar a Rip. Royce le ata las cintas de boxeo en las manos y le masajea los hombros unos segundos. Después, Rip se dirige al centro del *ring*, golpeando sus puños uno contra el otro.

Es simplemente perfecto con su cuerpo tallado en piedra. Sin poder evitarlo, admiro sus poderosos brazos y sus abdominales de acero cubiertos de tatuajes hasta la «V», que aparece bajo su cintura. Mis piernas se convierten en gelatina.

Justine me saca de mi contemplación saltándome encima.

—¡Joder, mira ese cuerpo! —No es necesario decir de quién habla—. Te lo juro, Kat, si pudiera, lamería cada parte del cuerpo de ese tío como si fuese un helado de fresa.

—¡Justine! —Me indigna su descaro.

—¿Qué pasa? ¿No me digas que no sientes nada al verlo? Todas las tías están locas.

—Es evidente —añade Samantha—. Podría morir por pasar una sola noche con él. Parece ser que es un verdadero Dios.

¡Otra *groupie*! Llevo la vista al cielo. ¡Estas tías están completamente locas! «¿Locas? Qué hipócrita por parte de la que se agarraba a él como una ninfómana hace menos de veinte minutos. ¡Cállate!». Bueno, vale. No sirve de nada negarlo. Es verdad que provoca ese efecto este tío. Un gran efecto, mejor dicho. Nunca pensé que llegaría a sentir esto algún día.

Sacudo la cabeza y llevo mi atención a la arena. Mirko se une a Rip. Él también tiene el torso desnudo, pero su físico no tiene nada que ver con el cuerpo de Adonis de Rip. Es más pesado y fornido, con el cuello de toro. Mi corazón se tensa. El combate va a ser tenso, y no sé si seré capaz de mirarlo hasta el final.

El sonido de una campana indica el inicio del *match* y el árbitro y animador sale rápidamente del *ring*, dejando el campo libre a los dos adversarios.

Mirko se da unos golpes con los puños en el torso y, sin esperar más, se lanza contra Rip, que esquiva su asalto de un movimiento fluido por un lateral. Salta con ligereza, moviéndose alrededor de su adversario como un depredador. Sus ojos no dejan de mirarlo y reflejan tanto odio que es terrorífico.

Mirko vuelve a atacar, nuevamente sin conseguir nada. Rip es muy rápido. De todas formas, él no intenta pegarle; parece evaluar el potencial de su rival. El baile sigue, como el juego del gato y el ratón. Sin embargo, tras cinco minutos entre ataques y esquivos, el público empieza a silbar impaciente.

—Pero ¿qué coño hacen? —suspira Justine.

Me sorprende su reacción. Sin embargo, la multitud parece compartir su decepción. Han venido a ver un espectáculo. Se les ha prometido un duelo hasta un K. O. y esto parece más un baile de salón que una pelea callejera.

Mat y Marco, descontentos, abuchean.

—¡Joder, Rip, rómpele la nariz!

—¡Venga, tío, tira a ese tío al suelo!

Detrás de nosotros se empieza a escuchar a los fans gritar el nombre de Rest in Peace. Después, toda la multitud empieza a animarlo con una misma voz. Mi corazón late a ritmo de los golpes. La tensión aumenta y empieza a ganarme.

Ahí está, me he estoy poniendo nerviosa. Y eso no me gusta nada.

Esta espera para el desenlace acabará por tener la razón de mis nervios. Decido salir momentáneamente del lugar para bajar la tensión.

—Voy al baño —le murmuro a Justine.

Ella asiente sin mirarme y mantiene su atención en el *ring*.

Bajo de la plataforma y me dirijo a la salida. Mientras camino a lo largo de la valla que rodea la arena, no puedo evitar echar un ojo al combate.

¡Gran error!

Cruzo la mirada con Rip. Me congelo en el lugar bajo la fuerza de sus ojos llenos de ira. En ese preciso momento Mirko se lanza sobre él.

Viendo que esta vez sí que recibirá el golpe, grito.

—¡Rip, cuidado!

Rip reacciona un cuarto de segundo demasiado tarde, absorbido por mi presencia. El puño de Mirko impacta en su mandíbula con una fuerza impresionante. La sangre sale a borbotones cuando es arrojado a una esquina del *ring*.

Llevo las manos a mi boca y un gusto a hierro invade mis papilas, como si fuera yo quien me hubiera llevado el golpe. Me lanzo sobre la barrera y agarro firmemente la valla, consumida por la preocupación.

Mirko se lanza sobre Rip con todo su peso, pero este último evita el golpe en el último momento. Da la vuelta por el cuadrilátero y viene hacia mí. Pasa la mano por su labio para limpiar rápidamente la sangre y me guiña el ojo.

—¿Preocupada por mí, bebé?

Me quedo petrificada cuando siento la mirada curiosa de los espectadores. Pero Rip se gira nuevamente hacia su adversario y, con un brillo asesino en los ojos, se apresura hacia él. Entonces los golpes empiezan a llover. Rip golpea. Golpea sin parar. Golpea fuerte, con todo el resentimiento que habita en él. Parece un tigre convencido por matar a su presa. Yo siento la adrenalina aumentar a medida que él da golpes, como si estuviera con él ahí.

Mirko intenta varias veces devolvérselos, pero Rip es cada vez más rápido, más violento. Parece una bola de nervios. El Limpiador no puede hacer otra cosa que aguantar los golpes en posición de defensa y esperar a que pase la tormenta. Pero no puede parar todos los golpes que Rip le da a la velocidad del rayo.

El combate se eterniza, y pronto no puedo soportar más ver el rostro de Mirko transformarse en una verdadera papilla. Uno de sus ojos ha doblado el tamaño y ya no puede abrirlo. Su labio inferior cuelga peligrosamente hacia abajo, casi seccionado. Su nariz aplastada parece rota. Su ceja ha estallado. No es más que una masa doblada sobre sí misma que espera el golpe fatal que lo libraré de su suerte.

El público grita, excitado por esta agresividad bestial.

«Joder, ¿por qué nadie detiene el combate?».

Rip no da ninguna señal de debilidad. Su cuerpo brillante de sudor se mueve a una velocidad vertiginosa. No sé si llegará a parar. Se ha convertido en una verdadera máquina de guerra. Una máquina de matar.

Tras lo que parece una eternidad, Mirko colapsa y cae sobre sus rodillas. No puede más; aun así, permanece consciente. Entonces, Rip lo coge por el pelo y, a pesar de sus ciento diez quilos, lo arrastra por el *ring* para traerlo hasta mí. Él se arrodilla a mi altura y mantiene la cabeza de Mirko elevada para que pueda verme por su único ojo bueno.

Un sabor a bilis sube por mi garganta.

El silencio reina en el lugar y Rip se acerca a la oreja de Mirko. Su voz está llena de odio cuando habla:

—Mira, idiota. Mira bien a esta chica. Te acuerdas de ella, ¿no? Es la chica a la que tocaste anoche sin su permiso.

Sonríe con un aire diabólico cuando Mirko intenta abrir su otro ojo, azulado e hinchado.

—Grave error. Esta chica es intocable, ¿me escuchas? Y ahora, es ella quien decidirá tu suerte.

Rip me dirige una mirada oscura y determinada. ¡Me pide a mí si tiene que darle el K. O.! Una pelota crece en mi vientre a medida que el pánico me invade. No quiero hacerlo. No, no quiero decidir lo que va a pasar y asumir la responsabilidad.

—¡Dilo, Kataline!

¿Acabo de soñar esta voz ronca que resuena en mi cabeza?

Con el corazón latiendo enloquecido, me apresuro a dar la negativa, pero en ese preciso momento, Mirko me mira directamente a los ojos. Con una sonrisa perversa, le lame los labios en señal de provocación y me dirige una sonrisa sádica y sangrienta.

—Te voy a besar, Melenita...

Entrecierro los ojos cuando la ira me invade como un incendio forestal. Siento sus manos sobre mi cuerpo, su aliento lleno de alcohol en mi cuello... y me vienen náuseas. Unos *flashbacks* invaden mi mente unos segundos y retrocedo a tres años atrás. Mi cuerpo se tensa y, con una impasibilidad que me da casi miedo, me dirijo a Rip con una voz fría, despojada de toda emoción:

—Termina con él.

No olvidaré jamás la sonrisa demente que Rip me dirige en ese momento, como si estuviera satisfecho de poder vengarme.

Levanta el puño sin dejar de mirarme y lo impacta en la mejilla de Mirko con una fuerza casi inhumana. Veo la cabeza del Limpiador cabecear peligrosamente cuando la sangre sale disparada hacia mí. Después, cae pesadamente sobre el suelo con un ruido seco.

Como si fuera a cámara lenta, la mano de Rip se abre para dejar escapar los mechones que ha arrancado del cráneo de Mirko. Mis ojos permanecen en los de Rip. El tiempo se detiene y el mundo desaparece a nuestro alrededor. No llego a apartar la mirada de la suya, como si estuviéramos conectados por un hilo invisible e indestructible.

No escucho al presentador, que anuncia con una voz alegre la victoria de Rip. Tampoco presto atención a los gritos de la multitud, que lo aclama. No es hasta que Justine me atrapa por el brazo que reacciono y me dejo llevar al exterior.

Blue Bird

—¡Joder, Kat, qué locura! ¡Vaya combate! ¡Además, parece que lo ha hecho por ti! Para vergarte de lo que el otro te hizo en el bar. ¿Te das cuenta? No me lo creo.

No llego a decir una palabra. Justine se ha transformado en un remolino de palabras y no se la puede parar. Y como si no fuera suficiente, Samantha toma el relevo:

—¿Pero has visto la mirada que te ha lanzado cuando le ha reventado la cabeza al otro tío? Este chico está enamorado de ti, eso está claro.

¡Oh, no, joder! No, no, no. No quiero que nadie se imagine cosas entre Rip y yo.

Las imágenes de nuestro beso vuelven a mi memoria y mis mejillas enrojecen. Todavía siento sus manos deslizarse por mi cuerpo. Unos escalofríos recorren mi columna al recordar el deseo que sentí en ese momento. Es una locura constatar que el cuerpo puede traicionar a la mente con tanta facilidad.

«Tengo que desmentir el rumor inmediatamente antes de que vaya a más».

—Deja que te frene, Sam. Rip no está colado por mí. Es solo un tío guarro que corre detrás de las faldas y de cualquier tía que tenga un par de buenas tetas. Representa todo lo que detesto.

Justine interviene en ese momento:

—Rip es el coleccionador más grande de tías del planeta. Y lo peor es que tiene tendencia a consumir varias al mismo tiempo.

Samantha la ignora y me da un golpe con el codo.

—Prefieres a Marx, ¿es eso?

¿Qué he hecho para merecer esto?

—¡Tampoco a Max! Es solo mi compañero del maldito proyecto... y un amigo.

—Oh, entonces, ¿no te molestaría que intentara algo con uno o con el otro?

Me detengo y la miro directa a los ojos.

—Ni lo más mínimo. Puedes acostarte con los dos a la vez si quieres, Sam.

«¡Mentirosa!». ¿Pero cuándo va a cerrar la boca esta voz? Le doy una colleja lo suficientemente violenta como para que se calle por una temporada.

—Genial... Entonces, podemos ir a probar mis técnicas de ligue esta noche. Parece que todos van al Blue Bird después de las peleas.

—Pobre Sam —interviene Justine—. Terminarás colgada en la pared de los trofeos de caza.

Ahogo un suspiro de exasperación.

—Eso será sin mí, chicas. Tengo que hacer unos bocetos por un cliente de Jess y unos apuntes que revisar.

«Sin olvidar el tatuaje de Rip».

Mat me agarra por detrás y me lanza una mirada coqueta.

—Vamos, Kat, beber una cerveza no te quitará de trabajar mañana. Prometido, no nos iremos muy tarde. Estará todo el mundo, será divertido.

«Sobre todo estará Rip...». Hago una mueca y le saco la lengua mentalmente a la voz. Parece ser que la colleja no ha sido suficiente... Si decido irme, obligo a todo el mundo a irse. Perderán

mucho tiempo y no les quiero hacer eso. Son muy amables conmigo. La culpabilidad acaba por hacerme ceder.

—Bueno, vale. Pero no mucho tiempo.

Mat me da un beso sonoro en la mejilla.

—¡Bien, eres genial!

En el coche no puedo evitar repasar los eventos. ¡Joder, qué noche! Le prohibí a Rip de besarme de nuevo y, evidentemente, ha ignorado mi prohibición. Sin embargo, no puedo negar el placer que he sentido al besarlo. Todavía tiemblo por las sensaciones. Primero, el deseo con Rip; después, la cólera con Mirko.

Todavía veo su rostro deformado por los golpes. Puaj, ha sido horrible, y no sé si podré olvidar sus ojos hinchados y su cara ensangrentada. Aun así, lo que más me perturba es la emoción que he sentido en el momento en el que el puño de Rip ha chocado contra la mandíbula de su adversario. Una mezcla de alivio y de satisfacción morbosa. Jamás había sentido eso. Solo cuando... Dios mío. Sí, es eso. ¡Solo cuando clavé la guillotina en las manos de Robin!

Debería sentirme culpable; sin embargo, no siento nada. Ningún tipo de compasión. «¡Eres realmente una mala persona, Kataline du Verneuil! Solo necesitas una razón...». Tendré que hablar con Ashley de esto. Estoy segura que ella me podrá enseñar cosas sobre el sadismo. «¡Chst! No tengo ganas de transformarme en una psicópata, vacía de mi sufrimiento y del de los demás».

Veinte minutos más tarde, el coche de Mat se detiene en el aparcamiento de... ¡una discoteca!

¡Mierda! ¡No! Creía que el Blue Bird sería un bar. Si lo hubiera sabido...

Un edificio completamente negro aparece ante nosotros, con un pórtico como entrada que sirve de percha para un enorme pájaro azul.

Ante mi mirada estupefacta, Justine me toma del brazo.

—No te esperabas esto, ¿eh?

«No» es lo mínimo que podría decir.

—¿Estás segura de que es una buena idea? ¡Debe de haber una locura de gente ahí dentro!

—No te preocupes. Solo tienes que llevar tu móvil encima. Así, si te pierdes, me llamas y yo vibro.

Me señala su muñeca en la que hay atado un reloj conectado con su teléfono.

—No voy bien vestida para un sitio así...

Mi lamentable excusa la hace reír. De repente, saca una pequeña bolsita con maquillaje.

—Ven, lo solucionaremos.

Frunzo las cejas, pero extrañamente dejo que tome el mando. Me pone máscara de pestañas con cuidado, sombra de ojos y un toque de *gloss*. Luego pone unos polvos en mi cara y un toque de perfume detrás de mis orejas.

Es la primera vez que me maquillan, y debo decir que no es anda desagradable.

Justine recoge mi pelo y lo ata en un moño desenfadado, medio recogido, con algunos mechones que caen sobre mi frente y mi nuca. Finalmente, desabrocha unos botones de mi camisa para dejar ver mi top y ata las dos puntas en un nudo en la parte delantera. Después, me mira con el ceño fruncido valorando. Tras unos segundos, se inclina y llama a Mat por la ventanilla.

—Eh, hermanito, ¿puedes pasarme el bolso que está en el maletero?

Mat le tiende un bolso de marca y saca de él un par de preciosos zapatos de tacón lacados en

rojo.

Abro los ojos.

—No me digas que has pensado en todo. ¿Sabías que vendríamos?

—Con los chicos nunca se sabe. Siempre salimos después de los combates, así que voy preparada.

Su respuesta me molesta, y no puedo evitar hacérselo saber.

—Qué bien, podrías haberme avisado.

Ella responde de igual forma.

—Si te hubiera avisado, no hubieras venido. ¿Tienes un 38?

Hago una mueca y termino por asentir. Tiene razón: si lo hubiera sabido, me hubiera ido.

—Venga, ya verás. Será guay. Entramos, bebemos una cerveza, los tíos hablan, una pequeña vuelta por la pista y ¡hala!, nos vamos. No es más complicado que eso.

—Si tú lo dices...

Me sigue costando confiar en los demás, y este giro inesperado me trae malos recuerdos. De todas formas, dudo de que Justine o sus hermanos tengan malas intenciones.

Me pongo rápidamente los zapatos entre suspiros mientras Justine reajusta su vestimenta. Después, salimos del coche para juntarnos con los chicos, que nos esperan fumando. Mi nueva amiga se aparta un poco de mí para admirar el trabajo.

—Venga, Kat no seas tímida. ¡Estás magnífica!

Me guiña el ojo y me empuja hacia los chicos.

Cuando Mat y Marco me ven, detienen su conversación. Mat me mira con la boca abierta y se le cae el cigarro. En cuanto a Marco, me repasa sin vergüenza y suelta un pequeño silbido. Todo esto me incomoda terriblemente.

—Joder, Kat, ¡estás buenísima!

Marco me lanza una mirada feroz, pero su hermano lo empuja a un lado y se acerca a mí con aire codicioso.

—Tu primer baile es conmigo, bella Kat. Me apetece poner celosa a Sam esta noche.

¡Fíjate! ¿Samantha está enamorada del guapo de Mat? ¿Y viceversa?

—Estás magnífica cuando no te pones tu ropa vieja... Francamente, deberías maquillarte más a menudo.

—¡Tiene riesgo de provocar un motín en la pista esta noche! —responde Justine, retocando su pintalabios en el retrovisor exterior del Mustang.

—En todo caso, si necesitas un guardaespaldas o una coartada para algún tipo baboso, hazme una señal, preciosa.

Sonrío poniéndome roja.

—Gracias, sois muy amables. Y prometido, Mat, te reservo un baile.

—Vamos, es hora de entrar, señoritas.

Nos dirigimos hacia la percha del pájaro y, tras unos diez minutos de cola, acabamos entrando en la discoteca.

Es una sala inmensa llena de luces azuladas, en el centro de la cual está una cabina de disyóquey, redonda como un ovni. La decoración parece un paisaje de ciencia ficción con tantos neones azules. Da la impresión de haber cambiado de mundo y haber sido lanzado al de *Avatar*.

Apenas entramos, Mat y Marco nos dirigen hacia la barra, al fondo de la sala, para pedir nuestras bebidas.

—Hola, Mélissa —dice Mat a la camarera, que le dirige una sonrisa cálida.

El personal del establecimiento se parece a los Na'vi de la película de George Lucas. Están disfrazados con combinaciones de un azul profundo, con unas cenefas fosforitas. Las chicas llevan unas trenzas largas desde el nacimiento del pelo.

—Oh, el guapo de Mat. Hacía tiempo que no te veía por aquí.

—Soy un tío superocupado, qué quieres. ¿Nos pones una botella y cinco cervezas?

—¿Cómo siempre?

—Sí, pero nos vamos a la zona VIP.

—Perfecto, ahora os llevo las consumiciones.

La camarera le guiña el ojo y Mat nos invita a seguirlo hacia el fondo de la inmensa sala. Rodeamos la pista. Constató que está casi llena.

No he salido más que una vez en toda mi vida, así que las discotecas es un universo que no conozco. La música es ensordecedora, y a pesar de que es el inicio de la noche, el DJ ya ha creado una locura de ambiente. La pista está llena de bailarines alocados que se menean como enfermos.

Estoy contenta de que Mat y Marco nos lleven a un lado, hacia una esquina más tranquila. Es demasiado pronto y yo estoy demasiado sobria para bailar.

Llegamos a una zona acordonada donde dos gorilas vigilan la entrada. Al ver a Mar y a Marco, el más fuerte de los dos, un tipo negro de dos metros, nos dirige un gesto con la cabeza. Mat le atrapa el brazo y le da una palmada.

—Eh, Yass. ¿Qué tal vas, amigo?

—Bien, Mat. ¿Y tú, hermano?

—Genial. Hemos tenido suerte esta noche. Te vas a llevar un pequeño premio, tío.

El tipo gigante sonrío mostrando sus dientes inmaculados.

—¡Yeah, tío! Ya estoy al corriente. Están ahí, pero sabía que podía confiar en ti.

—Tienes razón, Yass. ¡Soy el mejor prediciendo! Bueno, ahora vamos a celebrarlo como se debe. ¿Te queda sitio para nosotros?

—Sí. Hay una mesa libre al fondo a la izquierda, ya verás.

—Gracias, Yass. ¿Nos vemos después?

—No hay problema. Buena noche, señoritas.

El gorila nos abre paso y subimos unos escalones para llegar a una especie de plataforma con unos grandes sillones coloridos y de forma ovalada. Nos dirigimos hacia la mesa que Yass nos ha indicado bajo las miradas envidiosas del resto de clientes. Guau, tengo la sensación de ser una privilegiada.

—Bueno, ¿qué te parece? Tus hermanos parecen estar en su casa aquí... —murmuro a Justine.

Levanta los ojos al cielo y suspiro.

—Tú dirás. Es su segundo hogar. Bueno, después de la arena y su garaje.

Río, aunque mi risa desaparece en cuanto mis ojos caen sobre la mesa de la esquina. Me congelo al ver a Rip y a su banda, tirados sobre las butacas en forma de huevo.

Me obligo a apartar los ojos y a mirar la espalda de Justine, prestando atención pero pasando desapercibida.

Sin embargo, cuando cruzamos la plataforma, siento la mirada de Rip sobre mí. Me quema como si me hubieran tirado al fuego. Como la primera vez que lo vi, siento sus ojos en mi nuca y me estremezco bajo el calor de esa sensación.

Me siento en una butaca al lado de Justine intentando centrar mi atención en la decoración

del espacio privado. Pero a pesar de toda mi voluntad, no resisto la curiosidad y ojeo la mesa del fondo. Apenas levantó la cabeza, sus ojos atrapan los míos. Estoy jodida.

Rip va vestido con unos tejanos oscuros y una camisa negra abierta, mostrando su torso musculado. No parece un tío que acaba de llegar de un combate apenas unas horas antes, solo lo delata su labio, ligeramente hinchado. No puedo evitar admirar los músculos que brillan bajo su camisa. Tengo ganas de pasar mi mano por encima y sentir el calor de su piel bajo mis dedos. Al verme observarlo, levanta una ceja y una sonrisa aparece en la esquina de su boca. Me dispongo a responder cuando Mégane se inclina hacia él para susurrar algo en su oreja.

¡Joder, no me esperaba eso! ¿Cómo no he podido verla? Lleva un vestido negro corto con unas cenefas verde fosforito que brillan bajo la luz de los neones, como los uniformes del personal de la discoteca. La prenda pegada a su cuerpo evidencia sus formas.

Para mi consternación, Rip no la aparta; al contrario. Sin dejar de mirarme, la coge por la cintura y la tira contra él, dirigiéndome una sonrisa provocadora.

La sangre desaparece de mis mejillas. ¿Qué hace?

«Pero ¿qué te esperabas, pardilla? ¿Creías que por que te ha besado iba a olvidarse de las otras tías?». Patada giratoria a la pequeña voz, que estalla contra un muro de cemento. Antes morir que admitir que tiene razón.

Mi cólera aumenta. Aparto los ojos en un gesto rabioso. Tragándome la frustración, me giro hacia Mar y le dirijo mi mejor sonrisa. Si el imbécil de Rip cree que va a fastidiarme la noche, lo lleva claro. Decido que la mejor forma de hacerle comprender que me da igual lo que haga es ignorándolo.

A falta de suerte, la risa cristalina de Mégane retumba en mis orejas. Me muerdo el labio y me concentro sobre lo que me dice Mat sobre su nueva pintura de la moto.

Pero esta vez es el timbre de Rip que llama mi atención. «¡Joder, esto es demasiado!». Echo un vistazo hacia la mesa vecina justo a tiempo de ver a Rip murmurarle algo a Mégane. Ella estalla de risa y me mira con burla. Tengo la desagradable sensación que se ríen de mí. Entonces Rip la coge por la cintura y la atrae nuevamente hacia él para comerle la boca con avidez. Y mientras la está besando tiene el valor de abrir los ojos y mirarme con provocación.

¡Joder! Me quedo blanca.

Me contengo de levantarme para darle una bofetada y sacarle los ojos. Pero la vez me dan ganas de darme una bofetada a mí misma por haber pensado durante un instante que él podría sentirse atraído por mí... aunque solo fuera un poco.

¡Qué idiota! Me muerdo el labio sin poder apartar los ojos del espectáculo. Oigo la voz de Mat, pero no entiendo lo que me está contando. Mis manos retuercen la correa de mi bolso y mi mandíbula está tan apretada que me empiezan a doler los dientes.

Es Justine quien redirige mi atención poniendo su mano sobre mi brazo. Se inclina hacia mí y me susurra en la oreja:

—Déjalo estar, Kat. Soy fan de ese tío, pero te lo juro: no vale la pena que estés mal por él.

Sorprendida de haber sido pillada in fraganti, me giro hacia ella, asombrada.

—Vales mil veces más que todas esas petardas que se tira. Déjalo estar.

Le dirijo una sonrisa de agradecimiento. No lo puedo negar, sería mentirle.

—Gracias, Justine. Era lo que necesitaba escuchar.

Decido seguir su consejo.

«Está decidido. Esta noche voy a sacarme a Rip de la cabeza».

Shot de tequila

La camarera del bar llega en ese momento con nuestro pedido. ¡La leche! Mat ha pedido una botella de tequila... para nosotros cinco. Samantha se ha reunido con nosotros. ¿Realmente cree que vamos a bebernos todo eso?

Lanzo una mirada de pánico a Justine.

—Venga, Kat, estamos aquí para divertirnos. Suéltate y deja de darle vueltas.

Mis ojos se dirigen a la mesa de al lado. El alcohol fluye libremente. Parece que Sofía quiere batir el récord de beber rápido esta noche. Se traga su bebida de un trago y grita como una histérica dándole la copa a Royce, quien se la rellena de champán. Los demás aplauden como si ella hubiera hecho un gran logro. ¡Menuda panda de pirados!

En el momento en que ve que los miro, Mégane me dirige una pequeña sonrisa maliciosa y levanta su copa hacia mí en un gesto de saludo, antes de lanzarse al cuello de Rip de manera posesiva.

Sin parpadear, cojo el vaso extraño en forma de calavera y se lo tiendo a Mat.

—¿Quieres un poco de zumo de naranja, Kat?

Su pregunta me saca de mi ensoñación. Lo miro sorprendida. ¿Por qué querría zumo de naranja? Me toman por una verdadera niña. ¡Es de locos! Es hora de romper con esa imagen.

—Eh, no. Gracias.

«Ah, claro que sí. ¡Sé descarada, amiga! ¡Tómame un chupito, ya que estás!». Por una vez, estoy de acuerdo con la vocecita.

Cojo la botella de tequila y me sirvo un buen trago. Pongo entonces un poco de sal sobre el dorso de la mano y cojo una rodaja de limón. Lo he visto en YouTube, y tengo ganas de probarlo. Luego, bajo las atentas miradas de mis amigos, chupo la sal, vacío de un trago el vaso de tequila y muerdo el limón. Mi garganta se quema a causa del alcohol y la acidez del limón me hace llorar. Me abstengo de toser como una loca. Tengo la impresión de haberme tragado un puñado de agujas. ¡Puaj!

—Joder, Kat, hay veces que me dejas a cuadros.

Mis nuevos amigos me miran como si viniera de otro planeta. Luego, Justine levanta su vaso y grita:

—¡¡Yuhu!! ¡Kataline du Verneuil, te adoro! ¡Estás completamente loca! ¡Casi tan loca como yo!

Enseguida, levanta un poco más su vaso y lo vacía de un trago.

Estallo en risas cuando la quemazón del alcohol empieza a desaparecer y un agradable calor empieza a subir por mis mejillas. Al final, siento que me voy a divertir esta noche.

Al cabo de una hora, me siento ligeramente eufórica. No diré que estoy contenta, pero me siento bien. Lo que está claro es que no me apetece irme a casa. Sin embargo, después de tres chupitos de tequila, decido beber un poco de agua para no perder el control. Conozco sus estragos, y quiero pasarlo bien con mis nuevos amigos. «¡Joder, tengo amigos! ¡Qué locura!».

Samantha, Justine, Mat y Marco son realmente geniales, y hacía tiempo que no me reía tanto.

Son graciosos y llenos de vida. Me siento bien con ellos, en confianza. Un poco como en familia.

—Vamos, Sam, dime a qué chico vas a poner en tu punto de mira.

—¿Estás sorda o tienes memoria de pez, Justine? Ya te lo he dicho: esta noche voy a poner a prueba mis poderes de seducción con los hermanos Saveli. ¡Me encantan estos tíos sexis!

Se pellizca los labios y se levanta, orgullosa de sí misma. Justine se ríe dándole un golpe con el codo.

—¿Crees que serás lo suficientemente fuerte para eso? Parece que están realmente dotados para el deporte de habitación...

—¿Pero por quién me tomas, gallinita? ¡No corro todos esos kilómetros y voy al gimnasio tres veces a la semana por nada! —Reajusta su escote y mete estómago con una mueca que dice mucho de sus intenciones.

—Si tú lo dices...

Marco interviene inclinándose hacia nosotras:

—Venga, propongo que aumentemos el juego. Hagamos una apuesta. Si llegas a ligarte a uno de los dos, te ofrezco la mejor noche de tu vida: restaurante de tres estrellas y club privado. Si pierdes, sales conmigo.

Samantha hace una mueca y yo no puedo evitar reírme.

—Ah, ¡qué listo! De las dos formas acabas ganando una velada con Sam.

Marco extiende sus brazos inocentemente.

—¿Yo? Para nada. Solo lo hago por diversión.

—OK, acepto —interrumpe Samantha con un brillo desafiante en los ojos.

Vale, la noche promete ser movidita. Espero con impaciencia a ver la reacción del tío sexi en cuestión... Automáticamente ojeo la mesa vecina. Mégame sigue enganchada a Rip como una sanguijuela; sin embargo, a él lo pilló mirando en nuestra dirección. No parece avergonzado por haber sido cogido en el delito y, en cambio, me dirige un pequeño gesto con su copa.

Le lanzo una mirada negra y giro la cabeza. Maldita sea, ¡cómo me cabrea! Cualquiera diría que quiere provocarme. Pero ¿por qué? No he hecho nada aparte de... sucumbir a su encanto diabólico. ¡Y de eso me culpo! Me debe de tomar por una de sus petardas, las cuales caen rendidas ante la más mínima sonrisa.

No, yo no soy una de esas tías.

«¡Hipócrita!».

Cojo mi vaso con rabia.

—Creo que retomo el tequila —digo, tendiendo mi vaso a Mat.

Pero en vez de servirme, Mat pone mi vaso encima de la mesa y me coge el puño.

—No, no. Tú, preciosa, vas a bailar conmigo. Lo has prometido.

Sin dejarme tiempo para reaccionar, me levanta del asiento para llevarme a la pista de baile. ¡Mierda! ¡No había anticipado eso!

Salimos de la zona VIP para dirigirnos a la pista de baile, donde las parejas bailan al ritmo de una música lenta.

¡Oh, no! ¡Eso no! Mat me atrapa bruscamente por la cintura y me aplasta contra él en un movimiento repentino que me hace abrir la boca. Me pongo rígida.

—Eh, relájate, preciosa. Es solo un baile, nada más.

Eso espero. Desgraciadamente, la última vez que bailé con un tío fue con Robin, y no tengo catalogado ese recuerdo como «relajante». Intento de todas formas relajar un poco la tensión, sin realmente lograrlo. Mat lo nota y se pone a hablarme con dulzura en la oreja. Me cuenta

cualquier cosa, comentarios estúpidos y bromas absurdas. Después de dos o tres chistes, empiezo a disfrutar del baile. Finalmente, consigo dejarme ir cuando suena el tercer verso. Me siento bien entre unos brazos fuertes en los que puedo descansar. No pienso en otra cosa más que dejarme llevar por la música de Zayn y de Sia. Completamente apaciguada, termino por apoyar la cabeza en su hombro. Él me aprieta un poco más contra él. Al final del baile, me siento agradecida y me acerco a su oreja.

—Gracias, Mat.

Como respuesta, me da un casto beso en la mejilla con una sonrisa. Su mano se desliza sobre mi brazo y atrapa la mía. De pronto, la voz de Rihanna invade la discoteca sobre un fondo de música rítmica. Miro a Mat, que me mira con una sonrisa brillante.

—¿No me digas que no vas a bailar este tipo de música, Kat? ¿Qué pasa, te da miedo?

Pongo mis manos sobre su torso para empujarlo suavemente.

—¡Estás soñando, tonto! ¡El baile forma parte de mi vida!

Las chicas se unen a nosotras en ese momento. Justine me coge por el brazo y me dirige hacia unos grandes cubos de colores que sirven de plataforma.

—¡Venga, muéstrame cómo te mueves, tía!

Después de una buena media hora moviéndonos entre docenas de personas que hacen lo mismo, bajo de la plataforma, agotada pero encantada. Mi camisa empieza a pegarse a la piel, pero no me atrevo a quitármela, así que simplemente la desato.

—¡Guau! ¡Nunca había hecho eso! ¡Hacía mucho tiempo que no me soltaba así!

Imagino la cara de mi psicóloga si me viera en este momento. Creo que estaría orgullosa de mí. Bailar entre una multitud de personas... era algo impensable hace un tiempo. Creo que mis nuevos amigos ejercen una buena influencia en mí.

—¿Y bien? Ya ves que has hecho bien en venir —me dice Mat, atrapándome por el cuello.

Me congelo instantáneamente y me aparto de él. No quiero que estos gestos familiares sean algo habitual.

—Déjala, hermanito. Ya ves que no eres su tipo.

Lejos de molestarse, Mat levanta las espaldas en señal de derrota.

—Al menos lo he intentado...

Nos acomodamos en la barra cuando el sonido de David Guetta invade el espacio. No puedo evitar dejarme influir por el ritmo, bebiendo de mi tequila. Sí, lo sé, había dicho que ya era suficiente... Lo prometo, después de este dejo de beber.

Justine se inclina hacia mí.

—En cualquier caso, una cosa es segura, ¡y es que eres la reina de la pista, Kat! Mira a todos los tíos que se giran a mirarte.

—Estoy celosa —añade Sam—. ¡Parece un tarro de miel en una colmena! Y yo no solamente paso inadvertida, sino que voy a perder la apuesta.

Ups, no me había dado cuenta. Efectivamente, varios tíos me miran como si fuera mercancía expuesta en un mercado. Frunzo el ceño y empiezo a arrepentirme de haber dejado que Justine me vistiera así. Tengo que prestarle atención a no destacar tanto. Ya sabemos cómo puede acabar...

Mat se acerca y me atrapa por detrás.

—Si quieres, puedo hacer de coartada.

Le dirijo una mirada escéptica y me separo con un movimiento de hombros.

—No, gracias, Mat. Puedo apañármelas sola.

Samantha eleva la vista al cielo.

—Ah, los tíos y las nuevas... Parece que os encanta tener carne fresca. ¡Maldita sea, no somos un producto cárnico!

Estallo en risas.

—¿Y tú, Sam? ¿Cómo llevas el desafío?

Se gira hacia la zona VIP.

—Bueno, Rip no está lejos. Pero su petarda no lo deja respirar, así que...

—¿Rip? —la corta Justine—. ¿Bromeas? Es demasiado fácil. ¡Le salta a todo lo que tiene culo y tetas! Y tú tienes las dos cosas...

Me ahogo en mi copa.

—Sí, es verdad. Vale. Entonces, ¿por qué no es Max mi primer objetivo?

Justine da unos toquitos en la mano de Samantha.

—OK. ¡Eso sí es un verdadero desafío!

—Ah, ¿sí?

Justine mueve en círculos los ojos.

—Sí. Max quiere mucho, pero mucho, a nuestra amiga Kat, aquí presente.

Samantha y los otros me lanzan una mirada llena de curiosidad. De repente, siento la necesidad de desmentir eso.

—¡No es verdad! Es solo mi compañero...

—... de proyecto —me interrumpe Justine burlándose—. Pero ¿estás ciega o qué te pasa? Ese tío te admira, Kat.

Sacudo la cabeza, aunque no respondo. Espero de verdad que se equivoque y que no sea más que una interpretación por su parte. Me daría vergüenza que Max se hiciera ideas falsas.

«Pfff, deja de hacerte la mojjigata. ¡Sabes que tiene razón!». Una buena patada giratoria a la vocecita. ¡Así aprenderá!

—Los dos hermanos Saveli tienen debilidad por nuestra amiga. ¡Es de locos!

Sí, es eso. Es una locura. Sin embargo, ver a Rip con Mégane me hace tener dudas.

—Oh, me encanta esta canción —dice Justine, cogiéndome del brazo—. Ven a bailar, Kat. Seguro que lo vas a petar.

Me dejo guiar entre los bailarines de la pista repleta cuando la música de Martin Garrix suena en la sala.

El efecto de mi última copa se hace notar al cabo de unos minutos y me da la impresión de vivir el momento como si fuera una espectadora. Sin embargo, soy yo quien ahora se mueve con los ojos cerrados y los brazos levantados, bajo la voz de Bebe Rexha. Me elevo hacia un mundo de placer y me dejo llevar por el sonido. La música retumba en mis orejas y sé que, si ahora abriese los ojos, me arriesgaría a terminar con este momento de puro deleite. Muevo ligeramente la cabeza y siento como si estuviera entre algodones... justo cuando dos manos se ponen sobre mis caderas.

Me paralizó.

Cuando las manos empiezan a subir por mi cintura, siento una descarga eléctrica. Salgo de mi letargo y abro los ojos. Me doy la vuelta rápidamente con la firme intención de apartarme, pero descubro estupefacta que el tío que me agarra no es otro que Parker. Me mira con una gran sonrisa y un brillo provocador en sus ojos. Su mirada desciende para apreciar mis curvas. ¡Mierda!

Verlo mirarme sin vergüenza me incomoda todavía más. Me aparto de él para mantener la

distancia, con mis palmas en su torso. Pero no me suelta y continúa bailando.

—Si crees que puedes tocarme así estás muy equivocado, Parker. ¿Qué te has pensado?

Su sonrisa se agranda peligrosamente.

—Oh, no me imagino nada, preciosa. Constató.

Sus ojos descienden hacia mi pecho y su boca se tuerce en una mueca maliciosa.

—Has cambiado, Derbis. Me encanta la forma en la que te vistes ahora. Y verte bailar así me pone como...

Lo corto poniendo mi mano sobre su boca. Si sigue hablando voy a explotar. Mi visión empieza a emborronarse.

—¡No sigas hablando, Parker! O no respondo de mí.

Me mira con una mueca extraña, pero no dice nada. Instintivamente, reculo y empiezo a abrocharme la camisa. Maldigo a Justine por haberme disfrazado así.

—Eh, ¿eres el famoso Parker? Baila conmigo, ¡venga!

Hablando de ella... Llega justo a tiempo para salvarme de Parker cogiéndolo del brazo y atrayéndolo hacia ella. Debe de haber visto que estaba incómoda. Inmediatamente, mi pseudocaballero la toma por la cintura y la hace girar.

Le guiño el ojo a mi amiga, agradecida. Es momento de escabullirme.

—Voy al baño. Necesito refrescarme.

Justin me hace un pequeño gesto con la mano y me alejo de ellos con un andar inseguro, pero aliviada. He bebido demasiado esta noche. Me arrepiento de haberme dejado llevar así. Es una mierda. Y el intercambio con Parker no ha ayudado nada. Ahora tengo la impresión de estar en un barco perdido en plena tormenta, en medio del Triángulo de las Bermudas. El corazón está a punto de salirme por la boca y solo el pensar en beber otra copa me pone enferma.

Entro al baño para calmarme, esperando que eso ponga las ideas en su sitio y mi cerebro vuelva a encarrilarse.

Atrapada

El espacio del baño está decorado como la sala de la discoteca. Es inmenso y moderno. Hay diez cabinas en las que fácilmente caben tres personas. Sin embargo, hay una cola interminable.

Después de un buen rato esperando, por fin es mi turno. Sueño con echarme agua fresca en el rostro. Pero en el momento en el que entro, alguien me empuja violentamente al interior.

Sorprendida, doy media vuelta para protestar cuando me encuentro con Rip. Cierra la puerta tras de sí y echa el pestillo, ignorando a la chica que le dice que no son baños mixtos. La sangre desaparece de mis mejillas. Estoy atrapada.

El rostro de Rip es duro, y un pequeño músculo que empiezo a conocer se contrae nerviosamente en su mandíbula. Está cabreado. Mala señal. Sus ojos lanzan destellos y me temo que esta ira está dirigida hacia mí.

¿Qué le pasa? ¿No debería ser yo quien estuviera cabreada con él?

Abro la boca para ordenarlo salir, pero él es más rápido que yo.

—Dime, Derbis, ¿tienes la intención de calentar a todos los tíos de la discoteca, o eso está reservado solo a los tíos que me rodean?

¡Qué fuerte!

Abro los ojos. ¿Está loco o qué?

—No sé de qué me hablas.

—Estás ahí contoneándote...

Me lanza una mirada despectiva.

—¿Te pone ligar con los tíos, es eso? Te encanta calentarlos...

Es suficiente. La cólera me enciende como la pólvora.

—Estás de broma, espero. No soy yo quien me besaba no hace ni dos horas y ahora se pasa el rato con la lengua metida en su novia. ¿Y encima delante de mí? No tienes vergüenza.

—Para. Sabes muy bien qué tipo de tío soy. Y me parece que no te ha supuesto ningún problema que te besara. Te ha gustado, ¿no? Estabas pidiendo más.

Me dirige una sonrisa carnícora. Pero sus ojos..., esos no ríen.

Su mirada se desliza sobre mí sin pudor y percibo un brillo de rabia en sus iris grises. Si sus ojos pudieran matar, creo que ya estaría muerta.

—Mírate. ¿Cómo quieres que los tíos no se te echen encima como muertos de hambre?

¿Pero qué les pasa a todos, joder? Llevo un tejanito y una camisa. Lo único elegante de mi atuendo son los pares de tacones altos. Nada que ver con la mayoría de las chicas que llevan menos tejido en su cuerpo que en la playa. Tengo ganas de decírselo, pero no sale nada de mi boca.

—¿Qué te pasa, Kataline? Estás... diferente. No acabo de leerte. Sin embargo, me atraes como un imán.

Abro la boca, atónita por sus palabras. Su mirada se oscurece más y su expresión se tiñe de amargura.

—Tienes tanta necesidad de amor que estás dispuesta a dejar que te toque el primer imbécil,

sin importar que...

¡Esto es demasiado!

—Te prohíbo que me insultes. ¿Quién te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer?

Exasperada, me lanzo sobre él, con la mano extendida para silenciarlo. La Kat buena ha desaparecido y ha dejado paso a su malvada hermana gemela.

—Estás enfermo. Tengo el derecho a...

No tengo tiempo de terminar la frase. Él me atrapa los puños antes de que mis manos choquen contra él. Pero contrariamente a lo que pensaba, no me responde. Al contrario. Con un gesto brusco, me atrae hacia él. Tan fuerte que mi pecho se aplasta contra el suyo, arrancándome un gemido de estupor. Su voz suena ronca y su cuerpo se congela a mi contacto.

—No, no tienes derecho.

Su rostro se acerca peligrosamente al mío. Sus pupilas se dilatan cuando se inclina hacia mí, haciéndome temblar.

—Nadie que no sea yo te puede tocar. Eres mía, Kataline.

Se acerca más y sus labios rozan mi pelo.

—Solo mía. Y yo no comparto lo que es mío.

Me muerde el lóbulo de la oreja y el contacto de sus dientes sobre mi piel envía millones de descargas eléctricas por todo mi cuerpo. ¿Cómo puede ser que este simple contacto provoque tanto efecto en mí? Parece que está conectado directamente a mis terminaciones nerviosas. Mi cuerpo, este traidor, reacciona a su sujeción como un autómata. Inmediatamente, toda voluntad desaparece. Estoy a su merced y ya sé que, haga lo que haga, seré incapaz de resistirme.

Rip se reincorpora y hunde sus ojos en los míos. Un brillo plateado cruza sus pupilas y su expresión se vuelve extrañamente torturada.

—¿Quién eres, Kataline Anastasia Suchet du Verneuil? ¿Quién eres para provocarme este efecto?

Su voz ronca me provoca escalofríos. Me quedo inmóvil, con la respiración corta, esperando la siguiente con una mezcla de aprensión e impaciencia.

Libera mis puños y se queda ante mí, sin moverse, con los ojos fijos en mis labios. Luego, me aprisiona de nuevo en sus iris plateados. Durante unos largos minutos nos miramos el uno al otro, midiéndonos con la mirada. Creo que ninguno de los dos somos capaces de explicar lo que sucede. Esta atracción mutua que no comprendemos, pero contra la cual no podemos luchar. No nos tocamos, pero la distancia que nos separa es tan poca que puedo sentir el calor de su cuerpo. Solo el ruido de nuestras respiraciones se deja escuchar y la atmósfera se carga de electricidad.

Estar tan cerca el uno del otro y no tocarnos más que con los ojos... es algo tremendamente erótico.

Rip sigue observándome con un brillo extraño, mezcla de deseo contenido y de incredulidad. Se acerca todavía más a mí evitando tocarme y me desafía con la mirada.

—Venga, Kataline. Te mueres de ganas...

Debería responder. Cabrearme. Pero en ese momento no puedo hacer otra cosa que obedecer la voz que me vuelve loca. Entonces, sin pensarlo, me pongo de puntillas para poner mis labios sobre los suyos, con el corazón a mil.

Sentir su boca sobre la mía y su cuerpo contra el mío es como una necesidad vital. No puedo resistirme.

Siento que Rip se congela y deja de respirar. Impulsada por una la osadía, muerdo su labio inferior. En ese momento es como si hubiera provocado un terremoto.

Con un gruñido sordo, casi bestial, Rip me atrapa por el pelo y tira mientras que su otra mano se desliza por mis nalgas para levantarme como si fuera una pluma. Instintivamente, rodeo su cintura con mis piernas y me aprieto contra él, agarrándome de sus hombros.

Su lengua invade mi boca y busca la mía con codicia. Nuestros dientes chocan y la violencia que nos rodea es tremendamente excitante.

¿Qué me pasa? No me reconozco. Pierdo el control. Es como si hubiese un gran agujero dentro de mí que pide ser llenado, una especie de carencia insoportable que me hace vulnerable y me deja temblando de deseo.

Joder, tengo tantas ganas de él que en este instante podría hacer lo que quisiera conmigo.

Con un gemido de placer, atrapo su nuca para acercarlo más a mí. Rip me mueve con él y me deja encima del lavabo. Su boca se aparta de la mía. Respiro para recuperar el aliento mientras su lengua traza un recorrido ardiente a lo largo de mi cuello. Sus manos suben por mi cintura, causándome miles de descargas.

Sin que me dé apenas cuenta, tira de mi camisa, haciendo saltar los botones, pero me da igual. Solo cuentan sus manos sobre mi piel ardiente. Luego me endereza para levantarme y rápidamente mi top y mi sujetador se reúnen con la camisa en el suelo.

Rip se aparta para observarme. Su mirada es oscura, llena de un deseo profundo que no había visto jamás. Un brillo de admiración cruza sus ojos y murmura, como para sí mismo:

—Magnífica...

Me siento enrojecer e intento de cualquier manera esconder mis formas, pero Rip me atrapa los puños y me aparta los brazos. Sin dejar de mirarme, acaricia mi pecho con sus dedos expertos y me arranca un gemido cuando vuelve a poseer mi boca.

Esta vez el beso es menos brutal y más sensual. Se toma su tiempo, saboreando mis labios y mi lengua como si yo fuera algo delicado ypreciado. Es una verdadera tortura.

Cuando su boca desciende por debajo de mi oreja, echo la cabeza hacia atrás, víctima del cúmulo de sensaciones que encienden mi cuerpo. Cuando sus labios alcanzan mis pechos, ahogo un grito.

Sus manos continúan descubriendo los rincones de mi cuerpo, creando a su paso una miriada de escalofríos. Me vuelve a poner de pie y antes de comprender lo que sucede, me encuentro en bragas.

Es terrible. Pierdo toda la noción del tiempo y del espacio. Solo me importa esta boca que me da placer. Me agarro a su pelo y me acerco más a él. Quiero más, mucho más.

—Rip...

Mi quejido lo hace detenerse. Siento su sonrisa contra mi piel. Se reincorpora y me dirige una mirada sensual que me deshace. Tirando de su camisa, lo atraigo hacia mí para besarlo.

Pero contra viento y marea, se detiene a unos milímetros de mi boca. Frustrada, me muerdo el labio. Mira mi boca unos segundos, pero en vez de besarme, desliza los pulgares bajo mis bragas y se arrodilla ante mí. Baja lentamente la tela, acompañando el gesto con besos. Mi corazón se detiene.

Instintivamente, cierro las piernas y pongo las manos delante de mí.

—No, Kataline, no te escondas de mí. Nunca. —Y acompañando sus palabras, se incorpora tomando mis muñecas para apartar mis manos. Una vez de pie, me gira hacia el espejo—. Mira. Mira lo bonita que eres.

Sus manos acarician mis hombros, mi pecho, mi cintura fina y se deslizan por mi vientre. Sigo el recorrido con los ojos, hipnotizada por el movimiento que provoca una miriada de

escalofríos sobre mi piel.

—Quieres que te toque, ¿no, Kataline? Quieres tanto como yo...

No sé qué responder, incapaz de apartar la mirada de sus ojos.

—Lo noto... —sigue con su voz sorda.

Pone una mano entre mis muslos.

—Justo aquí.

Una descarga eléctrica me atraviesa entera y casi me hace desfallecer. La sangre sube a mis mejillas y un pequeño grito se escapa de mis labios.

Independientemente de eso, Rip explora mi intimidad sin dejar de mirarme a los ojos. Y cuando alcanza el clímax de mi deseo, una sensación desconocida me atraviesa como un maremoto. Mis ojos se abren y mi boca forma una «O» muda.

Dios mío...

Rip agarra mi mentón con su otra mano para girar mi cabeza hacia él. Su beso es intenso, profundo y embriagador. Gimo en su boca cuando no deja de atormentarme. Sus labios se separan de los míos y siguen la línea de mi mandíbula.

Empiezo a jadear cuando una ola de calor sube por mi vientre. Mis piernas se convierten en gelatina. Sin Rip no estuviese sosteniéndome, me hubiera caído.

Arqueo la espalda y dejo que mi cabeza se incline hacia atrás. Mi vista se nubla y pierdo la noción del tiempo. Rip atrapa mi mandíbula y me obliga a mirar al espejo.

—Te prohíbo que cierres los ojos. Mírame. Quiero verte cuando te corras...

Sus palabras me aceleran. Mi vista se tiñe de rojo y grito cuando el orgasmo me golpea con toda su fuerza.

—Eso es, cariño... Déjate llevar.

Mi cuerpo tiembla bajo la violencia de los espasmos que todavía me sacuden. Me apoyo en el torso de Rip, que me sostiene hasta que la tensión afloja. Durante todo este rato, no ha dejado de mirarme.

Necesito unos minutos más para calmarme durante los cuales Rip me besa la nuca y me acaricia dulcemente el vientre. Cuando vuelvo en mí, su mirada es indescifrable.

Me libera y me da un ligero beso en el hombro.

—Gracias, nena.

Después, sin decir nada más, da media vuelta y sale de la cabina, dejándome sola y aturdida.

Sin el calor de su cuerpo, empiezo a temblar. Instintivamente, cruzo los brazos sobre mi pecho. Luego, después de unos segundos en los que ni siquiera puedo pensar con claridad, colapso en el lavamanos con la cabeza entre las manos.

Mi cerebro reprende su actividad normal y comienzo a darme cuenta de lo que acaba de pasar.

No lo entiendo. No entiendo por qué lo he permitido ni por qué Rip se ha ido así, sin decir nada más.

¡Joder! ¿Qué acabo de hacer?

Historia de unas bragas

Necesito diez minutos y numerosos golpes en la puerta para que salga de mi letargo.

Como un autómatas, me incorpore y me pongo la ropa, absorta. Mi sujetador está mojado porque se me ha caído en el lavabo y mi camisa no tiene más que dos botones en la zona del pecho. Parece un trapo, pero hago todo lo posible por alisármela sobre el pecho.

¡Dios mío, es una catástrofe!

Decido quitármela y atármela lo mejor que puedo a la cintura. «Tendrá que valer así».

Me agacho para coger el resto de mi ropa. Soy incapaz de encontrar mis bragas.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Busco por todo el lugar, pero es en vano. Han desaparecido. «No me digas que... Claro, ¡se las ha llevado!».

En un ataque de rabia, golpeo el lavabo con el puño.

—¡Será gilipollas!

La cólera y el despecho me dan casi náuseas, y estoy al borde de las lágrimas. Sacudo la cabeza para poner las ideas en su sitio.

No, no. No me dejaré vencer por el pánico.

Sin planteármelo dos veces, me pongo los tejanos deprisa, con las manos temblorosas. Cuando me incorpore, veo mi reflejo en el espejo. Tengo las mejillas rojas, el pelo desordenador y los ojos hinchados. «¡Joder, recomponte, Kat!».

Intento adecentarme ordenando mi pelo en vano. Decido deshacer el moño y pasar rápidamente los dedos por los mechones para disciplinarlos. Reajusto la ropa y me echo un último vistazo.

Las manos me tiemblan y mi corazón late como el de un caballo al galope. Levanto la cabeza hacia el espejo y percibo por un cuarto de segundo la silueta de Rip detrás de mí. Me veo en la escena de hace unos instantes, con la cabeza hacia atrás, descansando sobre su hombro mientras él me tocaba... Es en este instante cuando soy plenamente consciente de lo que acaba de pasar.

Me apoyo en el lavamanos para no caer. ¿Cómo he podido? ¿Cómo he podido dejarme tocar? ¿Y cómo puedo mirarme a la cara cuando me doy cuenta de lo que he disfrutado?

Me maldigo internamente. Me he comportado como una idiota y siento que me han jodido de nuevo. Como la última vez.

Miro mi reflejo durante unos segundos —sin realmente verme— mientras las imágenes de mi martirio desfilan por mi cabeza a toda velocidad. Mi visión se emborrona y mi mirada se tiñe de rojo.

«Dios mío, no. Esto no». Aprieto los puños y me obligo a repetir mi mantra musical para calmarme. Tras unos segundos, el velo desaparece y retomo el control. Tomo una gran bocanada de aire y me echo agua fresca por la cara. Me incorpore y me apoyo unos segundos contra la pared. No me siento capaz todavía de enfrentarme al exterior. Tengo la mente como un campo de batalla, llena de confusión, cólera y remordimientos. Me culpo terriblemente por haber sucumbido una vez más. He dejado que Rip haga de mi lo que le ha dado la gana. Debería estar

disgustada de haberme dejado tocar. Debería haberlo prevenido.

Pero en vez de eso, he dejado que hiciera lo que quisiera. Me ha dado mi primer orgasmo... El primero.

¡Qué idiota soy! ¿Cómo he podido perder el control? ¿Y cómo he podido disfrutar tanto con un tipo que odio? Nunca pensé que podría sentir esto algún día. Ignoraba que pudiera sentir otra cosa que no fuera repugnancia hacia un hombre. Dios mío, si alguien me hubiera dicho que sería así de... intenso.

Cuando pienso cómo me ha dejado plantada justo después... no me atrevo a imaginar cómo hubiera terminado si se hubiera quedado.

«¡Entre tus piernas, bonita!». La incredulidad da paso a la cólera. Mando a paseo a mi conciencia con un *chokeslam* digno de un campeón de catch. Sin embargo, tiene razón.

Todavía siento las manos de Rip sobre mí, la quemazón que ha dejado su boca sobre mi piel, sus dedos hábiles en el lugar más sensible de mi cuerpo. Me muerdo los labios con este pensamiento.

«¡Joder! Este tío me tiene completamente loca. Desmonta todos mis principios, todas mis resoluciones tan solo con estar cerca de mí. Aniquila mis años de trabajo por construir muros de protección a mi alrededor». Me cabrea tanto como me excita. Y eso no lo puedo soportar. Me siento como una marioneta que obedece todos sus deseos. Es como si estuviera atada con hilos y él se divirtiera tirando de ellos en todas direcciones. Y lo peor es que estoy segura de que lo hace sabiendo el poder que tiene sobre mí y que abusa de él.

Cuando pienso en que su novia está en la sala de al lado... ¡Joder!

«Esto tiene que terminar. Tengo que acabar con todo este circo. ¡Mi salud mental está en juego! Pero primero debo calmarme, e intentar recuperar lo que me pertenece».

Tomo una bocanada de aire y procuro ponerme una máscara de impasibilidad en el rostro. Nadie puede sospechar nada.

Con una determinación renovada, salgo por fin de los baños, con las mejillas rojas por la adrenalina.

¡Joder, que no llevo bragas bajo el tejano!

Apenas atravieso la puerta choco con Sofía, que me examina de arriba abajo con un aire burlón.

—Eh, Derbis, ¿qué te pasa? ¿Has visto un fantasma? Estás toda roja... —Sus ojos bajan hasta mi camisa— ¡y desaliñada!

La ignoro —es lo mejor que puedo hacer— esperando que no haya visto salir a Rip antes que yo.

Vuelvo con paso decidido hasta la zona VIP. La noche ha terminado para mí. Tengo que encontrar a Justine o a sus hermanos para que me lleven a casa. Un vistazo al fondo de la sala me hace ver que no han vuelto de la pista. Debo encontrarlos. Pero antes, debo recuperar mis bragas.

En el momento en el que doy media vuelta, Royce me llama.

—¡Eh, Kat! ¡Ven aquí, preciosa!

Está literalmente desparramado sobre un sofá. Su novia, la morena de la otra vez, cuelga de su cuello. Me dirijo hacia él, decidida a acortar el intercambio.

—¿Qué quieres, Royce?

Me dirige una sonrisa burlona y palmea el espacio libre a su lado.

—Siéntate. ¿Quieres beber algo?

Hago una mueca.

—No, gracias. Ya he tenido suficiente.

—Vale, como quieras.

Me echa un vistazo y frunce el ceño. Una pregunta idiota me cruza la mente: ¿se puede ver a través de un tejano? Tiro de mi camisa, esperando que eso la agrande.

—¿Todo bien?

Instintivamente, cruzo los brazos sobre el pecho y tomo una pose defensiva. No tengo ganas de que adivine lo que ha pasado. Sin embargo, tengo la impresión de que sabe algo. Espero que Rip no le haya dicho nada.

—Todo bien, Royce. Pero, dime, ¿a qué viene este repentino interés por mi persona? Creía que no me soportabas.

Levanta una ceja, asombrado.

—Oh, vaya, grandes palabras. Es verdad que me intrigas, Kat, y que me cuesta descifrarlo. Pero no te detesto. Aunque tenga mis sospechas.

Inteligente de su parte el no negarlo. De todas formas, él tampoco es de mi agrado.

—Dime, ¿te estás divirtiendo esta noche?

Me pongo rígida, en guardia.

—¿Qué quieres decir?

—No sé... Bebes, bailas. Te mueves bastante bien, por cierto.

Pasa su índice por mi muslo en un gesto inapropiado. Reculo inmediatamente con la sensación de una quemazón. ¿Estoy soñando o está ligando conmigo?

Miro a su acompañante, pero ella no reacciona, y me mira sin interés. Debe de estar acostumbrada a que su chico se ligue a otras tías ante sus ojos.

—Sois todos iguales. Cuando una chica baila os pensáis que es terreno libre y que ella aceptará todo sin importar qué.

Royce me lanza una mirada agradecida y un extraño brillo atraviesa sus ojos.

—Digamos que evoca cosas cuando te mueves así. Al final Mirko tenía razón: puede que merezcas nuestra atención.

Royce es efectivo y, aunque agradezco su franqueza, sus palabras me duelen más que me adulan. Decido calmar mis ardores, pero a mi manera. Lentamente, me acerco a él, pongo mis manos sobre sus muslos y le murmuro en una voz cortante, mirándole directamente a los ojos:

—Déjalo estar, Royce, pierdes el tiempo.

Después, sin darle tiempo a reaccionar, me levanto y le lanzo una mirada fría.

—Y ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer.

—Buscas a Rip, ¿no?

La sorpresa me hace abrir la boca, pero no sale ningún sonido de ella. Tengo ganas de arrancarle esa sonrisa burlona de su precioso rostro de demonio.

—¿Me equivoco?

Es inútil negarlo. Sacudo la cabeza y Royce reitera su invitación.

—Ven, siéntate. Te diré dónde está.

Curiosa, hago lo que dice, dejando suficiente espacio entre nosotros para que nuestras piernas no se toquen. Royce se gira hacia mí obviando completamente a su chica, que se agarra a él como un pobre náufrago a su balsa.

—Ah, preciosa Kataline. Estás llena de sorpresas. Un verdadero enigma.

No sé qué insinúa con eso, aunque tampoco me interesa. Todo lo que quiero es encontrar a

Rip para decirle lo que pienso y recuperar mi ropa interior. Aparto la cabeza en un gesto desafiante.

—¿Y bien? ¿Dónde está tu amigo?

Royce ignora mi intervención y antes de que pueda reaccionar, me agarra de la mano.

Una pequeña ola de calor me invade cuando me mira con sus ojos redondos.

—Joder, ¿cómo es posible?

Me aparto rápidamente de un movimiento y me enderezo.

—¿Me estás vacilando? ¿Qué te pasa?

Royce se recuesta en el sofá con indiferencia y continúa mirándome como si fuera una bestia.

—Definitivamente eres increíble, mi querida Kat. Al final acabaré por cogerte cariño.

Me sube la mosca a la nariz. Le hago saber que ya estoy harta de sus enigmas:

—Royce, estoy harta de tus estúpidas insinuaciones. Busco a Rip. Si sabes dónde está, me lo dices; si no, no tengo nada más que hablar contigo.

Levanta los brazos en señal de derrota.

—Eh, cálmate, preciosa. Tu querido Rip se ha ido con su chica. Tenían prisa por quedarse a solas... No sé si me sigues.

Me muerdo el labio, furiosa. Royce sabe perfectamente que sus palabras me cabrean, y estoy segura de que me empuja al límite a propósito. Mala suerte. No pienso darle esa satisfacción.

Finjo no tomarme en serio sus palabras.

—Gracias por la información. No pasa nada, no es urgente. Ya lo veré otro día.

Doy media vuelta para esconder mis mejillas, rojas de rabia. Pero cuando empiezo a irme, Royce vuelve a llamarme:

—Ten cuidado, Kat. Si te sigues acercando al fuego, te acabarás quemando.

Sacudo la cabeza y me alejo sin responder. Mi cólera vuelve a la carga.

Doy una vuelta por la discoteca y por fin encuentro a Justine, que se contonea en la pista central. Intento hacerle una seña, pero está demasiado absorta como para verme. Tengo que acercarme yo, pero no me apetece.

Me detengo cuando veo a Rip, no muy lejos de ella. «¡Maldita sea! Royce me ha mentado».

Se mueve lentamente al ritmo de *Shape of you*, de Ed Sheeran. Mégame la Sanguijuela se contonea a su alrededor. Tengo la sensación de estar viendo un videoclip de R'n'B al verla frotarse contra él como una perra en celo. Aun así, tengo la impresión de que él no está muy pendiente.

Tiene la cabeza baja, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo su copa.

Al verlo, mi cólera se intensifica. Tengo ganas de abofetearlo y gritarle que me dé lo que es mío. Pero es imposible. Eso sería decir a todo el mundo que ha pasado algo entre nosotros. De golpe, aprieto los puños y los dientes y me acerco a mi amiga.

«No lo mires, no lo mires...». Por una vez estoy de acuerdo con la voz. «Ignorar a alguien es el mayor desprecio».

Agarro el brazo de Justine, que lanza un grito.

—Joder, Kat. Me has asustado. ¿Dónde estabas?

Desvió la mirada hacia Rip. Me está mirando con burla y tengo ganas de borrarle su maldita sonrisa con mi puño.

—Me he quedado encerrada en el baño.

A pesar de la distancia que nos separa y el volumen de la música, Rip debe de haberlo

escuchado, porque su sonrisa se ensancha. Me fuerzo a ignorarlo y me giro hacia Justine.

—Lo siento, Justine, pero tengo que irme. Ahora.

Ella me agarra las manos y me obliga a bailar con ella.

—Oh, venga, Kat. Nos lo estamos pasando bien, ¿no? Una o dos canciones y nos vamos, ¿vale?

Ante su entusiasmo y su cara de gatito herido, dudo. Pero cuando mis ojos se cruzan nuevamente con Rip, tomo mi decisión. Levanta su copa en mi dirección con insinuación, la vacía de un trago y la deja sobre la bandeja de una camarera que pasa cerca de él. Mégame sigue frotándose contra él sin darse cuenta de que él la ignora por completo. ¡Qué patético!

—Lo siento, Justine, pero de verdad que tengo que irme.

Lanzo una mirada asesina a Rip. Tengo ganas de gritarle que es un gilipollas y me pica la mano peligrosamente. En lugar de eso, juego la carta de la prudencia: aprieto los puños y le doy la espalda.

Entonces me encuentro con Maxime, que se acerca a mí con los brazos abiertos y una sonrisa amable. Va vestido todo de negro y casi no lo reconozco. Sin pensarlo, me lanzo hacia él, quien cierra los brazos a mi alrededor para recibirme. La última vez que lo vi estaba enfadado. Me alegra ver que ya no lo está.

—Eh, Kat, qué alegría verte.

Su voz y su abrazo me reconfortan y su presencia me calma. El día de hoy ha sido una serie de eventos complicados y demasiado intensos, y eso es difícil de soportar. Tengo los nervios a flor de piel y siento que en cualquier momento puedo explotar.

Me relajo contra el torso de Mar, que me mece unos segundos al ritmo de la música mientras me acaricia el pelo. Cuando levanto los ojos hacia él, me dirige una sonrisa dulce y franca. Me hace sentir bien.

Con él, todo es más simple. Es un chico honesto y claro. Alguien con quien se puede contar. Al contrario que su hermano. En su presencia, me siento tranquila.

—Perdona por lo esta noche... Debería haberte dicho que saldría con Justine. Y no sabía que acabaríamos aquí.

Hace una mueca. Mis explicaciones son realmente flojas, pero su gentileza le impide decirme nada.

—No es nada, lo entiendo. Está bien que salgas y que te cuides.

Asiento sin convicción. Toda la presión cae de repente sobre mis hombros. Ahora me siento vacía y cansada. Max me mira inquieto.

—¿Quieres irte a casa? —pregunta con consideración.

Nuevo asentimiento de cabeza.

—Ven, vamos.

Maxime me coge de la mano para llevarme fuera de la pista. Me siento aliviada por irme por fin de este sitio. Pero cuando pasamos cerca de Rip, este me atrapa el brazo y me detiene en seco.

—¿Dónde vas?

Tiene las cejas fruncidas y me mira de forma sombría. Su voz es ligeramente pastosa, como si estuviera ebrio.

—Me voy. Pero ¿a ti qué te importa?

Un brillo de rabia pasa por sus ojos, como un rayo, y aumenta la presión de sus dedos en mi muñeca. ¿Qué hace? Siento la tensión aumentar. Antes que me pueda liberar del agarre, Mégame pone su mano en su espalda. Ella está igual de sorprendida que yo por la reacción de su *amiguito*.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Por qué le hablas?

Se deshace del contacto de su mano con un movimiento de espalda violento. Mégane retrocede con la boca abierta. Maxime interviene para calmar el ambiente.

—Déjalo estar, Rip.

Su hermano lo fulmina con la mirada y se acerca a él peligrosamente, todavía sin soltarme. Pero Max no se deja impresionar. Le pone la mano en el torso para calmarlo.

—Kat quiere irse, así que simplemente la voy a acompañar a casa, ¿vale?

Una tensión palpable crece entre los dos hermanos, que se desafían con la mirada. Los segundos se eternizan y siento que Rip está a punto de explotar. La voz de Max se suaviza.

—Rip, por favor. Tienes que controlarte. Suéltala antes de que esto vaya a peor.

Rip lleva su atención de nuevo en mí. Su expresión cambia, como si acabara de descubrir que estoy ahí, a su lado. Parece dudar. Sostengo su mirada con determinación e intento retirar mi mano, pero me toma desprevenida cuando me suelta la muñeca y enrolla sus dedos en un mechón de mi pelo.

Pero ¿qué pasa ahora?

Su actitud me confunde una vez más. Es tan imprevisible que me encuentro nuevamente incapaz de la más mínima reacción. De repente, Maxime me pone detrás de él para protegerme.

La mirada de Rip se vuelve fría y su mano cae sin fuerzas a un costado. Me masajeo la muñeca, allí donde los dedos de Rip me han dejado una sensación de quemazón.

—Vale, Fly. Es mejor así. De todas formas, a mí no me va. No me gustan las vírgenes.

Sacudo la cabeza, incrédula.

Cuando asimilo sus palabras me empieza a hervir la sangre en las venas y mi visión se vuelve roja. Sin pensarlo, me lanzo sobre él y le doy un puñetazo magistral en la mandíbula. La violencia del golpe es tal que se tambalea hacia atrás. Hacía demasiado tiempo que contenía esa rabia, y le he dado con todas mis fuerzas.

—¡Pedazo de gilipollas!

Sin tener en cuenta el dolor terrible en el hueso de la mano, avanzo nuevamente hacia mi objetivo con furia. Pero al momento que voy a darle, dos fuertes brazos me atrapan por la cintura. En el mismo instante, Royce aparece para situarse delante de Rip y hacer de barrera entre los dos.

Este último pasa su mano por su labio inferior, donde la herida se ha vuelto a abrir bajo el impacto de mis dedos. Sus ojos lanzan destellos plateados y, durante un cuarto de segundo, tengo la impresión de que lo va a demoler todo; algo probable viendo sus aptitudes para el combate y la violencia que puede demostrar.

—Kat, basta, cálmate —murmura Maxime en mi oreja, todavía sin soltarme.

Rápidamente nos rodean muchos ojos curiosos y los gorilas. Entre ellos está el amigo de Mat.

—¡Esta tía está completamente loca! —grita Mégane, que ha recuperado la voz—. Sacadla de aquí.

»Rip, ¿estás bien, amor?

Este último la aparta sin miramientos y, contra todo pronóstico, estalla en una risa atronadora que pilla a todo el mundo desprevenido. Yass, el amigo de Mat, interviene:

—Lo siento, chicos, pero no puedo dejar que hagáis esto. Si os queréis pegar, tiene que ser fuera.

Maxime interviene de nuevo:

—No, no, está bien. Ya nos íbamos.

Mis ojos siguen mirando los de Rip. Su mirada divertida me sigue cabreando. Con una lentitud calculada, pasa el pulgar por su labio y lo lame para limpiar la sangre mientras me mira. «Definitivamente, este tipo está enfermo. Me vuelve a provocar a riesgo de que le suelte otro puñetazo. Es un masoquista».

Pongo los ojos en blanco mientras niego con la cabeza. Mi ira se calma. Maxime suelta su agarre y termina por liberarme. Sin decir una palabra, paso por delante de su hermano esforzándome por no mirarlo.

—¡Eh, Kataline! —grita cuando creo que por fin me he librado de él.

Me doy la vuelta, furiosa porque sigue llamándome por mi nombre completo a pesar de mis peticiones. Me preparo para mandarlo a la mierda cuando lo veo tirar de un pequeño trozo de tela rosa pálido de su bolsillo.

—Gracias por el regalo.

Dios mío, ¡son mis bragas lo que me enseña! Mi corazón se detiene y me bloqueo ante su sonrisa sádica y su mirada provocadora. ¡Este tipo acabará por matarme!

Rip ríe. Luego, esconde mi ropa interior de nuevo en su bolsillo y atrapa a Mégane para seguir bailando como si no hubiera pasado nada.

Descenso a la Tierra

Respiro cuando me encuentro con Maxime en el exterior. Solo pienso en una cosa: meterme en mi casa y olvidar esta noche de mierda.

Las orejas me pitan por la música demasiado alta, la cabeza me da vueltas a causa de la fatiga y el alcohol y la mano me duele por el puñetazo que le he dado a Rip.

¡No me creo lo que acaba de pasar! ¿Cómo he podido explotar de esa forma?

Me pongo a temblar por el cambio de la temperatura. Maxime se da cuenta y me cubre los hombros con su chaqueta. Me conduce en silencio hasta su coche, un Jaguar gris deportivo. Abre la puerta del copiloto y me invita a subir.

—Adelante, princesa, suba a su carroza.

Ese comentario, cierto que poco original, me arranca una sonrisa. Es verdad que no lo imaginaba en este tipo de vehículo tan llamativo. Tiene el don de hacer las situaciones difíciles más soportables. Con él, todo es fácil y ligero.

Una vez que ha subido al coche, coge una botellita de agua y saca unas compresas de su guantera. Me tiende un cuadradito de gasa que previamente ha empapado.

—Toma, pónitelo en la mano. Te aliviará.

La frescura del tejido calma la sensación de quemazón que emana de mis articulaciones. Le doy las gracias con un movimiento de cabeza.

Nos movemos unos minutos en silencio. Me dejo llevar, descansando en el respaldo, y fijo mi atención en las farolas de la ciudad que desfila tras el cristal. La fatiga se hace sentir, sin embargo. Fijo la vista en el paisaje sin realmente verlo. La música de Norah Jones suena y acentúa el ambiente sombrío que se ha instalado en el habitáculo.

Tras unos momentos, Max termina por preguntarme:

—¿Estás bien?

Giro la cabeza hacia él. Parece realmente inquieto.

—Sí, no te preocupes. La noche ha sido movida... Pero creo que mañana irá mejor.

—Mi hermano a veces puede ser realmente insoportable. Siento que se cebe así contigo.

El pobre se disculpa por cosas de las que no es responsable. ¡Es tan bueno...!

—No te preocupes, Max. No es como si diera demasiada importancia a lo que Rip puede decir o pensar...

«¡Mentirosa! ¡Hipócrita!». Ignoro la vocecita y llevo la atención a mi mano.

—Sabía de tu habilidad para la pintura, pero todavía no había conocido tu gancho...
Magistral, debo decir.

Sonríó, pero en el fondo me siento avergonzada por haberme dejado llevar.

—Lo siento. Me ha sacado de mis casillas. Normalmente me sé contener.

—Sí, es su mejor cualidad: hacer que los más pacientes perdamos los nervios. Me preguntaba cuánto tiempo tardarías. Y, además, sienta bien dejarse llevar.

—No me intimida, ¿sabes? He hecho cosas peores.

Mierda, he dicho demasiado.

Afortunadamente, Maxime no me pregunta, aunque su mirada se tiñe de curiosidad. Suspira y lleva su atención a la carretera.

—Rip no es un tío fácil, y cuando una idea se le mete en la cabeza, no lo para nada. Ignoro qué es lo que hace que se fije tanto en ti y que quiera provocarte así, pero te aconsejo evitarlo lo máximo posible. Es mi hermano y le quiero, pero a veces es completamente inmanejable, y se vuelve peligroso.

Es la segunda vez que me avisa sobre el comportamiento de Rip. Imagino que sabe de lo que habla. Un escalofrío me recorre la columna, pero no quiero mostrar mi malestar a Max.

—Me sé defender, Maxime. Pero si te tranquiliza, en el futuro evitaré estar demasiado con él. Al menos cuando esté sola.

Esto, por el momento, es la estricta verdad. El único modo de protegerme será de evitar a Rip a toda costa. Y olvidar esta jodida noche.

Cuando el Jaguar se detiene ante el apartamento de Jess son más de las tres de la mañana. ¡Guau, una primicia! Nunca he estado fuera hasta tan tarde.

Ahogo un bostezo en el momento en que Maxime apaga el motor y se gira hacia mí.

—¿Haces algo mañana?

—Hmmm... No que yo sepa. Jess vuelve de su convención, y tengo que hacer unas tareas, pero no deberían llevarme mucho tiempo.

Su rostro se ilumina.

—¿Te apetecería que nos veamos en mi taller? Tengo que hacer un proyecto abstracto a cuchillo...

De repente, estoy completamente despierta.

—¡Claro! ¿A qué hora? ¿Y dónde?

Maxime sonrío ante mi repentino entusiasmo.

—En el sótano, en mi casa. ¿Hacia las 16:30?

—Vale, ahí estaré.

Abro la puerta para salir, pero en el último momento cambio de opinión. Me acerco a Max y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, Maxime.

Lo noto estremecerse. Cuando me aparto, me retiene. Sus ojos resplandecen con un nuevo brillo. Me congelo al verlo acercarse.

«No, no iré a...»

Un brillo extraño pasa por sus iris y parece cambiar de opinión en el último momento.

—Quiero que me prometas que irás con cuidado, Kat. De verdad.

Su voz ronca muestra inquietud. Durante un largo minuto me mira, buscando no sé qué en mis ojos. Trago, incómoda.

Después, su rostro se relaja y me libera.

—Cuídate, princesa. Buenas noches.

—Buenas noches, Max.

Cojo mi bolsa y salgo del coche rápidamente. Cuando el deportivo se aleja, me quedo un momento ahí de pie hasta verlo desaparecer, al final de la calle.

¡Joder! ¡Qué noche!

Cuando me acuesto, me quedo varios minutos con los ojos abiertos mirando el techo,

intentando analizar lo que ha pasado. Me cuesta reconocermelo después de lo que he hecho esta noche. Primero la pelea. Increíble. La fuerza con la que Rip ha aplastado a Mirko... Después, la discoteca. Mi comportamiento noche ha sido de locos. Lo contrario de lo que es habitualmente. He bebido, he reído, he bailado... Y luego ha sucedido lo de Rip: Rip y mi orgasmo, Rip y la forma en la que he petado...

¡Joder!

No reconozco a esta chica que se deja masturbar en los baños de una discoteca y que, poco después, se lanza sobre el mismo tío para lanzarle un gancho digno de una boxeadora profesional. Claro que... sobre eso último, he hecho cosas peores.

«Con lo que has vivido, es normal que tengas momentos de violencia incontrolable a veces, Kataline...». He aquí un bonito ejemplo de pérdida de control que le gustaría a mi terapeuta. Sin embargo, intento siempre controlarme todo lo posible.

Las imágenes de lo que ha pasado vuelven a mi memoria y no puedo evitar compararlas con lo que viví con Miguel y Robin... Me debería haber disgustado que Rip me tocara y debería haber tenido ganas de masacrarlo por haberme besado. A pesar de los años, el trauma sigue presente en mi mente. Sin embargo, cuando se trata de él, mi cuerpo y mi mente reaccionan diferente. Es como si él tuviera una llave mágica que abre la puerta de mi jardín íntimo. Y lo peor es que yo no pongo resistencia.

Cuando me toca, pierdo todos los sentidos. Me gustaría poder rebelarme y rechazarlo, pero no tengo la fuerza necesaria. Me hace sentir cosas que nunca había sentido y que creía que nunca podría sentir. Pensaba que estaba rota por lo que había vivido. Con todo, con Rip me siento renacer, redescubro sensaciones hasta el momento enterradas. Es realmente desestabilizante.

Me acuerdo de sus manos expertas sobre mi cuerpo y unos escalofríos recorren mi cuerpo. Cuando pienso que solo han hecho falta algunas caricias para que me desestabilizase... Todavía veo su mirada asombrada sobre mí, sus dedos deslizándose por mi piel y su voz obligándome a mirarlo directamente a los ojos cuando me elevaba a alturas hasta el momento desconocidas. Mi vientre se tensa instintivamente.

¿A cuántas chicas les ha provocado esas sensaciones? Ciertamente a centenares. A Mégane la primera.

Frunzo mis labios amargamente.

«¡Veo la sombra del demonio verde de los celos bailar detrás de ti!». La vocecita me provoca y soy incapaz de rebatirla. Tiene razón. No puedo negarlo.

Suspiro al pensar que me ha insultado delante de todo el mundo.

«A mí no me va. No me gustan las vírgenes». ¡Imbécil!

Su comportamiento odioso, el placer que le da provocarme, humillarme ante todo el mundo, mis bragas en su bolsillo... Quiero pensar que ha sido más eso que el hecho en sí mismo de que me haya tocado lo que me ha sacado de mis casillas.

¡Qué bastardo!

En retrospectiva, no me arrepiento. Me ha dado igual impactar mi puño sobre su boca de ángel.

Este tipo me horripila tanto como me atrae. Soy consciente de que es un juego peligroso, de que me arriesgo a perder mucho. Pero sobre todo sé que, haga lo que haga, me va a costar mucho evitarlo.

Al día siguiente salgo de la habitación en el momento en el que Jess entra, cargada con cajas.

—¿Eh, Kat! ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Un vistazo al espejo de la entrada ilustra perfectamente su comentario. Tengo un aspecto horrible. Estoy pálida y ojerosa. Como una muerta viviente salida de *The Walking Dead*.

Deslizo mis manos en los bolsillos de mi pijama.

—No. Es que me fui a dormir tarde.

Jess deja las cajas en el suelo y comienza a examinarme.

—Eh, ¡pero bueno! ¿Aprovechas cuando no estoy? ¡Muy mal!

Sacudo la cabeza.

—Eh, te recuerdo que soy mayor de edad y que estoy vacunada, querida tía.

—Eh, y yo te recuerdo que tengo que cuidar de ti, querida sobrina.

La arrolladora llegada de Kris, que tropieza en el felpudo, pone fin a nuestro intercambio. Nos miramos mientras nos reímos tontamente.

—Joder, chicas, ¡no os riais! ¡Duele de cojones!

Jess se acerca a él para ayudarlo a levantarse.

—Pobre bebé. Dile a mamá dónde te has hecho daño...

Él le lanza una mirada asesina y se dirige a la cocina para coger una cerveza. Luego, se vuelve hacia mí.

—¿Te levantas a esta hora, tú? —me dice.

—¡Debo de estar soñando! ¡Tengo la sensación de estar con dos mamis! ¿Yo os interrogo a vosotros?

Me miran con la boca abierta mientras paso por delante de ellos para irme al baño de Jess para bañarme. Cierro la puerta tras de mí con una sonrisa en los labios. Creo que los he esquivado. Desafortunadamente, no puedo escapar del interrogatorio. Me han esperado pacientemente en la cocina hasta que mi hambre me ha obligado a reunirme con ellos. Jess me ha tendido una buena trampa con sus *pancakes* con miel.

—Venga, cuéntanos tu noche.

Empiezo con un suspiro, omitiendo algunos detalles (el combate clandestino y mis enfrentamientos con Rip). De repente, mi recital parece menos excitante que la realidad.

—¿Eso es todo? —me pregunta Kris con una mueca dubitativa.

Se debe ver en mi cara que no lo he contado todo, porque tanto él como Jess me miran sospechosamente.

—¿Y esto qué es?

Mi tía señala mi mano con la punta de un cuchillo.

Mierda, olvidé este detalle.

—Eh... Resbalé y aterricé mal en una pared de yeso.

Eso es lo único que se me ocurre en ese momento. Por suerte, no insisten y mi tía cambia de tema:

—Por cierto, ¿has avanzado en el proyecto de Rip?

¡Como por arte de magia, aparece en la conversación!

—Ya lo he terminado. Le enseñé lo que había hecho y, a priori, le gustó. Tenemos que vernos otra vez para retocar algunas cosas.

Mi tía y su *casi* novio abren los ojos.

—¿Qué? ¡Eso es genial, nena! Rip es superexigente normalmente. Siempre tengo que enseñarle toneladas de bocetos antes de que llegue a escoger uno.

Me agarra por el cuello y me planta un beso en la mejilla que me deja la marca de su

pintalabios rojo.

—¡Uf! ¡Sabes que te quiero! Enséñame cómo es.

Pongo los ojos en blanco mientras me froto el rostro y cojo el bolso que dejé en la entrada. Cuando le enseño el boceto, Kris se acerca para mirarlo.

Miran el diseño un momento. Después, Jess se gira hacia mí con una gran sonrisa en los labios.

—Es simplemente magnífico, Kat. ¡Me encanta!

Kris frunce el entrecejo.

—Es raro, pero la chica me suena.

—Normal, Rip me ha dado una foto para que me inspirara para el rostro.

Ah, sí, mierda. La foto. Me olvidé de devolvérsela. No pasa nada, se la daré esta tarde a Max.

A las 16 horas estoy impaciente. Tengo que verme con Max en su taller de «pintura abstracta con cuchillo». Tengo ganas de ver su trabajo y, sobre todo, de participar.

—Jess, ya es la hora, ¡tenemos que irnos!

Me río al escuchar un gran *bum* detrás de la puerta de su habitación. Mi tía se ha encerrado durante más de una hora con su *sex friend*. Soy consciente de que he fastidiado sus planes. Kris abre la puerta, y se ata el botón de su pantalón sin ningún pudor delante de mí. ¡No tiene nada de tímido este tío!

—Dame dos minutos y te llevo —dice, entrando en el baño.

Sacudo la cabeza intentando retener la risa.

Mi tía sale con las manos en el pelo, intentando controlarlo.

—Siento molestaros, Jess. Si tuviera otra forma...

—No te preocupes, no es culpa tuya si han decidido hacer huelga.

No hay trenes durante todo el fin de semana, y Kris me ha propuesto amablemente llevarme a casa de Maxime. Tras unos minutos, sale del baño con el pelo mojado.

—Vale, ¿estás lista?

En ese momento, veo que sus ojos se agrandan cuando se fijan en mi falda larga y mi chaleco de lana. Eh, sí, me he vuelto a poner mi ropa vieja. Creo que evitaré los nuevos atuendos por el momento. Hasta ahora no me han ido bien.

Kris pone los ojos en blanco.

—Qué desperdicio —suspira.

Taller de pintura

Kris aparca delante de la mansión de los hermanos Saveli y, antes de que baje del coche, me toma del brazo.

—En serio, Kat. Ten cuidado. No bromeaba cuando te dije que Rip no es un tío adecuado para una chica como tú. No te acerques a él.

Definitivamente tienen la manía de alertarme sobre Rip. Pero, bueno, lo poco que he podido ver me dice que no están equivocados. Sonrío ante la inquietud de Kris.

—No te preocupes por mí, Kris. Conozco a este tipo de persona, y créeme que haré todo lo posible para evitarlo. Además, no es a Rip a quien voy a ver, sino a Maxime. Nada que ver.

Asiente sin convicción.

—Vale... Pero, de todas formas, ten cuidado.

Me acerco a él para darle un beso en la mejilla, como haría con un hermano mayor.

—Prometido.

Cuando entro en la propiedad, me llama la atención una magnífica moto negra reluciente que no había visto antes. Y no es cualquier moto. Es una Kawasaki H2R, una de las más rápidas del mundo. Mi padre es fan de las motos, así que sé un poco del tema.

Me pregunto de quién es.

Cuando llamo al timbre, Rosa me recibe con una gran sonrisa.

—Me alegro de veros, señorita Du Verneuil. Viene a ver a Maxime, imagino.

Le dedico otra sonrisa. Aprecio mucho a esta mujer, con sus formas amables y su gentileza.

—Hola, Rosa. Sí, Max me ha propuesto venir a verlo a su taller. También he traído cosas para divertirme.

—Sígueme, la acompaño.

Me dirige por un pasillo hasta la parte trasera de la mansión. La sigo dócilmente cuando una pared llama mi atención. Está llena de fotos. Lo que me sorprende es que son las que había visto en la habitación de Rip. Son retratos de él acompañado de los mismos guitarristas famosos. Solo que las fotos son en blanco y negro.

Pero lo que de verdad llama mi atención es que los músicos parecen mucho más jóvenes, mientras que Rip parece tener la misma edad que ahora. Me detengo unos segundos para examinarlas.

—¿Pasa algo?

La voz de Rosa me hace sobresaltar. Aparto la vista de los retratos.

—No, no. Nada.

Con el rostro impasible, me hace una señal para que la siga. Tendré que volver para mirar las fotos con más detalle.

Cruzada una puerta, continuamos por una escalera de piedra que nos lleva al sótano. «Extraño como taller... Le faltará luz».

Mi escepticismo es de corta duración cuando abre una gran puerta de cristal que da a un inmenso taller construido en madera y acero que se abre paso bajo un tragaluz. Es magnífico.

Con lienzos de todos los tamaños por todos lados, caballetes y tubos de pintura infinitos... ¡Es un verdadero paraíso para los pintores! Me deja sin aliento.

—Entre, señorita. Les dejo en buenas manos.

Rosa me guiña el ojo y sale de la estancia.

Maxime está vestido con una bata blanca llena de manchas de colores. Se inclina sobre un lienzo de lino al son de una música *pop-rock* apagada. Cuando Rosa cierra la puerta, detiene su trabajo y deja sus utensilios para acercarse a mí.

—¡Kat, me alegra que hayas venido!

Me da un abrazo fraternal, pero me siento avergonzada por el gesto. Me pongo rígida a mi pesar.

—Eres muy amable por haberme invitado. Tienes un taller magnífico. Y la luz...

Sonríe.

—Sí, he tenido la suerte de haber tenido una madre aficionada al arte. Hizo construir esta habitación para su placer personal. Muchas de las cosas que hay eran suyas.

Noto una verdadera nostalgia en sus palabras. Me pregunto si ha podido compartir esta pasión con ella. Este pensamiento me recuerda que mi madre y yo no hemos estado nunca unidas con esto. Para ella solo existía el canto y el baile, mientras que a mí me llamaba la atención la creación de lienzos.

Aparto estos pensamientos dolorosos de mi cabeza y llevo mi atención a mi anfitrión.

—Y bien, ¿qué estás haciendo?

Maxime me muestra el lienzo sobre el que ha añadido unos trazos con el cuchillo; son grandes y de todos los colores. De cerca no representa nada, pero de lejos empiezan a formar un rostro.

—¡Está genial! Por cierto, me recuerda que tengo que darle algo a tu hermano.

Saco la foto de mi saco y se la tiendo. Hace una mueca al mirarla.

—¿Pasa algo?

Maxime frunce el ceño. Eso no le pega.

—Es Molly —dice, sencillamente.

La noticia me choca.

¡Qué tonta! Debería haberlo adivinado. Miro el rostro de la chica con una nueva atención. Es magnífica. No me sorprende que Rip se enamorara de ella.

«¡Celosa!». Hago callar a la voz con una patada. Automáticamente guardo la foto, como si no soportara mirarla más. Paso por delante de Max, que me mira sorprendido, y me dirijo al altavoz Bluetooth para subir el volumen.

—Bueno, ¿nos ponemos a ello?

Llevamos una buena hora pintando con acrílico. Estoy muy concentrada en mis gestos, precisos, limpios y seguros. No pienso en nada; nada aparte de la idea de poner sobre el lienzo mis emociones del momento presente. Es mi vía de escape.

Y ahí, mi obra resulta ser negra, gris y blanca. Con degradados, lavados, grises que se mezclan y blancos que se imponen. Dejo que las manos se superpongan, esparzan y aplasten los materiales, los cuales se funden unos con otros. Al final de todo, en este trabajo donde mis pensamientos están en otra parte y aquí al mismo tiempo, descubro mi obra.

Una reproducción abstracta de la foto acostada en la esquina de mi bolsa. «¡Ah, bueno, bravo! Si hubiera querido ser más explícita, no podría haberlo hecho mejor».

Maxime observa mi lienzo con las cejas levantadas. ¡Debe de pensar que estoy realmente loca!

—Es... interesante —dice, con voz avergonzada.

—No te esfuerces, Max. Es patético, querrás decir. No sé por qué me ha venido esto a la cabeza.

Cojo la paleta de colores y con rabia empiezo a destruir mi cuadro con grandes pinceladas en rojo. Me detengo cuando he hecho desaparecer completamente el rostro.

En este momento, la puerta del taller se abre con un golpe de aire y me congelo en el sitio cuando unos escalofríos recorren mi columna. Rip entra en la habitación con el torso desnudo y vestido con un simple tejano negro. Parece furioso.

—Joder, Fly, ¿me has cogido la llave?

Se detiene en seco cuando se da cuenta de mi presencia. Sus ojos se entrecierran y me detallan de la cabeza a los pies. Debo parecer una vagabunda con mi falda larga y mi top lleno de pintura. Su rostro forma una sonrisa burlona.

No parece afectarle la pequeña ampolla que adorna su labio inferior. ¡Joder, cicatriza realmente rápido!

—Vaya, Derbis, ¿le has robado la ropa a Laura Ingalls? ¡Te prefiero en los tejanos apretados!

Levanto una ceja malhumorada. Si cree que volverá a desestabilizarme, lo lleva claro. Tras el episodio de la discoteca, he decidido no dejar que se acerque ni perturbe mi existencia.

—¿Y tú no piensas nunca en vestirte? ¿No crees que incomodas a los demás exhibiéndote así?

Se acerca a mí con determinación. Reculo ante su arrogancia.

—Atrévete a decirme que no aprovechas para mirar, nena.

¡Joder! ¡Qué gilipollas! Ha conseguido ponerme roja. Me avergüenza aún más que Max observe mi reacción con curiosidad.

—¡Habla por tus *groupies*!

Me doy la vuelta y dirijo mi atención al lienzo y el cuchillo. Pero si creía que aquí acabaría nuestro intercambio, nuevamente me equivocaba. Me sobresalto cuando noto el calor de Rip en mi espalda.

—¿Qué pintas? —pregunta con interés fingido.

¡Qué valor! Sabe que su proximidad me perturba y lo hace adrede. Suspiro ruidosamente con la intención de mostrarle que no me va a liar.

—Es un abstracto. No puedes entenderlo.

—Déjalo, Rip.

¡Uf! Maxime, que no había dicho nada todavía, acaba por ayudarme. Terminará por convertirse en costumbre.

—¿Qué buscabas? ¿Tus llaves? Yo no las tengo, pero Rosa se ha quejado antes de que lo dejas todo tirado a tu paso. Así que las debe de haber encontrado.

Rip se gira hacia él, pero no le responde. Se queda a mi lado, esperando a saber qué. Decido entonces rechazarlo de una vez por todas.

—¿No tienes otra cosa que hacer? ¿Una novia a la que satisfacer?

Pero en vez de cabrearlo, mi comentario lo hace reír.

—¿Es una propuesta, Derbis?

—¡Ni en tus sueños!

Se muerde el labio. Sé perfectamente en qué está pensando en este instante, porque yo

también. Las imágenes invaden mi mente. Lo que pasó en el baño vuelve a mí como un búmeran, y me siento culpable por haber podido sentir todas esas sensaciones. No debería ser así de sensible a su tacto, y él no debería ejercer sobre mí tal atracción. Es lo opuesto a lo que busco, si es que busco alguna cosa con un chico. Mi actitud es francamente ilógica.

—Mi sangre se congela mientras rezo para que no revele nada.

—No te preocupes por mí. Siempre guardo en mi habitación pequeños trofeos para darme placer y ayudarme a pasar buenas noches.

¡Oh, Dios mío! ¡Se ha atrevido!

Evocar mis bragas e insinuar que las usa para... ¡Dios! Me he deshecho en mi sitio y mi pulso se ha acelerado. Maldigo interiormente mi cuerpo por reaccionar así de violentamente. Tengo calor y frío al mismo tiempo, y no sé si son las alusiones o su proximidad lo que me tiene así. ¡Y yo que quería guardar la distancia...!

Decido cambiar de tema:

—Oye, por cierto, ¿qué tal tu labio?

No se esperaba eso, porque me lanza una mirada de sorpresa. Miro su boca, que parece no tener más que una pequeña ampolla.

—Oh, ¿te preocupas por mí? Qué mona.

Le lanzo una mirada oscura.

—No, pero no querría ser responsable de tu desfiguración. Por todas tus fans. Aunque les haría un favor si eso las alejara de ti.

—No te preocupes, ¡les encantan las cicatrices! Además, de mi anatomía, no es mi boca lo que prefieren. Aunque...

Me pongo roja. Afortunadamente, Maxime interviene otra vez:

—Rip, no es que quiera perseguirte, pero Kat y yo tenemos que seguir trabajando.

Rip pasa la mirada de su hermano a mí con aire sospechoso. ¿Estará celoso?

—Vale, os dejo. De todas formas, tengo mejores cosas que hacer.

Se dirige a la salida, pero al momento de coger el pomo, se gira hacia mí y pasa su pulgar por el labio.

—Por cierto, Derbis, quiero la revancha.

Con una sonrisa provocadora sale del taller cerrando la puerta.

Tras unos minutos, se oye el ruido atronador de una moto.

—Uf —suspiro con alivio. Al menos por el momento, ya que tengo la impresión de que todavía no me he deshecho de Rip.

Segunda oportunidad

Me siento mal. Una vez más, Rip me ha hecho hacer algo. De nuevo, me ha sacado de mis casillas. Esto se ha vuelto tal rutina que es imperativo que pare. Lo peor es que no puedo sacármelo de la cabeza.

Después de su salida del taller, volví a trabajar duro en un nuevo lienzo. Salió un inmenso autorretrato en el que parezco realmente perturbada. La mitad de mi rostro está comido por unas grandes rayas negras y mi pelo negro ardiente contrasta con la oscuridad de la pintura. Se parece a las obras *trash polka* que uno encuentra en el mundo de los tatuajes.

Maxime se acerca a mí con prudencia cuando ve que he terminado.

—Guau, es magnífico, Kat. Me encantaría tener un talento como el tuyo. Te concentras tanto cuando trabajas... Cualquiera diría que no estás aquí. Es casi igual de intenso verte trabajar en la obra que admirar el lienzo.

Sonrío débilmente.

—Mi madre siempre decía que, cuando pintaba, estaba poseída. Y creo que en cierta forma tenía razón. Es extraño, pero cuando dibujo tengo la sensación de no dirigir nada. Son mis manos las que deciden. Y cuando termino, a menudo tengo la sensación de descubrir la obra por primera vez.

Eh, sí, lo sé: ¡estoy completamente loca!

Maxime me mira unos segundos, perplejo. Después, su rostro se ilumina con una sonrisa de admiración.

—En cualquier caso, funciona. Este es espléndido. Y cuando se haya secado, será todavía más bonito.

Sacudo la cabeza.

—¿Y tú, has acabado?

Llevo mi atención al magnífico retrato de una mujer que ha reproducido a partir de una foto. No me contengo al señalarle la belleza de su obra.

—Sí, gracias. Pero me siento pequeño al lado de tu talento. Bueno, ya veremos cuando se seque. Mientras esperamos, ¿te apetece beber algo? Me encantaría mostrarte lo que he encontrado para nuestro proyecto.

Dejo mi material en el fregadero para remojarlo y sigo a Max mientras me seco las manos en el delantal lleno de pintura.

Cuando pasamos por delante de la puerta de Rip para ir a la habitación de Max, una idea estúpida me cruza la mente.

—Mierda, he olvidado mi bolsa abajo... ¿Me dejas que la vaya a buscar?

—Sí, sí, ve. Estás en tu casa, y ahora ya conoces el camino.

Me dirijo hacia las escaleras, pero una vez que me aseguro de que Max ha cerrado la puerta de su cuarto, doy media vuelta y me dirijo hacia la de Rip.

Acciono el pomo y descubro sorprendida que no está cerrada con llave. Entro en la sala y

cierro tras de mí con el corazón latiendo a toda velocidad. Me dirijo hacia la que parece ser su habitación.

¡Bingo!

Una habitación de gran tamaño me acoge, con una inmensa cama con sábanas oscuras y arrugadas. A cada lado, dos mesitas de noche llaman mi atención.

Eso es lo que buscaba. Voy a por ello y empiezo a rebuscar en su interior. Hojas garabateadas, partituras... ¡cajas de preservativos intactas! Sacudo la cabeza con amargura. No es sorprendente que tenga tal reserva viendo su reputación.

Empiezo a entrar en pánico cuando vacío el primer cajón. Mierda, tengo que encontrar lo que busco, y rápido. Si no, Max va a darse cuenta. Salto furiosa al otro lado de la cama, pero en el momento de abrir el mueble, una voz me sobresalta:

—¿Es esto lo que buscas, nena?

¡Mierda! ¡Todo menos eso!

Rip, apoyado contra el marco de la puerta, balancea mis braguitas rosas en su índice. Y aunque prefiero matarme antes que admitirlo, esta visión tan sexi me remueve por dentro. Va vestido con unos tejanos, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero negra. Y me mira con una sonrisa burlona.

Su mirada segura de sí mismo me cabrea.

—Dámelas inmediatamente, Rip. No estoy bromeando.

Levanta una ceja medio sorprendido medio divertido por mi tono amenazante. Después, lentamente, deja su casco de moto sobre un mueble y entra en la habitación haciendo bailar mi prenda de ropa entre sus dedos.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué te tengo que dar lo que me pertenece? Este pequeño trozo de tela es mi trofeo. Lo guardo como recuerdo de un maravilloso momento donde descubrí a la verdadera Kataline du Verneuil.

Su voz es ronca y llena de sutilezas, y sus palabras me tocan más de lo que deberían. Aun así, me esfuerzo para esconder mis emociones. Me reincorporo y cruzo los brazos sobre el pecho en un gesto de determinación.

—¡Esas bragas son mías! Así que, por favor, dámelas.

Le tiendo la mano, pero la ignora descaradamente. Siento que esto va a acabar mal.

—Bueno... Si las quieres, solo tienes que venir a por ellas.

Con provocación, mete la tela en el bolsillo de sus tejanos mientras me dirige un gesto arrogante con el mentón.

¿En serio me está buscando? Sin esperar, me lanzo sobre él, pero, rápido como un rayo, me esquivo. Casi me choco contra la pared, lo que lo hace reír, y a mí solo me cabrea aún más.

Dando media vuelta, me apresuro sin perder el tiempo y, beneficiándome del efecto sorpresa, me las arreglo para chocar contra él y tirarlo a la cama.

Pero al momento en el que canto victoria, su agilidad me pilla por sorpresa. Me atrapa las muñecas y tira de mí en un chute de vigor sorprendente. En una fracción de segundo, le da la vuelta a la situación y me encuentro tumbada sobre él, indefensa.

—Nena, ¿a parte de kickboxing también haces lucha?

Ignorando sus burlas, intento liberarme en vano. Me mantiene agarrada por las muñecas con una fuerza increíble.

—¡No eres más que un imbécil, Raphaël Saveli! Dame eso, te digo. Si no...

Una sombra furtiva cruza sus ojos grises. Creo que no se esperaba que lo llamara por su

nombre. Tirando de mis brazos bruscamente, me empotra violentamente contra su pecho.

—Si no, ¿qué, Kataline du Verneuil?

¡Dios, cómo me enerva!

—Te lo juro, Rip. No sé qué te voy a hacer.

Una sonrisa ladina curva sus labios. Pero sus ojos no ríen.

—Yo tengo una sugerencia.

Mi corazón se salta un latido. Pero ¿por qué cada vez que insinúa cosas perversas mi cuerpo se pone alerta? Trago saliva con dificultad. No sé qué responder.

La mirada de Rip se oscurece y se fija en mis labios. Con un movimiento de pelvis me coloca bajo él y yo ahogo un grito al sentir la presión de su cuerpo contra el mío. Sentirlo sobre mí me provoca un efecto tornado. El calor aumenta en mi vientre y mi pulso se acelera. Se acerca más a mí y dejo de respirar. Su olor me vuelve completamente loca. Pero la poca consciencia que me queda me obliga a no dejarme ir. Me congelo y se da cuenta.

—¿Qué te da miedo, Kataline?

Su voz ronca me da escalofríos. Sin embargo, encuentro la fuerza para responderle. Una respuesta para nada premeditada y que se escapa de mis labios sin poder evitarlo.

—Tú... yo... Esto...

Rip se aparta ligeramente y puedo respirar nuevamente. Cierro los ojos un instante y, cuando los reabro, los de Rip me miran intensamente, como si quisieran sondear mi alma.

—Por favor, Rip...

Una arruga se instala en su frente y, repentinamente, se reincorpora para liberarme.

—OK, déjalo. Lo siento.

No me esperaba tal giro, así que me quedo sentada en la cama, quieta, sin saber qué decir. Me cuesta tanto comunicarme con él... Afortunadamente, Rip llena el silencio que se ha vuelto muy pesado. Se levanta y empieza a dar vueltas en la habitación como un león enjaulado.

—No sé por qué, pero cuando estoy contigo me cuesta controlarme. Habitualmente, las chicas como tú me son totalmente indiferentes. —Se pasa la mano por el pelo nerviosamente y continúa como si se hablara a sí mismo—. No lo sé. Contigo es diferente. Siempre tengo ganas de provocarte. Me intrigas. Me intrigas porque no te llego a entender. No eres como las demás. Cuando te miro, no veo nada. No oigo nada.

Eh... ¿Se supone que eso es un cumplido?

Suspiro. Creo que no llegaremos nunca a eso, así que podríamos terminar...

—Estoy cansada, Rip. Esta guerra que ha empezado entre nosotros y que no lleva a nada. Estoy harta.

Apenas reconozco mi voz, rota por la emoción. Rip se detiene y gira su rostro hacia mí. Un brillo de cólera cruza por sus ojos.

—¿Qué? No. De ninguna manera. ¡Ni siquiera lo pienses!

Estoy sorprendida por tanta rabia.

—¿No? Muy bien, pues quiero que esto pare. Que dejemos de discutir todo el tiempo. De todas formas, no tenemos opción, porque nos tendremos que ver sí o sí. Por el tatuaje. Porque trabajo con tu hermano...

—¿Esto te gusta?

Levanto la cabeza, confundida una vez más por su cambio de tema.

—¿Qué?

—Trabajar con Max. ¿Te gusta? Es por eso que trabajas con él, ¿no?

Sacudo la cabeza mientras frunzo las cejas.

—No, no, no. Te equivocas. Trabajamos... No, espera. ¿Qué más te da?

Eso es todo, ya estamos otra vez igual.

—Ah, no, nada. Es solo que no eres su tipo de tía.

—Lo sé, soy una chica «insípida». Y ya me has dejado claro que tampoco soy tu tipo de chica, te recuerdo. Y eso no te detuvo para...

Mierda, ¿qué digo?

La cara de Rip se ilumina por una fracción de segundo.

—Sí, y por lo que sé, eso te gustó tanto como a mí.

Y volvemos con las ironías. Escondo la cara entre mis manos unos instantes. Cuando levanto la vista, sosieso mis palabras.

—¿Ves, Rip? Es por eso que nunca llegaremos a entendernos. Estás constantemente intentando provocarme. Me sacas de mis casillas... y, francamente, no necesito esto en este momento. Es todo lo que quiero evitar.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. No lo haré más.

¿Y? ¿Este juego adónde nos llevará?

Me dirijo hacia la puerta sacudiendo la cabeza. Eso no sirve de nada. Pero al momento en el que pongo la mano en el pomo, Rip me coge del brazo.

—Lo siento, Kat. Te prometo hacer un esfuerzo.

Suspiro.

—Vale, te doy una oportunidad. Al final, tenemos que trabajar juntos. Pero pongo una condición.

Me dirige una sonrisa ladina y espera pacientemente a que continúe.

—No me volverás a tocar, Rip. Nunca.

Su rostro se congela unos instantes, pero acaba por asentir. Me apresuro a salir de la habitación, aunque en el último momento cambio de opinión. Antes de que pueda reaccionar, deslizo mi mano por el bolsillo de su pantalón y saco mis bragas. Después, salgo precipitadamente.

—¡Gracias, Raphaël!

Cuando cruzo la sala, satisfecha de mi astucia, algo me detiene. Me encuentro ante las fotos de Rip, tomadas con los guitarristas famosos.

Son exactamente las mismas que las que he visto en el pasillo de abajo, con Rosa. Y tengo la prueba de que no lo he soñado. En estos retratos, los músicos tienen muchos más años. «Una buena veintena de años», pienso. Pero Rip es exactamente el mismo. Parece tener la misma edad que hoy.

Un escalofrío atraviesa mi cuerpo. ¿Cómo es posible?

Un ruido en la habitación de al lado me hace huir.

Urgencias

Cuando vuelvo a la habitación de Maxime, lo encuentro inclinado sobre el ordenador.

—Ah, Kat, ¿te has perdido?

Uf, me preocupaba que tuviera dudas.

—No, no. He encontrado lo que buscaba. Y bien, ¿qué me querías enseñar?

Trabajamos juntos durante una hora más antes que el hambre acabe por hacernos bajar a la cocina. Rosa está preparando *pancakes* y el buen olor invade la planta baja. Se me hace la boca agua. Ella nos acoge con una gran sonrisa y nos tiende un plato.

—Rosa, eres la mejor cocinera del mundo.

—Eres muy amable, Maxime, pero no son más que unos *pancakes*.

Ella lo mira con verdadero afecto.

—Ah, señorita du Verneuil, tengo un mensaje para usted de parte de Raphaël.

Me tiende un pequeño trozo de papel plegado cuatro veces. La escritura es fina y ligeramente inclinada, idéntica a la que vi en las letras de sus canciones.

Estudio de Jess, mañana a las 14 h. Si no puedes, llámame.

Miro el escrito sorprendida. ¡No soy su asistente! ¿Realmente cree que puede darme órdenes así como así? ¡De verdad que alucino! Arrugo el papel y lo meto en mi bolso.

—¿Todo bien, Kat?

—Sí, sí. Es solo que tu hermano cree que estoy a su disposición.

Rosa interviene con una sonrisa benevolente en los labios.

—Raphaël sabe lo que quiere, y cuando se le mete una idea en la cabeza, puede ser realmente testarudo.

Sí, eso lo había notado.

—Se interesa mucho por el trabajo que está haciendo para él.

El comentario de Rosa me sorprende. ¿Habla del tatuaje? Está claro que le interesa, dado que se va a tatuar la foto de la chica a la que quiere... Me abstengo de responder.

—Rara vez —continúa Rosa— habla de sus proyectos... artísticos. Pero con esto ya me ha hablado de su talento. Es muy... curioso, viniendo de él.

No me creo lo que oigo: Rip haciendo comentarios positivos de lo que hago. No le pega. Avergonzada, miro a Maxime, que frunce el ceño.

—Rip adora los tatuajes, y Kat es un genio. Tiene lógica.

Rosa sonríe.

—Sí, claro. Y tú también admiras el trabajo de Kataline. Debe de ser realmente particular, señorita.

No sé qué responder. Esta conversación me incomoda. Sin tener en cuenta mi vergüenza, Rosa prosigue:

—Raphaël es extremadamente exigente, y hay pocas personas a quien confíe sus proyectos.

Pero por lo que he escuchado, usted está a la altura. Y él realmente quiere que continúe su... colaboración.

Levanto una ceja. ¿Qué es esta indirecta?

—Es extraño. A menudo tengo la sensación que no estamos en la misma onda.

—A Rip siempre le ha llamado la atención lo que se le resiste —dice entonces Maxime en tono amargo.

El timbre de mi teléfono evita que responda. Es Jess.

—¿Hola?

—¿Kat? Soy Jess. Cariño, ha pasado algo horrible. Hemos tenido un accidente y Kris está... Quieren llevarlo al hospital Saint-Joseph. El coche está destrozado y... estoy... ¿Tú estás bien? ¿Dónde estás?

Se me va la sangre de la cabeza cuando escucho los hipidos de mi tía al otro lado de la línea. La inquietud me provoca náuseas.

—Estoy en casa de Max. Estoy bien. ¿Por qué...?

—Uf, ¡qué alivio!

No entiendo por qué parece tan preocupada por mí.

—Jess, ¿qué ha pasado?

—Nos ha chocado un coche de frente, en la carretera de la circunvalación. Creen que Kris tiene un traumatismo craneal y puede que algún problema en las cervicales. Se lo llevan con ambulancia... —Se ahoga y tiene dificultad para hablar.

—Vale. Yo... voy al hospital, Jess. Llego lo antes posible.

En ese momento, oigo a alguien coger su teléfono y una voz de hombre me empieza a hablar:

—Hola, soy el médico de urgencia. Su amigo no tiene nada grave, un ligero traumatismo craneal y definitivamente tendrá que llevar collarín una temporada, pero su tía está en estado de *shock*. Sería preferible que viniera a estar con ella... Sobre todo cuando venga la policía.

¿La policía?

—Sí, sí. Ahora voy para allá, doctor.

Cuando cuelgo, me giro hacia Maxime, que me mira intrigado.

—Jess y Kris acaban de tener un accidente. Tengo que ir al hospital. ¿Me puedes llevar?

Evito comentar lo de la policía.

—¡Mierda! Le dejé el coche a Parker para que me cambiara las almohadillas. No lo tendré hasta mañana.

«¡Joder!».

—Y hoy no puedo contar con transporte público... Tengo que ir en taxi. ¿Está muy lejos el hospital Saint-Joseph?

Rosa me mira con preocupación.

—Mi pobre niña, con tantas huelgas, me sorprendería mucho que encontrara un taxi libre.

«Oh, no...».

—Bueno, no pasa nada, tendré que ir a pie.

—¿Estás de broma? Es una hora a pie.

En ese momento, Rip entra en la cocina con la chaqueta de motorista colgada a la espalda y el casco en la mano.

Rosa lo recibe diciendo:

—A menos que...

Rip se detiene en el marco de la puerta y nos observa con un semblante oscuro, intentando

comprender qué sucede.

—Kataline se tiene que encontrar con su tía en el hospital. Ha tenido un accidente... ¿Podrías llevarla?

Rip me mira con el ceño fruncido.

—¿Es grave? —pregunta.

Levanto los hombros.

—Kris puede que tenga un traumatismo craneal... Y Jess está en *shock*. Tengo que ir a calmarla.

Asiente.

—Tenía que ir a casa de Royce, pero eso puede esperar. Ven, te llevo —me dice.

Le doy las gracias con un gesto de cabeza y bajo automáticamente la cabeza hacia mi ropa. Mi falda demasiado larga, mi chaleco demasiado grande...

—No me puedo subir a la moto con esto.

Rip repasa mi ropa con las cejas fruncidas.

—No, efectivamente. No es lo mejor. Ven, debo de tener algo de Mégane que te debería servir.

Si no fuera por Jess, lo hubiera mandado a paseo por proponerme llevar ropa de su novia. Pero en esta ocasión no tengo elección, así que me aguanto y lo sigo hasta la habitación. En ella, rebusca unos segundos en el armario y saca unas mallas de cuero negras y una especie de túnica transparente.

—Toma, esto debería irte bien. Te puedes cambiar aquí. Yo te espero abajo.

Miro la ropa perpleja. Me parece pequeño. «Espero entrar ahí». No tengo tiempo de pensármelo. Me precipito en la habitación de Rip, me saco la ropa y me pongo la de Mégane deprisa. Su perfume demasiado dulce está impregnado en la ropa y me provoca una mueca. Cuando vuelvo a la cocina, Rip y Max se quedan quietos y me miran como si hubieran visto a la Virgen. Salvo que, en este caso, ella va vestida de cuero y de encaje. Las mallas moldean mis formas como una segunda piel y la túnica de velo hace que se vea mucho mi top de tirantes. Lo que a mí me gusta.

Rip carraspea antes de decir en una voz extrañamente ronca:

—¿Estás lista?

Asiento avergonzada y me acerco a él con las mejillas rojas. Max me atrapa del brazo cuando paso por delante de él.

—No te preocupes, Kat. Estoy seguro de que irá bien.

—Sí, gracias, Max. Te mantendré al corriente.

Me abraza. Al hacerlo, veo por encima de su hombro que la mirada de su hermano se ensombrece, aunque no dice nada; solo me tiende una chaqueta de cuero, que me pongo rápidamente antes de seguirlo al exterior. La Kawasaki negra es la suya. Sudo al pensar que voy a subir a esta máquina.

Cuando llegamos al bólido, Rip se gira hacia mí.

—¿Has montado antes en moto?

Hago una mueca y sacudo negativamente la cabeza. Suspira, como si fuera una tara el no haber subido jamás a una. «Parece que Rip el Idiota ha vuelto».

—Vale, pues... Me subo, subes tú, te agarras a mí y cierras los ojos si vamos demasiado rápido. Es así de simple.

«¡En tus sueños!».

¿Cómo puede volverse así de idiota cuando horas antes me dijo que quería enterrar el hacha de guerra? ¿Me toma por tonta o qué? Sin responder, cojo el casco negro que me tiende y subo lanzándole una mirada asesina. Una vez en la moto, me incorporo tras él y me agarro a las dos manijas laterales en un gesto inequívoco. Rip gira la cabeza y me dirige una sonrisa ladina.

—OK, Derbis, como quieras.

Se pone el casco y arranca. El rugido del motor es tan impresionante que me da escalofríos. Rip maniobra hábilmente para salir del patio y, tan pronto como nos encontramos en la carretera, acciona el acelerador de tal forma que me impulsa hacia atrás.

Me agarro fuertemente a las manijas con un pequeño grito y oigo la risa de Rip resonando en mi casco cuando vuelve a frenar.

—Te aconsejo que te agarres a mi cintura si no quieres que tu precioso culo quede sentado en el capó del coche de atrás...

Pongo los ojos en blanco. Sin embargo, no le doy más vueltas. Rip tiene una bomba entre las manos... Así que, de mala gana, suelto las manijas y paso el brazo alrededor de su cintura. Me encuentro pegada a su espalda y siento su calor a través de mi ropa. Es una posición tan íntima que me pongo roja sin quererlo.

—Así mejor, nena. Mucho mejor.

Sin darme tiempo a reaccionar, se lanza a la carretera. Con gran destreza, se desliza entre los vehículos que se acumulan en kilómetros de atascos. Es un piloto sobresaliente y, a pesar de mi inexperiencia, empiezo a disfrutar del poder de la máquina entre mis piernas.

En cada aceleración, la moto reacciona con fervor y la conducción suave de Rip me da confianza. Debe de ser tremendo dejar que los caballos se expresen sin restricciones de tráfico. Con la ayuda de la adrenalina, acabo por desear que haya algún trozo más fluido que nos permita probar su potencia. A menos que sea la cercanía con Rip lo que me hace delirar...

—Te manejas como una diosa, parece que lo has hecho toda la vida.

Sonrío. ¡No puedes negarte a un cumplido de Rip!

—Tengo que reconocer que eres un piloto bastante bueno. Cuidado, podría probarlo algún día.

Ríe.

—Lo espero con ganas, preciosa.

Al cabo de veinte minutos me empiezo a impacientar.

—¿Falta mucho?

—No, ya llegamos. Cogemos la siguiente salida y enseguida estamos ahí.

Salimos de la carretera y Rip aparca en la zona de aparcamiento de motos del hospital. Me estremezco. Nunca me han gustado estos sitios; son fríos y se siente la muerte. Definitivamente, es una de las razones por las que no he seguido la carrera de mi padre.

Llegamos a Urgencias sin intercambiar palabra. La inquietud que había disminuido en el trayecto vuelve a aumentar.

La enfermera de recepción es bastante joven y guapa, y tiene la nariz metida en su carpeta. Cuando la llamo para preguntarle educadamente si el señor Kris Patterson ha llegado, ni siquiera se molesta en mirarme.

—Sí, encontraréis al señor Patterson en el Bloque 2. Primera puerta a la derecha, al fondo del pasillo.

Levanta finalmente la cabeza y sus ojos se iluminan cuando se ponen sobre Rip. De repente,

una sonrisa coqueta tira de sus labios e inclina ligeramente la cabeza hacia un lado e hincha el pecho.

—Os puedo acompañar, si queréis...

¿Estoy soñando o le está tirando la caña?

Rip levanta una ceja divertido, pero me apresuro a responder antes que tome la palabra.

—No, gracias —digo secamente—. Ya nos las arreglamos.

La enfermera se da cuenta de mi presencia y me mira con una mirada que dice: «Mierda, no había contado con ella». Con rabia, atrapo a Rip de la mano y lo arrastro conmigo a paso decidido. ¡Me ha puesto de mala leche esta tía!

—Eh, tranquila, ¡yo no he tenido nada que ver con eso!

Bueno, ya es suficiente.

Rip ríe a mi espalda dejándose llevar, lo que me molesta todavía más. Pero cuando seguimos nuestra marcha por el pasillo, tomo conciencia de su mano en la mía y la retiro con brusquedad, como si me hubiera quemado.

Llegamos a otro pasillo y veo por fin a Jess, que espera en una pequeña salita de espera. Me dirijo hacia ella. Cuando me ve, se lanza a mis brazos.

—Oh, Dios, Kat. Estás aquí...

La abrazo unos segundos. Al soltarme me cuenta lo que ha pasado: un conductor chocó contra el coche de Kris antes de huir. No han podido identificar el vehículo.

Afortunadamente, ha sido más un susto que otra cosa. Kris está siendo examinado, pero, *a priori* —y contrario al primer diagnóstico—, no hay traumatismo craneal. Solo un buen golpe.

—Uf, menos mal. ¿Y tú? ¿No tienes nada?

—No, he tenido suerte. El coche ha chocado por el lado del conductor y nosotros estábamos solos en la carretera. He tenido el susto de mi vida.

La tomo entre mis brazos.

—Todo irá bien. En nada os podréis ir a casa.

—Sí, pero antes tenemos que esperar a que la policía nos tome declaración contra el conductor huido. Deberían llegar pronto para interrogar a Kris.

En ese momento, es Kris quien llega con una bonita enfermera del brazo. Él tiene un collarín, un ojo morado y un buen golpe encima de la ceja. Sin embargo, eso no le impide bromear.

—Madre mía, si querías librarte de mí, Jess, no te ha servido.

¡Siempre de buen humor! Es buena señal. Sin embargo, sus ojos se oscurecen cuando pasan por los míos hasta fijarse en los de Rip.

—Rip... ¿Qué haces aquí?

Ups. Parece que no está contento de verlo. ¿Qué pasa? Me siento obligada a intervenir.

—Maxime no tenía coche, así que Rip es quien me ha traído.

—Genial, gracias —responde Jess lanzando una mirada de entendimiento a Kris.

Un silencio pesado se instala entre nosotros.

—Bueno, al final no ha sido para tanto —digo para relajar la atmósfera.

—Podría haber sido peor. Verás el estado de mi coche. Desgraciadamente, el tío se ha largado. Y no he tenido tiempo de ver su cara antes de estamparse contra nosotros. Qué lástima...

—Por suerte, no hay más que pérdidas materiales —interviene Rip.

Kris le dirige una mirada un poco sospechosa.

—Sí... Si quería hacer algo más, al bastardo le ha salido mal.

—¿Qué insinúas? ¿Qué lo ha hecho adrede?

Jess responde en su lugar:

—No, el *shock* le hace decir tonterías, ¿verdad, nene? —Y le da un codazo en las costillas que le hace soltar un quejido.

—Sí, tienes razón. Me he dado un buen golpe en la cabeza. Será eso. —Suspira y cambia de tema—: Hasta el momento, ese montón de chatarra tenía la función de transportarnos. Ahora tendremos que coger un taxi para volver.

—Sí, pero antes tenemos que esperar a la policía —dice Jess—. Nos tendremos que quedar aquí un buen rato... Y nos costará llegar a casa en taxi con la que hay liada. ¡Genial!

—Yo puedo llevar a Kat —interviene Rip acercándose a mí—. De todas formas, tiene que pasar por mi casa para coger sus cosas.

Ah, sí. No me acordaba de eso. Levanto los hombros dubitativa. Kris me mira perplejo.

—¿Estás segura, Kat?

Joder, ¿qué respondo? Afortunadamente, mi tía toma la decisión por mí.

—Será mejor que esperar aquí. Y a veces es mejor saber que estás en peligro que no pensar que estás a salvo.

Kris le lanza una mirada interrogadora, pero no responde. Definitivamente, hoy están rarísimos. No entiendo estos enigmas disfrazados. Creo que el accidente les ha afectado más de lo que demuestran.

Aun así, la perspectiva de pasar la noche aquí y en un taxi no me encanta. Sobre todo después de haber descubierto la maravilla de las dos ruedas. Por todo ello, finalmente, sigo el consejo de mi tía.

—Creo que mejor lo hacemos así, sí.

Los labios de Rip se alargan en una sonrisa ladina y Kris frunce el ceño. Todavía oigo los avisos sobre el primero, pero en ese momento no tengo ganas de tenerlos en cuenta. Al fin y al cabo, soy una chica mayor que se puede defender sola.

—OK, ¡pues nos vamos!

Mientras nos despedimos, escucho a Kris decirle a mi tía:

—Recuérdame que te recuerde lo que acabas de decir, Jess.

«¡Otra confusión entre amantes!».

Noche para olvidar

Tras abandonar el Bloque 2, nos dirigimos a la salida y, al momento de pasar por recepción, la enfermera de guardia deja de hacer lo que estaba haciendo y le dedica una sonrisa seductora a Rip, aunque este la ignora. Me regodeo, tanto que incluso me doy el placer de hacerle una pequeña señal a la chica mientras me acerco a Rip. Es infantil, pero me hace sentir bien.

Cuando salimos y nos acercamos a la moto, ya es de noche. Rip se gira hacia mí mientras mete la llave en el contacto.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío?

Oh, ser tan atento no le pega. Me ajusto la chaqueta de cuero que me ha prestado y me subo la cremallera.

—Gracias, es soportable.

—Bien, porque tomaremos otro camino. Tengo que desviarme para pasar a buscar una cosa en casa de Royce. Es mejor ir en moto, pero hará frío...

Tomamos la dirección al centro y tras unos diez minutos, Rip aparca ante un gran inmueble de estilo haussmanniano. Me dirige hasta una gran puerta.

—¿Aquí vive Royce?

Rip asiente con una pequeña sonrisa.

Guau, no me creo lo que veo. Tengo la sensación de estar ante un palacio. La casa de Max y Rip es grande, pero esta es... Estoy flipando.

—Vaya, bueno, no le falta de nada...

—Sí, su padre es productor; está forrado.

Un mayordomo nos abre la puerta y sonrío al reconocer a Rip.

—Señor Raphaël, qué placer verlo... Señorita.

Se inclina ligeramente hacia mí en una reverencia discreta.

—Hola, señor.

—El señor Royce está en su suite... Les está esperando.

Rip le dedica un pequeño gesto con la cabeza y se dirige hacia una escalera de mármol blanco.

—Gracias, Georges. No hace falta que nos acompañes.

—De acuerdo, señor.

El mayordomo nos deja paso y Rip me dirige por la casa como si fuera suya.

—¿En serio? ¿Un mayordomo? —No puedo evitar comentarlo cuando subimos las escaleras.

Llegamos a la primera planta y una música electro nos recibe.

—Ven, es por aquí.

—¿Estás seguro de que solo será unos minutos?

—Sí, no te preocupes. No tardaremos.

Abre una puerta y entramos en una gran sala iluminada por decenas de lámparas led. Tengo la sensación de encontrarme en una fiesta blanca con Eddy Barclay. Todo está manchado, desde las paredes hasta la decoración. Royce está sentado en un gran sofá en forma de «U», rodeado de

otras personas que no conozco. Sobre la mesa baja de mármol percibo botellas de cerveza y porros.

Royce nos recibe con una gran sonrisa.

—Ey, Rip, amigo... Veo que estás bien acompañado.

Cierro instintivamente mi blusa. Vestida como estoy, no me siento cómoda con sus comentarios fuera de lugar.

Sin tenerlo en cuenta, Rip se acerca despreocupadamente.

—He recibido tu mensaje. ¿Me querías ver?

—Sí, al jefe le ha encantado tu última actuación. Y ya tiene previsto tu nuevo... proyecto.

Rip alza una ceja. Parece que esta idea no le gusta demasiado.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y esta vez tengo la sensación de que te encantará, tío. Black Angel, ¿te suena?

Inmediatamente, Rip frunce el entrecejo.

—¿Estás de broma?

—No, tío. Tenemos que organizarlo, pero debería hacerse pronto. ¿Estás dentro?

El rostro de Rip se ilumina con una sonrisa malvada que me estremece. Se hace crujir los dedos como si se preparara para aplastar alguna cosa con las manos desnudas. No me cuesta entender que se trata de un nuevo combate.

—¡Y cómo! Disfrutaré aplastándolo.

—*Yeah*. No me esperaba menos de ti... Por otro lado, las apuestas están subiendo, amigo. Tendré que hablarte de ello antes de organizar nada. Bueno, ahora ven por aquí. ¿Quieres algo, tío?

Royce nos hace sentarnos, yo a su izquierda y Rip en el sofá, delante de él.

—Una cerveza.

De repente, una chica morena le tiende una botella a Rip, que la abre con un encendedor. Parece que el mundo gira alrededor de ellos dos. Es raro, como si cada persona presente estuviera aquí para darles placer. Tienen un tribunal que busca constantemente satisfacer sus menores deseos. Todos están colgados de ellos como si fueran mesías. Viendo esto, entiendo mejor lo que Max comentaba sobre la popularidad de su hermano y sus amigos.

—Kat, ¿tú quieres algo? Birra, refresco... ¿Un porro, quizás? Eso te relajaría.

Sacudo la cabeza. A Royce le divierte burlarse de mí esta noche. Si me quiere incomodar, va por buen camino.

—Un refresco, por favor. Para lo otro, no hace falta. Prefiero tener las ideas claras.

Royce sonrío mostrando sus dientes y me da un vaso que me llevo lentamente a la boca.

—Es razonable, Derbis. Pero tienes razón, nunca se sabe lo que puede pasar con Rip. —Se inclina hacia mí con una mirada que dice mucho—. Podrías encontrarte sin bragas antes de poder decir «uf».

Me ahogo con la bebida. ¿Por qué coño dice algo así? Le dirijo una mirada asesina. Rip frunce el entrecejo, pero los otros ríen entre dientes. Royce, contento con lo que ha conseguido, da una larga calada a su porro antes de tirarme todo el humo en la cara.

Joder, sí que ha decidido vacilarme hoy. ¿Por qué tanto odio? Si cree que me voy a dejar humillar ante todo el mundo lo lleva claro. Con ganas de venganza, dejo que las palabras salgan de mi boca.

—Dime, Royce. ¿No tendrás algún complejo? Porque tengo la impresión de que vives a través de tu amigo... La música, los combates, todo eso. ¿Es igual con las chicas? ¿Es Rip quien

besa por ti?

Royce palidece y Rip se queda con la cerveza colgando de los labios. El silencio reina en el lugar y todo el mundo me mira como si hubiera blasfemado ante el altar de Notre-Dame.

La tensión aumenta y Royce se pone rojo. Me mira con los ojos blancos y espero a que pete en cualquier momento. Pero contra todo pronóstico, estalla en risas, risas que le hace saltar lágrimas. Se carcajea de tal forma que termina por deslizarse por el sofá, bajo las miradas desconcertadas de sus acompañantes, Rip el primero. Al cabo de un momento que me parece una eternidad, se reincorpora, todavía soltando alguna risa intercalada con una especie de hipidos.

Seca sus mejillas llenas de lágrimas y se gira hacia mí.

—Joder, Derbis. Me encanta tu maldito carácter y tu atrevimiento. Nunca había conocido a una tía como tú. Me matas.

Su amigo lo mira con diversión.

—Llevo tiempo diciéndolo...

Royce levanta su botellín y lo choca con mi vaso.

—Venga, ¡por ti! Definitivamente, creo que acabaré por quererte.

«¡Vete a la mierda!». Estoy completamente de acuerdo con la voz. Si cree que voy a convertirme en su amiga, lo tiene claro.

Todo el mundo retoma sus conversaciones. Por mi parte, estoy incómoda, apretujada entre Royce y una chica rubia que no deja de mirarme. Doy un sorbo a mi refresco, con la esperanza de que no tardaremos demasiado en irnos.

Rip está nuevamente en plena discusión con Royce sobre el próximo combate. Capto algunos intercambios y, aunque no lo entiendo todo, comprendo que no lleva a su futuro adversario en el corazón. Pongo la oreja, dejándome llevar por la curiosidad. Pero en ese momento, mi vecina de la izquierda pone su mano sobre la mía. Instintivamente la intento retirar, pero ella la agarra firmemente.

—Musa —me dice mirándome de forma extraña.

—¿Qué?

La morena me suelta la mano para poner sus dedos sobre mi rostro. Tiene los ojos vidriosos y me examina minuciosamente, como si yo fuera un objeto extraño.

—Musa —repite.

Se adelanta un poco más y reculo rápidamente, chocándome con Royce. Otra drogada que se cree en un sueño. Me separo de un movimiento de espalda.

—Déjame.

Ella obedece, pero en lugar de dejarme tranquila, se tira al suelo y empieza a balbucear cosas que no entiendo.

Busco ayuda a mi alrededor, pero todo el mundo parece absorbido por la escena, sin preocuparse de mi malestar. Cuando Louise levanta la cabeza, sus ojos están llenos de odio. Sin previo aviso, se lanza sobre mí gritando. Lanzo un chillido y reculo en mi asiento.

—¡Louise, detente! —La voz de Rip es tan cortante como una hoja de afeitar.

Rápidamente, la chica se detiene y levanta hacia él unos ojos llenos de miedo. Ella se reincorpora y espera... ¿Qué? ¿Una orden?

—Según su voluntad, amo.

¿Qué? ¿Qué es esta locura? Rip frunce el ceño y me da un vistazo antes de volver su atención a la famosa Louise. Ella se balancea ligeramente sobre sus pies y me dirige una serie de miradas inquietas. Él se acerca a ella y pone las manos sobre sus hombros. Instantáneamente, el rostro de

la chica cambia de expresión y todo su cuerpo se relaja. Es como si hubiera despertado de una pesadilla. Parece completamente perdida. Mira a su alrededor como si estuviera descubriendo dónde se encuentra.

Yo estoy absorta por lo que acaba de pasar.

—Vete —le dice simplemente Rip—. No te inquietes, todo irá bien.

La chica me lanza una última mirada temerosa y sale de la habitación. Nadie se ha estremecido ante este extraño intercambio.

Me giro hacia Rip y Royce.

—¿Qué ha sido eso?

Es Royce quien habla:

—Déjalo estar. Louise tiene problemas de comportamiento. No pienses en ella.

Extrañamente, me cuesta creerlo. Sobre todo cuando veo un músculo contraerse en la mejilla de Rip, señal de su molestia.

—¿Qué es esa palabra «musa»? ¿Por qué me han llamado así?

Rip frunce las cejas e intercambia una mirada avergonzada con Royce.

—No prestes atención a lo que te digan aquí. Están borrachos. —La voz de Rip no suena tan segura como de costumbre. Parece que esta situación lo molesta—. Vámonos, Kat. Es mejor que te lleve a casa.

En ese momento, sin previo aviso, Lucie, a quien no había prestado atención, se lanza sobre mí con la mano levantada como para abofetearme.

Me dispongo a parar el golpe, pero Rip y Royce se interponen en un mismo movimiento.

—No hagas algo de lo que te puedas arrepentir, Lucie —amenaza Royce con voz fría.

Los ojos de Lucie se salen de las órbitas. A pesar de la presencia de los chicos, ella da un paso al frente, igualmente amenazante.

—¿Qué? Tenemos que eliminar esta...

Rip le atrapa la muñeca sin miramientos y el rostro de Lucie se tuerce inmediatamente de dolor.

—No la toques, te digo.

Se gira entonces hacia la sala de estar y barre a la multitud con unos ojos duros. No suelta a Lucie, que gime de dolor.

—Nadie la toca, ¿está claro?

Se escucha un alboroto, pero nadie lo contradice. Tengo la sensación de asistir en la escena sin realmente estar ahí; hablan de mí como si yo no estuviera ahí, y eso me incomoda. Yo, que quería pasar desapercibida, me convierto en el centro de interés de todo el mundo.

—Es mejor que os vayáis —dice Royce, más dulcemente—. No es el mejor sitio para ella.

Pongo los ojos en blanco. No entiendo lo que pasa y no tengo ganas de comprenderlo. ¿Quieren que me vaya? Bien, yo también.

Me incorporo, un poco tensa, y me dirijo hacia la puerta, tiesa como un palo, ante las miradas curiosas de los huéspedes de Royce.

Rip se une a mí.

—Espera, Kat.

No me doy la vuelta para responderle.

—Puedo irme en taxi. Así será más fácil.

—¿Estás de broma? Le he prometido a tu tía que te llevaría a casa, así que te llevo.

Suspiro. La noche empieza a ponerme de los nervios. Me detengo y me doy media vuelta.

—Escucha, Rip, no te sientas obligado. Soy mayorcita y no me pasará nada si cojo un taxi. Vuelve con tus colegas, que yo me largo.

Me bloquea el paso poniendo su brazo sobre la pared en el momento en que me dirigía hacia la escalera.

—Insisto —dice.

Sus ojos lanzan rayos. Tengo la sensación de que mi temeridad y mi testarudez no le hacen gracia. Suspiro. Estoy cansada de estas luchas constantes; es demasiado para un solo día, así que esta vez cedo.

—OK, como quieras.

Cuando Rip me deja delante del apartamento, veinte minutos más tarde, la fatiga acumulada del día cae sobre mis hombros. Me cuesta bajar de la moto porque me tiemblan las piernas. Creo que una buena noche de sueño me hará bien y me permitirá ordenar mis ideas.

Rip apaga el motor, pero se queda en la moto. No tiene la intención de acompañarme hasta la puerta y, de alguna forma, eso me alivia. Le doy mi casco ahogando un bostezo.

—Día duro —dice él, cogiéndolo.

—He tenido peores...

Entrecierra ligeramente los ojos.

—Escucha, Kat, no prestes atención a lo de Louise esta noche. Es un poco marginal y no está en sus cabales.

Si quería que me preguntara sobre esta chica, no podía hacerlo mejor. Sobre todo porque no es lo que ella ha dicho, sino lo que ha sucedido después. Su reacción, y las de Rip y Royce... Y Lucie, que se ha lanzado sobre mí como si fuera alguien a quien abatir. Todos han estado muy raros. Como si yo fuera un peligro. Pero hay algo que me impide confiarle a Rip mis pensamientos.

—No te preocupes, solo quiero hacer una cosa, y es olvidarme de esta noche. Me voy a acostar. Estoy muerta.

—Bien. ¿Nos vemos el sábado?

Asiento. Y sin añadir nada más, él se pone el casco y levanta la visera. Sus ojos grises arden sobre mí como un velo al rojo vivo. Me arrancan unos escalofríos a pesar de la fatiga. Este tipo tiene tal poder sobre mis sentidos que es preocupante. Reculo instintivamente. Su sonrisa ladina me indica que es perfectamente consciente de su influencia sobre mis emociones. Este tipo es incorregible.

«Sí, y es lo que más te gusta de él, ¿no?». Ah, la pequeña y mezquina voz está de vuelta. ¡Qué buena noticia! La hundo en suelo con el talón y dirijo mi atención a Rip, que arranca la moto.

Da dos acelerones y se gira hacia mí.

—Dulces sueños, Kataline.

¿Soy yo o sus labios no se han movido?

Antes de poder encontrar la respuesta, se va, desapareciendo en la oscuridad y dejándome sola sobre la acera desierta.

Mataría por ti, mi musa

El agua de la ducha relaja mis músculos y me hace sentir genial. Me quedo un largo momento bajo ella, intentando no pensar en nada. Desafortunadamente, una vez salgo del baño, mis preguntas vuelven a la carga: ¿Qué es lo que quería decir esa chica? ¿Y por qué Rip y Royce han intervenido tan precipitadamente? Todavía escucho en mi cabeza las amenazas de Rip prohibiendo que alguien se me acercase. ¿Pero qué es esta locura? Y los demás parecían cachorros traumatizados al mirarlo. Parecía que estábamos en una película.

¿Cómo me ha llamado? Musa.

Un *flash* cruza mi mente y una escena muy precisa aparece en mi cabeza. «Sucia musa virgen, tan mojigata, tan inocente...». La voz de Miguel resuena en mi cabeza como una campana. La sangre desaparece de mis mejillas y el frío del pánico se abre paso hasta mis huesos. En estado de *shock*, me deslizo al suelo de mi habitación, desnuda y desorientada.

Dios mío. Me doy cuenta con terror de que es la segunda vez que me llaman así. Y la primera vez terminó en tragedia. ¿Qué significa todo esto?

El timbre de mi teléfono me saca del letargo. Me reincorporo a duras penas y llego a la cama antes de que cuelgue.

—¿Hola? —Mi voz inestable se siente como una bofetada para mí.

—¿Kat? ¿Estás bien? Soy Maxime.

Suspiro aliviada. Si había alguien con quien necesitaba hablar, era con él.

—Max... Me alegra escucharte.

—¿Pasa algo? ¿Quieres que vaya?

Me deslizo bajo el edredón sin siquiera quitarme la ropa.

—No, no pasa nada. Me alegra escucharte.

Pasamos casi una hora al teléfono. Le cuento todo lo que ha pasado. Decido no ocultarle nada. El paso por el hospital, la historia con Louise, la reacción de Rip y el altercado con Lucie. Necesito sacarlo, y sé que si alguien puede darme respuestas, es él.

—Me resulta difícil comprender lo que ha pasado. Primero, es Louise quien se lanza sobre mí, y después Lucie... ¿Qué les he hecho? Y ese nombre..., «musa». ¿Sabes lo que significa?

—No, no lo sé. Pero, sabes, las cosas no son siempre como pensamos que son.

«¿Y? ¿Se supone que eso es una explicación?».

Viendo que no respondo, Maxime continúa:

—¿Sabes? Deberías intentar olvidar lo que ha pasado y poner la atención en algo mejor. Escucha, Louise ciertamente tiene algunos problemas. Delira. En cuanto a Lucie, con lo que se mete por la nariz, no me sorprende que haya salido con esas.

Guau. Efectivamente no había pensado en eso. Es verdad que he visto algunos porros en casa de Royce, pero no me imaginaba que tuviera otros productos más fuertes. No me imaginaba que ella podría haberse metido cocaína. Soy demasiado inocente para esas cosas.

—Sí, tienes razón. Mejor pienso en otra cosa.

—Bien. Por cierto, hablando de eso, ¿irás al concierto el jueves por la noche? Tocamos en el Wizz.

Ah, sí, el famoso concierto por el que Justine quería entradas.

—Por qué no. Pero no tengo entradas...

Oigo a Maxime reír al otro lado de la línea.

—¿Bromeas? ¡Eres mi invitada! No hace falta entradas.

—¿Y puedo ir acompañada?

Silencio.

—Justine me mataría si se entera que no he intentado conseguirle una entrada...

Una pequeña risa me responde:

—¡No hay problema!

El jueves ya está aquí y no he visto pasar el inicio de la semana. Jess y Kris volvieron del hospital por la noche, después de haber hecho sus declaraciones. Los noto raros desde que han vuelto. Están menos alegres y parecen estresados por algo que no sé.

No hablé con ellos del evento en casa de Royce; no tengo ganas de inquietarlos por nada. A mi forma de ver, ya tienen suficientes preocupaciones.

Justine viene a mi casa antes de ir al concierto. Extrañamente, Jess no ha estado tan contenta de que vaya. Pero cuando le he dicho que Ju me acompañaba, parece haberse calmado un poco.

Me encuentro en mi habitación con mi amiga, que repasa mi vestimenta decepcionada.

—Dios mío, nena... ¿Qué es esta colección de telas viejas? ¿Ves mi muerte?

Me mira preocupada. Sonrío ante su ceño fruncido. Eh, sí, bienvenida a mi mundo. Es evidente que con su *look* motero, mis faldas largas no son de su agrado. Su pantalón de cuero, su chaqueta Perfecto y su top de encaje causarán furor esta noche.

—Si crees que irás así al Wizz, estás soñando, nena. ¿Dónde está la ropa que tu tía te hizo comprar?

¿Qué? ¿Lo sabe? Arg, Jess, no pierdes nada por intentarlo. No tengo otra opción que mostrarle las bolsas con la ropa todavía etiquetada. Ella saca el famoso pantalón corto que mi tía me convenció de comprar.

Le lanzo una mirada asustada.

—¡Eh, mira esto! ¡Con las medias y las botas romperás corazones!

—Ni lo pienses, Justine. Que yo lleve eso esta noche está descartado. ¡No me vas a exponer como si fuera carne fresca!

Mi amiga hace una mueca, pero afortunadamente no insiste. Echa el ojo a unos tejanos con agujeros en los muslos que, gracias a un trozo de tela, no deja ver mi piel. Me los tiende con un top estampado con un logo de un célebre grupo de *rock* de los años sesenta.

—Toma, ponte esto. No tienes excusa.

Intento una última negociación.

—Es un poco...

—Chitón. ¡Ninguna excusa!

Después de haberme cambiado de ropa y haber cedido a un poco de maquillaje ligero, nos encontramos ante la puerta del famoso local, donde la gente ya ha invadido el espacio.

Justine salta emocionada.

—¡Ah! ¡No me lo creo! ¡Qué ganas de verlos tocar! Y, además, estaremos supercerca del escenario. ¡Es genial!

Sonrío ante su entusiasmo. Su alegría es contagiosa, y debo admitir que yo también estoy impaciente por ver a Max y su grupo tocar.

«Sin olvidar a Rip... ¡y su voz orgásmica!». Doy un golpecito mental a la voz que se va enfurruñada a su rincón. Mejor, ¡me tiene que dejar tranquila!

Nos deslizamos hasta nuestros sitios bajo las miradas envidiosas de los espectadores y nos instalamos en una pequeña zona VIP, justo delante del escenario. Guau, no pensaba que estaríamos tan cerca. «¿No es demasiado?».

Un pequeño pinchazo en el corazón se hace notar, señal de mi aprensión. Es lo mismo cada vez que sé que voy a volver a ver a Rip. Como si mi cuerpo anticipara la confrontación. Me froto las manos.

—Deja de estresarte, Kat. Todo irá bien.

Justine me abraza por el cuello. En ese momento, la luz se apaga y unos focos azules iluminan el pequeño escenario.

—Abre tus orejas y disfruta —susurra mi amiga.

Los pelos de la nuca se me erizan. Rip entra en escena. Va seguido de Parker, Maxime y un chico que no conozco. El público aplaude como loco. Los músicos se instalan. Rip pasa la cuerda de su guitarra alrededor del cuello y se posiciona delante del micro. Maxime toma su lugar a su izquierda, Parker se sienta en la batería y el cuarto músico agarra una guitarra antes de colocarse a la derecha de Rip.

No consigo apartar la mirada del vocalista. Va vestido todo de negro, con unos tejanos doblados sobre unas Dr. Martens y solo una chaqueta tejana rota que muestra los tatuajes y los músculos de su torso.

—Dios mío, ¡este tío es una bomba!

La voz de Justine me sobresalta y, como si lo hubiera escuchado, Rip dirige su mirada hacia nosotras. Sus iris plateados capturan los míos y no los deja ir.

Un aire sombrío pasa por su rostro. Siento cómo enrojezco cuando su mirada desciende y me escanea sin ningún pudor. Sus labios se alzan en un pequeño rictus de apreciación y sus ojos se encienden de deseo.

—Qué bien, me parece que hay alguien que aprecia tu ropa —susurra Justine en mi oreja.

Levanto los hombros sin responder. Tengo calor y no sé cómo contenerme.

—Ey, déjate ir, nena. ¡Estás aquí para disfrutar del espectáculo!

Sonrío tímidamente.

—Sí, tienes razón. Voy a disfrutar.

Sigo su consejo y, cuando la música invade la sala, mi corazón empieza a latir al ritmo de los acordes de la guitarra. La voz cálida y ronca de Rip se eleva y el tiempo se detiene. Estoy colgando de sus labios, como si mi vida dependiera de ello.

Su timbre me hipnotiza y me atrae a unas historias que solo él sabe contar. Por turnos siento felicidad, rebeldía, tristeza... Sus palabras me transportan, me calman, me duelen. Hasta que canta *la* canción, esa que habla de la chica que puso su mundo patas arriba con su melena llameante y sus ojos de gato, la que trastornó todos los códigos, todas las certezas; la que lo esclavizó y lo hizo vulnerable, la que él no comprende.

La melodía es conmovedora y las lágrimas caen por mis mejillas sin que pueda detenerlas. Esta canción me atraviesa el corazón y el alma. Es bonita y triste. Magnífica. No sé qué es lo que quería transmitir con esta canción, pero me siento patas arriba.

Mi corazón se cierra la escuchar el último verso:

Puedes hacer de mí lo que quieras.

*Tienes el poder.
Eres mi pena, mi alma, mis celos.
Eres mi desesperanza.
Y, si es necesario, desafiaré al inframundo
para llevarte lejos de esta guerra
que nos daña y abusa de nosotros.
Estoy preparado para morir por ti, mi musa.*

Me cuesta darme cuenta de lo que escucho. Me congelo, con la mirada fija sobre Rip, que no me ha dejado de mirar. ¿Habla de mí? Le lanzo una mirada interrogativa, pero no tengo tiempo de ver su reacción. Las luces se apagan bruscamente, dejándonos en la oscuridad. Cuando se vuelven a encender, unos segundos más tarde, Rip y su grupo han desaparecido del escenario.

—Vaya, esta canción ha sido mágica.

Justine me saca bruscamente de mis pensamientos. Tiene las mejillas igual de mojadas que las mías. Se diría que esta última canción le ha emocionado tanto como a mí. Pero ahora que ha terminado, tengo escalofríos en la espalda.

Una palabra se repite en bucle en mi cabeza: «musa... musa... musa».

Cuando salimos del local, el aire fresco me golpea el rostro. Desfilamos entre los fumadores y encontramos refugio en una pequeña alcoba donde la atmósfera está menos contaminada.

—Uf, qué bien sienta salir un poco. ¡Qué calor hace dentro!

Justine tira la cabeza hacia atrás para respirar profundamente.

—No me sorprende. Tan solo con ver a Rip en el escenario, la temperatura corporal me ha aumentado tres grados.

Sonrío sacudiendo la cabeza. Esta chica siempre consigue hacerme reír; da igual de qué humor esté.

—Eres incorregible, Justine. Sin embargo, me ha parecido que tu interés estaba dirigido hacia Max, ¿me equivoco?

¡Qué placer verla sonrojarse! Creo que he dado en el clavo.

—Bueno, OK, lo confieso. Adoro a ese tío con su aire de surfista... Es muy mono. Además, de todas formas, no vale la pena que me interese por Rip; viendo la manera con la que te devoraba con los ojos, queda claro que no hay ninguna posibilidad. Puede estar con Mégane, pero está enamorado de ti.

Me encojo de hombros frunciendo el ceño. Cambio de tema.

—¿Quieres beber algo antes de irnos?

Mi amiga pone los ojos en blanco y me atrapa por el brazo.

—¡Claro, démonos una alegría!

Nos dirigimos hacia la barra. Está tan abarrotada que rápidamente estamos apretujadas. Intento abrirme paso con los codos para acercarme cuando una mano se desliza por mi cintura.

—¿Te puedo ofrecer una bebida, guapa?

—Eh...

Un tipo de unos veinticinco años me mira con una sonrisa encantadora. Es bastante guapo, pero hay algo en su mirada que no me gusta.

—¡No nos conocemos!

Mi comentario no parece desalentarlo, al contrario. Sus cejas se arquean con sorpresa no fingida.

—¿Y bien? ¿Tenemos que conocernos para pasar un buen rato juntos?

Gruño y atrapo su mano para sacarla de mi cintura. ¿Por quién me toma este imbécil?

—Ven, Kat, vamos a otro lado.

Justine tira de la manga de mi chaqueta para alejarme del tipo demasiado insistente, pero este vuelve a la carga.

—Perdona, pero me gustaría ofrecerle una bebida a tu amiga. Así que, a menos que seas su chaperona, no veo en qué te concierne.

La expresión del tío ha cambiado bruscamente. Sus facciones ahora son duras y en su boca hay una pequeña mueca de contrariedad, cercana a la animosidad.

Levanto la mano ante mí en señal de rechazo.

—Eh... no, gracias, no es necesario. No tengo sed. Buenas noches.

Me doy media vuelta para alejarme, pero él me retiene por el brazo. Su puño de acero me lacera la muñeca y me arranca una mueca de dolor. Me apresuro a rechazarlo cuando choco con Rip, que mira al tipo como si quisiera matarlo.

—¿No has entendido lo que te ha dicho o tienes mucha necesidad de relajarte? ¿Qué es lo que no entiendes de «no, gracias»? —La voz de Rip es cortante como una cuchilla. El pequeño músculo que le bate rabiosamente en la mejilla es la señal de que está a punto de explotar.

Mi agresor, de quien no sé el nombre, blasfema ligeramente y me suelta inmediatamente.

Se vuelve hacia Rip para plantarle cara. Se acerca a él hasta encontrarse bajo su nariz.

Los dos hombres se desafían con la mirada durante unos segundos que me parecen horas. Rip tiene los puños apretados y siento que hace grandes esfuerzos para no destripar al tipo que le planta cara con la misma determinación. Sus ojos lanzan rayos. Si pudieran matar, el tío ya estaría muerto.

Contra todo pronóstico, el tipo extraño recula y, con una pequeña sonrisa maliciosa, se dirige a Rip con una voz dulce.

—OK, entendido. Bajo las armas... En fin, por ahora.

Rip se adelanta hinchando el torso, como si fuera a responderle al tío con los pectorales. Rápidamente, me pongo delante de él. No tengo ganas de que se pelee por mí. Además, el tío parece querer dejarlo estar, así que...

—No, Rip, por favor. Déjalo estar.

Su mirada dura desciende hacia mí y se suaviza instantáneamente. Me mira con aparente inquietud. ¿De verdad se preocupa tanto por mí? Fíjate...

Sus fosas nasales tiemblan e inspira profundamente, como para rebajar la tensión que habita en él. Giro al cabeza ligeramente para constatar que el tipo ha desaparecido de mi campo de visión. Uf, mejor así.

—Gracias por venir a ayudarme.

Mi pequeña risa nerviosa no parece tranquilizarlo. Pero cuando sus ojos bajan a mi mano, puesta en su pecho, su expresión cambia. Sus labios se alargan y luce esa sonrisita que me vuelve loca.

—¿Realmente pensabas que podrías pararme?

Retiro la mano, como si tomara conciencia de su proximidad y de la dureza de sus músculos bajo mis dedos. Mis mejillas se vuelven carmesíes al notar en mi palma una quemazón que acaricia mi piel.

Me encojo de hombros.

—No, claro que no.

En ese momento, Parker interrumpe bruscamente nuestro intercambio.

—¡Eh, tío! ¡Te he buscado por todos lados! El... eh... jefe quiere verte. ¡Hola, Kat!

Le respondo con un pequeño gesto con la mano. Rip frunce el ceño, como si la interrupción de su amigo lo avergonzara.

—Sí, dile que enseguida voy. —Se gira hacia mí con la mirada sombría—. En cuanto a ti, quiero que te vayas a casa ahora mismo. Este no es sitio para ti. Y no me gustaría tener que enfrentarme a todos los tíos que se te acercan demasiado.

Eh... ¿Cómo tengo que interpretar eso? La repentina posesividad de Rip me sorprende. Que yo sepa, no somos pareja, ¿no? Alzo las cejas y me apresuro a responder, pero me detengo en cuanto veo su determinación. Creo que es mejor no contradecirlo esta noche. Además, de todas formas, la noche ha terminado, así que lo mejor es irme. Rip se gira hacia Justine, que no ha retrocedido hasta entonces, contrariamente a su costumbre.

—¿La acompañas?

Asiente enérgicamente abriendo los ojos como dos platillos.

—Bien. Os dejo entonces. No tardéis, ¿entendido?

Sacudo la cabeza sin ocultar mi incompreensión. ¿Qué le pasa?

Pero sin esperármelo, Rip me atrapa por la nuca con las dos manos y me levanta la cabeza para sumergir sus ojos grises en los míos. Su mirada desciende unos segundos hasta mi boca y sus fosas nasales tiemblan peligrosamente. Después, lentamente, recupera la posesión de mis pupilas.

—¿Entendido? —insiste, con una voz más ronca de lo habitual.

No puedo hacer otra cosa que asentir, ya que mi garganta está seca y el corazón a punto de salirse por la boca.

Cuando lo veo desaparecer entre la multitud, noto todavía la sensación de sus dedos en mi cuello.

Revelaciones

Después del concierto tengo la sensación de que todo el mundo me mira. Yo, que normalmente paso inadvertida, siento constantemente las miradas de los demás en cuanto paso por su lado. No lo entiendo.

¿Qué ha cambiado después de la última semana? No tengo ni idea y no debería darle demasiadas vueltas. Sin embargo, hay una especie de animosidad mezclada con curiosidad insana en todos esos ojos que me observan a hurtadillas. Y me trae malos recuerdos; no me gusta.

—¿Qué les pasa a todos que me miran como si fuera una curiosidad?

Justine hace un gesto con la mano para banalizar la situación.

—No hagas caso, Kat. No le des vueltas a lo que piensen los demás.

—¿Crees que tiene algo que ver con la canción de los Cursed?

Me mira unos segundos con interés.

—¿Eeeh? ¿En serio? Entonces, ¿sí que eras tú de quien hablaba Rip en la canción?

«¡Mierda! Hubiera sido mejor cerrar el pico».

—No, no... Es solo que imagino que algunos deben de pensar eso.

—Date cuenta, la descripción corresponde perfectamente. ¿Cómo era...? «Una melena llameante y unos ojos de gato. Has hecho de mí un esclavo, sujeto a tu aura». Guau, es tan... ¡romántico!

Hago una mueca.

—Para, Ju. Sabes muy bien que tiene novia y que no es de mí de quien habla en la canción.

—Sí, bueno, yo no estoy tan segura. ¿Por qué vino a socorrerte la otra noche, entonces? Parecía un tigre listo para saltar sobre su presa. Afortunadamente el otro tío se largó. Si no, estoy segura de que Rip lo hubiera destripado.

Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar pensar que tiene razón. Al menos, así lo espero...

Llegamos a los baños. Me doy una buena razón para cambiar de tema.

—Vale, bromas aparte, recibiste la invitación para la noche de integra...

No me da tiempo a terminar la frase, una chica me atrapa violentamente del brazo para que me gire hacia ella. Tras la sorpresa, frunzo el ceño cuando veo que es Mégane, que me mira de mala gana. Abre la puerta del baño con el pie y me empuja al interior sin miramientos.

—¿Y bien? ¿Se puede saber qué hacías con Rip la otra noche? ¡Y encima con mi ropa!

Alzo las cejas con desdén. Si ella cree que voy a justificarme de lo que sea, lo lleva claro.

—Solo tienes que preguntárselo. Es tu novio, ¿no?

Las otras chicas presentes en el baño salen precipitadamente, sintiendo que la situación va a degenerar.

Mégane las ignora y me lanza una mala mirada. Parece que quisiera eliminarme de la faz de la Tierra. «¡Que lo intente, pues!».

Justine me pone la mano en el hombro.

—Déjalo, Kat. Vámonos.

Por una vez no tengo ganas de seguir su consejo. Estoy harta de que me falten al respeto.

—¿De qué tienes miedo, Mégane? Tan segura que pareces de ti misma... ¿Piensas que una chica como yo puede hacerte sombra?

Ella estalla en risas y se acerca todavía más, tocándome. Se reincorpora para dominarme y me atrapa el mentón para elevar mi rostro hacia ella. Mis gafas caen al suelo.

—No estás a la altura, pobre cosita... ¡Te prohíbo que te acerques a él! ¿Está claro? ¡Rip es mío y solo mío!

No debería haber hecho eso. Mis ojos se tiñen de rojo cuando siento la cólera subir como un reguero de pólvora.

—Aparta la mano, Mégane. Ahora.

Contrario a lo que yo pensaba, no me salta a la yugular. No, al revés; veo al miedo instalarse en su rostro. Instintivamente, recula unos pasos y me mira con los ojos llenos de miedo.

—Yo... Tú... Entonces, es verdad.

La miro descomponerse ante mí, como si tuviera al diablo frente a ella.

Su actitud me provoca el mismo efecto que una ducha fría. El velo desaparece rápidamente de mis ojos.

—Lárgate de aquí antes de que esto termine mal.

Mégane no dice nada más y, tras una última mirada temerosa, huye casi corriendo.

Sacudo brevemente la cabeza cuando me doy cuenta de lo que acaba de pasar. ¿Acabo de amenazar a Mégane? Es terrible, cada vez me cuesta más reconocerme en esta chica que mantiene la violencia constantemente contenida.

Sí, ya he tenido crisis. Muchas, de hecho; y violentas, además. Pero tras un tiempo, es diferente. Tengo la sensación de que mis tres años de terapia han sido para nada y que ya no puedo controlarme. Peor, ya *no* quiero controlarme. Los momentos de desconcierto se multiplican.

Justine se gira hacia mí con la inquietud en el rostro.

—¿Estás bien, Kat?

Asiento, aunque no estoy convencida. Este evento me ha asustado. Tengo la sensación de haber perdido el control y haberme dejado llevar por mis emociones negativas. Hacía tiempo que no me pasaba esto. Siento una especie de vértigo que me hace girar la cabeza. Por suerte, me puedo apoyar contra la pared unos segundos.

—Dame un minuto. Se me pasará.

Tras recuperarme, me agacho para recoger mis gafas. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que veo perfectamente. No veo borroso. Mi ojo enfoca perfectamente. Asombrada, levanto la cabeza para fijar la vista en el cartel de emergencia. Está nítido. Antes apenas hubiera distinguido las letras y ahora las veo perfectamente.

«¡Dios! ¿Qué me pasa?».

Sin decir nada, salgo del baño ignorando las miradas curiosas de las que se han quedado en el pasillo para saber cómo acababa la historia.

El mensaje de Max me llega media hora más tarde:

Kat. Tenemos que hablar. Es urgente.

Es breve pero directo. Debe de ser grave. ¿Tan grave como que mi visión haya mejorado por

sí sola?

Como quieras.

Su respuesta no se hace esperar:

OK, esta noche después de mi ensayo. 20 h. En tu casa.

Vale, no sé lo que quiere, pero parece realmente importante. Pero me va bien, yo también tengo que contarle algo...

Maxime llega a mi casa a las 19:57.

Está huraño, actitud que me contagia. No es el Maxime que conozco. ¿Qué es lo que tiene que decirme que parece tan crucial? Desde su llegada, se ha instalado un malestar entre los dos. Mira a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera oírnos.

—¿Podemos ir a algún sitio aislado?

Levanto una ceja. Jess está en el salón y no hay nadie más que *Sinvergüenza* y yo, que se frota entre mis piernas entre maullidos. Pero ante el parecido preocupado de Maxime, asiento y lo dirijo hasta mi apartamento.

Cuando la puerta se cierra tras nosotros, Max comienza a caminar. Su estrés se hace notar tanto que lo detengo.

—Max, si tienes algo que decirme, dilo. No le des vueltas. Sea o no sea agradable, quiero que me digas lo que pasa.

Se gira hacia mí y me mira con un brillo de inquietud en los ojos. Está realmente serio.

—Kat, hay algo que debes saber, pero no sé por dónde empezar... Escucha, tengo que contarte cosas que no son fáciles de recordar.

Se detiene y me mira como si dudara si soltarlo o no. Mi corazón se tensa.

—Max, por favor...

Suelta un largo suspiro antes de lanzarse:

—Kat, tengo que avisarte. Mi hermano... Rip...

Joder, ¿lo va a soltar o no?

—¡Max!

—Vendrá a tu casa... No sé lo que tiene en la cabeza, pero es peligroso, Kat. Realmente peligroso.

—¿Qué?

No me esperaba eso.

Maxime se tumba sobre el sofá, como si esa revelación le hubiera quitado un peso de encima.

—Sí, lo has escuchado bien. Pasará pronto. No podía no avisarte.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

Maxime sacude la cabeza y arruga la frente.

—Te notas diferente, ¿verdad?

Sin que pueda controlarlo, mis ojos se dirigen a las gafas, que descansan en mi escritorio, ahora inútiles.

—Y no tienes ni idea de lo que es, ¿verdad? Eres diferente, Kat. Tan diferente a las otras musas...

De repente, la sangre desaparece de mis mejillas y mis piernas no me sostienen. Colapso en

el sofá. Dios, ¿por qué sospechaba que esta palabra volvería a salir a la luz? Suspiro y cierro los ojos unos instantes.

—Tienes razón. ¡No tengo ni idea de qué es una musa! Todo lo que sé es que esta palabra me recuerda a un acontecimiento que me jodió la vida.

Mantengo los ojos cerrados y siento la mano de Maxime posarse sobre la mía. Es un gesto reconfortante.

—Lo siento de verdad, Kat. Pero tengo que contarte cosas que muchos humanos no son capaces de comprender. Espero que tú si lo seas.

Dios, ¿qué va a decir ahora?

—El mundo no es tal y como crees. Hay cosas que están más allá de nosotros, cosas que el común de los mortales no puede ver ni comprender. —Se detiene unos segundos y continúa—: Cuando te conté la historia de Rip, nuestra historia, te escondí la verdad, como suelo hacer siempre. El accidente tuvo lugar, pero lo que pasó después fue diferente. Rip no sobrevivió. No se despertó en la sala de reanimación. Volvió después. Al cabo de tres meses.

¿Qué? ¿Qué quiere decir eso?

Maxime espera un momento para observar mi reacción.

—Te conté que recé para que volviera a la vida, que hubiera dado mi alma, la suya y la de los demás para salvarlo. Y, bueno, eso es lo que pasó: mi plegaria fue escuchada... por el maestro de los infiernos, Satanás.

¡Esto ya es demasiado!

Contra todo pronóstico, estallo en risas. Una risa incontenible e histérica que hace que unas lágrimas escapen de mis ojos. Es terrible. No puedo parar, y me río bajo la molesta mirada de Maxime. Sin embargo, él no intenta sermonearme y espera pacientemente a que se me pase la crisis. Tras unos momentos, acabo por calmarme. Me duelen las costillas.

—Perdona, es risa nerviosa. Pero lo que me acabas de contar parece tan... improbable.

Maxime me mira con un semblante triste y cansado y, sin decir palabra, eleva la mano y la gira hacia el techo. Bruscamente, un aire fresco invade la estancia y las baratijas que adornan mis estanterías se ponen a bailar a mi alrededor. Abro los ojos y doy un salto en el sofá cuando mi cofre de joyas levita ante mi cara asustada.

Dios, ¿dice la verdad?

—¿Es en serio?

Maxime baja la mano y las baratijas caen al suelo con un ruido metálico.

—¿Realmente crees que bromearía con algo así?

No. No, lo conozco lo suficiente como para saber que no mentiría. Y acabo de ver la prueba irrefutable de que lo que dice es posible. La verdad cae sobre mí con una carga insuperable. Sin darle tiempo a mi cerebro a digerir la noticia, Maxime continúa con la mirada vacía, como si el recuerdo avivara un dolor enterrado:

—Rip volvió de entre los muertos. Lo enterramos y lo lloramos, pero reapareció con la placa funeraria que Parker puso en su tumba tres meses antes bajo el brazo. *Rest in Peace*. —Se detiene un instante, dando todavía más peso a sus palabras—. Ya no era el mismo, no era el hermano que yo conocía; era un demonio venido de ahí abajo para cumplir su misión. Rip es un ángel caído. Un soldado. Entrenado en combate y preparado para batallar para su maestro. Y Royce, Parker, David y yo somos sus guardianes. Estamos vinculados a él.

Mi mente no quiere creer que lo que dice es verdad. Es tan inesperado, tan... imposible. Tengo la sensación de participar en una película mala de terror, de estar en una pesadilla ridícula

de la que me voy a despertar.

—Royce y Parker están a gusto; siempre les ha gustado el peligro y lo prohibido. Pero yo aguanto sin poder actuar. Y llevo la culpa de todos nosotros todos los días.

El pobre... Estoy dividida entre las ganas de consolarlo y las de salir corriendo. Pero una pregunta resuena en mi cabeza.

—¿Y su misión? ¿Cuál es?

Maxime gira la cabeza hacia mí, pero su mirada se aleja en busca de unas imágenes que yo no veo.

—Rip es un caído, es parte del ejército del maestro, y está aquí para causar el mal. Se nutre de las emociones humanas: el miedo, el sufrimiento, la cólera. Los caídos recogen las sustancias producidas por los seres vivos cuando tienen miedo, cuando sufren o cuando sus emociones son tan fuertes que les roba la razón. Adrenalina, cortisol... cuanto más absorben, más fuertes son y más poderoso se vuelve el maestro.

Cuando empiezo a darme cuenta de la veracidad de su historia, un sentimiento de pánico me invade. Me levanto e, instintivamente, me alejo de él. Tan lejos como me lo permite la habitación.

Maxime se levanta a su vez y se acerca con la mano extendida y los ojos llenos de pánico.

—Kat... No quiero darte miedo, pero tenías que saberlo.

Sacudo la cabeza y pongo las manos delante de mi cuerpo, como para protegerme de él.

—Lo siento, Max, pero tengo que procesar toda esta información. Necesito tiempo, y me gustaría estar sola... para poder pensar.

Levanto la vista hacia él y veo en su expresión todo el dolor que mis palabras le provocan.

—Te lo suplico, no quiero que me tengas miedo...

—No, no te tengo miedo. Es solo que necesito ordenar todo esto en mi mente... Por favor, déjame.

La mano de Maxime cae y sus hombros se hunden como si llevara el peso de mi preocupación.

—De acuerdo, como quieras. Pero prométeme que no te quedarás sola los próximos días.

Asiento.

—Y si necesitas hablar, llámame.

Nuevo asentimiento de cabeza.

—Buenas noches, Kat.

Y como por un encantamiento, Maxime desaparece entre una nube de humo, dejándome sola y atónita frente a mis preguntas.

Bienvenida a mi mundo

He pasado la noche con los ojos mirando el techo, sin poder responder a todas las preguntas que ocupan mi mente. El timbre del despertador perturba el hilo de mis pensamientos. Lo que está pasando es increíble, completamente surrealista. ¡Joder! ¡Que he visto a un tío desaparecer ante mí!

¿He sido víctima de una alucinación? ¿Estoy loca? Desafortunadamente, los objetos en el suelo de mi habitación prueban que no me he imaginado lo que ha pasado con Maxime. Se ha volatilizado. ¡Puf! Así, sin más. En una fracción de segundo.

Como en los mejores números de magia, ha desaparecido con una nube de humo. En ese momento pensé que se me saldría el corazón. Me ha hecho falta una buena media hora para que volviese a su ritmo cardíaco normal.

Dios, yo que pensaba que era mi amigo, un estudiante normal con el que compartía la misma pasión por el arte... Y ahora resulta que es una especie de chaperona de un demonio liberado de los infiernos por el mismo Satán. Y Rip... ¡Rip es un ángel caído! Un *revenant*. No llego a creérmelo. Sin embargo, en mi inconsciente, las piezas encajan perfectamente las unas con las otras y forman un fresco de pesadilla.

La voz de Rip en mi cabeza, su actitud extraña, la corte que se pavonea a su alrededor, su aura, su belleza... El poder que tiene sobre mí.

Sigo sin creermelo lo que Maxime me dijo anoche: «No sé lo que tiene en la cabeza, pero es peligroso, Kat. Realmente peligroso...». ¿Por qué Rip me querría hacer daño? ¿Tiene algo que ver con el hecho de que sea una musa? ¿Y cuál es la razón que empuja a Maxime a advertirme contra su hermano? Mis ojos recorren la habitación, inquietos. Quizás sería mejor asegurarme de que las ventanas están bien cerradas.

Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando cruzo el cuarto, prestando atención para no pisar mi ahora destrozado joyero.

Una imagen me viene a la mente. «¡Las fotos!». Me acuerdo perfectamente de la duda que me invadió cuando vi las fotografías de Rip con los guitarristas famosos. Ese encogimiento en el pecho cuando sabes que has caído en algo peligroso pero todavía no lo quieres ver. Al ver las caras de los guitarristas, se ve que ha pasado una veintena de años entre unos retratos y los otros, mientras que Rip tiene la misma edad en ambos; la misma belleza, sin ninguna marca de vejez. «Como si el tiempo no pasara para él». ¿Eso significa que no envejece? ¿Y tampoco Maxime y los demás?

Guau, ¿cómo puedo mirarlos con normalidad sabiendo esto? El mundo no es como siempre hemos creído. Sin embargo, no puedo constatar que la realidad es diferente de la que siempre hemos conocido. Maxime me ha abierto las puertas de un nuevo universo, desconocido y completamente surrealista. Como en una película de fantasía de esas que Jess adora.

Mientras sigo dándole vueltas, un pensamiento tortuoso se insinúa en mi mente atormentada. Las palabras de mi amigo vuelven a mi cabeza como un torbellino enfermizo: «Eres diferente, Kat. Tan diferente a las otras musas...».

Sigo sin saber qué es una musa.

Bajo a desayunar sin dejar de pensar en otra cosa. Esta nueva información da vueltas en bucle en mi cabeza.

Cuando llego a la cocina, Jess parece esperarme con una taza humeante en la mano.

—¿Estás bien, Kat?

Pregunta directa. Mierda, no puedo contarle lo que pasó anoche. Es demasiado... increíble. Me tomaría por una loca.

—Sí, estoy bien, ¿por qué?

Soy consciente de que mi pelo desordenado y mis ojeras están ahí para traicionarme, pero no quiero preocupar a mi tía.

Me escudriña atentamente durante unos segundos, los suficientes para incomodarme. Yo me instalo tras la barra, pensando inocentemente que el mueble va a camuflar mi rostro.

—¿Llevas lentillas ahora? ¿Son nuevas?

Mierda, no me esperaba esta pregunta. Efectivamente, esta mañana he relegado las gafas al fondo del cajón. No solo no tengo necesidad de llevarlas, sino que, cuando las llevo, veo borroso. Mi vista ha vuelto a su perfecta normalidad. ¿Cómo se lo explico sin que parezca demasiado raro? Decido mentirle descaradamente.

—Sí, Justine me convenció. Es más práctico, y parece que veo mejor así.

Jess frunce el entrecejo, pero no responde. Percibo que no se cree nada de lo que le digo. Suspira, pero no insiste más.

—Hmmm... Por cierto, he fijado una cita con Rip para el sábado. Empezamos el tatuaje.

Siento en su mirada que espera atenta mi reacción. Lo entiendo; al evocar a Rip, mis mejillas empiezan a sonrojarse. Asiento sin responder, por miedo a que mi voz me traicione.

—OK.

—Tendrás que verlo para ultimar los detalles —continúa—. Después, yo trazo las líneas sobre el *transfer* y listos. ¿Te va bien el sábado a las nueve de la mañana?

—Perfecto.

Carraspeo para disimular el temblor de mi voz. Con lo que ha pasado con Maxime, no sé ni con qué pie bailar. Bajo la nariz hacia mi taza para ocultar mi preocupación.

—Bien, voy a confirmarlo con Rip.

Mi tía se detiene unos segundos y su boca se tuerce en un rictus carnicero.

—Tengo muchas ganas de perforarle la piel.

Casi me ahogo con el café. ¿Está loca? ¿Cómo dice eso? Levanto los ojos hacia ella para verificar que bromea, pero su rostro permanece impasible. Joder, ¿sabe algo?

Pero, sin venir a cuento, estalla en risas.

—Estoy de broma, Kat. Ay, tendrías que haberte visto.

Sí, genial, no me parece gracioso del todo. Le lanzo una mirada oscura mientras me limpio el café, que se ha derramado por mi blusa. Me tengo que cambiar. Jess sigue riendo.

—Perdona, no pensaba que fueras a reaccionar así. Pero, bueno, de todas formas, esa blusa es fea...

—Eres imposible, Jess. Llegaré tarde por tus tonterías.

Me levanto, limpio la mesa y me dirijo refunfuñando hacia las escaleras.

—¡Eh, Kat!

Me detengo. Jess se pone seria de nuevo.

—Qué bien que ya no necesites las gafas.

Levanto una ceja y después asiento imperceptiblemente con la cabeza, perturbada. Sin responder, subo con el corazón a mil hasta mi cuarto para cambiarme.

Más tarde, cuando estoy de camino a la facultad, no puedo evitar pensar en lo que Maxime me ha revelado. Tengo que verlo en clase de dibujo, y temo la confrontación. ¿Lo veré diferente hoy? ¿Lo que me contó cambiará nuestra relación?

Me parece gracioso que lo vaya a ver en un ambiente normal, y que tendré que hacer como si no pasara nada, como si no se hubiera evaporado de mi habitación... Me cuesta imaginarme hablándole con normalidad, ahora que ya no es... ¿humano?

Como todavía tengo muchas preguntas en la cabeza, me dirijo hacia la boca de metro entre cavilaciones. Suelto un grito cuando una mano me toma de la muñeca y me arrastra hasta la acera de enfrente. Es Maxime, quien me empuja contra la pared con una mano mientras que con la otra me tapa la boca. Sus ojos escudriñan nuestro alrededor, como si creyera que nos han visto.

Tras unos segundos en el que me debato entre sus brazos, me suelta.

—Joder, Max, casi me infartas. —digo, cabreada.

Recula ligeramente con una ceja levantada por la sorpresa. Sí, no tengo la costumbre de soltar palabrotas en voz alta.

—Me alivia ver que sigues aquí. Pensaba que... Bueno, tenía miedo de que... En fin. ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

Su visible inquietud deshace mi enfado como el sol a la nieve. Hago una mueca sacudiendo la cabeza.

—¿Tú qué crees?

—Lo siento. Pero te tenía que decir todo eso. Necesitabas saberlo.

Le sonrío para mostrarle que no se lo reprocho.

—Lo sé. Pero todo esto me parece todavía surrealista. Me cuesta encajar toda la información. Es tan improbable... Y tengo muchas preguntas de las que no tengo respuesta.

—Yo estoy aquí para ayudarte a que lo entiendas. Bueno, si quieres.

Asiento. Sí, quiero respuestas. Porque no importa cuánto confíe en Maxime, me cuesta mucho creerme todo esto. Con lo que me contó anoche, ciertamente no dudaré en interrogarlo. Y voy a empezar ya mismo.

—Cuando me dijiste que yo era una musa... ¿Qué quiere decir eso exactamente? ¿Y por qué Rip quiere hacerme daño?

Su mirada grave me repasa durante unos segundos.

—No puedo explicarte eso aquí. Ven, nos vamos.

Me coge de la mano y, después de verificar a derecha e izquierda que nadie nos ve, me atrae bruscamente hacia él. Abro la boca para protestar, pero me aprieta más a él, bloqueando mi respiración.

En ese momento, siento como un millón de hormigas en mis brazos y piernas. Las viviendas empiezan a girar ante mis ojos cada vez más rápido. El pánico me inunda. Intento soltarme, pero él me sigue manteniendo firmemente contra su cuerpo. Mi visión se nubla y el mundo se vuelve borroso. Con un grito, escondo mi rostro en su cuello cuando nos proyectamos violentamente hacia el vacío.

Retomo la consciencia unos segundos más tarde. Todavía estoy entre los brazos de Maxime, pero, cuando levanto la cabeza, me doy cuenta de que estamos en su salón. Mis piernas tiemblan

y el hormigueo sigue ahí.

—¿¡Qué te pasa!?! —La rabia me sube como la pólvora. ¿Cómo ha podido hacer eso?

—He pensado que sería más seguro hablar aquí.

—¿¡Y no has pensado en avisarme antes de hacer eso!?! ¡Casi me da un ataque!

Le pego en el pecho para que me suelte, lo que lo hace sonreír.

—¿Y crees que hubieses aceptado si te lo hubiera propuesto?

Mis brazos caen sin fuerzas a lo largo de mi cuerpo.

—No, tienes razón. Hubiese dicho que no. Ha sido...

¡Increíble! Me detengo un momento para darme cuenta de lo que acaba de pasar. Dios, acabo de teletransportarme. Acabo de ir de la calle de mi apartamento a esta habitación, situada a varios kilómetros de distancia, en una fracción de segundo. ¡Alucinante!

Por sí solos, mis labios se alargan en una sonrisa. Hay quien moriría por vivir lo que yo. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Guau... ¡Alucino!

Maxime abre los brazos sonriendo.

—Bienvenida a mi mundo, Kat.

—Y en tu mundo, ¿todos sois capaces de hacer esto? Quiero decir, levitar, teletransportarse... Sois verdaderos magos.

Su mirada se vuelve seria.

—Sí. Y hay algunos que tienen poderes más grandes todavía.

No sé por qué, pero pienso en la noche en la que Rip me llevó al hospital. Esto hubiera sido más rápido y práctico... Pero guardo para mí mi extraña reflexión.

Mis ojos se dirigen a su escritorio, atiborrado de libros y papeles. ¡Qué desorden!

—¿Qué es todo esto?

—He hecho algunas búsquedas... Yo también necesitaba respuestas.

Maxime se sienta sobre el escritorio y suspira.

—Bueno, ¿qué es lo que querías saber exactamente?

Las preguntas revolotean en mi cabeza. Tengo tantas que no sé por dónde empezar.

—Rip...

Hace una mueca.

—Sí, lo sospechaba. ¿Quieres saber por qué se interesa tanto por ti? ¿Por qué te quiere para él solo? ¿Todo esto?

«¡Oh, Dios mío! Qué fantasía saber que te quiere a su merced..., hacer contigo lo que quiera...». Ignoro la voz de mi cabeza, pero no puedo evitar estremecerme en una mezcla de deseo y de aprensión.

Asiento, aunque insegura.

—Tienes un valor inestimable para él, Kat. Igual que para todos los demás.

¿Qué? No lo entiendo.

Ante mi semblante incrédulo, Maxime continúa:

—Las musas proceden de un linaje noble, el más antiguo que hay. La sangre que corre por tus venas es un néctar divino para nosotros.

Sacudo la cabeza.

—Escucha, Max. No entiendo nada de lo que me estás diciendo, así que deja de hablarme con enigmas y dime las cosas como son.

—Tu sangre es especial. Puede matarnos, mandarnos o liberarnos.

«¿Qué?».

—¿Cómo? ¿Quiénes son estos «nos»?

—Nosotros, las criaturas de la noche, los seres sobrenaturales. Existen más de los que piensas, Kat. Hay todo un mundo paralelo que nos rodea y del que los humanos no tienen ni idea. Nos camuflamos entre sus vidas sin que sean conscientes de lo que somos.

Dios, nunca voy a comprender esto.

—¿Y las musas forman parte de esto?

Asiente.

—Las musas son criaturas humanas veneradas y temidas en mi mundo. Aunque, sobre todo, despiertan envidia.

Alzo una ceja.

—¿Por qué?

—Porque lleváis la esencia vital de los inmortales.

Guau...

—Espera, son muchas cosas para una sola persona. Después de lo que me revelaste anoche, me va a costar digerir toda esta nueva información. ¿Estás diciéndome que soy una especie de divinidad para las criaturas sobrenaturales?

Vuelve a asentir; esta vez, con una mirada apenada. Me paso nerviosamente la mano por el pelo. Acabaré por petar si esto continúa.

—¿Y por qué ahora? Quiero decir... Tengo veintitrés años y es la primera vez que alguien me habla de mi naturaleza mística.

Maxime se frota el mentón, como si reflexionara.

—Sí, es extraño. Acabamos de descubrir que eres una musa. Es raro, porque, en un principio, parecías de lo más normal. Después te has ido desarrollando poco a poco...

En el momento en el que me dispongo a hacer una nueva pregunta, un ruido en el pasillo capta nuestra atención. Sin avisar, Maxime abre la puerta de su habitación y me empuja al interior sin miramientos. Apenas cierra la puerta, oigo a Royce en el cuarto de al lado. Parece furioso.

—¿Qué coño haces, Fly?

Reculo instintivamente, con miedo a hacerme notar.

—Trabajo en un proyecto. —Maxime miente con descaro y, sin embargo, nada en su voz indica que edulcora la realidad.

Royce suelta una risa irónica.

—Sigue sorprendiéndome que quieras hacerlo todo bien. Como si eso sirviera para algo... ¿Eres consciente de que obtener otro título no te servirá de nada?

—¿Qué más te da, Royce?

Por su tono noto que Royce no le agrada.

—Sí, tienes razón. Es cosa tuya si quieres hacerte pasar por un humano normal, pero te estamos esperando. Te recuerdo que Rip quiere que nos veamos urgentemente. Tiene noticias sobre la musa.

Se me hiela la sangre y mi respiración se detiene. Maxime se toma un momento antes de responder:

—OK, dame diez minutos y voy. —Y suelta un suspiro.

Oigo la puerta cerrarse; después, silencio. Deduzco que Royce se ha ido. Cuando me arriesgo a volver al salón, Maxime parece arrepentido y yo tengo la voz ronca.

—Voy a tener más preguntas, Max. Muchas más.

Tensiones

Maxime me ha llevado a casa. Bueno, me ha teletransportado a casa. Ya van dos veces en poco tiempo que mi cuerpo se desintegra y se recompone en otro lugar. Me pregunto si no es peligroso para mi salud.

Tras llegar a casa, no me puedo quedar quieta; estoy literalmente consumida por la curiosidad. ¿De qué hablaba Royce? ¿Qué noticias? ¿Y por qué mi naturaleza de musa se ha manifestado hace solo unos días? ¿Qué ha provocado eso?

Me pregunto si no debería hablarlo con Jess. ¿Puede ser que ella sepa algo? Es mi familia; ella también debe de tener sangre noble en las venas... Mis pensamientos me llevan a mi madre. Cierro los ojos unos segundos para ahuyentarlos. No es el momento de sentir lástima.

Maxime no me ha dado toda la información que me hubiera gustado, así que tengo la intención de obtenerla esta noche. Ha prometido investigar y venir a verme para darme nuevos datos. Se le veía muy preocupado cuando me ha dejado sola en la habitación; su inquietud era evidente y sus recomendaciones no podían ser más claras: «Ve con cuidado, Kat. Rip es peligroso».

Mi mirada se pone instintivamente sobre pequeño amuleto que descansa en la mesita de noche.

«Toma. Si Rip intenta algo, si te sientes en peligro, si temes por tu vida, quiero que utilices este amuleto. Si lo presionas contra su corazón, lo debilitará, y podrás huir».

Agarro el pequeño recipiente y me sorprendo al ver el líquido oscuro que contiene. «Es tu último recurso, Kat. Es muy importante que entiendas que es lo único que podrás detenerlo...». Francamente, me cuesta creerlo. Si llego a defenderme, no veo cómo podré escapar de Rip. No soy rival para un demonio.

Reprimo un estremecimiento. No puedo hacerme a la idea de que me quiera hacer daño. Cierto, podría haber sido más agradable conmigo, pero nunca se ha mostrado agresivo. Sin embargo, cuando pienso en el combate contra Mirko, sé que puede ser despiadado y cruel. ¿Puede ser que Maxime se haga ideas erróneas y que Rip no tenga realmente la intención de hacerme nada?

Suspiro y me instalo en mi escritorio. «¿Encontraré algo en internet?».

Busco todo el día, pero es en vano. Y eso que lo he explorado todo: redes sociales, Wikipedia, páginas especializadas en lo sobrenatural... No he encontrado nada. Y ahora tengo dolor de cabeza y de ojos por la de tiempo que llevo mirando la pantalla del portátil. Me levanto del sofá y me estiro. El día de hoy ha sido agotador intelectualmente. Tengo el cerebro frito y no tengo ninguna respuesta. ¡Un fiasco total!

Tras tanto rato ya es de noche y no he visto el sol ponerse. Una ojeada a mi despertador me dice que son las nueve. Jess se ha ido hace unas dos horas y no creo que vuelva hasta mañana por la mañana. Sé que tiene que verse con Kiss Love para su próximo tatuaje y, conociendo a la cantante, no podrá verla hasta después de su concierto en Montecristo, una sala en pleno centro

de la ciudad.

Estoy sola y, extrañamente, yo, que nunca tengo miedo, esta vez no me siento tranquila. No he tenido noticias de Maxime desde esta mañana. No sé si podrá venir, tal como predijo. Doy un vistazo automático al móvil. No hay mensajes. Nada.

Me froto el rostro. Tengo verdaderas ganas de darme una buena ducha para poner las ideas en su sitio.

Cojo el camisón y me dirijo al baño para relajarme.

El calor de la ducha es reconfortante. Me quedo unos veinte minutos bajo el chorro de agua caliente para relajar los músculos. Me sienta de maravilla.

Estoy exhausta y, sin embargo, mis pensamientos continúan dando vueltas en mi cerebro fatigado. Mañana es viernes, último día antes de mi próximo reencuentro con Rip.

Estoy dividida entre la aprensión, la curiosidad y las ganas. No lo he visto desde el concierto, pero tras lo que me ha dicho Maxime, me cuesta imaginar mi reacción ante él. Sobre todo porque él no está al corriente de que conozco su verdadera naturaleza. ¿Tendré que hacer como si nada? Es difícil parecer normal con todo lo que sé.

De igual forma, no tengo ganas de traicionar a Maxime. Su hermano se pondría furioso si se enterara que me lo ha contado todo. Promete ser difícil gestionar todo esto. En fin, ya veré...

Me enrolló en la toalla y, cuando me dirijo hacia el vestidor, tengo una repentina sensación de estar siendo observada. Giro automáticamente la cabeza hacia la ventana y percibo una sombra que pasa por delante del cristal. Se me hiela la sangre. No obstante, haciendo acopio de mi valentía, me acerco a la ventana para verificar que no hay nadie. La abro y miro fuera. Suspiro de alivio al constatar que no hay nada extraño. Debo de haberlo imaginado.

De todas formas, viento la distancia que separa el balcón del suelo, nadie podría subir hasta aquí.

«¡Empiezas a estar paranoica, amiga!».

Sacudo la cabeza pensando que, después de haber descubierto que Maxime se puede teletransportar, podría pasar cualquier cosa. En mi opinión, apenas he visto nada.

Desato la toalla para ponerme el camisón y, cuando paso mis brazos por las mangas, mi móvil empieza a vibrar.

Es un mensaje de Maxime:

Kat, ten cuidado. Esta noche va a pasar algo.

Me congelo con el teléfono en mano, incapaz de saber cómo reaccionar ante este mensaje.

Joder, ¿de qué habla? ¿De Rip? ¿Quiere decir eso que Maxime no vendrá? Deslizo los dedos febrilmente sobre la pantalla táctil para hacerle la pregunta cuando una corriente de aire glacial entra en la habitación. La luz se apaga y me encuentro en plena penumbra. Me sobresalto soltando un grito.

Mi corazón se detiene cuando descubro qué ha provocado eso. Mejor dicho, *quién* lo ha provocado.

Rip me mira y su sombra se cierne ante mi ventana por la luz de las farolas que iluminan la calle. Deduzco inocentemente que el corte de luz no ha sido por los operadores de la electricidad, sino por la llegada imprevista de mi huésped.

Pero este pensamiento idiota desaparece cuando me doy cuenta de que Rip no está como

siempre. No. Está distinto, muy distinto.

Mis ojos se abren ante las dos alas negras que se extienden a su espalda, tan grandes que ocupan todo el espacio. Mi boca se abre de estupor y me quedo inmóvil, dividida entre la aprensión y la fascinación. ¿Cómo es que no las he podido ver hasta ahora?

—Gracias, Kataline, me ha encantado es espectáculo.

¡Joder! Así que no lo he soñado, había alguien tras el cristal. Vuelve la luz como por arte de magia.

—Me alegra mucho verte aquí, con este atuendo tan bonito.

Su voz ronca acaricia mis oídos como una dulce amenaza cuando me mira con esa mezcla de deseo y duda que lo caracteriza. Mis manos empiezan a temblar —muy a mi pesar— y mi móvil cae al suelo con un ruido seco.

—Sabías que acabaría viniendo, ¿verdad?

Asiento e, instintivamente, mi mirada busca el pequeño amuleto que me ha confiado Maxime. Reulo para acercarme a él. Los ojos de Rip se entrecierran con desconfianza.

—Y sabes por qué estoy aquí, ¿cierto?

No me molesto en contestar. Sé por qué ha venido. Como respuesta a mi silencio, Rip sacude lentamente la cabeza. Sus ojos lanzan destellos y su boca se tuerce en una mueca burlona. Me estremezco.

—A Maxime no se le da muy bien esconder las cosas. Le falta seguridad cuando miente. Lo puedo notar a quilómetros...

Me detengo y encuentro por fin mi voz.

—¿Qué quieres decir?

—Shhh. No intentes cubrirlo. Sé perfectamente que estás al corriente de ciertas cosas... Tengo los detectores sensoriales muy desarrollados. Siento las emociones, como la mentira y el miedo. Y las tuyas son perfectamente claras.

Inspira echando la cabeza hacia atrás.

—Puedo sentir tu pulso entrando en pánico, tu corazón, la sangre que circula en tus venas y su olor particularmente irresistible. —Su voz se hace más ronca y se acerca a mí, con la silueta amenazante en la penumbra. Me doy cuenta de que solo lleva unos tejanos y que eso le da una apariencia todavía más sexi. Sus alas se agitan en el aire como movidas por una brisa invisible y me domina desde su altura. Parece un demonio sacado del infierno. Pero eso es lo que es, ¿no? ¡Joder! Tengo la sensación de que me han metido en una película de terror.

—Sabía que eras especial, Kataline. Tras el primer día, cuando te vi con mi hermano... No sabía por qué, pero ya estaba convencido de que había algo extraordinario que me pedía ser revelado...

Se acerca todavía más, haciéndome recular hasta que mi espalda choca contra la pared.

—Sin embargo, estaba lejos de la verdad...

Inclina la cabeza hacia un lado y sus ojos se iluminan con un brillo poco habitual. Es como si hubiera encontrado un tesoro.

Tiende la mano hacia mí y me acaricia dulcemente la mejilla. Trago al sentir su contacto. Me enfurezco por dentro al constatar que mi cuerpo decide nuevamente ignorar a mi mente.

—Te equivocas, Rip. No tengo nada de especial.

Alza una ceja con un interés divertido.

—Ah, ¿sí? ¿Estás segura?

Asiento y, de un movimiento ágil, escapo de sus garras. Lo escucho reír a mis espaldas.

—¿De verdad crees que puedes escapar de mí?

Me quedo inmóvil. Su tono irónico no presagia nada bueno. Cuando me giro hacia él, sus ojos lucen con un brillo extraño. De un movimiento de hombros bate sus alas, que se pliegan hasta desaparecer en su espalda. Trago intentando esconder mis emociones ante ese espectáculo surrealista.

—¿Qué quieres de mí, Rip?

Su boca se tuerce en una mueca de resignación.

—¿Tienes la menor idea de lo que representas?

Sacudo la cabeza.

—Gilipolleces. No soy lo que crees que soy.

—Mira que puedes ser terca cuando quieres. Y yo que pensaba que habías comprendido tu verdadera naturaleza... Voy a tener que ser más persuasivo, por lo que veo. Tienes que venir conmigo, Kataline. Es importante.

Alzo la cabeza en un gesto desafiante.

—¿Y por qué tendría que ir contigo? No confío en ti, Rip.

Un velo de cólera pasa por el gris de sus iris.

—No seas niñas. Sé que Maxime te ha contado... ciertas cosas. Pero todavía tienes mucho que aprender sobre el mundo que te rodea. Créeme, es por tu seguridad.

—¿Y tú crees que te voy a seguir cuando tu propio hermano me ha advertido sobre ti?

Frunce el entrecejo.

—Y tenía buenas razones para hacerlo. Pero te juro que no quiero hacerte daño, Kataline. Solo quiero que vengas conmigo para que puedas estar a salvo.

Sacudo la cabeza mecánicamente.

—No pienso salir de esta habitación.

Como respuesta, Rip suelta un gruñido ronco.

—Usaré la fuerza si es preciso.

—¡No te tengo miedo!

Levanta una ceja y su voz se vuelve glacial.

—Deberías. No tienes ni idea de lo que soy ni de lo que soy capaz de hacer. Cuando quiero algo, lo obtengo. Siempre.

Su mirada se oscurece y su magnífica boca se abre mostrando unos dientes desmesuradamente largos.

Inmediatamente, una ola de pánico se apodera de mí. Me quedo hipnotizada unos segundos por sus prominentes caninos, los cuales testimonian su verdadera naturaleza.

Entonces, la verdad que hasta el momento había intentado mantener a raya explota en mi cerebro y devuelve la vida a mis músculos. Mi instinto me fuerza a defenderme. Doy media vuelta y me lanzo sobre el amuleto, que descansa sobre la mesita de noche.

Mi rapidez y flexibilidad me sorprenden a mí misma. Me vuelvo a dar la vuelta rápidamente para hacerle frente, tendiendo ante mí la única arma que puede mantenerlo a una buena distancia.

Los ojos de Rip descienden hacia mi mano tendida y sus cejas se elevan con sorpresa.

—Te aconsejo que te quedes donde estás, Rip. Créeme, no estoy bromeando.

Lentamente, su boca se estira en una sonrisa irónica. Sus caninos brillan en la penumbra.

—Veo que mi hermano te ha dado mucha información. ¿Qué pretendes hacer con eso?

No lo dudo un segundo:

—Pienso utilizarlo contra ti si es necesario.

Nos enfrentamos con la mirada durante un minuto largo. Después, sus ojos descienden por mi cuerpo con un nuevo brillo.

Con una seguridad manifiesta, Rip se acerca lentamente hacia mí.

—Te lo juro, Rip, quédate donde estás.

A pesar de la determinación de mi voz, tiemblo ligeramente. Ignorando la amenaza, él sigue avanzando. Sin dejar de mirarme a los ojos, se acerca como una pantera a su presa. Unos escalofríos recorren mi cuerpo y cierro los dedos sobre el amuleto.

—Raphaël...

Mi voz se quiebra. Está a solo unos centímetros de mi mano y su olor inunda mis fosas nasales y derriten mi confianza como el sol a la nieve. Sigue acercándose hasta que su torso desnudo toca mis dedos.

El amuleto empieza a calentarse al contacto con su piel.

—¿Y bien? ¿A qué esperas?

No respondo.

La tensión aumenta en la habitación y siento un dulce calor invadir mis mejillas. Su proximidad me provoca una multitud de sensaciones que me hacen perder la razón. Debería defenderme y usar mi única arma. En lugar de eso, me quedo completamente a su merced, como una marioneta colgada del hilo de su manipulador.

Rip atrapa bruscamente mi mano y pega el amuleto a su corazón. Rápidamente sale humo de su torso, como si el colgante lo estuviera quemando. Aprieta la mandíbula, pero encaja el dolor sin quejarse.

Retiro vivamente la mano y constato con horror la quemadura que ha dejado en su cuerpo. Después, fascinada, observo la cicatrización casi simultánea de su piel. Rip se queda quieto, observando mi reacción. Levanta mi mentón con su dedo índice.

—¿Ahora vas a venir conmigo?

Su proximidad me impide reflexionar con normalidad. Mis sentidos están focalizados en su olor, su cuerpo, la belleza de su rostro, sus ojos magníficos que me observan... Abro la boca, en busca del aire que ha salido de mis pulmones hace demasiado tiempo.

Su mirada desciende hasta mis labios y se oscurece todavía más. Se inclina hasta que su boca roza la mía.

—Kataline...

Mis párpados bajan cuando me acaricia su voz. Espero un beso que no llega y, cuando abro de nuevo los ojos, descubro a un Rip torturado que me mira con las cejas fruncidas.

—¿Tú también lo sientes? —murmura—. Esta tensión entre nosotros... Es como un hilo que nos ata y que nos acerca sin que podamos escapar.

Mi corazón se tensa. Debería desmentir sus palabras, responderle que eso no es verdad. Pero sería mentirme a mí misma.

Rip atrapa mi mentón y hunde sus ojos en los míos.

—¿Qué has hecho conmigo, Kataline Anastasia Suchet du Verneuil? Debería someterte. Podría hacerte mi esclava y obligarte a seguirme, y todo terminaría. —Se detiene unos segundos antes de continuar en un tono decidido—. Pero no tengo la fuerza... Has invertido los roles. Soy yo quien se ha convertido en tu esclavo.

Antes de dejarme tiempo para reaccionar, su boca atrapa la mía con codicia.

Noche de embriaguez

Un maremoto me golpea con toda su fuerza cuando la lengua de Rip se enrolla alrededor de la mía.

Con un gruñido sordo me inmoviliza contra la pared. Sus manos se deslizan sobre mí y me atrapan la cintura para atraerme contra él. La fina tela de mi camisón no es más que un pequeño obstáculo entre nuestros cuerpos, y siento sus músculos tensarse a través de la tela. Un gemido se escapa de mis labios cuando percibo su deseo.

Debería apartarlo, huir lejos de este hombre que me cuestiona todos mis propósitos. Debería enfermarme al sentir esta corriente de sensaciones que me hace temblar de la cabeza a los pies. Pero es imposible. Mis pensamientos huyen de mí y el mundo desaparece entre sus brazos. No hay nada más que Rip. Rip y sus manos, su boca. Su olor que me invade y me despierta mis deseos tras mucho tiempo reprimidos.

Me agarro a él como a un salvavidas; como si, con su simple contacto, me devolviera a la vida.

Tras unos cuantos minutos, se aparta ligeramente, ignorando mi quejido. Sostiene su cabeza contra mi frente e inhala cerrando los ojos. Después, susurra en voz baja, como para sí mismo:

—No puedo resistirme, Kat, es demasiado duro.

No comprendo por qué ha dicho eso, pero mi respuesta suena obvia:

—Entonces, no te resistas...

Reabre los ojos y el brillo demente que veo en sus pupilas me da escalofríos.

—Joder, me estás volviendo loco.

Atrapa mi pelo para mantener mi cabeza hacia atrás y, con una sola mano, me levanta contra él. Veo sus músculos tensarse a través de mis párpados medio cerrados.

Un rasguído de tela me indica que acaba de arrancarme las bragas en un solo tirón. Me arqueo instintivamente y la presión que ejerce sobre mí me hace vibrar de placer. Debería avergonzarme de estar experimentando este tipo de cosas, pero mi voluntad ha desaparecido desde hace tiempo.

De un ágil movimiento, Rip se desabrocha el tejano. El sonido de la cremallera es una invitación a la lujuria. Comienzo a jadear de impaciencia y una suave quemadura invade mi vientre.

Mierda, ya no controlo nada. Solo importan Rip y las ganas irresistibles de sentirlo llenar este enorme vacío que me corroe desde dentro. Gimo cuando sus dedos obedecen mi plegaria silenciosa. Me tortura con mano experta y esta nueva sensación devora mi cuerpo y mi mente.

Mi voz no es más que un susurro ronco cuando, sin poder soportarlo más, le murmuro en la oreja.

—Te lo suplico, Rip...

Se detiene y hunde su mirada en la mía, como para asegurarse que no lo ha soñado. Después, lentamente y sin apartar sus ojos de mi rostro, entra en mí con un movimiento de cadera. Mi boca se abre bajo la sorpresa y unas lágrimas inundan mis mejillas cuando mis músculos lo rodean con

fuerza.

Rip se detiene, atento a mi reacción. La sensación de plenitud que me invade me arranca un suspiro de alivio y lo animo a continuar. Atrapa mi labio inferior con los dientes sin apartar la mirada. Seguido, comienza a besarme, moviendo lentamente sus caderas. Ahogo un grito en su boca cuando empieza a moverse con más rapidez.

Mis ojos se cierran cuando un cúmulo de sensaciones invade mi cuerpo, cada una más fuerte que la anterior. Siento mis músculos contraerse y el calor aumentar en todo mi cuerpo.

—Mírame, nena.

Obedezco a su voz imperiosa. La visión de Rip, de sus músculos tensos por el esfuerzo y su mirada de deseo me roban la razón. El maremoto me sumerge y barre todo a su paso.

Rip agarra mis labios con fiereza y ahogo un grito en su boca. Se une a mí unos segundos más tarde, apretándome contra él con fuerza, como si su vida dependiera de ello.

Unos minutos más tarde, más lágrimas caen por mis mejillas cuando la presión disminuye dulcemente.

—Lo siento —repite Rip antes de presionar su boca brevemente sobre la mía y dejarme en el suelo.

Tengo las piernas como gelatina y tengo que agarrarme a él para no caer. Joder... No me reconozco.

Me cuesta procesar lo que acaba de pasar. Y todavía me cuesta más entender por qué se disculpa. ¿No he sido yo quien le ha suplicado que me hiciera el amor? ¿Se arrepiente?

Ante la idea de que pueda estar arrepentido, mi pecho se tensa. Pero no tengo tiempo de preguntárselo. Rip se separa y se reajusta el pantalón.

—Ven.

Me tiende la mano, pero no reacciono; todavía estoy en *shock* por lo que acaba de pasar (y por las preguntas que atropellan mis pensamientos).

Sin darme tiempo a protestar, se inclina para llevarme en brazos. Aunque sorprendida, me dejo hacer. Me siento extrañamente febril, y no tengo fuerza para luchar. Mi cerebro da vueltas y soy incapaz de pensar correctamente.

Me agarro a él y escondo mi cabeza en su cuello para nutrirme de su calor y su olor. Es como una droga, un calmante que me impide pensar que estoy desnuda en los brazos del demonio más bello del infierno.

Me lleva al baño, abre la puerta de la ducha y me deja sobre el suelo frío. Después, se quita rápidamente el pantalón y se une a mí. No aparto la mirada de su cuerpo de Adonis, una magnífica referencia para la perfección.

Cuando abre el grifo, me sobresalto al contacto del agua sobre mi piel acalorada. Rip empieza entonces a lavarme en silencio, con gestos dulces y lentos. Me trata como si fuera la cosa más frágil del mundo. Sus dedos se deslizan sobre mí con precisión. Luego, al terminar, se coloca bajo el chorro. Guau, la visión de este tío tórrido en mi ducha me provoca sudores. Resisto difícilmente las ganas de tocarlo. Y me apena que el espectáculo termine cuando cierra el grifo.

Cogiendo una toalla, se dispone a secarnos, a uno después del otro. Me dejo hacer, aprovechando este momento de intimidad compartida. Unos escalofríos me recorren el cuerpo en el momento en que lo observo, inclinado sobre mí, secando minuciosamente cada parte de mi piel. Termina, y sus manos y su boca sustituyen a la toalla, que cae al suelo. Su tacto me provoca

sensaciones increíbles. Se incorpora, dominándome desde su altura. Me atrapa entonces la nuca y me inclina la cabeza hacia atrás para besar con avidez mis labios, todavía hinchados de placer. Por último, me libera.

—Todavía no me he saciado contigo, pequeña. Pero esta vez me lo tomaré con calma... —su voz acaba conmigo.

Retoma mi boca para sellar su promesa. La cabeza me da vueltas y el deseo que siento es tan poderoso que me oprime. Me agarro a sus brazos y esta invitación lo anima aún más. Me levanta como si fuera una pluma y, antes de que pueda decir nada, me encuentro en mi habitación de nuevo. No sé si nos ha teletransportado o si se ha desplazado a la velocidad de la luz, pero en este momento no me importa. Solo cuentan sus brazos, que me rodean, y su lengua, jugueteando con la mía con una languidez insoportable.

Tras unos momentos en los que me deja jadeando, me libera de su agarre. Después, sin dejar de mirarme, me inclina hacia atrás y me encuentro acostada en la cama, completamente desnuda y a su merced. Se coloca encima de mí y su lengua sigue la línea que parte de mi vientre y termina entre mis senos. Retengo la respiración. Cuando se incorpora, sus ojos brillan en la penumbra, como iluminados por un fuego sobrenatural. El pánico me invade por unos segundos.

«Dios, ¿qué estoy haciendo? Rip es un demonio». Pero la duda es rápidamente ignorada cuando abre la boca.

—Eres tan bella, tan perfecta... Mi musa.

Apoyándose sobre el codo, tiende la mano hacia mí y me acaricia la mandíbula. Después, sus dedos descienden lentamente sobre mi cuello, el largo de mi carótida, para seguir la línea de mi clavícula. Con una lentitud desmesurada, desliza sus dedos por mis hombros, después por mi pecho. Respiro entrecortadamente y no aparto los ojos de su rostro. Sus iris luminosos siguen el movimiento de sus dedos. Su mandíbula está tensa y tiene las fosas nasales abiertas, como si estuviera resistiéndose a una tentación demasiado fuerte. Pasa sensualmente la lengua sobre su labio inferior, insistiendo en su *piercing*. Reprimo las ganas de lanzarme sobre él como una tigresa. Esa no soy yo. Rip me hace reaccionar como si fuera otra persona y, en el fondo, eso me asusta.

—Perfecta —repite él.

Se acerca a mí y me besa con fiereza. Gimo en su boca cuando posa las manos sobre mis pechos y descienden sobre mi vientre, que se inclina hacia él. El torrente de sensaciones que me invade me succiona en una espiral infernal. Quiero más.

Rip se aparta ligeramente de mí para observarme. Tiene la mirada oscurecida por el deseo.

—Paciencia, preciosa.

Me agarro a sus hombros para acercarlo a mí y lo oigo gruñir a su vez. Sus labios descienden a lo largo de mi cuello y siguen el camino de sus manos, sobre mi pecho y sobre mi vientre. Descienden todavía más y pronto quedo devastada por los movimientos de su lengua sobre mi zona sensible.

—Rip...

Me retuerzo intentando apartarme de su tortura experta. «Es tan...». No llego a terminar el hilo de mis pensamientos, sumergidos bajo un seísmo vertiginoso que me hace olvidar hasta mi propia existencia. No soy más que una bola de sensaciones, arañando y gimiendo.

Rip sube a mi altura y me observa como si fuera la cosa más bonita de la Tierra.

—Cariño, eres extraordinaria... Podría pasarme la vida entera dándote placer.

Su boca cubre la mía mientras los espasmos continúan barriéndome como una palmera en

plena tormenta. Me acaricia dulcemente hasta que la presión disminuye. Pero el respiro es de corta duración.

De un movimiento de pelvis, Rip me coloca sobre él y me agarro a sus brazos. Me encuentro a horcajadas sobre sus caderas y la visión que me ofrece de su cuerpo es simplemente mágica.

Sus músculos se mueven bajo sus tatuajes, dándoles la impresión de estar vivos. Cogiéndome por la cintura, me levanta para recolocarme sobre él. Después, con una lentitud desmesurada y sus ojos oscuros clavados en los míos, me llena de felicidad.

Muy a mi pesar cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, agarrándome a sus hombros para no caerme.

No pensaba poder sentir nada así de fuerte, pero la sensación de plenitud que me invade en cada movimiento de cadera me lleva a lugares hasta el momento desconocidos. Rip se transforma entonces en un virtuoso y nos lleva a una sinfonía a dos partes que nos devuelve nuestros sentidos y nuestras mentes.

Me dejo llevar al éxtasis y el mundo desaparece en este concierto sublime en el que participan nuestros dos cuerpos febriles.

Un rato después estoy reclinada sobre la espalda y observo sin ver las pequeñas fisuras que adornan el techo inmaculado de mi habitación. Rip está a mi lado, en silencio e inmóvil.

Me resulta difícil procesar lo que ha pasado. No porque me arrepienta, sino porque me parece surrealista haber podido vivir estos momentos mágicos. Ha barrido en una sola noche años de trauma.

Giro la cabeza hacia él y miro fijamente su perfecto perfil, que se diseña en la oscuridad. Es guapo y oscuro.

Sintiendo que lo observo, se reincorpora y me guiña el ojo. Luego, estira el brazo hacia adelante. Frente a mis ojos desconcertados, sus tejanos, que estaban en el suelo del baño, aterrizan en sus manos como por arte de magia. Rebusca en su bolsillo trasero y saca un paquete de cigarros que me tiende.

—¿Quieres uno?

Sacudo la cabeza y su boca se estira en una sonrisa.

—No, claro que no.

¿Qué significa eso?

—Fumaba, pero ya no.

Mi voz sale un poco seca y eso lo hace reír.

—Una verdadera rebelde... No lo dudo.

Pongo los ojos en blanco. Si busca cabrearme, va por buen camino.

Atrapando un cigarro entre los dientes, chasquea los dedos. De repente, una pequeña llama aparece entre ellos. Da una calada y el cigarro empieza a consumirse.

¡Guau! Creo que con Rip no se terminan nunca las sorpresas. Tirando de las sábanas para cubrirme, me reincorporo en la cama. Aprovecharé la situación para hacerle preguntas.

—¿Tienes algún otro juego de manos que mostrarme?

Se gira hacia mí con una sonrisa divertida.

—Toneladas. Pero prefiero no enseñarte todos mis talentos de una sola vez y guardarme alguno para más tarde.

El doble sentido de sus palabras hace que mis mejillas se pongan rojas, pero hago como si nada. Pliego las rodillas y coloco mi mentón sobre ellas.

—¿Cómo es?

Rip suelta el humo en dirección al techo y no puedo evitar mirar con ganas su boca, que se abre sensualmente.

—¿El qué?

—Ser un demonio. ¿Cómo es?

No responde enseguida; parece que está pensando la respuesta. «Creo que no se esperaba esta pregunta».

—Hay cosas buenas y cosas malas. Pero, bueno, no es como si tuviera elección.

Toda la amargura de sus palabras me recuerda a Maxime. Fue su plegaria la que fue respondida, y creo que Rip está enfadado con él por no dejarlo ir al otro mundo.

—¿Es por Max?

Frunce el ceño.

—Él y tantas otras cosas. Pero no estamos aquí para hablar de mí... He venido para llevarte a un sitio seguro. Aquí hay demasiados riesgos.

Levanto una ceja.

—¿Qué quieres decir? ¿No estoy segura en mi propia habitación? ¿Por qué? ¿Quién querría hacerme daño?

Tengo ganas de decirle que el único peligro que veo es él, pero la prudencia me lo impide. Rip sacude la cabeza, molesto.

—Ya te he dicho que eres diferente... No soy el único que te codicia.

¡Ah, sí! Solo eso... Me levanto, enrollando la sábana a mi alrededor para cubrirme.

—Escucha, Raphaël. No entiendo tus insinuaciones. Me cuesta aceptar que seas un demonio y que Maxime pueda teletransportarme con un chasquido de dedos. Así que no me pidas más por ahora. Porque acabaré por perder la cabe...

—¡Agáchate!

Rápido como un rayo, Rip se abalanza sobre mí y me tira junto a él al suelo, amortiguando la caída con su cuerpo.

Con un gruñido, se reincorpora casi igual de rápido y se coloca delante de la ventana. Con un crujido, abre las alas para hacer de baluarte y protegerme de los proyectiles que entran por la ventana entre silbidos inquietantes.

Una decena de flechas aterrizan sobre el suelo con un ruido seco.

Mercenarios

Mientras mis ojos permanecen fijos en los proyectiles esparcidos por el suelo, una ráfaga de viento penetra en la habitación. Un hombre vestido todo de negro aparece entre una nube de humo. No parece nada sorprendido por las grandes alas de Rip, que invaden todo el espacio del cuarto. Al contrario, le hace frente, con las piernas dobladas y los músculos tensos, como si se preparara para desafiarlo. Su abdomen está recubierto de una armadura de hierro y una máscara oculta la mitad de su rostro. Lleva un carcaj a su espalda y sostiene firmemente una ballesta. Parece un guerrero sacado de un libro de fantasía.

—Marcus.

La voz de Rip es fría y cortante.

—Raphaël.

Se conocen. Los dos hombres se enfrentan con la mirada durante unos minutos que parecen eternos. Yo me quedo tumbada en el suelo sin saber cómo reaccionar. La tensión es palpable entre los dos hombres y tengo la impresión de encontrarme en medio de una batalla cuyas razones se me escapan.

Luego, el desconocido gira la cabeza y, tras haber verificado a derecha e izquierda que estamos solos, se acerca a nosotros. Su máscara se retrae en un ruido metálico y revela un rostro magníficamente esculpido. Su belleza insolente me hace creer que también es un ser sobrenatural. Rip se acerca más a mí, haciendo de escudo con su cuerpo. Con el ceño fruncido, el hombre de negro se dirige a nosotros.

—Debemos actuar rápido... Ya vienen.

No entiendo lo que sucede, pero cuando Rip se gira hacia mí, veo un brillo de inquietud en sus ojos plateados. Me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Aprieto la sábana más contra mi cuerpo para esconder mi desnudez. El desconocido me observa como si yo fuera una curiosidad, y eso me cabrea.

No tengo tiempo de preguntarle quién es, ya que Rip me rodea con sus alas. Una fracción de segundo más tarde me encuentro proyectada hacia el vacío a la velocidad de la luz. Mi corazón se sobresalta y me agarro al demonio con fuerza. El torbellino termina y tengo la sensación de que me va a explotar la cabeza en mil pedazos. Es como si una opresión se cerrara alrededor de mis templos para aplastarlos.

—Ya está, nena.

Su voz suena como música calmante en mis orejas. Mis piernas reencuentran suelo firme y termino por dejarme llevar contra el cuerpo robusto de mi amante. Tengo los músculos entumecidos y mantengo los ojos cerrados unos instantes para recuperar el aliento. Luego, abro los ojos y descubro con sorpresa la decoración inmaculada del salón de Royce. Rip acaba de teletransportarnos a casa de su amigo.

La cabeza me da vueltas en cuanto me reincorporo. Apenas tengo tiempo de situarme cuando constato con horror que decenas de ojos están puestos sobre nosotros.

«Joder, Kat, ¿te has vuelto una exhibicionista? ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!». Cierro la

sábana sobre mi pecho, maldiciendo a la voz que no deja de amargarme la existencia. Doy un codazo a Rip.

—Eh, ¿no hay nada que pueda ponerme? ¡Porque no tengo por costumbre estar desnuda con tanto público!

Una risa atronadora retumba en la sala. Marcus, el arquero, se ríe bajo la mirada divertida de Rip. Nos ha seguido. Definitivamente, también tiene que ser un demonio o algo por el estilo.

—Ah, es una chica increíble. Acaba de escapar de la muerte, se teletransporta con la ayuda de un demonio, ¡y no piensa en otra cosa que en ponerse ropa!

Arrugo al frente y le dirijo una mirada oscura.

—Perdona, pero no he pedido tu opinión.

Rip se aparta ligeramente de mí y se dirige al recién llegado.

—Cuidado, Marcus. Kataline puede ser despiadada cuando se la provoca.

Sacudo la cabeza haciendo una mueca. En la sala, todo el mundo retoma la conversación donde la ha dejado, como si nuestra aparición fuera algo banal. Deduzco que deben de estar habituados a este tipo de manifestaciones sobrenaturales (o bien todos son demonios). Me estremezco ante la idea. Si me hubieran dicho que nuestro mundo estaba lleno de seres fantásticos...

Marcus se acerca a Rip y, contra todo pronóstico, se dan un abrazo. No entiendo nada.

—Gracias, hermano.

Rip dando las gracias a alguien... Es de lo más extraño.

—Sé lo que te debo, y solo eran cinco. No ha sido nada.

Sacudo la cabeza. Estoy tan horrorizada que casi me olvido de que una simple sábana fina como el papel de un cigarro esconde mi desnudez ante todos.

—¿Cómo que cinco? ¿Me estás diciendo que había cinco tipos intentando entrar en mi casa para degollarme?

La boca de Marcus se tuerce en un rictus avergonzado.

—Eh, no exactamente. No... —Lanza una mirada rápida hacia Rip, que le devuelve una mala. Pero no tiene tiempo de responder; Royce entra en el salón a paso decidido, con el rostro sombrío.

—¡Rip! Te he oído llegar. ¿Qué pasa?

—Los mercenarios... —responde Raphaël, colocándose delante de mí; parece que quiere esconderme. Aprieto instintivamente el tejido contra mí e intento hacerme pequeña, pero nada escapa a la mirada de Royce, quien entrecierra sus pequeños ojos felinos en mi dirección.

—Joder, ¡tenías que traerla ayer por la noche! —Pone las manos en sus caderas, como si riñera a su amigo.

—Está bien. Ahora está a salvo. —La indiferencia fingida de Rip demuestra su vergüenza.

Royce continúa mirándome, y eso me incomoda terriblemente.

—Sí, y ahora tiene a los mercenarios detrás de ella. ¡Bravo! Si así es como crees que la mantendremos intacta... Ellos ya deben de estar viniendo a buscarla.

Un estremecimiento recorre mi cuerpo cuando asimilo sus palabras. Debo de estar realmente en peligro. En ese momento, un clic se produce en mi mente y se me hiela la sangre.

—¡Pero saben dónde vivo! Raphaël, encuéntrame algo de ropa, ¡tengo que volver!

Se gira hacia mí y me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—No hay forma de que te vayas de aquí.

—¿Estás de broma? Jess y Kris estarán ya en casa. Y si los... mercenarios van allí, los

encontrarán a ellos. Tengo que volver para avisarlos.

—Si vuelves ahí, te atraparán —interviene Royce.

—Me importa una mierda. Tengo que ir.

—Tiene razón —interviene Marcus—. Tenemos que asegurar la zona. No podemos arriesgarnos a que haya cabos sueltos. Eso llamará más la atención sobre nosotros. Yo me encargo.

—¡Voy contigo!

Rip se interpone y me empuja suavemente hacia atrás.

—Ni lo pienses. Iré con Marcus. Tú te quedas aquí, a salvo. No quiero que te pase nada.

Su comentario me toma desprevenida y me quedo con la boca abierta sin saber qué responder. Siento que todo el mundo me mira como si las palabras de Rip acabaran de oficializar algo. Incluso Royce mira a su amigo como si sus palabras lo hubieran perturbado. Afortunadamente, Marcus acaba por romper el hielo:

—Bien, nos traerá recuerdos de nuestros pequeños viajes.

Sacudo la cabeza. Es inconcebible que me quede aquí mientras inspeccionan mi habitación, mi intimidad. Me reincorporo, hinchando el pecho.

—Yo también voy. Y es inútil impedírmelo. Como tú has dicho, Raphaël, puedo ser despiadada. Y si me impides hacer lo que yo quiera, solo Dios sabe lo que podré hacer. —Me siento enojado y el frío de mi voz demuestra mi determinación. Si me impide ir con ellos, no respondo.

Royce interviene y, por una vez, está a mi favor:

—Iremos los cuatro. Es más prudente. Pero antes tenemos que encontrar algo de ropa para Derbis. Este modelito es indecente ante todo el mundo.

Su comentario me recuerda que, efectivamente, estoy casi desnuda. Genial.

—¿Jennifer? Ven aquí, preciosa.

La morena con la que lo he visto varias veces aparece en el marco de la puerta. Se acerca a nosotros con una sonrisa tímida en los labios.

—Jen, nena, ¿te puedes ocupar de Kataline? ¿Puedes encontrarle ropa y demás?

—Claro.

Es la primera vez que escucho el sonido de su voz. Es dulce y tímido. Estoy sorprendida por la forma en la que devora a Royce con los ojos. Hay una mezcla de admiración y de pasión en su mirada. Es casi aterrador.

Royce la atrapa por la cintura para acercarla a él y le da un beso casi tierno en la frente. Es completamente inusual respecto al comportamiento que tiene habitualmente. Me acuerdo de la última vez que los vi juntos: fue en el Blue Bird, y la chica parecía una zombi bajo la mano de su mentor.

—¿Vamos?

Asiento y sigo a Jennifer hasta un inmenso armario que podría hacer palidecer de celos a Kim Kardashian. Tan pronto como entramos, Jen se pone a examinarlo.

—Guau, ¿todo esto es tuyo?

Jennifer se gira y me dirige una sonrisa alegre.

—Royce es muy generoso.

Viendo su mirada enamorada, suelto la pregunta que lleva tiempo quemándome los labios:

—¿Estás juntos?

Se detiene ante mí con una percha en la mano.

—Humm... Se puede decir que sí... ¿Tienes una treinta y seis? Toma, pruébate esto.

Sin esperar respuesta, me tiende la ropa, una especie de combinación de color negro que me parece bastante apretada.

Viendo mi duda, Jen coloca la prenda en las manos.

—Será más práctico de llevar que la sábana. Para la ropa interior, busca en los cajones de ahí; deberías encontrar algo. Y para los zapatos, hay varias zapatillas en la estantería del fondo. Si te quieres peinar, tienes cepillos y gomas de pelo en el tocador. Te espero fuera.

¡Esta chica es muy eficaz!

Me encuentro sola en el gigantesco armario, entre centenares de piezas de ropa. Tengo ganas de mirar si no hay nada más que me pueda poner, pero mi cerebro me pone prioridades. No me han educado para llevar esta ropa. Con un suspiro, me dirijo a los cajones y, tras haberle echado el ojo a un conjunto de ropa interior negro, me lo pongo. Se adapta a la perfección a mi cuerpo. Me pongo un par de zapatos negros y me dispongo a atarme el pelo en una larga trenza. Miro un instante el resultado en el espejo. Parezco Angelina Jolie en Tomb Raider... Bueno, no tengo tiempo para buscar otra cosa; tengo que priorizar el lado práctico de las cosas. La seguridad de Jess y Kris puede estar en juego.

Salgo para reunirme con Jennifer en el pasillo. La mirada que me dirige me indica que la ropa que llevo tiene su efecto.

—Cualquiera diría que este conjunto está hecho para ti.

Avergonzada, hago como si no hubiera dicho nada y enfilo el pasillo en dirección al salón. Cuando cruzo la puerta, un ruido atronador sacude la casa y me hace sobresaltar. Me quedo congelada en el lugar cuando un relámpago deslumbrante inunda la habitación. Un gran par de alas blancas como la nieve aparece entre los huéspedes.

—¡Mierda! Lo que faltaba...

La voz de Jennifer a mi lado no hace nada para tranquilizarme.

El propietario de las alas se reincorpora y descubro con sorpresa que se trata de Maxime. El amable Maxime es también una especie de demonio alado, como Rip, con la diferencia de que sus alas son blancas mientras que las de su hermano son negras.

—Joder, Rip, ¿qué le has hecho?

Oigo las palabras todavía congelada en mi sitio. Tengo el mal presentimiento de que habla de mí. Toda la sala se gira hacia el recién llegado, a la espera de lo que suceda a continuación, reteniendo el aire.

Rip, quien estaba en plena discusión con Marcus y Royce, mira a su hermano con un aire impasible que me hiela la espalda. Tengo la sensación de que el intercambio va a ser tenso.

Es Royce quien, de nuevo, toma la palabra:

—Tranquilo, Fly. ¿Y qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? ¿Me preguntas qué quiero decir? ¿Me estás vacilando, Royce? ¿Como si no estuvieras al tanto de lo que ha hecho! ¡De lo que le ha hecho! ¿¡No es suficiente con jodernos la existencia a nosotros que tienes que jodérsela también a ella!? ¡Sobre todo a ella!

Maxime está irreconocible, tiene el rostro desfigurado por la cólera y la voz llena de amargura. Rip está impasible, pero veo un pequeño músculo tensarse en su rostro, testimonio de su nerviosismo.

—Hice lo que tenía que hacer.

Su voz es fría y seca, pero sus palabras están lejos de tranquilizar a Maxime. Señala a su hermano con el dedo y sus ojos se entrecierran como si fuera a saltarle a la yugular.

—Te voy a matar, Rip.

Todo el mundo contiene la respiración. Tengo que intervenir antes de que esto acabe realmente mal, pero antes de que pueda manifestar mi presencia, Max se lanza sobre Rip como un tornado. Corre hacia él con una potencia y una velocidad increíbles. Grito cuando impactan, pero, bruscamente, los dos hombres desaparecen en un destello luminoso.

Abro los ojos y me giro hacia Jennifer.

—¿Dónde han ido?

—Se han ido a pelear a otro lado.

Marcada

—Creo que es mejor que nos aseguremos de que no hacen ninguna gilipollez.

Marcus se acerca a mí y me tiende la mano, pero en el momento en el que me dispongo a cogérsela, una chica irrumpe en la sala. Tiene los ojos muy abiertos y cae de rodillas, con la cabeza elevada al cielo.

—Están en su casa... Vienen a buscar a la musa.

Su voz de ultratumba me hiela los huesos. ¿Habla de mí? Me doy cuenta al instante de que se trata de la chica que me agredió en casa de Royce la última vez. Más allá de su apariencia espantosa, son sus palabras lo que me da más miedo. Me giro hacia Royce y Marcus.

—¿De qué habla?

Marcus baja la cabeza y su mirada se congela.

—Creo que los mercenarios han pasado a la acción.

Sin esperar, Royce agarra una especie de lanza en hierro blanco. Dedicar una mirada resignada a Marcus.

—No podemos perder más tiempo. Tenemos que ir.

Rápidamente, el rostro de Marcus desaparece tras su máscara metálica.

—¡Voy con vosotros! —La determinación de mi voz corta cualquier posible protesta.

Los dos hombres asienten simultáneamente. Después, Marcus me atrapa la mano y me encuentro de nuevo proyectada al vacío. El torbellino me parece más largo de lo normal y, cuando siento nuevamente la tierra firme bajo mis pies, la cabeza me da vueltas peligrosamente.

Me paso la mano por la frente. Suspiro.

—Joder, nunca me voy a acostumbrar a esto...

Sin esperar, Marcus me agarra por los hombros y me aleja rápidamente. Me coloca en la esquina de la estancia, entre un armario y la pared. Mis ojos recorren nuestro alrededor, angustiados por lo que descubren. Hemos aterrizado en el salón de Jess, y la escena que se desarrolla ante mí parece sacada de una película de catástrofes: hay cosas esparcidas por todos lados, el sofá está destripado, los muebles literalmente destruidos y las paredes llenas de flechas. Me sobresalto cuando veo a un tipo aterrizar sobre el tocador, que rompe bajo su peso. Percibo un movimiento en la cocina y ahogo un grito al ver más mercenarios hacer figuras acrobáticas, como si fueran ninjas. No veo ni a mi tía ni a Kris, y la inquietud me aprieta el corazón.

Marcus se gira hacia mí y aprieta su mano contra mi boca, retirando su máscara.

—Kataline, quiero que subas a la planta de arriba y que te escondas en un lugar seguro, ¿entendido? Rip me matará si te pasa algo.

Asiento y me libera. Tengo una bola en el vientre que pide explotar, pero al ignoro y decido hacer lo que me dice. Marcus saca entonces una pequeña daga de su bota y la coloca en mi mano.

—Cógela y úsala si tienes que hacerlo. Ahora sube. Rápido.

Se levanta mientras su armadura de guerra reaparece. La adrenalina fluye por mis venas como un veneno. Mis piernas tiemblan, pero encuentro la energía suficiente para precipitarme

hacia la escalera. Cuando llego arriba, mi corazón late deprisa y resuena en mis orejas a través del ruido de batalla que proviene de la planta baja.

Me dirijo automáticamente a mi habitación, pero, en el último momento, no sé por qué razón, cambio de parecer y me dirijo al despacho de mi tía. Cierro la puerta detrás de mí y me apoyo en la pared. La habitación está a oscuras, pero, curiosamente, distingo perfectamente lo que me rodea. Intento controlar la respiración para volver a mis sentidos. El lugar está extrañamente en calma en comparación con el caos que reina abajo.

—Dios, Jess, espero que estés bien.

Me adentro en la estancia con la idea de esconderme en el armario, pero en cuanto giro el pomo, alguien me atrapa la mano. Grito y me aparto. Un hombre encapuchado me obliga a darme la vuelta, aplastándome la muñeca.

—¿Pensabas que podrías escapar, sucia musa?

Blando la daga en su dirección, pero me bloquea en cuanto la punta toca su torso. Intento soltarme de un movimiento de hombros, pero el tipo me aprieta en su agarre y me sacude el brazo para obligarme a soltar el arma.

A pesar de mi voluntad, acabo por ceder. Cuando el pequeño cuchillo toca el suelo, el hombre me lanza violentamente contra la pared. Mi cabeza choca tan fuerte que se me nubla la visión. Él aprovecha para darme un puñetazo en la mandíbula. El sabor a sangre invade mi boca y el dolor me sofoca. Sin soltarme, el mercenario me da un gran rodillazo en el vientre y me lanza al suelo. Se agacha sobre mí y me atrapa el cuello con las dos manos. Después, empieza a apretar. Intento soltarme en vano. Es mucho más fuerte que yo. Con una sonrisa sádica, sigue comprimiendo mi cuello y mi visión empieza a volverse borrosa a causa de las lágrimas.

«No, es imposible. No puede acabar así».

—Vas a sufrir, perra. Como la zorra de tu tía...

Sus palabras son como un electrochoque. Veo el rostro de Jess aparecer a través de mis lágrimas. A pesar del dolor, siento la cólera subir por todo mi cuerpo. Un sentimiento reprimido por demasiado tiempo me pide estallar. Las pulsiones de odio resurgen como una ola tormentosa y destructiva. Y, por una vez después de tanto tiempo, dejo que mis emociones me invadan.

Mi visión se enrojece, pero en el momento en que intento tumbar a mi adversario, mi cuerpo se congela y un escalofrío me recorre la nuca.

Alguien tira violentamente del tipo hacia atrás. Liberada del peso de mi asaltante, me reincorporo y me pongo en posición de combate. A través de la bruma púrpura de mis ojos veo a mi enemigo luchar con los pies en el aire. Alguien lo agarra por el cuello y lo mantiene alzado con una facilidad sobrenatural. No logro ver el rostro del hombre, pero no me hace falta. Sé quién es. Lo siento en mis entrañas, como si su presencia hubiera accionado un interruptor en el fondo de mi alma. Rip.

La aparición de dos grandes alas negras confirma mi corazonada. Un gruñido sordo y amenazante invade la sala. El tipo empieza a gimotear como un bebé.

—Piedad. Yo no quería... Solo obedecía órdenes...

La voz metamorfoseada de Rip resuena como un juicio funesto:

—Siempre tenemos el poder de elegir nuestros actos. Tú has escogido ir tras la persona equivocada. Y has tomada una muy mala decisión. Ahora tienes que asumir las consecuencias.

El miedo del mercenario es palpable y mi corazón se tensa ante la idea de lo que va a suceder. Mi visión vuelve a su normalidad y mi rabia se desvanece de la misma forma que ha aparecido.

Un ruido llama mi atención. Veo que se forma un charco a los pies del mercenario.

¡Joder! El tipo se acaba de mear encima...

—No tienes decencia... —comenta Rip con un profundo desdén en la voz—. No mereces vivir en este mundo.

—¡No! ¡Piedad!

Pero Rip se mantiene frío e imperturbable.

—¡Vete al infierno, gusano! —Su sentencia suena como el hielo.

De repente, el tipo se enciende como una cerilla. Ahogo un grito y me llevo las manos a la boca.

No me esperaba eso, y quiero apartar la mirada, pero no puedo dejar de mirar el espectáculo morboso. El tipo se debate a medida que su cuerpo se calcina a una velocidad increíble. La carne carmesí empieza a soltarse de sus huesos. Sin embargo, continúa gritando. «Ya debería estar muerto...»

—El fuego del infierno... —anuncia Rip, como si respondiera a mi pregunta muda— quema intensamente, pero no mata.

Es horrible, pero no puedo dejar de mirar al mercenario a fuego vivo que cuelga de sus manos. Continúo mirando con una fascinación insana. El tipo sigue gritando de dolor. Creo que recordaré sus alaridos hasta el fin de mis días. Es más de lo que puedo soportar. Me tapo las orejas.

—Raphaël, para...

Rip gira la cabeza hacia mí y una luz ilumina su rostro. En ese momento, descubro que no es el mismo. Su piel es roja como el vino, casi negra; y sus iris, plateados. Sus rasgos están más marcados y sus huesos son más prominentes. Y, sobre todo, tiene dos pequeñas protuberancias en la parte superior de la frente, como unos cuernos. Cuando abre la boca, sus caninos sobresalen.

La intensidad de su mirada me atraviesa y siento mi pulso acelerarse. Rip entrecierra los ojos y me dirige un pequeño asentimiento. Entonces, de un solo movimiento, la antorcha humana desaparece en una nube de polvo, dejando sobre el parqué un pequeño rastro de cenizas.

Colapso en el suelo, con las piernas como gelatina. No me llego a creer lo que acaba de pasar. Es más de lo que puedo soportar. Mi cerebro hierve y no me deja asimilar toda la información; niega la realidad.

—Kataline, ¿estás bien?

Levanto la mirada hacia Rip. Vuelve a ser normal, pero en mi cabeza lo veo claramente con su apariencia de demonio.

—¿Qué has hecho, Rip?

Parece perturbado ante mi pregunta; sin embargo, su voz permanece impasible.

—Ese tío iba a matarte.

Sacudo la cabeza cerrando los ojos. Mala idea. Las imágenes de la antorcha humana en descomposición aparecen directamente tras mis párpados.

—Lo has carbonizado... ¿Cómo? ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo has hecho? Está muerto.

Él se reincorpora, como si no comprendiera qué quiero decir. Su mirada se vuelve dura.

—Sí, está muerto. Te lo he dicho Kat, soy un demonio. Y un demonio es cruel y dañino. Mata gente. Este tipo merecía morir. Quería robarme...

Se detiene, como si hubiera dicho demasiado. Me mira con intensidad.

—Joder, si no hubiera llegado a tiempo, te habría...

De nuevo, no termina la frase. Empieza a dar vueltas por la estancia pasándose nerviosamente la mano por el pelo.

—Debería estar satisfecho de su suerte. Podría haberlo torturado durante horas por lo que ha hecho...

Trago. El odio que veo en su mirada me hace estremecerme. Me reincorporo al sentir que he recuperado las fuerzas.

—OK. Tengo que salir de aquí o me va a explotar la cabeza.

Me dirijo hacia la puerta a grandes pasos, pero Rip me detiene cuando giro el pomo.

—Espera. Puede que todavía haya violencia abajo... Déjame que lo verifique antes.

Suspiro y asiento.

—Como quieras.

Cierra los párpados unos segundos y después abre la puerta.

—Está bien, la zona es segura.

—Jess...

Me precipito hacia el piso inferior cuando la bola de mi estómago vuelve a aparecer.

Llegados abajo, descubro con alivio que todos los mercenarios están fuera y que mi tía y Kris están indemnes. Al verla, me abalanzo a sus brazos.

—Dios mío, estaba muy preocupada.

Me aprieta contra ella.

—Me sé defender, Kat. No sabían a lo que venían estos idiotas.

Sus palabras hacen eco en mis propias preguntas. Me aparto y la observo.

—Definitivamente estás llena de sorpresas. No sabía que podías pelear contra ninjas.

Mi tía dirige una mirada furtiva a Kris y suspira fuertemente.

—Tenemos que mantener una pequeña conversación, cariño. Sé que has pasado por muchas cosas últimamente, pero que sepas que estoy al corriente de lo que eres y de lo que has descubierto.

De repente, la cabeza me da vueltas. Todos los eventos, todo lo que he descubierto... es demasiado para un solo día. Busco ayuda y me cruzo con la mirada de Rip. Él también tiene que darme muchas explicaciones. Necesito entender, entender lo que es, lo que quiere. Su mundo. El rol que yo juego en él... Hay muchas preguntas que quiero hacerle.

Pero ahora estoy agotada, exhausta por todos estos eventos que han trastornado mi vida en unos pocos días. Después de que Maxime me revelara su verdadera naturaleza...

«Maxime no está aquí».

—¿Dónde está Max?

Rip carraspea nerviosamente.

—Ha vuelto a casa.

—A curarse —termina Royce, con una sonrisa divertida.

Rip le dirige una mala mirada.

—Rip, si le has hecho daño, te estrangulo.

—Se recuperará.

Espero sinceramente que diga la verdad, pero, conociéndolo, lo dudo. Será parte de la explicación.

—Más te vale. Por ahora, la única cosa que quiero es darme un baño y acostarme... No

pierdes nada por esperar.

Rip me devuelve una mirada llena de doble sentido.

—Solo pido eso.

Ducha fría

Cuando me dirijo hacia las escaleras, mi tía me llama.

—Kat, espera...

Me detengo frente el primer escalón.

—Kat, cariño, tenemos que hablar.

Me giro hacia ella y la miro como si la descubriera por primera vez. No sé ni dónde estoy.

Jess me acaba de decir que ya lo sabía todo. ¿Cómo lo ha dicho...? «Que sepas que estoy al corriente de lo que eres y de lo que has descubierto». Genial. Me doy cuenta ahora que durante todo este tiempo me ha estado mintiendo. Era una de las pocas personas en quien confiaba. ¡Qué decepción!

«Una vez más, acabas siendo una perfecta idiota». Mi conciencia gira el cuchillo en la herida. ¡La odio! En cualquier caso, Jess podría haberme avisado, advertirme de lo que iba a descubrir. Pero no; ha preferido ocultármelo todo mientras yo confiaba en ella. Tengo la sensación de haber sido traicionada.

—Sabes, a veces no siempre hacemos lo que queremos. Y si hubiera tenido opción, te lo hubiera contado todo desde el principio.

Suspiro. En el fondo, sé que tiene razón.

—Entonces, dime, ¿qué es lo que te ha impedido contármelo?

Eleva los ojos hasta los míos.

—Tu seguridad. Quería protegerte de esta vida. Si te hubiera revelado lo que sé, te hubiera puesto en peligro... No había forma de que pudiera correr ese riesgo.

No lo entiendo.

—Pero no veo qué hubiera cambiado.

—¿Has notado cambios en ti estos últimos días?

Su pregunta me inquieta.

—¿Ha cambiado algo en ti? Tu vista, por ejemplo.

Una pequeña bombilla se enciende en mi cabeza. Asiento. Es verdad que mi visión ha mejorado notablemente estas últimas semanas. Me doy cuenta de que he visto perfectamente al mercenario, y eso que me ha atacado en la oscuridad.

Asiento nuevamente.

—Esto era lo que quería evitar. Tus sentidos están evolucionando. Y destacarás como un faro en pleno océano... ¡Joder! ¡Qué mierda!

De repente, parece realmente preocupada. Hay demasiadas cosas extrañas que tengo que asimilar. No sé si podré soportar aprender nuevas locuras como esta y, francamente, no tengo muchas ganas.

—¿Cuándo va a parar? ¿Qué voy a descubrir ahora? ¿Qué, me voy a convertir en elfa, vampira o algo así?

Mi tía suspira y me coge de la mano.

—No, nada de eso, cariño. La realidad es mucho menos de cuento. —Se detiene unos instantes para mirarme con aire de disculpa—. Escucha, soy consciente de que es difícil

descubrir este mundo paralelo, pero tendrás que prepararte para ver cosas que no habrías imaginado jamás, ni en tus sueños más raros.

No puedo evitar hacer una mueca. Jess se acerca a mí y me agarra por los hombros.

—Pero tienes razón, es demasiado para una sola vez. Así que te propongo que lo dejemos aquí esta noche. Ve a descansar. Continuaremos esta conversación cuando estés preparada y dispuesta a darle la vuelta a todo lo que tienes por seguro.

Asiento, en acuerdo con sus palabras. De todas formas, de repente me siento extrañamente cansada. Subo arriba bajo su mirada benevolente pero inquieta.

Extrañamente, cuando giro el pomo de la puerta de mi habitación, siento que hay algo que no está bien. Es como una brisa helada que me enfría y me provoca escalofríos en la nuca.

Me preparo para enfrentarme al peligro. Sin embargo, en cuanto empujo la puerta, estoy lejos de imaginar lo que voy a descubrir...

Grito. Hay un cadáver de gato destripado y colgado en la pared, sobre mi cama. Empiezo a temblar, incapaz de controlarme. La pobre bestia debe de haber sufrido un martirio.

Me quedo un minuto postrada en el suelo, con los ojos fijos en su cuerpo mutilado. Luego, siento que dos brazos me rodean y me alejan del grotesco espectáculo.

El olor familiar de Rip me tranquiliza inmediatamente y me saca de mi letargo. Me apoyo en su torso.

—No... *Sinvergüenza*... —hipo entre sollozos reprimidos

—No es él. Tu gato está escondido en la despensa de abajo.

Jess y los demás llegan corriendo a mi habitación.

—Joder, qué hijos de puta —interviene Royce, saliendo de la estancia—. Han marcado la casa. Ahora los otros pueden atacar en cualquier momento.

Jess se acerca a mí y me pone la mano en la frente.

—Dios, mi pobre niña. Creo que está escrito en alguna parte que no te dejarán en paz.

—Tenemos que alejarla de aquí —interviene Marcus, al volver a la habitación—. Han creado una baliza; los cazadores volverán como tiburones hambrientos.

—Sí —responde Kris—. Solo que Jess no tiene otra casa y la mía es demasiado pequeña para las dos. Lo mejor será que busquemos un hotel para que se queden un tiempo.

Esta propuesta no me gusta, no quiero irme de casa.

—Kataline vendrá a la mía.

Sigo todavía en *shock* por el descubrimiento macabro, pero esta declaración de Rip me devuelve la razón.

—¿Qué dices? —pregunta Jess. Ella también parece igual de desconcertada que yo.

Reacciono a mi vez, quizás demasiado violentamente.

—¿Qué? ¡No! Ni de broma.

Rip eleva una ceja y me mira con determinación.

—¿Estás de broma?

Le sostengo la mirada, pero él continúa, marcando cada sílaba:

—He dicho que vienes a mi casa.

Sacudo la cabeza. Solo pensar en vivir con él hace que me estremezca. Sería demasiado peligroso estar constantemente a su lado.

—En tus sueños, Rip.

—¿Prefieres quedarte aquí y enfrentarte a todos los asesinos que quieran entrar en esta casa?

Ahí lleva razón. Me muerdo el labio. Se acerca a mí y me envuelve en una mirada provocadora. Reculo instintivamente, hasta que mi espalda toca la pared.

—¿Acaso tienes miedo, Kataline du Verneuil? No voy a comerte...

¡El imbécil! Sabe perfectamente que su insinuación apenas disimulada se entiende perfectamente. Me siento enrojecer.

—No es por eso. No quiero irme de aquí. Eso es todo.

—Escucha, Kat —dice Jess, poniendo su mano en mi espalda—. Creo que Rip tiene razón. Es preferible que nos vayamos de aquí un tiempo. Hasta que se calmen las cosas. Además, tienes que poder descansar sin que vuelvan a agredirte. Lo que ha pasado hoy puede volver a pasar si nos quedamos aquí. No quiero pasar los días preguntándome si estás a salvo o no en casa.

¡Tú dirás!

—¡Exacto! —comenta Royce—. De cualquier forma, no hay mejor escondite que la casa de un demonio. Estos bastardos nunca irán a buscarte ahí.

No sé de quién habla exactamente. Y debo admitir que en este momento es la menor de mis preocupaciones. No tengo ganas de discutir con ellos; solo tengo unas ganas repentinas de dormir y olvidar todo lo que acaba de pasar, así que acepto.

—Vale, haré que lo queráis. Pero, por favor, que alguien saque ese cadáver de mi habitación para que pueda hacer la maleta.

Cuando atravesamos el portal de Rip estoy exhausta y me cuesta mantener los ojos abiertos. Es casi preocupante ver que apenas tengo fuerzas para moverme. ¿Es el cúmulo de la fatiga de estas últimas semanas?

El coche se detiene y Rip me abre la puerta. Me da vueltas la cabeza y tengo la sensación de estar balanceándome.

—Ven, te ayudo.

Sin esperar respuesta, se agacha y me coge entre sus brazos. Guau, no me he sentido así de bien desde hace horas. Tengo la sensación de que por fin puedo relajarme y dejarme llevar. Es una reacción extraña, teniendo en cuenta que me encuentro entre los brazos de un demonio.

Mi cabeza se balancea unos segundos, hasta que termino por apoyarla sobre su pecho sólido. Mis ojos se cierran instantáneamente.

Cuando reabro los ojos, estoy en una habitación que no conozco. Es inmensa, con una cama gigante y un baño totalmente equipado. Toda la decoración está hecha en tonos perlados, rosas y grises. Es bonita.

Me deja lentamente sobre la cama.

—Te instalarás en esta habitación, pero antes descansa mientras te preparo un baño.

¡Cuánta atención! No me he habituado a esto. Casi tengo ganas de comentárselo, pero me abstengo. Estoy demasiado cansada como para discutir con él; no tengo fuerza ni para hablar. Me acurruco contra la almohada de satén y me relajo con el sonido del agua que fluye.

Estoy casi dormida cuando se inclina hacia mí. Empieza a abrir el cierre de mis pantalones. Rápidamente, mi mano detiene su brazo.

—¿Qué haces?

Me cuesta reconocer mi voz. Es como si mi boca estuviera paralizada y no llegara a articular correctamente. Tengo la sensación de estar drogada.

—Déjame hacer, preciosa. Yo me encargo de todo —me responde amablemente.

No tengo fuerzas para protestar. Le dejo quitarme la ropa. No me avergüenza encontrarme

desnuda en sus brazos cuando me lleva a la bañera. Mi cerebro está envuelto en una neblina y es como si viviera la escena desde el exterior.

Me desliza con cuidado en el agua caliente llena de jabón. Relajada, un suspiro se escapa de mis labios.

Sin pedirme permiso, empieza a lavarme, lentamente, con atención. El calor del agua, el olor del jabón y la dulzura de los gestos de Rip acaban por calmarme por completo. Mis pensamientos divagan y me llevan hacia el recuerdo de la ducha que tomamos juntos. Mi piel se estremece.

Como si leyera mi mente, los ojos de Rip capturan los míos y no los sueltan a medida que sus dedos recorren mi cuerpo. Estoy hipnotizada por sus iris plateados, que me prometen las mil maravillas. Me arqueo instintivamente para encontrar sus caricias. Es como si mi cuerpo fuera independiente de mi mente.

«Está atraído por él como un imán». Por una vez, estoy en la obligación de constatar que mi pequeña voz tiene razón.

Cuando los dedos de Rip frotan mi pecho, se me escapa un gemido. Detiene su gesto unos segundos y su boca se abre ligeramente. Veo sus caninos sobre sus labios carnosos y esta visión provoca una dulce sensación de calor en la parte baja de mi vientre.

Raphaël se inclina hacia mí, pero cuando creo que sus labios van a capturar los míos, desliza sus brazos bajo los míos para sacarme de la bañera. Sigo alucinada por la facilidad con la que me levanta. Veo sus músculos de acero tensarse cuando me deja en el suelo con cuidado. Me enrolla en una bata y me toma nuevamente entre sus brazos para transportarme hasta la cama.

Sigo atontada, pero esta pequeña sesión de baño ha despertado sensaciones muy diferentes. El recuerdo de nuestras travesuras está todavía presente en mi espíritu, me arden las mejillas y mi cuerpo reclama la embriaguez que Rip le ha descubierto.

Dios mío, tengo ganas de él. Imposible negarlo.

No sé si es la fatiga la que me hace hacer cosas completamente idiotas, pero cuando él me deja sobre el colchón, me mantengo agarrada a su cuello para atraerlo hacia mí. Se resiste unos segundos con sus iris grises plantados en los míos. Parece que tiene dudas.

—Rip, por favor, tengo ganas...

Veo en sus ojos que no se esperaba mi reacción. Hay un brillo de sorpresa seguido de una sombra de satisfacción. Hay un pequeño clic en mi cerebro agotado, pero decido voluntariamente ocultarlo.

Raphaël se inclina hacia mí y, con una codicia que no conocía, me lanzo sobre su boca como una adicta en busca de drogas. Él responde a mi beso con la misma intensidad.

Me encuentro aplastada sobre la cama, plenamente satisfecha de notar el peso de su cuerpo sobre el mío. Su calor, sus manos que recorren mi piel sobre la bata..., todo en él me hace perder la razón. Me impaciento y empiezo a tirar de su camiseta. Tengo muchas ganas de sentir su piel contra la mía. Mi vientre se tensa a medida que mi cuerpo encaja con el suyo.

Mis dedos recorren su torso. Gimo en su boca, pero Rip se aparta bruscamente, dejándome completamente indefensa. Dulce, pero firmemente me mantiene a una distancia razonable.

—Tranquila, preciosa. Sé que es difícil, pero tenemos que ser razonables. Tienes que descansar.

¿Qué? ¿Está de broma?

—Pero no estoy cansada.

Ríe ante mi descarada mentira.

—Sí, ya lo veo. Pero eso no significa que tu cuerpo no necesite descansar. Tienes que dormir, Kataline, así que dejaré que te relajes y continuaremos nuestra... conversación mañana.

¿Se piensa que me dejará plantada, así? Me sube la mosca a la nariz. Es bastante humillante que me rechacen, y eso hiere mi orgullo.

Aprieto las solapas de la bata sobre mi pecho.

—Claro, mañana seguimos. Así de sencillo. Si crees que solo tienes que chasquear los dedos para que me lance a tus brazos...

Su sonrisa de suficiencia me da escalofríos.

—No lo creo, estoy seguro. Estás marcada, nena. Es más fuerte que tú, así que no vale la pena luchar.

Me reincorporo de un movimiento

—Sal de esta habitación, Rip. ¡No soy una de tus *groupies*! —le respondo, poniendo mis manos sobre su torso.

Se aparta entre risas.

«¡Joder, encima se ríe de mí!».

—Vale, vale. Me voy —dice, levantando las manos en señal de derrota—. Pero no lo olvides, Kataline: tienes que dormir.

Recula hasta la puerta y, antes de cerrarla, me guiña el ojo.

—Y es una promesa. Terminaremos lo que hemos empezado.

Le lanzo un cojín, que aterriza contra la puerta que acaba de cerrar.

¡Este tío es verdaderamente imposible! ¿Se cree que puede encender un fuego sin apagarlo? ¡Ya se puede ir a la mierda!

Maldigo interiormente. No debería haberme comportado como lo he hecho. Parezco una chica en celo que se lanza sobre el primer tío medianamente sexi que se cruza por su camino. Dios mío, tengo la sensación de no ser yo.

«Pff, sabes perfectamente que eso no tiene nada que ver». Sí, por ahora me juro no dejar que mis pulsiones dicten mi conducta. Sobre todo con Rip.

Me dejo caer en la cama con un suspiro. No llegaré a cumplir mi promesa...

No sé en qué momento me he dormido, pero cuando despierto es de noche.

Me doy la vuelta buscando mi teléfono, que descansa en la mesita de noche. Son las 4:32 de la mañana. O bien no he dormido más que unas horas o bien he dormido más de un día... Imposible saberlo. He perdido completamente la noción del tiempo.

Me estiro y ahogo un grito. Tengo dolores por todo el cuerpo, como si me hubiera atropellado un camión. Sin embargo, no recuerdo haber hecho nada excesivo, solo el cuerpo a cuerpo con el mercenario.

Las imágenes de la noche invaden mi mente. Si no fueran tan claras, jamás hubiera llegado a creer lo que ha sucedido durante estos últimos días. He pasado de una vida casi banal a una epopeya surrealista en pleno mundo fantástico. Todavía me cuesta aceptar que sea real.

En cualquier caso, Rip tenía razón: estaba agotada. Aunque me duela admitirlo, tenía que dormir. Ahora me siento mucho mejor, a pesar del dolor. Pero todavía estoy cabreada con él. Dejarme plantada como un zapato viejo... Sin olvidar que me debe tener por una ninfómana loca por él. ¡Qué idiota!

Cuando pienso en su semblante de suficiencia y satisfacción... Cualquiera diría que él sabía que iba a caer ante su encanto. Su seguridad me cabrea terriblemente.

«No lo creo, lo sé». ¡Qué pretencioso!

Pero es ahí donde se equivoca. No soy ni seré jamás como todas esas chicas que desfilan por su cama.

Me levanto con un gruñido y me dirijo al baño. Descubro con sorpresa que hay ropa limpia sobre una silla. Estoy segura de que no estaba aquí ayer. «Eso quiere decir que alguien ha entrado mientras dormía. Pero no he escuchado nada». También hay toallas limpias y, sobre la mesa, un plato con pastelitos y zumo de frutas fresco. Mi vientre empieza a quejarse.

Me lanzo sobre la comida como si no hubiera comido en años. Después, tras refrescarme en el baño, me pongo la ropa. Es similar a la del día anterior (o a la de hace dos días).

La tela pegajosa actúa como segunda piel. Tengo la sensación de estar desnuda con esto puesto. Avergonzada, intento en vano tirar de la tela para despegarla. Tendrá que ser así.

Con un suspiro, me dirijo hacia la puerta. Es hora de ir a buscar las respuestas a mis preguntas.

A pesar de la hora, me dirijo hacia la zona de la casa que pertenece a Rip; es mejor ir directamente a la fuente. ¿Quiero respuestas? ¡Él es quien me las puede dar!

Llamo a la puerta con un golpe seco, pero cuando esta se abre, mi corazón se detiene. Mégame, con el pelo enredado y vestida simplemente con un minicamisón, me dirige una sonrisa satisfecha.

—¡Anda, Derbis! ¿Te has perdido? A menos que busques a Rip...

Frunzo el ceño y me muerdo el labio para no decirle de todo. Al fin y al cabo, si su novio es un imbécil, no es su culpa.

Mégame se acerca a mí y me murmura en una voz falsamente melosa:

—No vale la pena buscar. Duerme. Cabe decir que la noche ha sido intensa. Para nosotros dos. El pobre necesitaba olvidar ciertas cosas desagradables.

De repente, no sé por qué, tengo ganas de romperle los dientes blanqueados con láser. Arrugo la frente.

—¿Le puedes decir que necesito verlo? Quiero respuestas. Es urgente.

Ella me mira con altivez, levantando las cejas depiladas.

—OK, le pasaré el recado... Vaya, cuando despierte. Y creo que, con lo que le he hecho esta noche, no va a despertar pronto.

—Oh, eso no lo dudo. Después de todo, ¡es un trabajo!

Sin esperar respuesta, giro sobre mis talones y, con lágrimas de rabia insinuándose en mis ojos, me dirijo hacia la escalera.

Confidencias

Abajo me encuentro a Rosa. Está cocinando, como de costumbre.

«Joder, quería estar sola un rato». Me dispongo a dar media vuelta cuando me llama.

—Kataline, me alegra verla.

Hago una mueca y me adentro en la cocina. El ama de llaves me mira con una mezcla de prudencia y amabilidad.

—Si le apetece, me vendría bien un poco de ayuda.

Tengo la curiosa sensación de que es una excusa para atraerme. Me tiende un cuchillo y un bol lleno de fruta.

—Aquí tiene. ¿Puede cortar las manzanas en cuartos?

Es una locura, todavía está horneando pasteles. Parece que se pasa la vida haciendo esto. Suspiro. «Vale, muy bien, cortaremos manzanas». Cojo una fruta y empiezo a cortarla sin decir nada, pero el silencio dura menos tiempo del que me gustaría.

—Entonces, ¿ahora sabe...?

Es más una afirmación más que una pregunta. Mi mano queda suspendida en el aire. Rosa espera mi respuesta sin dejar de mirarme.

—¿Que si sé qué, exactamente?

—Que es especial...

¡Mierda! Estoy harta de escuchar eso.

—¡No soy especial!

Lanzo el cuchillo con rabia y contengo el flujo de palabras venenosas que invaden mi boca.

Rosa continúa mezclando tranquilamente su receta sin dejar de mirarme. No parece haberle perturbado lo más mínimo mi molestia.

—Es una musa...

Eso es la gota que colma el vaso. Estallo en una risa histérica que no puedo contener. Creo que estoy al borde de la locura.

—¡Pero no tengo ni idea de lo que es una maldita musa! Mi vida acaba de dar un giro que no me hubiera imaginado jamás. Me encuentro propulsada hacia un mundo que no sabía que existía. Hay una banda de ninjas tarados que van a por mí. Y Rip... —me detengo, jadeando.

Rosa espera unos segundos, con las cejas levantadas y sin dejar de mezclar la pasta de su pastel regularmente.

—¿Rip...?

Suspiro y dejo salir mi amargura:

—Rip es un demonio salido directamente del infierno. Un monstruo satírico que manipula a las mujeres para satisfacer sus perversiones sexuales.

Con esto deja de cocinar. Un brillo de tristeza pasa por sus ojos. Me arrepiento de haberme dejado llevar.

—Siento que Raphaël le haya dado esta impresión. No sé lo que ha sucedido entre ustedes, pero sea indulgente. Ha sufrido mucho.

«Pff, ¡lo que me has dicho!».

—¿Y eso es una razón para jugar con los sentimientos de los demás?

—No, eso es verdad. Si la ha lastimado, lo siento.

Mi rabia desaparece definitivamente. No es por ella que estoy así. Al final, no tiene nada que ver con mis historias con Rip.

—No, está bien. Es solo que... ya no sé dónde estoy. Tengo que recomponerme.

—Es normal, ha dormido casi dos días. Debe de estar agotada.

¿Dos días? Abro los ojos con sorpresa.

—Y mi tía, ¿está aquí?

—No, se fue la mañana siguiente a cuando usted llegó.

Se limpia las manos con el trapo y agarra una pequeña tarjeta.

—Tenga, lo ha dejado para usted.

Me mantengo estoica. Es raro que Jess se haya ido y me haya dejado con gente que apenas conoce.

—No se inquiete. Conozco a su tía desde hace muchos años. No la ha abandonado.

¿Qué? ¿Qué locura es esta? ¿Ahora lee los pensamientos?

Rosa me sonrío y mis ojos caen sobre el pequeño papel, en el que reconozco la escritura cursiva de mi tía:

Me he ido con Kris unos días. Una urgencia. Volveremos lo más rápido posible y te explicaremos lo que necesitas saber. No te preocupes. Estás a salvo en casa de los Saveli.

No es su estilo irse antes de que me haya despertado.

Dejo el papel sobre la mesa y retomo el corte de las manzanas con la mente en otra parte.

Tras unos minutos de silencio, Rosa habla de nuevo:

—Si tiene preguntas, Kataline, estoy aquí para respondérselas.

No lo dudo un segundo.

—Tengo toneladas. No sé ni por dónde empezar.

Es verdad. Hay muchas respuestas que me gustaría obtener sobre toda esta historia.

—De acuerdo. Entonces, empecemos por el principio. Se tiene que preguntar cómo empezó todo esto.

Sonrío con amargura.

—Conozco algunos elementos... La carrera, el accidente de moto, el coma...

Rosa asiente.

—Ya veo... —Se detiene unos segundos para reflexionar—. ¿Maxime?

—Sí, es quien me lo contó. Bueno, al principio me dio la versión oficial. Más tarde fue más lejos y me contó lo de la resurrección de Rip...

Rosa vierte la pasta del pastel en unos moldes pequeños mientras retoma la palabra.

—Maxime... es realmente amable. Muy benevolente. La quiere mucho, ¿lo sabe?

Siento que me arden las mejillas. Sí, lo sé demasiado bien.

—Tan diferente de su hermano...

Efectivamente, no hay comparación.

—Rip es abyecto e insensible. ¿Ya era así antes?

Rosa mete los recipientes en el horno y se gira hacia mí. Su semblante es grave, como si tuviera que anunciar el fin del mundo.

—Raphaël se ha convertido en el ser que es hoy por la fuerza de las cosas. Tras varios años, se ha ido escondiendo tras unos muros de insensibilidad para no sufrir. No conozco a nadie que pueda soportar el dolor tanto como él.

—¿Eso es razón suficiente para hacer sufrir a los demás?

Suspira.

—Sabe, no siempre ha sido así. Su sensibilidad le ha costado más sufrimiento del que se pueda imaginar. Una vez confió en alguien, y lo traicionaron. De la peor forma posible. Eso cambió su vida. Es normal que esté enfadado, ¿no?

—¿Hablas de Molly?

De nuevo, me mira como si me viera por primera vez.

—Sí, exacto. Molly. Esa mujer lo destruyó.

No tengo tiempo de hacer nuevas preguntas; un ruido en la entrada llama mi atención.

—Maxime —susurra Rosa.

Mi corazón se tensa. No he visto a mi amigo desde que peleó con Rip en casa de Royce, y no sé cuál será su reacción cuando me vea.

«Él lo sabe... Sabe lo que ha pasado entre su hermano y yo».

Cuando entra en la cocina, me sorprende ver las magulladuras que adornan su rostro. Tiene la mejilla morada e hinchada, y una cicatriz en el arco de la ceja. Me siento avergonzada, como si tuviera algo que reprocharme.

«Te advertió que te alejaras de su hermano. Has jugado con la fruta prohibida y has perdido, Kat. ¡Debería darte vergüenza lo que has hecho con Rip!». Mi vocecita me sermonea firmemente y tengo la sensación de escuchar a mi madre. Intento apartar estos pensamientos, pero muy a mi pesar siento mis mejillas volverse carmesíes.

Y la mirada dura y acusatoria de Maxime fija en mí no ayuda.

—Kataline.

Su voz es cortante como el filo de un cuchillo. Le imploro con la mirada.

—Maxime, yo...

—Rosa, ¿me puedes decir dónde está Royce?

Joder, es peor de lo que creía.

—Está entrenando con los demás, en la cúpula.

Maxime atrapa una manzana y la muerde con fuerza. Su rabia es palpable.

—Voy con ellos. Así me desahogaré.

Me mira unos segundos como para hacerme comprender que yo soy el origen de su enfado. Después, da media vuelta sin dedicarme más atención. Me siento molesta y, empujada por un impulso repentino, lo retengo del brazo.

—Maxime, por favor.

Su cuerpo se tensa. Sus ojos caen hasta mi mano. Como si me hubiera quemado, lo suelto.

—No vale la pena que te expliques, Kat. Has tomado tu decisión y ahora tienes que asumirla.

Gira levemente la cabeza. Él me mira de reojo. Hay tanta amargura en su mirada que me da escalofríos.

—Tengo que irme —dice.

—Max... Lo siento.

Mi disculpa queda sin responder. Con un movimiento ágil, desaparece entre una nube de humo.

Me quedo unos instantes bajo el marco de la puerta.

—Necesitaré tiempo, Kataline. No lo culpe.
Cierro las manos girándome hacia Rosa.
—No lo culpo a él, culpo a su hermano.
«Y todavía más a mí...».

Me quedo con Rosa gran parte del día. Y como me ha prometido, pasa gran parte del tiempo respondiendo mis preguntas. Me confía cosas muy personales y tengo la impresión de ser privilegiada.

Todo lo que aprendo pone en duda mis creencias. El mundo que conocía me parece insípido al lado del que la cocinera me muestra.

El clan de los demonios está constituido de muchas castas. Para empezar, están los originales. En casa de los Saveli, en primer lugar está Raphaël; después, Maxime, Royce y Parker. Son muy pocos y forman un núcleo familiar muy fuerte. A continuación, están los discípulos. Aquí ya son más..., deduzco que el grupo de gente que gravita alrededor de Rip.

Rosa me explica que los discípulos son humanos transformados en inmortales. No tienen poder, aparte de ser casi indestructibles. Casi porque si los originales de sus clanes desaparecen, ellos también desaparecen.

Guau... Me cuesta creerlo.

—Entonces, ¿tú eres una discípula?

Rosa me mira divertida.

—Exacto. Estoy al servicio de la familia Saveli desde que los chicos se transformaron. Me propusieron quedarme con ellos y continuar encargándome de la casa, como ya hacía. Acepté.

—¿Pero tú no tenías familia?

Sacude al cabeza con la mirada llena de emoción.

—Ellos eran mi única familia.

Una pregunta cruza mi mente.

—Hay algo que se me escapa. La historia que me contó Maxime es verdad, ¿no?

—Sí.

—Pero ¿por qué me contó todo esto? No lo entiendo. Podría haberme dejado en la ignorancia. Ciertamente, hubiera tenido menos problemas.

—No lo crea, Kataline. Es una musa, bien camuflada, cierto; pero desde que llegó, todo el mundo sintió que había una nueva presencia. Los chicos necesitaron un tiempo para darse cuenta. Pero, en cuanto lo supieron, no hubo ninguna duda.

Sacudo la cabeza. Me cuesta imaginar que sea un ser especial.

—No tengo nada de extraordinario, ¿sabes?

—Usted ignora lo que es, entonces. Es una situación de lo más inusual.

En ese momento, un aire helado invade la cocina. Rip, Parker, Royce y Maxime aparecen en la estancia.

Reculo instintivamente. No sé si llegaré a acostumbrarme a estas apariciones.

Parker se acerca a mí al verme.

—Ey, Derbis. Ven aquí.

Me atrapa con sus brazos y me impone su calidez. Le respondo como puedo.

—Hola, Parker. Eh, será mejor que evites aplastarme la caja torácica, me evitará morir ahogada.

Se aparta riendo.

Royce se acerca a su turno y me dirige una señal con la cabeza.

—Kataline, ¿cómo te sientes?

Hago una mueca.

—Como si me hubiera pasado un tráiler por encima. He dormido dos días, así que imagino que me hacía falta. Estoy mejor ahora que he descansado.

Maxime se queja.

—Normal. No deberíamos sorprendernos.

Levanto las cejas y lo invito a seguir, pero tras lanzarme una mirada oscura, sale de la cocina murmurando lo que parecen juramentos.

Suspiro sonoramente.

—Genial...

Frunzo el ceño unos segundos y mis ojos caen sobre los de Rip. No ha pronunciado ni una palabra desde su llegada. Le lanzo una mirada furibunda que solo lo hace sonreír.

¡Qué valor! Me dan ganas de saltarle encima.

Me giro hacia Royce.

—¿Cuándo vuelvo a mi casa?

Es Rip quien responde en su lugar:

—Ni de broma. ¡te quedas aquí hasta nueva orden!

Su tono autoritario me eriza la piel.

—¿Y tú crees que voy a obedecer a tus órdenes por las buenas? ¡Te recuerdo que tengo una vida!

—Y yo he prometido a tu tía que te cuidaría hasta su vuelta, así que no tienes elección.

—Pero ¿y mis clases? ¿Cómo lo hago?

Royce interviene a su turno.

—Creo que tienes que prepararte para cambiar de vida, Derbis. La facultad para ti se ha acabado.

Me fallan las piernas.

—¿Qué? ¿Estás de broma?

Rosa se acerca a mí y me pone una mano sobre el brazo.

—Desafortunadamente, Royce tiene razón, querida. Su vida acaba de dar un giro de ciento ochenta grados. No puede permitirse ningún riesgo. Sobre todo en su situación.

—¿Qué significa eso? ¿Qué me tengo que quedar aquí enclaustrada a esperar a que pase el tiempo?

Rip se apoya desenfadadamente contra la pared y cruza los brazos sobre el pecho. Me mira con un brillo provocativo.

—Podemos encontrar cosas que hacer. Tengo muchas ideas que me vienen...

«¡Gilipollas!».

Entrecierro los ojos mientras me muerdo el labio. No puedo contestarle frente a todos, pero él no pierde nada por intentarlo.

—Sin contar que tenemos que cuidarte fuera también. Te recuerdo que ciertas personas quieren tu culito.

Quiero estrangularlo. ¡Qué imbécil!

—¡De ninguna manera! No quiero un guardaespaldas cada vez que salga de casa, ¿lo entendéis?

He gritado las últimas palabras con el busto hinchado y los puños apretados. Mis orejas

empiezan a zumbiar, señal de mi malestar. Si me empujan al límite, no respondo.

—*OK*—dice Royce, tranquilamente—. Entonces, no veo otra opción.

—Que aprenda a defenderse —termina Rip.

La cúpula

Mi espalda aterriza pesadamente sobre el suelo con un ruido seco.

Joder, ya van al menos diez veces que me encuentro en esta posición humillante. Estoy tumbada en el suelo con Parker dominándome desde su altura, con una sonrisa de mofa en su bello rostro de demonio. ¡Tengo ganas de matarlo!

Me reincorporo con un quejido de dolor y empiezo a dirigirme al exterior del *ring*.

—¡Ey, ey! —me interpela mi compañero—. No creas que te vas a ir así. Te recuerdo que la lección no ha terminado, preciosa.

Le levanto el dedo corazón en un gesto solemne, sin siquiera girarme. Cojo una toalla y empiezo a secarme el sudor del cuello. Solo tengo ganas de una cosa, y es de salir de este maldito lugar que me pone la piel de gallina.

—Kat... ¡venga!

La voz suplicante de Parker me llega al corazón. No sé por qué, pero no puedo culpar a este tío. Me detengo en el momento en el que me disponía a salir del cuadrilátero.

Suspiro sonoramente y me giro hacia él.

—Escucha, Parker. Ya ves que no se me da bien, así que ¿por qué insistes?

—Sé que eres capaz de mucho más, preciosa. En el fondo de ti hay algo burbujeante que pide salir. Tenemos que encontrar el interruptor que desencadenará la erupción del volcán.

Unos *flashes* pasan por mis ojos. Los muebles de mi habitación destruidos, las paredes devastadas, el rostro roto de dolor de Robin. Parpadeo rápidamente para sacar esas imágenes de mi mente.

Royce me mira con insistencia.

—En serio, tienes que aprender a protegerte. ¿Has visto de qué son capaces esos tíos? Imagina lo que podrían hacerte si te atrapan.

Su argumento da en el blanco. Reprimo mi amargura y lanzo la toalla a una esquina.

—Vale, pero tengo que hacer una pausa antes. Tengo el derecho, ¿no?

Sonríe.

—Vale. Nos tomamos diez minutos y volvemos a ello.

Me dejo caer al suelo mientras él busca las botellas de agua.

No sabía que un sitio como este existiera. Y bajo nuestros pies, además. Estamos en una especie de gran cúpula subterránea, cavada en la roca. El techo es tan alto que no llego a ver en la oscuridad.

—¿Organizáis combates aquí?

Parker se instala a mi lado y me tiende una botella.

—Sí, utilizamos la cúpula para duelos especiales.

Asiento. Seguido, levantando la cabeza para examinar la sala.

—Me cuesta comprenderlo. ¿De qué os sirve organizar combates? Quiero decir, sois demonios. ¿Qué os aporta? Podrías pulverizar a cualquier persona del planeta.

El rostro de Parker, habitualmente jovial, se tensa.

—Es más complicado de lo que parece, Kat. No siempre hacemos lo que queremos. Pero

volvamos a ti, ¿cómo te sientes? Tiene que ser extraño para ti descubrir todo un mundo que ignorabas que existía...

Río.

—Es lo mínimo que se puede decir. Vine a París para... recuperar mi salud. Y, al final, me encuentro embarcada en una historia para no dormir. Cuando pienso que el mundo ignora vuestra existencia...

Parker carraspea. Parece avergonzado.

—Es así, ¿no?

—De hecho, hay ciertos humanos que conocen perfectamente el mundo paralelo. Y créeme, son peores que las criaturas de la noche.

Me dejo caer de espaldas.

—Kat, ¿estás bien?

Me froto el rostro con las manos para verificar que no sueño.

—Joder, Parker. ¿Escuchas lo que me dices? Me estás explicando que existen un montón de criaturas que viven a nuestro alrededor...

Él se acuesta a su vez y cruza sus manos detrás de la cabeza. Mantengo la vista fija hacia arriba, intentando distinguir el techo. Temo saber la verdad.

—Lo siento, Kat. Sé que es difícil de aceptar.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Nadie lo sabe?

—Somos capaces de camuflar nuestra apariencia a los ojos de los humanos.

—Tengo otra pregunta, Parker: los tipos que fueron a por mí, los mercenarios, ¿quiénes son?

Parker suspira. Creo que mi pregunta lo perturba.

—Son mutantes. Mitad demonios. Sirven como ejército para los humanos, que los utilizan para hacer su trabajo sucio.

—¿Quieres decir que los humanos también van detrás de mí? Pero creía que era porque...

—¿Eras una musa? Sí, es por eso.

—Entonces, tengo que admitir que no entiendo nada. Pensaba que una musa interesaba sobre todo a los demonios...

Parker se levanta y me tiende la mano.

—Una musa interesa a todo el mundo, Kat. Vamos, la pausa ha terminado. Tenemos que volver a practicar.

Atrapo su mano en silencio. Creo que me hará falta más tiempo para digerir todo esto.

Sacudo el brazo e inclino la cabeza a derecha e izquierda mientras salto.

«Venga, amiga. Enséñale que sabes defenderte». Mi consciencia me anima como puede, pero sé perfectamente que no tengo nada que hacer al lado de Parker la Montaña.

Cierro los ojos para concentrarme mejor. «Veamos por dónde llegará esta vez».

Siento un movimiento del aire detrás de mí, a la izquierda. Lo esquivo saltando a la derecha. Desafortunadamente, de nuevo, voy demasiado tarde. Parker me atrapa la parte superior del cuerpo. Me agarra y me quedo completamente bloqueada entre sus brazos. Intento soltarme como puedo, pero tengo la sensación de estar atrapada entre placas de hierro. Me retuerzo sin resultado.

Siento el aliento de Parker en mi mejilla.

—¿Y bien, preciosa? ¿Cómo piensas salir de esta situación?

Sin pensarlo, clavo mi talón en su pie. De repente, lo oigo soltar un juramento. Sus brazos se

aflojan. Aprovecho para agacharme y escapar de su agarre. Me giro hacia él y salto.

—¡Yupi! ¡Lo he conseguido!

Ver a Parker masajearse el pie me hace estallar en risas.

—Joder, ¡pero no te rías! ¡Duele de narices!

Río todavía más.

—¿Qué? ¿El gran demonio Parker se dobla en dos por una pequeña pupa en el pie? ¡Eres un bebé!

Entrecierra los ojos.

—¡Verás el bebé!

Sin avisar, se proyecta hacia delante con una velocidad sobrehumana y me golpea con toda su fuerza, arrastrándome con él en la caída. Amortigua el choque con sus brazos y me encuentro aplastada bajo el peso de su cuerpo. Después, sin esperar, empieza a hacerme cosquillas en las costillas.

Dios mío, no puedo con las cosquillas. Empiezo a reír y a llorar al mismo tiempo. Es horrible.

—Dios, Parker, ¡para! Me voy a mear encima...

Pero Parker no me escucha y continúa con su tortura. Me río de buena gana.

—Ya no eres tan listilla, ¿verdad?

El ruido de una puerta que se abre me impide responder. Un viento frío invade el espacio.

De repente, Parker me suelta y se reincorpora, dejándome sola en el suelo, todavía sacudiéndome por la risa. Pero pronto mi sonrisa se borra cuando descubro quién acaba de entrar en la cúpula. Rip.

No me hace falta ver su rostro para saber que está de un humor de perros.

—¡Parker! ¿Me explicas cómo va a aprender a pelear si pierdes el tiempo jugando como un niño?

Parker baja la cabeza como si hubiera sido pillado con las manos en la masa. La actitud de Rip me irrita hasta lo más alto. Me reincorporo a mi turno.

—Simplemente estábamos haciendo una pausa. De todas formas, no estoy hecha para el combate. Eso está claro.

Rip lanza una ojeada a Parker.

—*Sip*, creo que tiene razón. Lo hemos intentado varias veces y no lo hemos conseguido. Si yo hubiera sido un mercenario, ya estaría muerta. Siento decírtelo, Kat, pero no estás dotada.

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno, tampoco hace falta meter el dedo en la llaga.

—Ya sigo yo, Parker. Puedes dejarnos.

Parker parece dudar un instante. Abre la boca para hablar, pero Rip se lo impide con una voz cortante:

—He dicho que nos puedes dejar. —Sus ojos lanzan destellos. Parece que vaya a saltarle a la yugular.

Parker recoge sus cosas.

—Como quieras, tío. Kat, ¡hasta la próxima! Te deseo buena suerte.

Rip le lanza tal mirada que hace que se dé más prisa. Sale del *ring* y se dirige hacia la inmensa puerta de hierro por la que su líder ha llegado. Apenas pasa, la puerta se cierra de un golpe seco y atronador. Entrecierro los ojos al constatar que Rip la ha cerrado con un simple gesto de su mano.

Me aprieto el puente de la nariz mientras cierro los ojos para no explotar.

—Muy bien, ahora telequinesis. ¿Tienes otras fantasías que mostrarme?

Rip no responde y se contenta con dirigirme una mirada asesina. Un brillo extraño pasa por sus ojos a medida que me observa. Siento un escalofrío recorrer mi columna y me regaño interiormente. «¡Maldito cuerpo que me traiciona nuevamente!».

—Así que Parker dice que no hay nada que hacer contigo, que no puedes aprender a defenderte...

—No es Parker quien lo ha dicho, ¡es un hecho!

—A menos que pueda persuadirte de lo contrario —interviene en tono imperioso.

—¿Estás de broma? —La sorpresa me hace sonreír.

—He visto lo que puedes hacer sin entrenamiento. Y en varias ocasiones... —No sé a qué se refiere. Él prosigue—: La otra noche, cuando el mercenario estaba sobre ti, sé que pasó algo. Estabas cambiando.

Eh, sí, simplemente estaba siendo estrangulada.

—¿Te refieres a cuando el tipo me agarraba del cuello y yo me ahogaba? Si a eso lo llamas cambiar, entonces, sí, es eso: estaba cambiando de persona viva a cadáver.

Rip ignora mi burla y continúa.

—Y la vez que te lanzaste sobre mí en medio de la discoteca... Esa vez también estabas diferente, ¿no?

Me quedo sin voz. Rip levanta una ceja.

—¿Necesitas que te haga memoria, Kataline? Era una historia sobre unas braguitas, acuérdate.

Siento las mejillas enrojecer.

—Yo me acuerdo perfectamente —Rip sigue atormentándome—. Pero lo que mantengo perfectamente en mi recuerdo es lo que pasó antes... Estabas particularmente deliciosa esa noche.

Mi cuerpo entero empieza a calentarse. ¡Este tío acabará por matarme!

Me mantengo con la boca abierta, mirándolo mientras se acerca a mí a paso lento. Su semblante de felino en plena caza hace que mi mente dé una vuelta entera. Lo imagino acercarse a mí, desnudo y conquistador, con sus magníficos labios abiertos sobre sus caninos inmaculados. Mi vientre se tensa instintivamente y sacudo vivamente la cabeza para sacar estos sucios pensamientos.

—Pareces pensativa, preciosa. ¿Es por la idea de entrenar cuerpo a cuerpo conmigo?

Su arrogancia me provoca el mismo efecto que una ducha de agua fría. ¿Cree que puede tenerme chaqueando los dedos, cuando hace apenas dos días Mégane salía de su habitación todavía despeinada por sus arrebatos?

Hago una mueca dubitativa.

—Perdona, Rip, pero por ahora no has hecho más que hablar.

Su ceja se levanta en señal de sorpresa. Por una vez le he cerrado el pico, así que saboreo mi victoria. Sin embargo, esta no dura demasiado. Rip se detiene ante mí, tan cerca que puedo sentir el calor que escapa de su cuerpo. ¡Este tío es testosterona en estado puro!

Me atrapa un mechón y lo enrolla entre sus dedos.

—Mira que puedes ser impaciente, nena.

Y sin esperar más, me empuja violentamente hacia atrás.

Curso particular

Guau... No me esperaban para nada este ataque tan repentino.

Me agarro a la valla y le dirijo una mirada asesina.

—¡Eso no vale! ¡No estaba preparada!

Rip no ríe. Su semblante sombrío y concentrado me indica que la clase ha comenzado.

—¿Crees que los enemigos te darán tiempo para prepararte? No, vendrán cuando menos te lo esperes. Te sorprenderán cuando duermas, cuando pienses que estás tranquila en la ducha o en la esquina de una calle cuando creas que estás sola...

Sin darme tiempo a responder, vuela hacia una esquina de la cúpula y regresa casi instantáneamente con una especie de palo. Me lo lanza sin miramientos. Atrapo el trozo de madera en pleno vuelo. A veces mis propios reflejos me sorprenden. Un brillo de asombro pasa por los ojos de Rip; debe de estar igual de sorprendido que yo.

Curiosamente, la madera es más ligera de lo que me esperaba. Su apariencia lisa y suave es agradable al tacto, y es flexible como una caña.

—Bueno, ahora veamos lo que puedes hacer con esto.

¿Está de broma? Si no me sé defender con las manos desnudas, todavía menos con un palo.

—Eh, Rip... Te recuerdo que no he hecho esto nunca.

Suspira molesto y se planta ante mí, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, tendrás que aprender, nena.

—¡No me llames así!

—¿Qué? ¿Te molesta? ¿Por qué no debería llamarte así? Ahora me perteneces, lo sabes, ¿no?

Abro los ojos como platos.

—¡Nunca! No soy una de tus cosas.

Su boca forma una sonrisa burlona.

—¿Una de mis cosas? ¡Interesante! Me gusta bastante el concepto. Hacer lo que quiera contigo... para divertirme.

Empiezo a hervir por dentro. Tengo la sensación de que me toma por un juguete sexual.

—Para eso ya tienes a varias, ¿no? Mégane, Lucie... ¡Y seguro que a muchas más!

Veo un ligero brillo de molestia en sus iris, pero conserva su pequeña sonrisa, que me inquieta.

—¡No tengo ganas de formar parte de tu colección!

—Qué pena, podría enseñarte muchas cosas. Parece que es con mi lengua con lo que soy mejor...

Oh, Dios mío, no puedo creer lo que escucho. No ha dicho eso, ¿verdad? Me pongo más roja que un tomate. Tengo que concentrarme. Sin embargo, empiezo a acalorarme y me cuesta controlarme.

—¿Qué? ¿Eso te deja sin palabras, nena? Es verdad que tu falta de... experiencia debe ser un hándicap. Pareces tan mojigata cuando en realidad eres un volcán dormido.

Cierro los ojos unos segundos para intentar calmarme. ¡Grave error! Porque él aprovecha mi

desconcentración para atacar. Me da un violento golpe en los hombros que me proyecta al suelo. «Au, duele de narices».

—Eres patética. Tan fácil de ganarte... No será nada difícil para tu enemigo.

Empieza a calentarme. Ignorando el dolor, me levanto con toda mi fiereza. No sé si es la cólera o el golpe en mi espalda, pero las orejas comienzan a zumbarme peligrosamente.

Agarro firmemente el palo y, sin pensarlo, me lanzo sobre Rip. Pero él es rápido como un rayo y evita sin dificultad mi asalto. Doy media vuelta para atacar de nuevo, pero vuelve a esquivarme con una facilidad desconcertante.

—¡Qué delicada!

Me cabrea. Me lanzo hacia él gritando.

—Demasiado lenta. Si eres así en la cama, me aburriré rápido, nena.

Dios, como me enerva.

—Si... todavía... crees... que... me... tendrás... en... tu... cama... —Pronuncio cada palabra junto a cada ataque. Pero tampoco sirve; Rip desaparece a la velocidad de la luz y reaparece justo a mi lado, lo suficientemente rápido para sorprenderme y mandarme al suelo.

Tras unos momentos, me detengo sofocada. Rip me observa un instante, divertido.

—Te prometo que acabarás en mi cama a finales de semana, nena. No he terminado contigo. No puedo evitar estallar de risa.

—Estás tan seguro de ti, Rip. ¿Te has imaginado en algún momento que yo no quiera? ¿Qué no esté interesada en ti?

Mis palabras dan en el blanco. Su mirada se oscurece y deja de sonreír. Yo sigo, para hacerle comprender que no tengo ninguna intención de ceder nuevamente a su encanto.

—¿No has pensado nunca que pueda estar interesada en otra persona?

Su rostro se tensa completamente. Me observa con una mirada asesina. ¡Joder, parece posesivo! Después, sorprendentemente, cambia de táctica: se vuelve el tío distante al que parece no importarle nada.

—OK, como quieras. De todas formas, no es como si me interesaras. Ya he obtenido lo que quería, ¿no?

Su comentario me deja sin aliento.

—No me lo puedo creer. ¡Realmente eres un idiota, Raphaël Saveli!

—¿Por qué? ¿Qué te esperabas, Kataline Anastasia Suchet du Verneuil? ¿Pensabas que te querría convertir en mi favorita? No tienes suficiente experiencia para eso. Hace dos días todavía te escondías bajo esa ropa vieja y parecías una monja. Apenas te merecías que te tocara... Así que, alégrate. Te he hecho un favor besándote.

Es la gota que colma el vaso. Un velo rojo empieza a aparecer ante mis ojos.

—¡Maldito imbécil!

Me lanzo sobre él con rabia. Pero una vez más, Rip evita mis asaltos. Pasa de un lado a otro del *ring*, tan rápido que me cuesta distinguir sus movimientos.

—Eres demasiado previsible, nena. Podría hacer contigo lo que quisiera.

Hago una última tentativa, pero en el momento en el que creo alcanzarlo, me atrapa y me empuja hacia atrás. Mi cabeza aterriza sobre el suelo y veo destellos ante mis ojos. No contento con haberme tirado al suelo, Rip me domina desde su altura con aire desdeñoso.

—Mírate, Kataline. Tan mojigata, tan inocente...

Sus palabras me provocan un clic. Me veo de nuevo años atrás, en una cabaña en mitad del bosque. Sobre mí están Robin y Miguel, ambos con aire maligno, sonrisas diabólicas y las manos

todavía cerradas de haberme pegado...

Y toda la sangre se acumula ante mis ojos. El velo rojo que me invade termina por engullirme.

El grito me sorprende incluso a mí. Punzante, salido de otro mundo. Me doy cuenta de que he perdido la consciencia. Sin embargo, estoy de pie enfrente de Rip, quien me sostiene entre los brazos y me aprieta como si quisiera evitar que me escapara.

Estoy empapada en sudor y me duele todo. Parece que me haya pegado... ¿con él?

—Kat, has vuelto —dice, mientras relaja levemente su agarre, aliviado.

¿Qué? ¿Vuelto de dónde? Sacudo la cabeza sin comprender. El velo rojo sigue aquí, pero es más pálido. Me siento cansada, como si hubiera hecho esfuerzos sobrehumanos.

—¿Estás bien? ¿Te puedo soltar?

Parece inquieto. Una arruga de preocupación cruza su frente. Él también está empapado. Parece que viene de correr un maratón.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado? —Mi voz no es más que un murmullo.

—Lo que quería que pasara: la musa se ha revelado.

Suelto mi brazo y me aprieto el puente de mi nariz. Rip me libera, pero mis piernas están demasiado débiles para llevarme, así que continúa sosteniéndome contra él. Su calor reconfortante me impide estremecerme.

—¿Qué quiere decir eso? No me acuerdo de nada...

Rip me deja en el suelo y se sienta a mi lado.

—Lo sé. Es la primera vez que lo veo. Tú y tu musa sois dos seres casi completamente distintos. Y cuando ella aparece, tú pasas a un segundo plano. Es increíble.

Lo miro sin responder. De todas formas, ¿qué podría responder si no sé todavía lo que es una musa? Rip comprende que estoy perdida, por lo que me da las explicaciones que esperaba:

—Eres una de las últimas musas que existen en el planeta, Kataline. Formas parte de una línea muy antigua de brujas eslavas. Tu madre es una, tu abuela era una..., y todos tus ancestros desde que los demonios existen. ¿Tu madre no te ha contado nada sobre tu familia y sus orígenes?

Niego suavemente con la cabeza. De repente, tengo ganas de llorar. El velo rojo ha desaparecido completamente.

Mis hombros se desploman. Rip debe de sentir mi desazón, porque intenta tranquilizarme cogiéndome de la mano.

—Seguro que tu madre tenía sus razones para no revelarte tu identidad.

Suspiro. «Sí, debía de tener sus razones...».

—Entonces, ¿soy una especie de monstruo? ¿Una bruja?

Rip sonrío y me acaricia dulcemente la mejilla.

—No exactamente. Digamos que tienes algunas particularidades que hacen de ti un ser especial.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el hecho de que puedes tener tanta fuerza como diez hombres juntos.

Le dirijo una mirada sorprendida.

—¿En serio?

Rip vuelve a sonreír.

—¿Crees que yo estaría así si no fuera el caso? Me has hecho pasar un mal rato, ¿sabes?

Tenía que evitar que me mataras sin hacerte daño a ti... No quería lastimarte.

—No es tu caso... Te sangra la ceja.

Se toca la frente, que ya empieza a cicatrizar.

—Tu huésped me ha hecho besar un palo. No es muy agradable, en realidad.

Me avergüenzo.

—Lo siento. No me acuerdo de nada.

—Eso es lo que es extraño. No controlas nada de tu transformación, como si te hubieran habituado a controlarte, a camuflarte. —No sabe lo que está diciendo—. Me ha costado encontrar el desencadenante, pero ahora sé cómo hacerlo. La ira es parte de lo que te impulsa.

—¿Quieres decir que todo eso...?

—Era premeditado, sí. Te he empujado de regreso a tus trincheras. Quería saber si podía sacarte la verdad. Debo decir que ha funcionado mejor de lo que esperaba. Eres formidable, Kataline.

Me quedo quieta unos instantes, absorbiendo la información.

—Cuando era pequeña pasaba lo mismo... Cuando estaba en este estado, no me acordaba nunca de nada. Lo veo todo rojo y... Después es como si cayera al vacío. Y cuando me despierto, solo puedo ver los daños.

Rip me mira con aire pensativo.

—Sí, es asombroso. Pero remediamos eso. Te vamos a enseñar a dominar tus emociones para que puedas mantener el control.

Dios mío. No sé si tendré fuerzas. Esta pequeña sesión de entrenamiento me ha consumido. Lanzo una mirada inquieta a Rip, que me sigue sonriendo. Su comportamiento ha vuelto a dar un giro de ciento ochenta grados. Ahora parece contento, como si estuviera satisfecho de la situación.

—Pareces alegre.

Me guiña el ojo provocativamente.

—Sí, espero con ansias nuestras sesiones de entrenamiento.

Guau. Si quería subir la temperatura y al mismo tiempo mi aprensión, ha ganado.

—Con todo el honor, por supuesto.

¡Por supuesto...!

Tristeza

Ya hace rato que me he despertado, pero no consigo levantarme. Lo que me contó Rip me ha confundido más de lo que esperaba. Descubrir mi verdadera naturaleza, saber que mi madre me ha escondido una parte de mi historia... Todo eso ha trastornado mis creencias.

Pero lo peor ha sido volver a ver las imágenes que tenía escondidas en lo más profundo de mi mente después de tanto tiempo. Ver resurgir los rostros de Miguel y Robin en mi cabeza es más de lo que podía soportar. Joder, tres años de terapia jodidos en unos minutos.

Culpo a Rip de haber provocado eso.

Sobre todo desde que se fue la misma noche de entrenamiento con todo su grupo. Me encuentro sola con Rosa. La pobre...

Estoy encerrada en la penumbra de mi habitación, intentando meditar para no pensar en nada. Temo el momento en el que una idea pueda hacer resurgir a la musa. No quiero que venga y se haga cargo de mi conciencia.

Tengo la sensación de estar habitada, oída por una presencia gangrenosa que me hace hacer cosas que me sobrepasan. Cuando veo el estado en el que Rip se encontraba tras el enfrentamiento... Me dan escalofríos.

Es como si me encontrara con un ser maléfico que viene a controlar mi cuerpo sin que pueda evitarlo. ¿Lo veis? Una especie de tenia que te devora la energía y te contamina desde dentro. ¡Es horrible!

«Dios mío, ¿cuándo terminará esta pesadilla?».

Miro la hora en el despertador. Las 8:30... Ya hace tres horas que le doy vueltas a la cabeza.

Un ligero golpe en la puerta me saca de mis oscuros pensamientos. El rostro de Rosa aparece por ella.

—¿Puedo?

—Claro.

Se adentra en la habitación con una bandeja en la mano. La sola vista de los pasteles me alegra el corazón. Rosa se da cuenta, porque en el momento en el que deja la bandeja sobre la mesa se planta frente a mí con los puños en las caderas.

—No se la ve muy bien, Kataline.

Me siento en la cama.

—Creo que no es mi día... Ni mi semana.

—No se puede quedar aquí deprimida, mi niña. Hay que reaccionar. ¿Por qué no va en busca de algo que le haga pensar en otra cosa?

Pongo la cara del Gato con Botas.

—¿Tienes ejemplos?

Su labio superior se levanta en una pequeña sonrisa maliciosa.

—¿La cocina?

«Oh, no, ¡piedad!».

—¿El dibujo, entonces?

Eh, no había pensado en eso... Sí, eso podría valer.

—No le digo nada nuevo cuando comento que el arte es liberador. Ponga sobre el papel los tormentos y quizás así se sienta mejor.

Me levanto. Sí, voy a dibujar.

—Gracias, Rosa. Efectivamente es una excelente idea. Todavía tengo que ultimar el tatuaje de Rip...

—Le alegrará saber que trabaja en su proyecto.

Una pregunta me atormenta, pero me muerdo el labio para no formularla.

Rosa me señala el desayuno que ha puesto en la bandeja.

—Debería comer. Se sentirá mejor.

Asiento agradecida. Cuando se dirige hacia la puerta, se detiene antes de salir.

—Ah, por cierto, los chicos se han ido unos días. Rip me ha pedido que le diga que hará lo posible por volver pronto. Aparentemente, no quiere dejarla sola mucho tiempo.

Cierra la puerta antes de que pueda reaccionar.

Mi pulso se acelera. La idea de volver a ver a Rip me estresa.

«Bueno, adelante, amiga, ¡muévete!». Mi vocecita me da órdenes. ¡Hacía bastante que no se manifestaba! Pero, por una vez, tiene razón. Es hora de moverme, si no quiero acabar volviéndome loca.

Tras una ducha de al menos veinte minutos, salgo del baño con un poco más de energía. Es tiempo de trabajar. De todas formas, tengo que hacerlo para no deprimirme.

Agarro la carpeta de diseño que cogí antes de irme del apartamento. El croquis de Rip sigue ahí. Tengo que perfilar los contornos para aumentar un poco el contraste.

Agarro el lápiz y me pongo manos a la obra. Imagino el diseño en la piel de Rip, al lado del cuervo *trash polka*. Los rasgos de la chica sobre sus músculos tensos... Es realmente sexi.

Mi garganta se seca de golpe. Es una locura el efecto que este demonio tiene sobre mí. Sé lo que es y el peligro que representa. Tiene un carácter de perros y me horripila la mayor parte del tiempo. Y, sin embargo, con solo imaginarlo con el torso desnudo me vienen sudores.

Las imágenes de la única noche que hemos pasado juntos vuelven a mi memoria. Fue muy intenso.

«Mierda, piensa otra cosa, ¡sino no podrás hacer nada!». Me carcajeo sola. «OK, volvamos».

Retomo mi trabajo intentando pensar en otra cosa. Tras una buena media hora, miro mi obra. Creo que, esta vez, está mucho mejor. Está terminado.

Cuando pienso que he representado el rostro de Molly y que Rip lo va a tener gravado en la piel, mi corazón se encoge. ¿Cómo puedes querer tatuarte la imagen de la persona que te ha hecho sufrir? Según Rosa, su historia con Molly lo destruyó completamente...

Tomo otra hoja y empiezo a garabatear sin prestar demasiada atención al dibujo que forman mis trazos. Mis pensamientos continúan teniendo a Rip. No ha venido a esta habitación tras varios días. En cambio, su presencia todavía es perceptible a mi alrededor. Es como si me hubiera impregnado su olor. Las imágenes de nuestra confrontación en la cúpula aparecen en mi mente. Lo veo agarrándome contra él para intentar calmarme. Es realmente asombroso saber que hice daño a un tío como él. Es un demonio y, sin embargo, al verlo, se diría que tuvo todas las dificultades del mundo para controlarme.

«Tenía que evitar que me mataras sin hacerte daño a ti...». Cuánta atención. Me pregunto cómo habría terminado todo eso si no hubiera tomado esas precauciones.

En cualquier caso, al final parecía realmente satisfecho. Descubrir lo que puede hacer salir al monstruo escondido en mi interior le dio placer. Me pregunto por qué.

Un *flash* pasa por delante de mis ojos... y mi corazón deja de latir. Robin y Miguel. Ellos fueron el detonante.

Mi mano se desliza por el papel cuando las imágenes vuelven para darme caza. «No... ¡eso no!».

Acabo por cerrar los ojos para intentar apartar los recuerdos morbosos. Las lágrimas caen por mis mejillas cuando entono la melodía que me calma. Aprieto los párpados para evitar que el velo rojo inunde mis pupilas.

«Va a volver... La musa».

Lucho con todas mis fuerzas y... colapso. Con la cabeza sobre mi dibujo y las mejillas empapadas.

Cuando retomo la consciencia, sigo sentada ante el escritorio. Me reincorporo con una mueca y cojo la hoja de papel que se ha quedado pegada a mi mejilla.

Grito cuando veo los rostros de Miguel y Robin trazados sobre el papel.

La puerta de la habitación se abre de golpe y Maxime corre hacia mí.

—Kat, ¿qué ocurre?

Parece en pánico, igual que yo. Lo miro desconcertada y una idea cínica cruza mi mente: «Fíjate, ¿ahora me habla?».

Me froto el rostro y me levanto de la silla.

—No es nada. Es solo que...

Mis ojos caen sobre la hoja húmeda. Maxime sigue mi mirada y atrapa el trozo de papel. Arruga la frente y sus ojos van del dibujo a mí.

—Vale, ven aquí.

Contra todo pronóstico, Maxime me atrapa entre sus brazos y me estrecha entre ellos. Necesito una fracción de segundo para reaccionar. Me acurruco contra su pecho y escondo mi rostro en su cuello.

No pensé que me sentiría así de bien de tenerlo contra mí. Su agradable olor me provoca el efecto de un calmante. Mi respiración retoma un ritmo normal y las imágenes de mi pesadilla se alejan poco a poco.

Maxime me acaricia dulcemente el pelo.

—Todo irá bien, ahora. Estás a salvo.

Su frase queda en suspenso en mi cabeza. Es como si ya la hubiera escuchado. De hecho, tengo la extraña sensación de ya haber vivido esta escena.

Nos quedamos el uno contra el otro, sin hablar, durante unos largos minutos. Maxime me mece como a un bebé. Saboreo la sensación que me dan sus brazos tranquilizadores. Después, lentamente, se aparta de mí. Con una ternura infinita, libera un mechón de mi pelo que se había quedado pegado a mi mejilla.

—¿Estás mejor? ¿Te sientes mejor?

Asiento, incapaz de pronunciar palabra. Tengo una bola enorme en la garganta que me impide hablar.

—Te presento mis disculpas, Kat. No tenía que haber reaccionado así contigo. Eres libre de tomar tus decisiones, y no tengo por qué interferir. Que sepas que no te culpo.

Levanto los ojos hacia él y la bola se disuelve como por arte de magia. Parece sincero.

—Aunque no lo apruebe, no tengo derecho a intervenir en tus decisiones.

Carraspeo para aclararme la voz.

—Gracias, Max.

—Pero, de todas formas, tengo que advertirte una vez más: mi hermano es... En fin, no te fíes de él.

«Y vuelve a ponerlo sobre la mesa...».

—Sé cómo es tu hermano, Max. He pagado el precio en varias ocasiones. Es arrogante, egoísta y colecciona chicas. No necesitas decirme nada más. Si eso te calma, me he prometido alejarme de él.

Dubitativo, me mira como si buscara leer la confirmación de mis palabras en mis ojos.

—De todas formas, ya tiene suficiente con... todas sus *groupies*.

Maxime sacude la cabeza.

—Pareces tan segura de ti misma... Creo que no tienes ni idea del poder que puede tener sobre ti. Te ha marcado, Kat.

Un pinzamiento en mi corazón me provoca una mueca.

—El muy bastardo ha puesto su marca sobre ti —repite Maxime, con la voz llena de rencor—. Todos los seres del mundo de la noche saben que le perteneces.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

Me mira con un aire de disculpa. Luego, me empuja hacia la cama para que me siente.

—Esto no te va a gustar. —Baja la cabeza con dramatismo, como si fuera a anunciarme el fin del mundo—. Llevas sobre tu piel un símbolo, invisible al ojo humano pero que quienquiera que lo vea de nosotros sabrá que eres propiedad de Raphaël Saveli. Ningún demonio podrá codiciarte sin provocar la ira de mi hermano. Si se atreviera siquiera a acercarse a ti, Rip tendría derecho a matarlo.

Me cuesta creerme lo que oyen mis oídos. ¿Soy propiedad de Rip? ¿Su *cosa*? La rabia provoca zumbidos en las orejas. ¡Oh, no! Imposible dejar las cosas como están.

—¡Le ordenaré a Rip que me quite esta puta marca inmediatamente!

Mi grosería le hace levantar la cabeza.

—Es inamovible, Kat. Una vez que se te ha puesto la marca, es imposible borrarla.

Cierro los ojos durante unos segundos.

—Pero ¿por qué ha hecho eso? Puede tener a todas las tías de la Tierra con solo chasquear los dedos. Así que, ¿por qué yo?

Maxime sacude la cabeza.

—Porque eres una musa, Kataline. Y también porque... estás cerca de mí.

—¿Quieres decir que ha hecho esto solo para hacerte daño?

—Siento que te encuentres atrapada entre nuestras historias familiares...

Sin embargo, es el estilo de Rip. La relación que tiene con Maxime es muy particular. Parece que se quieren tanto como se odian.

—¿Dónde está esta marca? ¿Tú la puedes ver?

Asiente.

—Tan claramente como te veo a ti. La tienes en la nuca.

Instintivamente, paso mis dedos por la base de mi pelo. No noto nada.

—Es una mariposa. Una esfinge.

Una mariposa esfinge... Como la que lleva Rip en la nuca.

—Te juro que si no encuentra una forma de quitármela, lo voy a matar, Max. No tenía

derecho.

—A Rip le dan igual los derechos... Toma lo que quiere cuando quiere. Adora los desafíos. Y tú, Kat, eres el desafío más grande de toda su vida inmortal. ¿Cómo quieres que se resista? Es lo que le ha dado vida desde siempre: la adrenalina, el peligro... Es lo que lo mantiene con vida.

—No entiendo qué hay de peligroso en marcarme. Aparte de poder tener alguna pelea, Rip no corre un gran peligro.

—Te equivocas, Kat. Representas mucho para nosotros.

Me cuesta creerlo.

—¿Sabes cuándo vuelve?

Un destello pasa por los ojos de Maxime.

—Dentro de un día o dos.

—OK, no pasa nada por esperar. Se arrepentirá de haberme marcado en contra de mi voluntad.

«Oh, joder, sí. Lo va a lamentar». Choco los cinco con mi voz interior. ¡Por una vez, estoy de acuerdo con ella!

El yin y el yang

Maxime me coge la mano para llevarme al estudio. Esta mañana ha decidido ensayar para el próximo concierto, que tendrá lugar el siguiente fin de semana. Me ha propuesto amablemente asistir al ensayo.

Sigo sin entender por qué quieren seguir haciendo estas actividades, como humanos. Maxime me ha contado que mantienen una vida normal para no perder completamente la humanidad. No me ha dicho nada más, pero me he prometido volver al tema para saber más.

No consigo entenderlos, ni sus estilos de vida ni sus razones de ser. No le veo sentido a todo eso. Toda criatura tiene un rol en este mundo, así que, ¿cuál es el de los demonios? ¿Y el de las musas?

Todas estas preguntas giran en bucle en mi cabeza mientras sigo a Maxime hacia el estudio.

Llegados a la puerta, se gira hacia mí y sonrío. Eso me alegra el corazón. Estoy contenta de haberme reconciliado con él. Echaba de menos nuestras charlas y nuestra amistad. Maxime ha sido la primera persona con quien he conseguido tener una relación de amistad tras mi llegada a París. No podíamos seguir enfadados.

Se instala al otro lado del cristal y agarra su bajo. Después, toquetea las clavijas y empieza a tocar.

La voz de Rip invade la pieza y unos escalofríos recorren mi nuca. Qué locura. Este tío está conectado directamente a mis terminaciones nerviosas. Incluso cuando no está ahí, es suficiente con escuchar su voz para que mi cuerpo reaccione.

Intento centrar mi atención en Maxime, que mueve las manos por las cuerdas, pero es imposible. Las imágenes de Rip vuelven a mi mente.

Rip sobre mí, con los músculos tensos y la mandíbula apretada, atrapándome contra él, su boca imperiosa forzando la mía, sus manos recorriéndome entera, su aliento sobre mi piel... El calor que aumenta en mi vientre.

«Joder, despierta, Kat. O no vas a poder controlarte».

Me levanto demasiado rápido y hago un pequeño gesto a Max antes de salir.

Maxime entra en mi habitación diez minutos más tarde.

—Kat, ¿va todo bien?

—Sí, es solo que...

—¿Rip?

Sí, Rip otra vez. Asiento avergonzada.

—Vale, OK. Pues haremos otra cosa. Ven, vamos al taller.

«Espero que eso me ayude...».

Pasamos el resto del día y el día siguiente pintando. Reconozco que me hace muy bien poner sobre el lienzo mis estados anímicos. Es como si me liberara de un fardo demasiado pesado para llevar. Mis cuadros son oscuros, acechados por mis demonios interiores.

«Es gracioso cómo lo relatas en este momento». Ignoro la vocecita irónica para volver mi atención sobre mi último lienzo. Como de costumbre, he perdido la noción del tiempo y del espacio. Prácticamente he marcado los trazos automáticamente, sin realmente reflexionar lo que

hacía. Y ahora descubro casi alucinada el resultado de mi creación. Esta vez el lienzo es casi gore, debo decir. Mi obra representa una chica esquelética y frágil, atada con cadenas a una gran cruz. De sus brazos y piernas cuelgan una especie de inyecciones de las que sale un líquido oscuro que cae, gota a gota, en unos recipientes transparentes. Su piel blanca, casi transparente, contrasta con el color oscuro de su pelo. Parece anémica; como si estuvieran vaciándole el cuerpo de sangre. Sobre ella vuelan criaturas sobrenaturales con alas inmensas y oscuras. Demonios.

El rostro de la chica es prácticamente imperceptible, pero tengo la extraña sensación de conocerla. ¿Quién puede ser?

—Es... muy realista como dibujo.

La voz de Max me sobresalta.

—¿Tú crees? Yo tengo la sensación de que ha salido de una película de terror. Es espeluznante.

Maxime se inclina para examinar el cuadro más de cerca.

—Los detalles son alucinantes. ¿La conoces?

Él señala la chica agonizante. Sacudo la cabeza en señal de negación.

—No, no lo creo. Sin embargo, hay algo que no acabo de ver, un detalle que me dice que ya la he visto.

Maxime ríe.

—En cualquier caso, ya sabemos en qué te has inspirado para pintarlo. Parecen los clones de Rip.

Me muerdo el labio. Imposible negarlo.

—Debo de tener un trauma.

Maxime sonrío para restarle importancia.

—¿Y si por una vez intentas hacer algo más alegre?

Le doy una ojeada a su cuadro, que representan cubos de todos los colores, entremezclados los unos con los otros.

—¿Quieres decir algo como eso?

Asiente para animarme.

—Exacto. Estoy seguro de que eres capaz de hacer cosas más floridas, más extravagantes y más divertidas.

Hago una mueca. Sí, ¿por qué no?

—Vale, Maxime Saveli. Acepto el desafío. Escoge un tema.

—¿En serio?

—Sí..., en serio.

La sonrisa de Maxime dice mucho de su satisfacción. Se toma unos segundos para reflexionar y después anuncia su elección, con los ojos brillantes con picardía.

—Un ángel.

—¿Un ángel? ¿De verdad quieres que dibuje un ángel?

—Sí, un ángel.

No me esperaba eso. Puede ser más difícil de lo previsto.

—Muy bien, un ángel, entonces. Pero pido un favor.

Levanta una ceja.

—Me gustaría ver un modelo antes. No he estado cerca de muchos ángeles en mi vida y necesito hacerme una idea más precisa.

Maxime me guiña el ojo.

—Hecho.

Me esperaba que me pasara su portátil para hacer la búsqueda, pero en lugar de eso, empieza a desabrocharse la camisa.

El pánico me inunda.

—¿Qué haces?

—Quieres ver cómo es un ángel, ¿no?

No... ¿En serio?

Maxime lanza la camisa a una esquina y, antes de que pueda protestar, hace aparecer en su espalda dos grandes alas inmaculadas.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Sus alas son magníficas, de un blanco puro y natural. Maxime las bate lentamente, y puedo sentir una pequeña corriente de aire fresco acariciar mi rostro.

—Oh, Max, es... ¡magnífico!

Cruza los brazos sobre el pecho con orgullo.

—Sí, lo sé. Tiene ese efecto en las chicas.

Sonrío.

—¡Tonto! De verdad, ¿cómo aparecen? ¿Y cómo las escondes?

Maxime se pone serio y pliega las alas antes de responder:

—Somos maestros en el arte del camuflaje. Nuestras alas pueden plegarse y desaparecer según nuestra voluntad.

Me acerco a él. Es tan majestuoso que estoy impresionada.

—¿Puedo?

Su mirada se oscurece y asiente lentamente. Paso cerca de él y lo giro para poder observar su espalda. Cuando me encuentro detrás de él, Max retracta las alas, que acaban por desaparecer entre dos pequeñas muescas entre sus omóplatos. Tiene las mismas marcas que Rip. Me doy cuenta entonces de que lo que había creído que eran tatuajes son en realidad las raíces de sus alas.

Maxime se da la vuelta.

—¿Satisfecha?

Su voz ronca indica que está igual de avergonzado que yo. Asiento y reculo prudentemente.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Te escucho.

—¿Por qué son blancas mientras que las de tu hermano son negras como el ébano?

Maxime tarda unos segundos en responder.

—Rip es un demonio mayor. Ha sido creado bajo una plegaria que yo formulé. Y por cada demonio, hay un ángel. Es la condición para conservar el equilibrio en el mundo. Como el *yin* y el *yang*. —Hace una pausa antes de continuar—. Rip necesitaba un ángel. No podía ser otro que yo; era el precio a pagar para que mi hermano viviera.

Guau... No me imaginaba eso.

Mientras Maxime se pone la camisa, me quedo unos momentos reflexionando sus palabras. Él coge un pincel y me lo tiende.

—Toma, es tu turno de pintar.

Me quedo unos segundos con el pincel entre los dedos, sin saber qué hacer. Pero Max se acerca a mí y me da un golpecito con el codo.

—Venga, maestra, enséñanos de lo que eres capaz. Y te lo advierto, lo quiero con colores. ¡Muchos colores!

Algunas horas más tarde subimos a la planta principal riendo. La sesión de pintura ha terminado en una batalla de colores. Todo ha empezado cuando he decidido pintar una nariz roja a mi ángel que, debo admitir, se parecía bastante a Maxime. El señorito ha cogido un pincel y ha empezado a tirarme pintura girando las cerdas de este.

Rápidamente, hemos quedado cubiertos de pintura de la cabeza a los pies. Max se ha tenido que quitar la camisa y yo desabrocharme el peto.

—Bueno, creo que tenemos que ir a lavarnos...

Maxime ríe y continúa quitándose la pintura de los dedos con mi pelo.

—Debo decir que no te queda mal el pelo arcoíris. Tienes que plantearte teñírtelo.

—Ah, sí, tienes suerte de haber escondido tus alas, si no, ¡te habría convertido en un periquito!

Estallamos de risa. Me siento muy bien al poder bromear de nuevo con él.

Cuando llegamos a lo alto de la escalera, todavía tengo lágrimas en los ojos de haber reído tanto. Maxime me atrapa por los hombros y entramos en el salón así agarrados, con unas sonrisas tontas en los labios.

—Veo que os lo pasáis muy bien cuando no estoy en casa.

Mi corazón se detiene. La voz de Rip resuena en la sala, cortante como una cuchilla de afeitar.

Declaración

Rip...

Mis ojos buscan en la oscuridad y lo encuentran al fin, sentado despreocupadamente en la esquina del sofá, con una birra en la mano. Como de costumbre, está para morirse, con un tejano negro ajustado y una camisa abierta que deja ver sus numerosos tatuajes.

Mégane está cerca de él, apenas vestida con un mono de cuero y un chaleco negro. Su simple visión me cabrea hasta lo más alto.

Mi corazón empieza a latir peligrosamente rápido, pero la voz de Maxime me saca de mi letargo:

—Solo estábamos pintando.

Me giro hacia él, ofuscada por sus palabras.

¿Qué? Pero ¿por qué se justifica? Le doy un codazo y alzo fieramente la cabeza con un gesto desafiante.

—No tenemos que darte ninguna explicación. —Mi tono es ácido, y percibo un brillo de rabia en los ojos de Rip cuando mi mirada se cruza con la suya. ¿Qué se esperaba?

«Ya basta de la pequeña Kat que se esconde y desaparece para no molestar a los demás. Abrid paso a la de verdad, la que jura como un camionero y que no se deja pisotear».

Rip se levanta empujando a su compañera, que me dirige una mirada furiosa.

«¡Te fastidias, petarda!». Sonrío mentalmente a mi vocecita. Cruzo los brazos sobre el pecho para demostrarle que no me voy a dejar impresionar.

—¿Has dicho algo, Kataline?

—He dicho que no te tenemos que dar explicaciones, Rip. Si queremos pintar, reír o incluso acostarnos, no es cosa tuya. Somos libres para hacer lo que queramos.

Oh, Dios mío, ¿por qué he dicho eso? Mis palabras han salido antes de que las pudiera pensar y he olvidado que se las decía a un demonio. Siento la tensión aumentar a gran velocidad.

El rostro de Rip se descompone y Maxime se tensa a mi lado. ¡Mierda!

En una fracción de segundo Rip está sobre nosotros. Se acerca tanto a mí que me obliga a retroceder. El pequeño músculo de su mandíbula late frenéticamente y sus fosas nasales se agitan por la ira.

Nos desafiamos con la mirada durante un buen minuto. Después se aparta ligeramente, como si hubiera tomado una decisión. Suelta su risita irónica y desdeñosa que tanto me horripila.

—OK, sois libres de hacer lo que queráis juntos. No me importa.

Escucho a Maxime suspirar. Parece aliviado.

Rip pone su máscara fría e impasible. Después, da media vuelta y vuelve al sofá bajo mi mirada atónita.

¡Si cree que se saldrá con la suya...!

Automáticamente, coloco mis manos en las caderas.

—Eso pensaba.

Pero Rip ignora mi comentario pueril. Retoma una pose despreocupada, digna de una fotografía de moda y Mégane vuelve a pegarse a él.

El demonio me mira con provocación y coloca su mano sobre el muslo desnudo de Mégane. No puedo evitar mirar sus dedos, que juegan despreocupadamente con su ligero.

—Puedes hacer lo que quieras con ella, Fly. Pero créeme que, por mi experiencia, puede que te decepcione...

¡Será imbécil! Siento cómo mis mejillas se vuelven rojas. Le he dado a este tío lo que me es máspreciado. He derribado mis propios muros. Me he abierto a él como con nadie más. Le he mostrado mi verdadero rostro... Y ahora me denigra como si yo fuera lo peor.

—Pero ¿por quién me tomas? ¿Y con qué derecho me juzgas? ¡Te recuerdo que eres tú quien ha puesto tu puta marca en mi nuca! ¡Yo no te he pedido nada!

Recibe el golpe con una mueca y me contento una vez más de haberlo desconcertado.

—¿Qué? ¿La has marcado?

Mégane parece sorprendida por la noticia. Sin embargo, Maxime me ha dicho que la marca era visible para los demonios... Rip la ignora y frunce las cejas poniendo los ojos sobre su hermano, como él tuviera la culpa. La rabia me hace estremecerme.

—Te pido que me quites esto de la piel, Rip. Jamás he pedido que tú y yo estuviéramos ligados de ninguna manera.

Contra todo pronóstico, mi voz comienza a temblar y siento unas lágrimas de rabia inundar mis ojos. Me trago la ira y aprieto los puños hasta que me sangran las palmas. No pienso romperme ante él.

Maxime se acerca a mí como para sostenerme silenciosamente. Las palabras continúan saliendo de mi boca sin que pueda detenerlas:

—Joder, Rip. Nunca he querido esto. Tú, nosotros, todo lo que me pasa. Nunca he pedido conocerte.

Los ojos de Rip permanecen fijos en mí, como si buscara leer en mi cabeza. Su expresión ahora es muy diferente. Como si... ¿Qué? ¿Cómo si estuviera arrepentido de la situación? No... No es su estilo arrepentirse. Él es cruel, y frío como el hielo.

Me aprieto el puente de la nariz y cierro los ojos unos segundos. Cuando los abro de nuevo, Rip parece aún más perturbado. Aparto la vista; estoy cansada y harta de pelearme.

—Quítame esto, por favor.

Rip aprieta los labios. Tengo la sensación de que mis palabras le han hecho más daño de lo que pensaba.

—Ya veo... Tranquila, Kat. Esta marca no tiene ninguna importancia. En cualquier caso, a mis ojos, no significa nada más que un símbolo de pertenencia a un grupo. No querría que te sintieras «manchada» por esta cosa. Buscaré una solución para quitártela.

Su mirada es tan desdeñosa que unos escalofríos me recorren el cuerpo. Me froto los brazos para calmarme.

Acaba de prometerme que buscará una solución. Es lo que quería, ¿no? ¿Entonces por qué no estoy aliviada por sus palabras?

Hay un lado amargo de esta victoria que se me atraviesa. Le lanzo una mirada triste.

—Ojalá nunca hubiera cruzado la puerta de esta casa...

Unas horas más tarde, me encuentro nuevamente sola en mi habitación. He limpiado la pintura que recubría mi piel y he perdido el buen humor que había conseguido recuperar durante el día con Maxime.

Tengo los nervios a flor de piel. Mi encuentro con Rip me ha agotado. Una vez más, me ha

hecho perder el control. Ahora me doy cuenta de que eso es lo que más me perturba. No me gusta mostrar mi fragilidad; es un aspecto de mi personalidad que he escondido en lo más profundo de mi ser desde hace mucho tiempo, y Rip tiene el don de hacer resurgir mis demonios. Eso es lo que me cabrea.

No quiero que sienta que tiene poder sobre mí, sobre mis emociones. Porque, honestamente, no puedo negar que tiene algún tipo de influencia sobre mis reacciones. Tiene esta capacidad de provocar en mí sentimientos contradictorios. Me atrae tanto como me horripila. Tengo miedo de lo que es capaz de hacerme sentir. Algunas veces tengo ganas de matarlo, pero, al mismo tiempo, me muero de ganas por lanzarme a sus brazos y que me haga el amor.

«¡Mierda...!».

Creo que, definitivamente, estoy perdiendo el control de la situación.

Salgo del baño con un gusto amargo en la boca y una bola que crece en mi garganta. Maxime me ha propuesto bajar a cenar con él, pero no tengo muchas ganas. No pienso en otra cosa que en acostarme para intentar olvidar el día de hoy. Sin embargo, sé que no llegaré a pegar ojo. Rip ocupará mi noche, como es habitual.

Un ruido en el pasillo llama mi atención. Pongo la oreja. La puerta de mi habitación se abre violentamente y Rip entra como un huracán.

Al verme con el alboroz, se detiene y me mira con desconfianza. Pongo los ojos en blanco, pero decido mantener la calma. Esto harta de sus enfrentamientos.

—¿Qué quieres, Rip?

Parece reflexionar durante unos segundos. Después, con un gesto de la mano, cierra la puerta y se apoya contra ella.

—¿Tienes intención de acostarte con Maxime?

Sus cejas fruncidas me prueban que no se trata de una broma. ¿De verdad? ¿Realmente piensa que iba en serio? Suspiro indignada.

—¿Me crees capaz de acostarme con tu hermano solo para cabrearte?

Duda, y eso me molesta todavía más.

—¿Por quién me tomas?

Su respuesta estalla y me golpea en la cara como una bofetada:

—Eres una musa. Está en tu naturaleza seducir a los demonios...

Entrecierro los ojos.

—¿Y a qué viene esto? No tengo la intención de seducir a nadie, si necesitas saberlo. Ni a ti ni a ningún otro demonio.

Su mirada penetrante se desliza sobre mí y su boca se tensa en una sonrisa irónica. Creo que mi respuesta lo divierte. Decido ponerlo en su sitio.

—He cometido un error una vez. No volveré a cometerlo...

Una sombra pasa por sus pupilas.

—¿Estás segura de eso?

¡Qué creído!

—No puedo estar más segura. Ahora ya puedes volver con tu novia.

Rip estalla de risa; se ríe de mí abiertamente. Después retoma su semblante serio y me acaricia con su mirada hasta hacerme estremecer.

—No es ella quien ocupa mis pensamientos.

La tensión en mi vientre es una señal de alarma. Debo huir lo más rápido que pueda.

—No soy un producto de sustitución. Ahora, si no te importa, tengo que vestirme.

Me incorporo con toda mi altura y decido darle la espalda. Apenas llego al baño, Rip me

atrapa el brazo y me gira para tirarme hacia él. Me tenso cuando mi corazón se acelera al contacto de su cuerpo. Su cabeza está a unos pocos centímetros de la mía y su olor inunda mis fosas nasales, que tiemblan de placer.

—Admítelo, Kataline. Es más fuerte que nosotros. Maxime podrá darte todos los amuletos posibles para protegerte de mí, pero siempre volverás. Somos como dos imanes, atraídos el uno por el otro. Inexorablemente.

No puedo evitar reírme.

—Habla por ti, Rip.

—Ah, ¿sí?

Se inclina todavía más y roza mi boca con sus labios. Cogida con la guardia baja, quedo como una idiota, paralizada. Sé perfectamente que en el fondo tiene razón. Pero no quiero reconocérselo. Mi corazón se acelera cuando susurra:

—Tu corazón late más rápido. Tus manos se humedecen. Tu cuerpo está cubierto de escalofríos...

Su voz me hipnotiza. Trago y cierro los ojos. Cuando los reabro, el deseo que veo en su mirada me congela en el sitio.

—Y hay esta pasión... justo aquí... que te empuja a satisfacer la necesidad imperiosa de llenar este vacío. —Su mano acompaña sus palabras.

Se coloca entre mis muslos, justo en el lugar donde una deliciosa impaciencia me tortura. Mi boca forma una «O» y mis mejillas se encienden. Incapaz de sostener su mirada más tiempo, cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. Rip me agarra el mentón y resigue la línea de mi mandíbula con su lengua, dejando una quemazón a su paso.

—Eso es, preciosa, déjate ir...

Mi razón me dicta que huya, que me aleje de él lo más lejos posible, pero soy incapaz. Él ha vuelto a ganar, es el dueño de mi cuerpo y solo puedo ceder a su agarre.

Su boca se desliza a lo largo de mi cuello y baja por la carótida hasta el nacimiento del pecho.

—Eres deliciosa, Kataline. Nunca me cansaré de tu olor.

Me incorporo y Rip me atrapa la mano para ponerla sobre su torso. Siento el latido de su corazón contra mi palma.

—¿Lo notas? ¿Notas lo que me provocas? —Su voz grave y ronca suena como una dulce melodía en mis oídos.

Sus ojos capturan los míos y veo desfilar todo un cúmulo de emociones a través de sus pupilas dilatadas. La incredulidad, el deseo... ¿El miedo?

—Te llevo en la piel, Kataline du Verneuil. Me haces perder la razón.

Se detiene un instante, como si buscara las palabras. Cuando retoma a hablar, parece casi resignado:

—He perdido el control, nena. Me has hecho ver el paraíso y ahora solo tengo una obsesión. Y es volver a él...

No me esperaba tal declaración. La sinceridad que veo en su rostro aprieta mi corazón como un torno. A partir de este instante, sé que estoy perdida...

Vuelo

Entreabro la boca para hablar, pero Rip coloca su índice sobre ella.

—No, no digas nada.

Llevada por mis pulsiones, atrapo su dedo entre mis labios y lo acaricio con la punta de mi lengua. Rápidamente, Rip reacciona. Sus pupilas se dilatan y suelta un suspiro de satisfacción.

—Joder, nena... Si continúas, no respondo.

Mi vientre se tensa. Mordisqueo su índice con provocación hasta que lo libero. Mi audacia me sorprende todavía más cuando me acerco a él y aproximo mis labios. Responde a mi invitación muda con otro suspiro de satisfacción.

Su beso es dulce, casi tierno. Se toma su tiempo para acariciar mis labios con los suyos. El frío de su *piercing* contrasta con el calor de su piel. Me gusta, y entreabro la boca para incitarlo a penetrarla. Rip responde a mi invitación. Su lengua se enrolla alrededor de la mía y me arranca un gemido de placer. El beso se hace más profundo a medida que la tensión aumenta. Sin querer admitirlo, me doy cuenta de que estaba esperando este momento desde hacía días. Mi cuerpo entero se estira hacia el suyo, como si lo reconociera.

Me atrapa la nuca e inclina mi cabeza hacia atrás para profundizar su beso. Sus fuertes brazos me estrechan contra él y tengo la sensación de ser engullida por la pasión arrolladora que nos enciende.

Pega mi espalda a la pared y atrapa mi muslo para acercarme a él. Siento su deseo contra mí y mi vientre se tensa instintivamente. Sus manos se deslizan sobre mi cuerpo con la agilidad de un pianista y sus caricias me arrancan gemidos de placer. Sin darme cuenta, me encuentro solo en camisón.

Sus dedos empiezan a jugar con mi pecho mientras su lengua continúa atormentando la mía. Empiezo a entrar en calor y mis pupilas se tiñen de rojo. Rip está tan cerca que siento el ardor de su cuerpo a través de la ropa interior. Los movimientos de su cadera torturan mi zona sensible y no puedo evitar ir a su encuentro.

«¡Joder! Pareces una gata en celo». La vocecita me da una bofetada mental. Me congelo imperceptiblemente. Rip nota mi cambio de actitud. Tira de mi pelo para echar mi cabeza hacia atrás, apartándome del beso. Su mirada me hipnotiza y el deseo que leo en sus ojos me da escalofríos.

Durante unos minutos, nos medimos con la mirada, con la respiración entrecortada y el corazón latiendo deprisa.

—Una palabra, Kat, y me detengo. ¿Es lo que quieres?

La voz ronca de Rip revela que él no tiene ganas de parar. Tardo un segundo en responder. Mi conciencia no ha conseguido hacerme cambiar de opinión. Estoy segura de que, en lo más profundo de mi ser, es lo quiero.

Sacudo la cabeza y me acerco a él, sin dejar de mirarlo a los ojos. Lentamente, empiezo a desabotonar su camisa con una mano febril. Sin pensarlo, las palabras salen de mis labios y suenan como si no fuera yo quien las pronunciara:

—Te necesito, Rip. Aquí y ahora. Sé que no es la mejor decisión, que me arriesgo a sufrir y que definitivamente mañana me apartarás de tu lado. Pero es más fuerte que yo. Te quiero para mí esta noche. Nada más que una noche. Prométemelo...

Rip no desmiente; asiente en silencio. Su mirada se oscurece cuando mis manos se deslizan por sus abdominales. La suavidad de su piel me da ganas de seguir con la exploración.

Siento unos escalofríos que erizan su piel y un brillo plateado cruza sus pupilas. Me muerdo el labio. Es como un desencadenante. Con un gruñido animal, Rip coloca mi mano sobre sus tejanos y aplasta su boca contra la mía.

Adoro sentir su lengua bailar con la mía. Es increíblemente sensual.

Me levanta de un solo gesto y me aprieta contra él, tirando de mi pelo para echarme la cabeza hacia atrás. Después se detiene, jadeante.

—Me vuelves loco, Kataline Anastasia Suchet du Verneuil.

No creía que escucharle pronunciar mi nombre con su voz ronca me pusiera en tal estado. Gimo en sus labios.

Quiero responder que me hacer perder la cabeza, que no puedo pensar cuando está cerca de mí, que ocupa mis pensamientos y que mi cuerpo es su esclavo... Pero no llego a expresar lo que siento.

Dio, ¿qué me pasa? ¿Cómo puedo reaccionar de esta forma cuando la mayor parte del tiempo me saca de mis casillas? Esta revelación me tensa el corazón.

Rip me acaricia dulcemente la mejilla mientras me mira. ¿Se da cuenta de lo que pasa en mi interior? No tengo respuesta.

Me lleva hacia la cama y me pone sobre los cojines como si fuera la cosa más frágil del mundo. Me acuesta sobre la sábana y me quita el camisón sin dejar de mirarme.

Después se inclina sobre mí.

—Eres maravillosa. La perfección encarnada...

Sus ojos se deslizan sobre mí con deseo. Pone sus manos sobre mis hombros y las hace bajar lentamente hacia mi pecho. Me arqueo instintivamente ante su contacto. Ligeros como una pluma, sus dedos siguen la línea hasta mi vientre. Apenas me roza, provoca miles de escalofríos en mi sensible piel.

—Eres muy receptiva. Tan bella. Me pasaría la vida mirándote y tocándote.

Acompaña sus palabras con pequeñas presiones. Lo miro con los ojos medio cerrados. Si continúa atormentándome así, acabaré por volverme loca.

—Rip...

Tengo la sensación de que me voy a consumir sola, sin que tenga necesidad de hacer lo que sea. Sonríe con malicia cuando tiro nerviosamente de mi labio inferior con los dientes. Se quita el pantalón rápidamente y se acuesta sobre mí.

—Creo que hay que enfriar este volcán, nena...

Pasa la lengua por mis labios y después me muerde el mentón. Levanto un poco mis caderas para ir a su encuentro. Accede a mi plegaria muda de un movimiento seco de caderas.

Sentirlo en mi interior es una mezcla de alivio y de disfrute que me arranca un grito. Rip se detiene unos segundos y me acaricia el pelo.

—¿Estás bien, preciosa?

Sin abrir los ojos, asiento. Tengo ganas de llorar por las sensaciones tan exquisitas y fuertes. Lentamente, sin dejar de besar mi rostro, Rip empieza a moverse. Pero el volcán despierta de nuevo. Tengo la sensación de que jamás llegaré a saciarme de él.

Voy a su encuentro, rogando con mi cuerpo. Rip responde a mis peticiones con más fiereza. Siento el calor subir por mi vientre. El torbellino de sensaciones me aspira lentamente hacia el abismo. Unas llamas de fuego recorren mi conciencia mientras lo siento sobre mí. Me inunda con su olor y juega con mi cuerpo como el virtuoso que es.

Dios, acabaré por perderme.

—Mírame, nena.

Mis ojos se abren a duras penas y su visión añade más fuerza a mi placer. Lo observo a través del velo rojo de mis ojos. Es sublime, como un conquistador en plena batalla. Sus tatuajes cobran vida al ritmo de sus músculos al contraerse. Los esfuerzos hacen que su torso brille de sudor. Sé que no olvidaré jamás esta imagen de Rip, con el rostro tenso por el placer. Vendrá a darme caza por las noches para el resto de mis días.

Pasa una mano por detrás de mi nuca para elevar mi rostro hacia él.

—Mírame —repite, con una voz ronca e imperiosa.

Mis ojos llegan a los suyos y veo en sus pupilas el brillo plateado que testimonia su estado. Atrapa mi boca con avidez y nuestras lenguas se entremezclan en una batalla febril.

Sin dejar de mirarme, acelera la cadencia. El fuego en mi vientre se enciende todavía más. En unos segundos, me encuentro proyectada en un mundo irreal, poblado de estrellas y arcoíris. Tengo la sensación de desintegrarme en un millón de partículas que vuelan hacia el cielo.

Rip cubre mis gritos con su boca. Creo que en este instante podría morir bajo sus labios...

Se une a mí unos segundos más tarde en este universo paralelo que no termina. Mi mente se separa de mi cuerpo y flota en un espacio gelatinoso del que me cuesta salir. Es increíble.

Continúa acariciándome mientras murmura palabras que no llego a descifrar.

Tras unos minutos más, acabo por retomar la consciencia. Rip sigue sobre mí, con un brazo a cada lado de mi cabeza. Me mira como si fuera un ser divino descendido del cielo.

Y yo me siento como una maga.

Un rato más tarde estamos los dos sobre nuestras espaldas, mirando el techo immaculado de la habitación. Nos hemos dado una ducha y hecho nuevamente el amor en el baño, como si fuera la cosa más normal.

Ahora me siento incómoda. Estoy en plena discusión interior con mi conciencia y no sé qué actitud adoptar. No me arrepiento de lo que he hecho. Antes había fijado las normas. Una noche. Eso es todo lo que he pedido. Pero ahora no puedo evitar que mi cerebro le dé vueltas. ¿Qué pasará mañana? ¿Lo voy a culpar? ¿Se va a arrepentir? No tengo respuesta.

Recreo su imagen sobre mí, con los músculos y el rostro tensos por el placer. ¿Cuántas chicas habrán tenido el placer de verlo así, en la frontera del orgasmo? No quiero ni pensarlo.

Suspiro y, en un gesto automático, paso la mano por la nuca. Rip gira la cabeza hacia mí. Una arruga cruza su frente, señal de que está tan perturbado como yo.

—¿Algo va mal? —Su voz está llena de inquietud.

Suspiro.

—No lo sé. Dímelo tú.

Se acerca y me da un ligero beso en la boca.

—Démonos la noche. Hablaremos de los problemas mañana.

Se pega a mí y me abraza.

Sí, tiene razón. Solo una noche...

Cuando pienso en que voy a pasar unas agradables horas entre sus brazos, me despierto sobresaltada. Rip está sobre mí, sacudiéndome por los hombros.

—Kat, ¡despiértate!

Lo miro, aturdida.

—¿Qué pasa?

Su rostro está descompuesto por la inquietud. Me mira como si fuera un zombi salido de los infiernos.

—¡Estabas gritando mientras dormías! ¡Y no podía despertarte!

Me doy cuenta de que tengo las mejillas cubiertas de lágrimas. ¡Mierda! Debo de haber tenido una pesadilla. Hacía mucho que no me pasaba. Las imágenes vuelven claramente a mi mente. Sacudo la cabeza para sacarlas.

—No... no es nada. Ya se me pasa.

Rip levanta una ceja. No se lo ha creído.

—No, *sí* que es algo. Gritabas como si te torturaran. ¿Qué te ha pasado en la vida para que te pongas así? Y no me digas que nada, porque te secuestro hasta que me lo digas.

Me muerdo el labio. No sé cómo salir de esta situación. Viendo mi duda, Rip me coge por los hombros para forzarme a mirarlo.

—Escucha, nena. No soy un ángel ni la mejor de las personas. Soy un demonio cruel e implacable. Pero puedes confiar en mí, protejo a los de mi clan. Y lo siento, pero tú formas parte de él. Así que, si alguien te ha hecho daño, me lo puedes decir.

Sigo dudando. ¿Cómo confiar en una persona que se pasa el tiempo haciéndote daño?

—¿Quieres que confíe en ti lo suficiente como para que te cuente mis miedos y mis recuerdos? Muy bien, pues empieza por contarme los tuyos.

Me contempla durante unos segundos, perplejo. Después, contra todo pronóstico, se apoya en la pared y levanta el mentón en un gesto desafiante.

—OK, dime qué quieres saber.

Averiguaciones

Estoy atrapada en mi propia trampa. La frase de Rip me deja perpleja. De hecho, preguntas tengo a millones. Pero en este momento no sé por dónde empezar.

Me tomo unos segundos para reflexionar, con las cejas fruncidas, la boca abierta y los ojos fijos en él. Me gustaría que me animara con un gesto de cabeza o de mano, pero se queda ahí mirándome mientras discuto conmigo misma. Tras un buen rato, acaba por coger su paquete de tabaco.

—¿Te molesta que fume?

No espera mi respuesta y enciende su mechero.

«Un poco tarde».

—¿Y bien, Kat? ¿Qué quieres saber sobre mí? —dice, aspirando del cigarro de forma sensual.

Me siento frente a él con las piernas cruzadas.

—Hay muchas cosas que me pregunto. Hay tantos misterios que me gustaría esclarecer... Ya sé ciertas cosas, pero tengo la sensación de que solo veo una parte del iceberg. Me cuesta mucho entenderte, de hecho.

Rip me mira con un interés repentino.

—Bueno, si me dices lo que sabes, puedo completar la información.

Reflexiono algunos segundos para ordenar mis ideas.

—Sé que eres el jefe del clan Saveli, que haces combates clandestinos y que te llevas todas las victorias. Sé que eres un verdadero genio con la guitarra. También sé cómo te has convertido en demonio. —Hago una pausa sin dejar de mirar a Rip a los ojos. Veo sus cejas arrugadas; parece intrigado por el último punto—. Ya conozco al demonio, al músico y al *street-fighter*, pero quiero saber quién eres realmente, Rip. Quiero conocer al que se esconde detrás de toda esta frialdad... Parece que nada te llega, que eres insensible a todo.

Da una nueva calada a su cigarro con gesto nervioso, sin responder.

—Tengo la sensación de que pasas el tiempo haciendo daño a los demás, y parece que no te importa nada lo que haces... Eres frío y cruel. Te aprovechas de las situaciones y de la gente y, sin embargo, algunas veces, detecto en ti sentimientos más humanos. ¿Qué ganas al hacer sufrir a los demás?

Levanta una ceja.

—Guau. ¡Qué retrato más favorecedor!

¿Me está vacilando, o qué?

—¿Qué te esperabas? Tú mismo te describes como el peor de los monstruos.

Hace una mueca y sonrío.

—Sí, tienes razón. Soy un ser abyecto, malo e insensible. Soy egoísta y me las arreglo todos los días para obtener lo que quiero. Pero al final soy un demonio, ¿no? Es así como debo ser.

—Deja de vacilarme, Rip. Sé muy bien que interpretas un rol en una horrible pieza teatral. De cara a los demás, solo eres un personaje creado desde cero. Tu maldad, todo eso...

Deja de sonreír.

—¿Qué te hace decir eso?

—Rosa me ha dicho que habías vivido en el infierno y que te forjaste un caparazón para no sufrir más.

Ahí doy en el blanco. Rip se congela y su rostro cambia de color.

—Rosa habla mucho.

—¿Qué hay de malo en tener debilidades?

Un brillo de maldad pasa por sus pupilas.

—No sabes lo que he vivido, niñita.

—Pues cuéntamelo.

Duda. Nos volvemos a medir con la mirada durante unos minutos.

—Me lo debes, Rip. Te recuerdo que entraste en mi habitación para marcarme sin mi consentimiento. Tengo el derecho de exigir que seas honesto conmigo. Yo... necesito comprender...

Rip apaga nerviosamente sobre la madera de la mesita de noche el cigarro a medio fumar.

—Vale, pero te propongo un trato.

Levanto una ceja.

—Una pregunta para cada uno. Por turnos. Decimos la verdad, sin mentiras ni medias verdades.

¡Mierda! No me esperaba eso. ¿Tengo elección? Si quiero conocer la verdad, tengo que ser igual de honesta con él.

—De acuerdo. Pero soy yo quien empieza.

Asiente y se apoya nuevamente contra la pared esperando a que empiece, pero cuando abro la boca para formular la primera pregunta, me interrumpe:

—Pero tengo que advertirte, Kat: no hago esto para ser agradable, lo hago porque quiero conocer tus secretos. Así que, por favor, ahórrate la compasión.

Asiento lentamente. Ahora casi tengo miedo de su respuesta. Sin embargo, apenas dudo y me lanzo:

—Bien. Entonces, vamos a ello: ¿Cómo sucedió tu «transformación»? Quiero decir, ¿cómo te convertiste en demonio?

Hace una mueca y me lanza una mirada sospechosa.

—Creía que ya lo sabías.

—Sé lo de la apuesta, el hospital, la resurrección..., pero me gustaría conocer tu versión de los hechos. Cuéntame lo que pasó.

Un brillo pasa por sus ojos. Tengo la sensación de que no le gusta demasiado volver allí.

—OK, voy a resumir rápidamente ese episodio de mi vida. Te advierto que va a ser corto. — Toma aire y recita con una voz monótona—: Estaba saliendo con una chica que pensaba que era mi destino. Ella se fue con mi mejor amigo. Juntos hicieron un complot contra mí. Me jodieron. Entonces, hice una estúpida apuesta y choqué contra un muro con una moto a gran velocidad. Morí. Y debería haber terminado así, pero el idiota de mi hermano no encontró nada mejor que hacer que vender nuestras almas al diablo.

Su tono ácido testimonia su rencor. Está claro que culpa a Maxime.

No me da tiempo a pensar una respuesta y él hace su pregunta:

—Me toca. ¿Por qué has venido a vivir a Francia?

Oh, dos minutos. No me esperaba esta pregunta tan... básica. Siento que mis pupilas

parpadean mientras pienso la respuesta. No quiero contárselo todo.

—Hemos dicho que no nos esconderíamos nada, Kat —amenaza Rip.

¡Joder! Tengo la sensación que me lee como un libro abierto.

—Estaba en un tratamiento médico porque tenía crisis nerviosas incontrolables. Mi médico me aconsejó cambiar de aires para mejorar. Es lo que hice.

Levanto una ceja esperando su reacción. Estoy bastante orgullosa de mí. Le he dicho la verdad escondiendo la verdadera razón de mi tratamiento.

Rip asiente y retomo la palabra.

—¿Culpas a Maxime?

—Hubiera preferido morir veinte veces antes que pasar por lo que pasé.

Bueno, está claro: lo culpa a muerte.

—¿De verdad ignorabas que eras una musa? —cuestiona él, entrecerrando los ojos.

Asiento.

—Sí, nunca había escuchado hablar de esto hasta que Louise me llamó así.

—¿Quieres decir que nadie de tu familia te había hablado antes de esto?

Sacudo la cabeza.

—No, no, eso son dos preguntas, Rip. Me toca.

Pienso unos segundos. De mientras, me coloco la sábana alrededor del cuerpo.

—Veamos... Ya he visto que tienes ciertas facultades: telequinesis, teletransporte, unas magníficas alas negras que pueden alzarte hasta el cielo y una fuerza sobrehumana. ¿Tienes otras fantasías?

Rip estalla en risas.

—Preciosa, si te muestro todos mis secretos, no habrá más sorpresas. Pero te voy a revelar otra de mis facultades: puedo leer la mente de la gente para conocer sus mayores miedos.

Me quedo con la boca abierta. ¡Increíble!

—¿Quieres decir que puedes saber lo que me da más miedo en el mundo?

—Normalmente, sí.

—¿Normalmente?

Asiento. Comienzo a inquietarme. Francamente, no quiero que me lea los pensamientos.

—Contigo me cuesta horrores concentrarme. Lo he intentado, pero no detecto ningún miedo. Es como si no le tuvieras miedo a nada.

Suspiro aliviada.

Rip se reincorpora y se acerca a mí. Sus ojos ya no sonríen.

—Vale, ahora pasemos a cosas más serias. ¿Por qué escondes tu belleza detrás de esa ropa horrible?

¡Ups! No me esperaba esto. Me froto los brazos mientras pienso una respuesta que no sea demasiado comprometedor.

—Cuestión de educación.

Rip parece escéptico. Mi respuesta no lo ha satisfecho.

—Mi madre era muy estricta, y no quería que me convirtiera en una seductora. Así que me educó de tal forma que fuese lo más discreta posible. Tenía que ser invisible a ojos de los demás para estar tranquila.

—Pero ¿por qué hacía eso? ¿Tenía miedo de algo?

Sacudo la cabeza. De hecho, es una pregunta que jamás me he hecho.

—No, no lo creo. Era de una familia noble, así que pienso que era una cosa de herencia

educacional. Pero es verdad que ahora que sé que soy una musa, puede que ella tuviera otras razones...

»Me toca a mí preguntar. Acabas de decir que hubieras preferido morir veinte veces antes que resucitar. Me gustaría que me explicaras cómo sucedió tu resurrección.

En una fracción de segundo, un velo negro cubre el rostro de Rip y su mirada se evade. Lo que veo en sus ojos me hace estremecer. El sufrimiento..., un sufrimiento indecible que parece aplastarle el pecho como un torno.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

Asiento.

—Tú mismo lo has dicho, Rip. Sin filtros. Nos lo decimos todo.

Frunce el ceño y me dirige una mala mirada. Se la sostengo. Siento como una satisfacción insana en mi interior cuando lentamente empiezo a atravesar su coraza.

—Pasé tres meses enteros en el infierno, Kataline.

—¿Estás de broma?

—¿Te parece que estoy de broma? ¿Tienes alguna idea de lo que es pasar de estar vivo a estar muerto viviente? Eso significa pasar cien días entre la vida y la muerte..., cien días aprendiendo a hacer sufrir a los demás para nutrirte, a hacer daño para eliminar toda empatía de tu cerebro... Porque lo único que cuenta es sobrevivir.

Trago saliva. No me hubiera imaginado que reaccionaría con tanta emoción. Ya no quiero jugar.

—¿Sabes lo que nos mantiene con vida a los demonios, Kataline? Nos nutrimos de las emociones negativas. Sacamos lo más frágil de cada ser humano. Lo ponemos cara a cara con sus peores pesadillas, con sus peores miedos.

»Durante tres meses me pasé el tiempo torturando a almas perdidas, viendo sus rostros descomponerse ante el horror que yo les imponía. He visto hombres formidables llorar e implorar mi perdón...

Sin pensar lo que hago, poso una mano reconfortante sobre su brazo. Pero él se aparta con un movimiento rápido y fija sus ojos llenos de odio en los míos.

Tras unos segundos de silencio, continúa:

—Todos los hombres que he matado lo merecían. Estaban condenados a perecer por sus actos. Pero no le deseo a nadie morir de esa forma.

El arrepentimiento en él es muy real. Descubro una nueva faceta de su personalidad. Aunque diga lo contrario, creo que su empatía sigue estando presente en alguna parte.

—¿Quieres decir que mueren?

—Arrebatando las almas a los humanos reforzamos nuestra inmortalidad. Cuanto más manchada de crímenes está nuestra víctima, más rica es su alma y más fuertes nos volvemos. En general, los hombres no pueden soportar enfrentarse a sus crímenes. Acaban por suicidarse o volverse locos.

Me quedo en silencio. No me esperaba que Rip fuera una especie de buitre fúnebre encargado de limpiar el mundo de almas moribundas. Una idea absurda cruza mi mente.

—Max... ¿Es como tú?

Rip sonrío irónicamente.

—No, Fly es bueno. ¡No haría daño a una mosca ni aunque se le cagara encima!

Me acuerdo de las alas blancas de Maxime, que contrastan con las de Rip, negras como el ébano.

—Max es un ángel.

Le escondo voluntariamente que su hermano ya me lo había dicho. Rip asiente entre risas.

—Exacto.

—Los demás y tú... ¿matáis gente?

Pronunciar esas palabras me parece una locura. ¡Rip está contándome que es un asesino! Simplemente eso. Debería salir corriendo. Pero me quedo ahí, esperando lo siguiente con una impaciencia masoquista.

—Aplicamos el último juicio a los criminales. Son los despreciados por la sociedad, capaces de matar a mujeres y niños por dinero. Así que, en cierta forma, es un servicio; aunque el método me disguste y aunque preferiría que fueran juzgados por sus pares.

—¿Eso es lo que te hace sufrir? ¿Tener que torturarlos?

Estalla en una risa malvada.

—Jamás. Adoro mirarlos mientras absorbo sus almas. Ver el terror en sus ojos mientras trituró su mente, hacerlos sufrir tanto como ellos han hecho sufrir a los demás. Es casi igual de bueno que un orga...

Lo empujo con fuerza.

—Déjalo, Rip. No harás que te vea como un demonio malvado y sanguinario.

—Sin embargo, es lo que soy, Kataline.

Sí, ahora lo sé.

—Pero volvamos a nuestro juego —dice—. Me toca a mí preguntar.

Frunzo el ceño cuando Rip saca una hoja.

—¿Quiénes son estos dos?

Casi me ahogo al descubrir que el papel en cuestión es el retrato que he dibujado de Robin y Miguel.

Confesión

La sangre se va de mi rostro y mis manos se humedecen. Los ojos de Rip escudriñan la más mínima de mis reacciones cuando siento que el miedo se empodera de mí.

«Sobre todo, no pierdas el control...».

Abro la boca varias veces para hablar, pero no sale ningún sonido. Soy incapaz de pensar correctamente. Ver el rostro de mis verdugos me lleva atrás en el tiempo. El pánico me inunda. Mi peor pesadilla resurge y el familiar velo rojo viene a nublarne la visión.

Intento alejar las imágenes sórdidas de mi mente, pero es en vano. Entonces, hago la única cosa que sé hacer en esta situación. Así es como la letra de *Mad World* sale sola de mis labios, actuando como un bálsamo sobre las heridas de mi alma. El velo se desvanece hasta no ser más que una fina tela rosada ante mis pupilas.

Rip no dice nada; se contenta con observarme, atento. Acabo por cerrar los ojos, incapaz de soportar más tiempo su mirada penetrante. Me balanceo de un lado al otro y me concentro en la canción para borrar los recuerdos que me atormentan.

Tras un tiempo que me parece interminable, la voz de Rip me saca de mi estado hipnótico.

—Háblame, Kat.

Abro los ojos, empañados por la emoción, y sacudo la cabeza para indicarle que soy incapaz de pronunciar otras palabras que no sean las de la canción.

La frente de Rip está arrugada por la preocupación y, antes de que pueda reaccionar, me atrae hacia él.

—Ven aquí, nena.

Es como una liberación. Me dejo llevar hacia su cuerpo cálido y sólido como si fuera la única salida en este torbellino de recuerdos.

—Lo siento.

Pasa las manos por mi espalda y me aprieta fuerte contra él. Su contacto me da escalofríos. Las imágenes se alejan poco a poco y las palabras de *Mad World* acaban por morir en mis labios. El velo rojo desaparece del todo, aliviándome pero vaciándome de toda energía.

«Dios mío, ¡te tomará por loca!». Es verdad. Tengo todo lo que tiene un neurótico recién salido del psiquiátrico envuelta en las sábanas para vacilar en el vacío como un psicópata degenerado.

Rip me mantiene contra él. Me acaricia el pelo con una dulzura que no conocía. Besa mi cabeza y me murmura en la oreja palabras reconfortantes.

—Todo irá bien, nena. Estás segura conmigo.

Me dejo abrazar durante un tiempo, aprovechando el confort que me proporcionan las palabras de Rip, sin atreverme a pensar en el significado de las palabras. Después, mi cerebro se vuelve a poner en marcha y me aparto de él. Tomo una gran bocanada de aire antes de hablar.

«Tienes que hacerlo...». Por una vez, obedezco a mi voz interior.

—Son mis agresores.

Las palabras salen solas. Al ver la expresión en el rostro de Rip, veo que no esperaba que se lo contara. Vacilante, pone su mano en mi brazo.

—No tienes por qué contármelo, Kat.

Me muerdo el labio y continúo con voz calmada:

—Te he mentado, Rip. No vine a París para cambiar de aires. Vaya, digamos que no es la razón principal. Vine a vivir con mi tía por la terrible experiencia que destruyó mi existencia. Los tipos del dibujo... son los dos bastardos que me jodieron la vida. Son por los que tuve que huir.

Un destello de cólera pasa por su rostro. Aprieta la mandíbula sin responder, como si se estuviera prohibiendo intervenir. Trago antes de continuar, con los ojos en el vacío, mientras dejo que mi mente divague por el pasado.

—Fue hace cuatro años. Salía con Robin. Por primera vez en mi vida estaba enamorada y, como todas las chicas enamoradas, quería disfrutar de la vida al máximo, al menos una vez. Rompí todas las reglas para estar con él esa noche. Quise disfrutar de la despreocupación de la juventud yendo a una fiesta. Pero no fue como yo hubiera querido... Miguel se unió a nosotros y es ahí cuando las cosas se empezaron a torcer. Robin y él no dejaban de mirarme raro. Me sentía incómoda. Y cuando estábamos de vuelta, comprendí mi error cuando detuvieron el vehículo en el arcén, al lado de un bosque. Me dijeron que corriera y...

—¡Para!

Levanto la vista hacia los ojos de Rip, sorprendida por su tono. No lo reconozco. Tampoco reconozco su rostro, deformado por la rabia. Sus ojos se han vuelto más grises y lanzan unos destellos plateados.

—Detente. Me imagino que lo pasó a continuación...

Suelto un hipido.

—Yo... Fue horrible, Raphaël. Creí que perdía una parte de mí. Tenía tanto dolor... En el cuerpo, en la cabeza... Jamás olvidaré sus miradas cuando... —Las imágenes pasan por mi mente como olas destructivas—. Me robaron la inocencia y lo más íntimo que tenía.

Siento una única lágrima caer por mi mejilla. Rip se inclina hacia mí y la recoge entre sus labios. Su contacto es tan ligero como una pluma. Sin embargo, puedo sentir toda la rabia que emana de él. Después, recula y aprieta los puños con un gruñido sordo.

—Dame sus identidades, Kat. Dime quiénes son. Déjame que les muestre lo que es el infierno.

Su voz es fría y cortante como una cuchilla de afeitar. Su mandíbula está tensa y un músculo late frenéticamente sobre su mejilla, señal de su ira.

¡Mierda! No pensaba que llegaría tan lejos con las confesiones. Tampoco me esperaba tal reacción por parte de Rip. Tengo que calmar la situación. No quiero que intervenga en esta historia. ¡Ni de broma!

Pongo mi mano sobre la suya para calmar su rabia.

—No, Rip, no te lo diré.

Sus ojos se abren por la sorpresa.

—No puedes, Kat. Tienen que ser castigados por lo que se han atrevido a hacerte. Nadie tiene derecho a tocarte. Esta basura no puede salirse con la suya. Merecen una suerte peor que la muerte. Tengo ganas de... Me gustaría hacerlos sufrir y arrancarles la cabeza por haberse atrevido a ponerte las manos encima.

Sacudo la cabeza.

—No. No te daré sus nombres, pero no porque no quiera que paguen, sino porque no es cosa tuya, Raphaël. Mi venganza me pertenece. Solo a mí.

Mi mira durante un rato, con las cejas fruncidas y la mandíbula tensa. Luego, parece hacer un esfuerzo para hablar de forma calmada:

—Bien. Si es eso lo que quieres. Pero te lo advierto, Kat: ahora sé cómo son; su rostro se ha grabado en mi mente. Si alguna vez me cruzo con ellos, están muertos.

Su voz suena como el hielo al partirse, y la determinación que veo en su mirada me hiela la sangre. Es una promesa que me hace y que sé que mantendrá. Solo espero que no sea antes de que yo haya podido obtener mi venganza.

Nos quedamos un momento mirándonos, como si el intercambio que acabamos de tener hubiera sellado un pacto. La honestidad es el cimiento de toda relación, y tengo la impresión de que acabamos de poner la base a la nuestra.

—Hay una cosa que debo decirte, Kat —Rip acaba rompiendo el silencio. Su semblante es serio—. Has sido franca conmigo, así que ahora lo seré yo.

Levanto las cejas cuando toma una gran bocanada de aire.

—Querías saber qué es lo que me hace sufrir más..., así que te lo diré. Cuando tuve mi... accidente, descubrí que la chica que amaba me había traicionado. Se fue con mi mejor amigo. Estaban ya juntos cuando salía conmigo. La amaba más que a nada en el mundo, y esa perra me usó. —Su voz es apagada, llena de animosidad—. No hay nada peor que ser traicionado por la persona que más quieres en el mundo, aquella a la que has confiado tu cuerpo y tu alma.

El dolor que leo en sus ojos me estrecha el corazón. Debe de haber sufrido mucho.

—Cuando volví de entre los muertos, me prometí que jamás volvería a sufrir así. Me juré que nunca más dejaría que mis emociones guiaran mi conducta. Desde hace tiempo, colecciono chicas sin vincularme jamás. Las tomo, las beso y las...

—Rip, por favor...

—Déjame terminar. Hemos dicho que toda la verdad. Entonces... las tomo, las beso y las trato como una mercancía destinada a darme placer.

Me cuesta concentrarme mientras escucho este horror. ¿Me cuenta entre estas chicas a mí también? Me niego a escucharlo, a tratarme como un consumible. Automáticamente, tiro de las sábanas para cubrirme.

Rip suelta una risita sardónica que me hiela los huesos.

—Oh, no te ofusques, Kataline. Ellas están de acuerdo y generalmente muy contentas de la situación. Toman de mí lo que quieren y yo les exijo que me dejen en paz.

Casi me ahogo.

—¿Es lo mismo con Mégane? Tenía la sensación de que erais una verdadera pareja, aunque te pases el tiempo engañándola.

«¡Bam!».

Rip entrecierra los ojos.

—Mégane se cree que es diferente, pero se equivoca.

«¡Fíjate!».

—Eres un cabrón, Rip. Tratas a las chicas como una mierda...

No tengo tiempo de terminar la frase, ya que él se inclina hacia mí y, literalmente, me paraliza con su aura.

—No, Kataline. No a todas las chicas. Es aquí adonde quiero llegar.

Acerca su rostro hacia el mío. Sus ojos capturan los míos y no puedo escapar de su sujeción. Su voz se vuelve un murmullo.

—Tú eres diferente. Misteriosa, fría y cálida. Frágil y fuerte a la vez.

Con una lentitud imposible, su índice acaricia mi rostro. Su boca roza la mía, sin terminar de tocarla, y su dedo, ligero como una pluma, desciende a lo largo de mi mandíbula para deslizarse por mi garganta.

—Hay algo en ti que me es irresistible. Lo he intentado, pero no consigo sacarte de mi cabeza. Cuando estás cerca de mí, solo quiero... besarte hasta perder la razón.

Debería chocarme lo que me dice, pero un suspiro se me escapa cuando sus palabras llegan al centro de mi pecho. Mi vientre se tensa y mi cuerpo acude a su encuentro. El dedo de Rip sube nuevamente hasta mi mentón para levantarme la cabeza.

Bajo los ojos, avergonzada por el calor que siento en las mejillas.

—Desde que te conocí, he estado obsesionado contigo. Día y noche.

Su voz se vuelve ronca y sus pupilas se dilatan cuando baja los ojos hacia mi pecho casi desnudo. Pasa la lengua por sus labios y esta visión erótica me arranca un pequeño gemido.

—Tu olor es como una droga de la que nunca tengo suficiente. Te lo he dicho, Kataline. Es más fuerte que yo. Te llevo en la piel.

Sus cejas fruncidas testimonian su emoción. Parece que se intente convencer a sí mismo de lo que me está confesando. Mi corazón se acelera y mi mente no consigue pensar de forma sensata.

—Raphaël, yo...

—Shhh. No digas nada. Solo quiero emborracharme con tu perfume, sentir tu cuerpo moverse bajo el mío, contemplar tus senos agitarse bajo mis golpes de cadera...

Su dedo baja nuevamente y juguetea con mi pecho.

—Quiero que tus ojos se iluminen de placer, que tu boca se abra para gritar mi nombre y que tu rostro se contraiga cuando llegues a la cima del orgasmo.

Mi cuerpo se vuelve gelatina. ¡Joder! ¿Es posible encenderme de tal forma por unas simples palabras?

Rip me arranca la sábana y me empuja hacia atrás para acostarme en la cama. Después, de un gesto rápido, se deshace de su tejano.

Se inclina hacia mí y me domina con su belleza. Sentir el calor de su piel me hace casi gemir.

Me acomodo, con la boca abierta, invitándolo. Pero Rip recula, con la mirada llena de deseo contenido y una pequeña sonrisa ladina tirando de su magnífica boca.

«¡El idiota te hace sufrir!». Suelto un gemido de frustración.

—Paciencia, preciosa. Te daré lo que quieres, pero antes quiero que me lo digas.

«¿Qué?».

Me muerdo el labio.

—Dime lo que quieres, nena.

Se acerca todavía más, con sus labios contra los míos y sus ojos en los míos. Me suplica que le diga lo que espera.

Las palabras salen, escapando a mi control:

—A ti, Raphaël. Te quiero a ti.

Con una sonrisa de satisfacción, se abalanza sobre mí como una bestia sobre su presa.

Objetivo

La niebla se disipa lentamente de mis pupilas y salgo del vacío. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando mi mano busca automáticamente el calor de su cuerpo. Abro los ojos y giro la cabeza sobre la almohada.

Es en vano. Rip no está aquí. Debe de haberse ido hace ya rato, teniendo en cuenta que las sábanas están frías. Suspiro y reprimo el sentimiento de abandono que me cierra la garganta.

Una sola noche. Al final, es lo que habíamos acordado, ¿no? Ha mantenido su palabra. No la olvidaré jamás.

«Cuando estás cerca de mí, solo quiero... besarte hasta perder la razón». Es exactamente lo que ha hecho.

Las imágenes de nuestras acometidas vuelven a mi mente y me siento enrojecer. Ha sido tan intenso que pensaba que perdería la razón más de una vez.

Lucie estaba en lo cierto: Rip es un verdadero Dios en la cama. Conoce el cuerpo femenino perfectamente y lo hace disfrutar como un virtuoso de la música. Cuando me hacía el amor tenía la sensación de ser un instrumento musical entre las manos de un prodigio. Ha sido capaz de multiplicar mis sensaciones con un simple tocamiento y de hacerme olvidar mi propia existencia.

Por un momento he pensado que no podría seguir su ritmo. Es insaciable y me ha despertado varias veces para saciar su hambre. «Cuarta ronda, nena», me ha susurrado al oído. Y también «Ven aquí, todavía no he terminado contigo». O incluso «La noche no ha terminado, preciosa. Tengo una última carta que jugar».

Me muerdo el labio reprimiendo un escalofrío. Estoy casi avergonzada de todo lo que hemos hecho. Como cada vez, me ha hecho perder el control de mí misma. Literalmente me ha transformado en una bestia sedienta de placer, que gruñía y gemía para obtener lo que quería.

Lo más sorprendente es que ha conseguido que me olvidara de mi trauma. Con Rip muestro una confianza que creía desaparecida. Consigue llevarme a mundos que me parecían prohibidos y que pensaba que jamás podría conocer.

Me levanto y me dirijo hacia el baño soltando un quejido. Tengo agujetas, como si hubiera participado en un triatlón.

Me río sola, pensando en que él seguramente estaría orgulloso de saber que sus proezas sexuales han dejado huellas en mi pobre cuerpo. Desafortunadamente, para mí también están las huellas del alma. Sé que no volveré a encontrar jamás esta química. Hicimos un trato y, por su ausencia, Raphaël me deja claro que va a mantenerlo.

La ducha es bienvenida. Decido mover el termostato hacia el agua tibia para poder poner mis ideas en orden. Eso me alivia los músculos doloridos y me relaja al mismo tiempo.

Cuando el chorro cae sobre mi cabeza, mi mente analiza todas las revelaciones de Rip. Nunca hubiera imaginado que vivió todas esas situaciones. Está historia con Molly y su mejor amigo, la traición y, sobre todo, su paso por el despiadado y terrorífico infierno.

¡Guau! Es surrealista. Si me hubieran dicho antes que el infierno existía, nunca lo hubiera

creído. Y admito que todavía me cuesta hacerme a la idea de que los demonios y todo lo demás existen...

Ahora que sé todo lo que ha pasado, veo a Rip de otra forma. Aunque me pidió que no lo mirara con compasión —cosa que no haré—, no puedo evitar admirar su resistencia y su fuerza de carácter. Muchos se hubieran hundido después de haber vivido cosas así. Parece que el destino se ha lanzado sobre él para destruirlo. Pero ha podido sobrellevar todas las dificultades.

Cierto, ahora está lleno de resentimiento y parece estar en contra del mundo entero, pero ¿quién no lo estaría después de haber vivido cosas como estas? Bueno, no es que respalde el hecho de que use a chicas para sus objetivos, pero es verdad que, si cada uno lo ve como algo positivo... Al final, es cierto que ellas también sacan algo de él.

Veo el rostro desfallecido de Mégane y los ojos llenos de agradecimiento de Lucie. Sí, las chicas también sacan algo positivo, ¡eso seguro!

«¡Pero escúchate! ¡Dentro de nada vas a decir que es normal y que ellas se merecen ser tratadas como objetos sexuales!». ¡Joder! La vocecita tiene razón. Estoy encontrándole excusas. ¡Qué mal!

Giro el grifo para aumentar el volumen de agua fría. Con suerte, eso pone las ideas en su sitio.

Tras cinco minutos apretando los dientes bajo el chorro, salgo y me enrolló con una toalla.

De vuelta a la habitación, un golpe seco en la puerta llama mi atención. Me pongo rápidamente una bata antes de abrir. Maxime está al otro lado. Me mira preocupado.

—Kat... ¿Va todo bien?

Frunzo las cejas. Es una buena pregunta. ¿Estoy bien? Lo pienso unos segundos. Después, asiento.

—Sí, todo bien. Vaya, eso creo.

Suspira.

—¿Puedo entrar?

Abro más la puerta y me aparto para dejarlo pasar.

—Sí, claro. Entra.

Penetra en la habitación mirando a su alrededor. Parece que inspeccione el lugar y que busque indicios para verificar mi respuesta.

—¿Buscas algo en particular?

Maxime se gira hacia mí arrugando la nariz.

—¿Rip?

Joder. Pillada. Evidentemente debe de haber percibido su olor. Solo puedo asentir a su otra pregunta no formulada.

—Se ha ido.

Pasa rápidamente la mano por el pelo y se sienta en una butaca.

—Escucha, Kat. Sé que no es de mi incumbencia y que tú eres mayor para tomar tus propias decisiones, pero...

Lo detengo con un gesto. Sé que la situación es delicada y no quiero hacerle daño. Pero por otro lado no tengo que pasarle cuentas de nada.

—Sé lo que hago, Max. No te preocupes. Y, efectivamente, esto no es de tu incumbencia.

Baja la cabeza como un niño al ser reñido. Su actitud me conmueve.

—Es solo que... —dice— no quiero verte sufrir como a todas las demás.

Río.

—Sé muy bien de qué es capaz tu hermano y cómo trata a las chicas. Pero no soy como las demás. Y, sobre todo, sé qué puedo esperar. Te agradezco que te preocupes, Max.

»¿Querías decirme algo más?

El cambio brusco de tema parece perturbarlo. Mueve las manos inquieto durante unos segundos antes de responder.

—He sido yo quien le habló a Rip del dibujo...

Claro. Si no, ¿cómo lo podría haber sabido?

Joder. De repente, me siento traicionada.

—¿Y por qué lo has hecho?

Mi voz es más seca de lo que me gustaría. Max reflexiona antes de responder.

—Sabía que lo que habías dibujado no era casualidad. El día que te sorprendí con el dibujo parecías... perturbada. Esos tipos debían de ser la razón.

«¡Buena deducción, Sherlock!».

—¿Y por qué darle el dibujo a Rip?

—Porque sabía que se lo contarías a él.

Mis cejas toman la forma de acento circunflejo. Me muerdo el labio y Maxime retoma la palabra, ahorrándome la respuesta:

—No te preocupes, no te voy a forzar a que me expliques qué pasó. Pero quiero que sepas que yo también estoy aquí, si necesitas hablar.

La imagen de Maxime con sus alas de ángel desplegadas viene a mi mente. ¿Qué hay de malo en mi cabeza que prefiero confiar en un demonio antes que en un ángel?

«¡Rip podrá protegerte de tus enemigos! Es cruel y no tiene remordimientos. Sabrá vengarte». ¡Mi conciencia parece haber elegido su equipo! Aparto estos pensamientos y asiento. Maxime se levanta y me tiende la mano, con una sonrisa Profident iluminando su rostro.

—Bueno, será mejor que te vistas para que podamos bajar a desayunar... ¡Rosa ha hecho *pancakes*!

Paso los tres siguientes días sin cruzarme con Rip. Aparentemente, se ha ido por unos asuntos... Imagino que es un combate. Doy vueltas por la gran casa que ya conozco de memoria. Las sesiones de pintura con Maxime, el tiempo pasado en la gran biblioteca y las discusiones con Rosa no son suficientes para ocupar mis días. ¡Estoy realmente aburrida!

«¿No será que son Rip y su carácter de perros lo que echas de menos?». Ignoro la vocecita. ¿Que echo de menos a Rip? ¡Ni de broma! No, echo de menos a mi tía, a Kris, a mi padre y a Justine; incluso a sus hermanos y sus bromas estúpidas, sí. ¿Pero a Rip? ¡Jamás!

Al evocar a mi tía, mis pensamientos van a ella. No tengo noticias desde que me dejó en casa de los Saveli. Le he enviado múltiples mensajes, pero no he obtenido respuesta. Aunque esté acostumbrada a que se vaya de viaje con Kris, este silencio es de lo más extraño. Empiezo realmente a inquietarme. Sobre todo porque se ha ido sin decirme adónde iba. Además, acababa de pelear contra una horda de ninjas que han destruido su apartamento. Mi instinto me dice que su escapada no es ajena a lo que ha sucedido últimamente. Intento llamarla por enésima vez...

Ey, este es el contestador de Jess. No estoy disponible, así que deja tu mensaje y tu número..., y si me apetece, te llamaré. ¡Bye!

Joder, otra vez el contestador. Lanzo el móvil sobre el sofá con desprecio.

—Ey, ¿algo va mal?

Maxime se acerca a mí con las manos en los bolsillos de su pantalón beis. Su visión me alivia ligeramente. De nuevo, su sola presencia parece calmarme. No puedo evitar pensar en que es realmente guapo con su *look* de dandi despeinado.

—Estoy preocupada por Jess. No ha dado señales de vida desde que ella y Kris se fueron de aquí.

Maxime hace una mueca y se instala a mi lado en el sofá. Hay algo en su rostro que me dice que él tampoco está tranquilo.

—Es mayorcita. Y muy independiente.

—Sí, eso seguro. Pero no es normal que no me diga nada.

—Estoy seguro de que no hay ninguna razón para alarmarse... Al menos, no por eso.

Uy, eso lo he pillado. ¿Qué más hay?

—¿Por qué otras razones tengo que alarmarme?

Maxime frunce el ceño.

—Te he prometido no esconderte nada...

Tomo una bocanada de aire.

—Rip, Royce y Parker han vuelto al piso de tu tía para investigar el asalto. Han encontrado una pista y... las noticias no son muy buenas.

Elevo una ceja.

—¿Puedes ser más preciso, por favor?

—Bien, aparentemente alguien ha informado a más clanes de tu existencia. Es por esta razón que había una señal en casa de Jess y los mercenarios te perseguían.

No me lo puedo creer. ¿Qué es esta locura?

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que te has convertido en un objetivo.

Me congelo al escuchar la voz de Rip. Acaba de entrar en la habitación seguido de todo su séquito, que se instala a nuestro alrededor sin pensarlo. Mégane, Lucie y Cindy están con ellos y no puedo evitar que se me erice la piel por la molestia. De repente, me siento oprimida. Tengo la sensación de que mi espacio vital acaba de ser invadido y que me van a privar de mi oxígeno.

Todas las miradas están clavadas en mí como si fuera un animal de feria. Con todo, la única mirada que me incomoda de verdad es la de Rip. Rip, al que no he visto desde que me agarré a él como una ninfómana mientras cabalgaba sobre él... Bajo rápidamente la mirada, avergonzada y con las mejillas encendidas.

Se instala en la butaca frente a nosotros dejando el casco de su moto en el suelo. Después nos mira por turnos, a Maxime y a mí, lentamente, con el ceño fruncido, como si nuestra proximidad lo molestara.

—¿Habéis conseguido más información? —pregunta Maxime reconduciendo el tema. Está visiblemente incómodo.

—No, nada.

—Digamos que el último demonio que ha sido interrogado no ha soportado... la insistencia de Rip —se burla Parker con su ironía habitual.

Ensancho los ojos. Espero que Rip no haya hecho nada comprometedor por mi culpa. Como si leyera mis pensamientos, su boca forma un pequeño rictus irónico.

—No te preocupes, no he hecho nada que no haya sido de utilidad para la humanidad.

Me imagino lo peor. Parker estalla en risas y Royce se sienta frente a mí. Pone los codos

sobre sus rodillas y me observa atentamente.

—¿Has hablado de esto con alguien, Derbis?

Su mirada de comadreja no me indica nada que valga la pena. ¿Me toma por idiota o qué?

—Francamente, Royce, ¿parezco tan tonta? ¿Crees que voy a gritar a los cuatro vientos que soy una especie de veneno viviente y que vivo en casa de unos demonios?

Royce se recuesta en su silla y agarra la cerveza que le tiende Jennifer. La chica me dirige una sonrisita tímida mientras que Royce abre la lata con los dientes. Toma un gran sorbo antes de continuar.

—Creo que realmente no te das cuenta de lo que pasa, querida. Vas a tener a cientos de asesinos sanguinarios persiguiéndote... ¿Piensas que vas a poder escapar de ellos?

Me sonrojo. No parece muy contento con la situación. Aunque yo tampoco lo estoy. ¿Quién querría convertirse en la presa de unos monstruos?

Rip pone la mano sobre el brazo de su amigo.

—No te preocupes, Royce. Mientras Kat esté conmigo, no le pasará nada.

Veo la mirada de odio de Mégane posarse sobre mí. Sorprendentemente, no está sobre Rip, como de costumbre; se mantiene un poco apartada, detrás de él. Cruzo la mirada con ella sin parpadear, pero no parece ceder. Tengo la sensación de que va a intervenir cuando el móvil de Rip empieza a sonar. Saca el teléfono de su bolsillo trasero y echa una ojeada a la pantalla. Su rostro adquiere una expresión seria.

—Creo que tendremos que irnos.

—Pero acabamos de llegar —protesta Mégane.

Rip coge su casco y se levanta, ignorando el comentario de ella. Después, se acerca a mí con una expresión felina.

—Tu tía acaba de volver. Nos pide reunirnos con ella.

¡Estoy alucinando! ¿Y a mí no me ha contactado directamente? Me parece raro, pero no digo nada. Su mirada me intimida hasta hacerme estremecer.

—Eh... Vale.

—Ya la llevo —interviene Maxime, levantándose.

Rip le lanza una mirada oscura y amenazante y los dos hombres se plantan cara unos segundos. Mégane aprovecha ese tiempo para acercarse a Rip y pasar un brazo por el suyo, pero él se aparta con un gesto brusco y me tiende su casco.

—¡Ni de broma! ¡Kataline está conmigo!

El regreso de Jess

Agarro automáticamente el casco, incapaz de apartar mis ojos de los de Rip. ¿Qué quiere decir con «Kataline está conmigo»? ¿Es un doble sentido? Me quedo con la boca abierta, sin saber cómo reaccionar. Después, Mégane, que se ha quedado nuevamente detrás de él, suelta un pequeño chillido de indignación. Parece aturdida por lo que le acaba de decir.

—¿Qué plan es este, Rip?

Este último suspira y aparta los ojos de los míos, como a desgana. Se gira lentamente hacia ella y la observa desde su altura durante un minuto largo. Su silencio es más amenazante que sus palabras.

—¿Desde cuándo intervienes en mis decisiones, Még?

Los ojos de ella se entrecierran y una arruga aparece en su frente, marcando su temor. A mi parecer, no está acostumbrada a que Rip le hable así. Su voz es tan fría que toda la habitación parece sumergirse en un baño de agua helada.

La mirada de Mégane se pone sobre mí. Su rostro está deformado por el odio que le inspiro y sus ojos reflejan toda la cólera que la inunda. Parece que me vaya a saltar al cuello. Pero, contra todo pronóstico, se tira del pelo con violencia. Después, empieza a gritar como una histérica.

—No. No, no puedes hacer eso. No puedes... ¡por ella!

Recula y empieza a temblar. Parece que ya no controla su ira. Después, sin previo aviso, avanza en mi dirección y alza hacia mí una mano amenazante.

—¡Tú! ¡Lo sabía! No eres más que una bruja...

En el momento en el que levanta la mano para abofetearme, Rip la detiene; atrapa su brazo y lo retuerce para hacerla retroceder. La cara de Mégane cambia de color y su rostro se contorsiona en una mueca de terror.

—Ya lo he dicho, Mégane: nadie le toca un pelo a Kataline. ¿No he sido lo suficientemente claro?

La empuja violentamente y ella se masajea la muñeca con una mueca. Unas lágrimas de rabia y frustración humedecen sus pestañas. Yo no he reaccionado; continúo mirando la escena como una espectadora.

—Yo... ¡Me tenías! ¿Por qué prefieres a esta...?

—Shh, Mégane. En serio. No significas ni una centésima parte de lo que Kat significa para mí.

¡Joder! ¡No puedo creer lo que oyen mis oídos!

Mégane se descompone y Royce interviene. Se coloca ante ella y atrapa su rostro entre sus manos. Después, la mira intensamente un minuto, durante el cual Mégane parece paralizada. Cuando la libera, ella parece mucho más calmada.

—Még, creo que es hora de que salgas de aquí. Chicas, sacadla de aquí.

Los ojos de Mégane pasan de Royce a Rip; después, a mí. De repente parece tranquila, resignada. Su rostro está vacío de toda expresión.

Lucie y Cindy la acompañan al exterior de la habitación, no sin antes dedicarme unas

miradas de reproche. Pero me da igual, solo cuentan las palabras de Rip, que aún resuenan en mis orejas. Así que, al final, sí que represento algo para él.

Como para confirmar mi teoría, Rip se acerca a mí y me acaricia dulcemente la mejilla antes de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Su mano se posa justo debajo de mi cuello y su contacto desencadena miles de estremecimientos en mi cuerpo. Inspiro profundamente para no dejarme llevar.

—Te voy a llevar conmigo, Kataline. Coge un abrigo. Tenemos una media hora de camino.

—¿Y adónde vamos, exactamente? —inquiero cuando finalmente encuentro mi voz.

—*Top secret*. No puedo decirte nada por ahora.

Rip se aparta y hace una señal a Royce antes de llevarlo hacia un lado. Bueno, aparentemente no puedo saber nada más. Al menos, no por ahora.

—¿Estarás bien? —pregunta Maxime cerca de mí.

Asiento.

—Ahora que Cruella se ha ido, sí.

—No la culpes mucho. Fue la novia de Rip durante bastantes meses, y pensaba que era diferente con ella. Ahora se siente rechazada.

Escucharlo defenderla me molesta un poco. Se lo hago saber.

—Ya, bueno, yo no he tenido nada que ver con sus historias.

Maxime se ríe y levanta una ceja.

—¡Eso me sorprendería!

«¡Guau! ¡Toma eso! Además, sabes perfectamente que tiene razón, ¡así que relájate!». Aprieto los labios. Sí, mi vocécita interna y Maxime tienen razón. Mégane tiene sus razones para estar cabreada conmigo; en su lugar, yo también lo estaría. Sin embargo, no llego a empatizar con ella. Me contento con levantar la cabeza con aire indignado.

—Bueno, voy a buscar mi abrigo, ya que tenemos tanto camino.

Doy media vuelta y salgo de la habitación.

Me encuentro en el garaje, ante la moto de Rip, esperando a que llegue. Reconozco que me estresa un poco la idea de volver a ver a mi tía. Tengo miedo de que traiga malas noticias, noticias que harán tambalear todavía más mi vida. Dejo el casco sobre el asiento de la Kawasaki y suelto un suspiro desde lo más profundo de mi ser.

Parker está cerca de mí y pule el depósito de su Ducati Desmosedeci con su silencio mientras me echa un ojo de vez en cuando. Siento que quiere decirme algo, pero prefiero ignorarlo. Al cabo de un momento, acaba por soltar su pregunta:

—No te pensabas que te encontrarías en esta situación cuando llegaste a París, ¿verdad?

Eso es lo mínimo que se puede decir.

—No, efectivamente.

Se reincorpora y pone los puños en sus caderas.

—Francamente, ¿no estabas al corriente de nada?

—¿De qué hablas?

Parece sinceramente sorprendido de mi respuesta.

—Bueno, de tus orígenes. Todo eso... ¿Tus padres no te dijeron nada?

«Ah... ¿Es de eso de lo que quiere hablar?». Suspiro.

—No he hablado con mi madre desde hace años. Y cuando todavía hablábamos... Bueno, se puede decir que su única preocupación era aislarme del mundo exterior y mantenerme en el

camino correcto. En cuanto a mi padre..., casi nunca estaba en casa.

Parker frunce las cejas.

—¿No te dijeron nada sobre las musas?

Sacudo la cabeza.

—No, nada sobre eso.

«Aunque me hubiera gustado». Al menos hubiera sabido qué esperar. Y, sobre todo, estaría preparada para ser atacada en mi propia casa.

—Es realmente extraño —continúa Parker—, porque, por lo que me han contado, las musas tienen el deber de transmitir su herencia. Es una especie de obligación familiar para que perdure el linaje. Y se hace de madre a hija... desde hace generaciones.

»En fin, es lo que me han contado porque nunca había visto a ninguna antes de... ti. Me esperaba descubrir una especie de bruja o chica un poco perturbada, pero, al final, no veo que seas tan rara.

—¿Porque las musas están obligadas a ser raras y estar perturbadas?

—Aparentemente, tienes algunas características físicas y psicológicas particulares. Pero tú no. Eres como todos los humanos. Es por eso que no podemos teletransportarte demasiado. Sería peligroso para ti. Pero, bueno, ¡no pasa nada! Lo haremos a la antigua. Será divertido, y me va a traer recuerdos.

Su comentario me suena irónico. Jamás he tenido la sensación de ser como los otros humanos. Ha sido el drama de toda mi vida. La educación de mi madre ha hecho mucho. Ha conseguido formatearme según sus códigos durante muchos años. Hasta el punto de querer ser transparente a ojos de los demás... Hasta que conocí a Robin. ¡Joder! Se puede decir que eso fue un verdadero fiasco. Dio, si mi madre supiera...

—¿Y tú, Parker, cómo eras cuando eras... humano?

Se reincorpora y reflexiona unos segundos antes de responder.

—Exactamente como ahora: guapo, inteligente, con un cuerpo de atleta...

Sonrío. Ha conseguido relajarme durante unos minutos, y le estoy agradecida. Pero la llegada de Rip al garaje hace que la tensión vuelva a aumentar. Maxime y Royce le pisan los talones y me dedican miradas compasivas que aumentan todavía más mi estrés.

—¿Estás preparada? —pregunta Rip con voz apagada.

Suspiro y asiento, poco segura de mí misma.

—Los chicos nos van a acompañar. Parker con la moto y Max y Royce con el Hummer. Prefiero tomar precauciones.

Mi voz está llena de sarcasmo cuando le pregunto:

—¿Y con eso intentas tranquilizarme?

Rip se acerca a mí y me pone una mano en el hombro.

—No te preocupes, Kataline. Te he prometido que conmigo no te pasaría nada, y siempre mantengo mis promesas.

—Eso espero.

Se gira hacia los demás, que nos observan apartados.

—Vámonos.

Siento mi pulso acelerarse cuando me doy cuenta de que los chicos parecen igual de tensos que yo. Tengo la desagradable sensación de que no me lo han contado todo. Aunque sé que pronto obtendré respuestas. Y eso es lo que me da más miedo.

Maxime me hace un gesto con la cabeza para tranquilizarme, pero, por una vez, no tiene

ningún efecto sobre mi angustia. Rip coge el casco que descansa sobre el asiento de la moto.

—Todo irá bien, nena. —Su voz es tranquilizadora, pero tampoco me ayuda.

Suspiro ruidosamente.

—¿Por qué me cuesta tanto creerte?

En lugar de responderme, me tiende el casco de moto. Cuando lo agarro, lo atrae hacia él, atrayéndome a mí también en un movimiento seco. Mi boca forma una «O» de sorpresa y mi pulso se acelera.

—Te aseguro que, mientras estés conmigo, no te pasará nada.

Me muerdo el labio para no dejar que tiemble. La mirada de Rip sigue mi gesto y sus pupilas se dilatan. Lentamente, pone su mano en mi nuca para levantar mi cabeza hacia él. Mis sentidos se ponen en alerta cuando su perfume invade mis fosas nasales, que se estremecen de excitación. Una ola sube por mi vientre hasta mi pecho, tumbando mi estrés de un revés. Trago con dificultad al sentir a mi cuerpo ir a su encuentro.

—¿Confías en mí?

No respondo. ¿Confío en Rip? Me quedo unos segundos pensándolo, sin encontrar respuesta. Él nota mi duda y se inclina un poco más. Su rostro se acerca tanto al mío que puedo sentir su aliento en mi piel.

—Kataline, haré todo lo que pueda para protegerte. Llevas mi marca sobre tu piel. Eso puede que no signifique nada para ti, pero, a mis ojos, es inestimable. Eres muy importante para mí y no dejaré que nadie te haga daño, ¿me escuchas?

Mi garganta se seca y asiento lentamente, incapaz de pronunciar una palabra. No puedo negar la sinceridad que siento en ellas, pero me cuesta terriblemente creerlo.

Parker enciende su moto y el ruido atronador que invade el garaje no logra sacarme de este estado en el que Rip me ha hundido. Los golpes del acelerador acompañan los latidos de mi corazón y el olor a gasolina se mezcla con su perfume.

Imperceptiblemente, mi boca se acerca a la suya, como un imán. Los ojos de Rip descienden hacia mis labios, que se abren por sí solos. Mi invitación muda es acogida por la sonrisa que tira de la comisura de su boca. Se abalanza sobre mí con una codicia que me deja sin palabras. Mi cuerpo va a su encuentro y se arquea contra él. Con el casco en una mano y mi pelo en la otra, Rip me da el beso más intenso de toda mi vida, una mezcla de deseo, miedo y dolor. Es como si quisiera hacer presentes todas las emociones en él. La sensación es idéntica a la que sentí la primera vez que lo besé, como un fuego que me invade y me consume como a una cerilla.

Me sorprendo gimiendo en su boca. La presión de sus labios me hace daño y me alivia al mismo tiempo. Mi vientre se tensa cuando suplico silenciosamente que no termine nunca. Pero todo tiene su final, y cuando Rip se separa, durante unos minutos me siento como si me hubieran abandonado. Su mirada oscura, llena de deseo, acaricia mi rostro. Me mira como si me viera por primera vez, como si quisiera fijar cada parte de mi piel en su cabeza. Es de una intensidad tal que tengo escalofríos por todo el cuerpo. Después, coge el casco de mis manos.

—Levanta la cabeza, por favor.

Hago lo que dice, todavía incapaz de decir nada. Rip me pone el casco y me levanta la visera. Sus ojos se hunden en los míos.

—Te he mentado. Hay una promesa que no podré mantener...

Da un pequeño beso en la parte superior de mi casco y cierra la visera de un golpe seco.

—Nunca podré contentarme con una noche.

Viaje peligroso

Me dejo mecer por los movimientos de la moto que ondula sobre el asfalto. Me encanta sentir la vibración del bólido entre mis piernas. La euforia de la velocidad y la proximidad de Rip...

Me pego más contra su espalda, reduciendo al máximo el espacio que nos separa. Mis formas encajan perfectamente con las suyas y puedo sentir su calor a través del tejido de nuestras ropas.

Las luces de las farolas desfilan a gran velocidad y termino sin poder ver las señales. No tengo ni idea de dónde estamos ni adónde vamos. Lo dejo todo en manos de Rip con una confianza que me sorprende a mí misma. Sí, confío en él. Ahora me doy cuenta.

Mi aprensión sigue ahí, pero tengo la sensación de que, con Rip, soy intocable. Al final, el único peligro que hay cuando estoy con él es... él mismo. Coloco el mentón sobre su espalda y suspiro.

«Haré todo lo que pueda para protegerte... Eres muy importante para mí...». Sus palabras todavía resuenan en mis orejas como una dulce música tranquilizadora. La sinceridad de su voz era innegable, y es alucinante ver la facilidad con la que reconoce este tipo de cosas. Me muerdo el labio, incapaz de calmar los latidos de mi corazón.

Más de una vez Rip me ha dicho cosas que muchas chicas soñarían escuchar. Es... perturbador, y todavía me cuesta creer que sus palabras vayan dirigidas a mí. Pero no puedo negar su verdad. Cuando revela sus sentimientos, sus ojos hablan por él. Y a cada vez que me dice lo que siente, pone el universo entero a mis pies. No se puede mentir sobre estas cosas.

¿Pero yo? ¿Qué siento por él exactamente? Mi corazón se tensa y mi vientre se contrae. Mala idea. Solo con pensar en ello puedo sentir lo que sea esto. «¡Voy a entrar en pánico!». Cierro los ojos y tomo aire de golpe. No quiero responder a esta pregunta. Ahora no.

«Estás en una pendiente peligrosa, querida». Suspiro con más fuerza.

—Genial. Solo me faltaba eso.

Sé perfectamente que mi pequeña conciencia tiene razón una vez más. Con todo, aparto esos pensamientos irritantes con un gesto. Todavía es demasiado pronto para preguntarme eso. Además, tengo cosas más urgentes de las que ocuparme. Como encontrarme con mi tía para descubrir todavía más cosas que van a poner mi vida patas arriba.

—¿Todo bien, Kat?

La voz de Rip resuena en mi casco, haciéndome sobresaltar. Me mira por encima del hombro. Pasa furtivamente su mano sobre mi muslo, provocando a su paso miles de escalofríos.

—Los cascos están vinculados por wifi. Cuando hablas, te escucho.

Imagino su magnífica boca moldearse en una sonrisa burlona.

—Gracias por avisar... De hecho, todavía no me has dicho adónde vamos.

—Lo sabrás pronto. Mi tía me ha pedido que te lleve a un lugar donde podamos hablar tranquilamente.

Su tono hace resurgir su aprensión.

—OK, si es un sitio seguro...

Vuelvo a contemplar las luces nocturnas sin pronunciar más palabras. Mi mente retoma su loca carrera en búsqueda de explicaciones. Es en vano. ¿Por qué mi tía no ha ido a casa de los Saveli? ¿Y por qué le ha pedido a Rip llevarme a un lugar secreto sin contactarme?

Con todas esas reflexiones, no me doy cuenta de que hemos dejado atrás la periferia. El Hummer nos sigue muy de cerca y la Ducati de Parker zigzaguea entre nosotros y Royce.

Rip conduce sin problemas mientras acumula quilómetros. Me dejo llevar contra él, perdiendo la noción del espacio, todavía obnubilada por mis preguntas sin respuesta.

Tras unos veinte minutos en la autopista, la conducción de Rip se vuelve más agresiva. Acelera y se desvía varias veces. Sin esperar a Royce, se cuela entre algunos vehículos todavía presentes a esta hora tardía. Me agarro más a él y pongo atención a todos sus gestos. Solo faltaría que lo molestara en la conducción.

En un golpe del acelerador, Parker se une a nosotros y se posiciona a nuestro lado. Rip gira la cabeza hacia él y los dos hombres intercambian señales que no comprendo. Después, Parker disminuye la velocidad mientras Rip acelera.

Giro la cabeza hacia atrás, buscando saber qué provoca estos comportamientos tan extraños, pero en cuando pasamos por el lado de una salida, Rip la toma en el último momento, tomándome por sorpresa. Le doy un golpecito en el hombro para mostrarle mi descontento.

—Ey... Podrías haberme avisado.

—Lo siento. Pero no tengo elección. Agárrate, puede que sea movidito.

—¿Qué? Pero ¿por qué? ¿Qué pasa?

—Confía en mí, nena. Agárrate —repite entrando en un nuevo tramo de la autopista.

De repente, mis sentidos se ponen alerta. Mis brazos se enrollan alrededor de su torso y me agarro a él como una ostra a una roca. En cuanto presiono mi casco contra su chaqueta de cuero, baja algunas marchas y da gas repentinamente. Con un rugido que haría palidecer a un león, la moto da un acelerón.

El motor gira y libera toda su potencia. La velocidad me corta la respiración. Veo desfilar las líneas en el suelo a toda velocidad. Tras unos minutos, mis brazos empiezan a cansarse. A este ritmo, no podré aguantar mucho más.

Y todavía no sé por qué Rip ha decidido separarse de los demás ni por qué intenta sobrepasar el récord de velocidad.

—Rip...

Disminuye la velocidad de manera imperceptible.

—Unos kilómetros más, preciosa. Casi hemos llegado.

La presión sobre mis hombros empieza a ser verdaderamente insostenible. No sé cómo se las arregla para sujetar el manillar. Lo veo echar un vistazo al retrovisor, pero no puedo ver qué es lo que mira por miedo a caer o de hacerle perder el equilibrio. Rip se coloca en el carril izquierdo para adelantar a un camión.

Mi ritmo cardíaco se acelera al ritmo de la moto. Apenas adelanta al semirremolque, mete el freno. Reduce justo delante de él con un chirrido de neumáticos. Seguido, toma la salida escondida por el camión, que manifiesta su descontento con unos largos toques de claxon.

—Joder, Rip.

Cierro los ojos, esperando que termine nuestra carrera. Ya nos he visto incrustados en un coche o decapitados por la valla de seguridad. Pero no, Rip retoma un ritmo normal, como si no hubiera pasado nada. No digo nada, esperando a que mi corazón retome un ritmo normal. Tengo

los labios apretados para evitar soltar todos los insultos que me vienen en mente. Reabro los ojos. Tras varias rotondas y algunos kilómetros más acaba por detenerse en un aparcamiento desierto, ante un inmenso edificio que parece abandonado.

Salto al suelo y le doy un puñetazo en la espalda. Retiro mi casco con rabia y sacudo mi cabello enredado.

—¡Joder, Rip! ¿A qué ha venido eso? ¿Por qué lo has hecho? ¿Me quieres matar o qué? ¡Te recuerdo que yo no soy un demonio! —Es más fuerte que yo. No puedo mantener la calma cuando la cólera hierve en mi interior de esta forma. ¡Este tío está completamente loco!

Todavía sentado en su bólido, Rip se quita el casco y me mira, casi divertido, cosa que me horripila todavía más.

—Eh, cálmate. Solo quería dejar atrás a los que nos perseguían.

«¿Los que... nos *perseguían*?».

—Pero estas... ¿Quién nos perseguía?

—Un BMW M3 y dos ZXR.

Abro los ojos. ¿Solo eso? Cruzo los brazos sobre el pecho. Si cree que lo voy a dejar así, se equivoca.

—¿Quieres hacerme creer que nos estaban persiguiendo dos motos y un coche cuando yo no he visto nada?

Sabía que pasaba algo, pero no me podía creer que realmente nos estuviesen persiguiendo.

—Exacto, nena. Y eran más antes de que nos separáramos de Royce y Parker. Nos han dado caza de forma bastante discreta, debo decir.

Alucino. Empiezo a dar vueltas por el estacionamiento, pasando las manos por mi pelo en un gesto nervioso.

—Vale... Los hemos perdido. ¿Qué hacemos aquí?

Rip baja de la moto y su mirada se oscurece. Mi nuca me hormiguea y una brisa fría me acaricia la cara, señal de peligro.

El sonido de los motores rompe el silencio de la noche y unos faros aparecen al final de la carretera.

Instantáneamente, Rip se coloca ante mí.

—Joder. Son más inteligentes de lo que pensaba... Quédate cerca de mí, nena.

El BMW y las dos motos se detienen en el aparcamiento ante nosotros. Los pasajeros salen del vehículo y los motoristas bajan de sus máquinas con una calma amenazante.

Mi sangre se congela y atrapo automáticamente el brazo de Rip, que me echa un ojo.

—No te preocupes, no te pasará nada si estás cerca de mí.

El conductor del coche se acerca hasta nosotros con una pequeña sonrisa. Su rostro me recuerda vagamente a alguien.

—Bueno, Rip, eres más hábil de lo que pensaba.

—Y tú, más astuto.

Inclina la cabeza, como si buscara con quién tratar.

—Sebastian, encantado.

—No te voy a devolver el saludo.

El Sebastian en cuestión hace un paso hacia nosotros ignorando la respuesta de Rip. Sus acólitos lo rodean y me da la impresión de estar en una película en la que los adversarios se plantan cara antes de pasar al ataque. Pone sus ojos sobre mí.

—Mírala... Nuestra pequeña musa. Que sepas que me has dado muchos problemas. Me tomé

mucho tiempo convencerme de que eras tú. Además, me parece que has cambiado mucho desde que nos vimos.

Levanto una ceja. Entonces lo he visto antes.

—Ah, ¿no te acuerdas de mí? Te refrescaré la memoria. El concierto. En el Wizz.

¡Joder! ¡Ahora me acuerdo! Es el tipo que insistió para invitarme a una copa. Rip casi se pelea con él.

—Ahora entiendo mucho mejor por qué un demonio mayor vino a tu rescate esa noche. Te quería para él solo. Eres muy deseable, cierto, pero desde que descubrió lo que eras, ha luchado por ti; no sabía lo que representabas.

—Y sigue siendo así. Si intentas siquiera acercarte a ella, te prometo que te arrancaré la cabeza.

Sebastian estalla en risas.

—En serio, podrías ser un gran guerrero, Rip. Pero somos seis mercenarios entrenados y hay más en camino. No tienes ninguna posibilidad.

Como para ilustrar sus palabras, hace crujir sus dedos con un ruido siniestro.

—¿Qué queréis de mí?

Mi pequeña intervención parece sorprender a todo el mundo. ¡Parece que no se han dado cuenta de que soy un ser vivo dotado de inteligencia! ¡Y, sí, habla la niña al lado del héroe!

—¿Qué? ¿Os pensáis que os voy a seguir como una niña buena?

—Oh, claro que nos vas a seguir, preciosa... una vez terminemos con tu guardaespaldas.

De repente, los seis hombres se lanzan sobre nosotros. Pero no lo suficientemente rápido para Rip, que despliega sus alas con un crujido de tela. Suelto un grito cuando me atrapa entre sus brazos y vuela verticalmente.

Sin prestar atención a mi pánico, aterriza unos metros más allá y me esconde en un pequeño local.

—Quédate aquí, Kat. Me ocupo de ellos y te vengo a buscar.

—¿Qué? No me voy a quedar aquí mientras tú te pones en peligro...

Demasiado tarde. Ya se ha ido.

Me encuentro sola como una idiota, sin saber qué hacer. No entiendo por qué no ha escogido teletransportarnos a otro sitio. ¡Qué falta de estrategia!

Observo la escena del descampado. Rip está lidiando con los mercenarios que se abalanzan sobre él, pero Raphaël parece mucho más fuerte que ellos. Esquiva varios ataques con una facilidad desconcertante, enviando al suelo a sus atacantes. No puedo dejar de mirar el combate, fascinada por la fuerza y agilidad de Rip. Por un momento, creo que los va a vencer. Cuatro mercenarios están en el suelo y un quinto parece resistir difícilmente sus golpes.

¡Joder! ¿Qué hago aquí esperando a que los lance al suelo? Salgo de mi escondite para acercarme a la batalla. La adrenalina se propaga por mis venas a medida que me acerco a la escena.

Con un exceso de confianza, agarro una barra de hierro que estaba en el suelo y doy un violento golpe a un mercenario que intentaba levantarse. Mi intervención llama la atención de Rip, que gira la cabeza hacia mí. Es el segundo que necesita Sebastian para impactar un tásar en su espalda. Rip que se arquea, momentáneamente paralizado. Sebastian me dirige un movimiento de cabeza satisfecho.

—Veinte millones de voltios —dice, guiñando el ojo—. Espérame ahí, que ahora voy.

Se lanza sobre Rip con una furia multiplicada. Los otros acaban por levantarse y unirse a él

para golpearlo. Rip no puede defenderse, y yo me siento completamente impotente.

«¡Reacciona, joder!». Son demasiados. No podrá salir de ahí sin refuerzos. Atrapo febrilmente mi móvil y hago la llamada automática a Maxime. Este último descuelga al primer tono.

—Max, es Rip. Rápido, hay mercenarios... Os necesitamos...

Mi voz se detiene cuando me doy cuenta de que Sebastian está frente a mí, con una palanca en la mano y una sonrisa malvada en los labios.

Batalla

La sangre me baja a los pies. Me encuentro frente a un mercenario completamente loco que me amenaza con una barra de hierro.

¡Mierda! Me arrepiento de no haber prestado más atención a las clases de defensa de Parker. Reculo automáticamente y mi espalda choca contra una pared.

—Creo que no estás capacitada para pelear, cariño.

Cierro los ojos unos segundos.

—No me llames así, ¡imbécil!

—Vaya, tiene carácter la mocosa. Mejor, así me gusta más. Sobre todo cuando sé que me podré divertir un poco antes de entregar la mercancía.

Tengo ganas de vomitar. ¿Este desgraciado cree que podrá abusar de mí sin que yo ponga resistencia?

Pliego ligeramente las rodillas y me planto frente a él, en posición de combate. Esto parece hacerlo reír aún más.

—Pero mírala... ¡Una musa que quiere pelear!

—Si piensas que me voy a dejar hacer, es que no sabes nada de mí.

De repente, su mirada deja de reír y un rictus malvado inunda su rostro.

—Muy bien, me encanta cuando las tías se resisten.

Este tío me da ganas de vomitar. Siento la ira propagarse por mi cuerpo y fijo la mirada con determinación sobre el tipo que representa todo lo que desprecio del ser humano, un tío que usa su fuerza para someter a los demás, un sádico perverso que aterroriza sus víctimas. Tengo la sensación de tener a Robin y a Miguel ante mí.

La sola evocación de mis verdugos hace aparecer un velo rojo ante mis ojos. Me pican los puños y tengo ganas de estallar su cara contra el suelo y pisotearla con mi talón.

Sebastian se da cuenta de mi cambio. Recula imperceptiblemente y veo pasar un brillo de duda por su mirada.

En ese momento, un coche entra en el estacionamiento haciendo chirriar los neumáticos y trayendo a cuatro nuevos mercenarios. La sonrisa de mi verdugo reaparece enseguida.

—Ah... Pronto podremos acabar con esto.

Entrecierro los ojos y, sin pensarlo, me lanzo sobre él. La sorpresa me da un poco de ventaja. Con una fuerza que me sorprende a mí misma, le doy una gran patada en la entrepierna que lo pliega en dos. Me felicito al descubrir que los mercenarios tienen los mismos puntos débiles que los humanos.

—¡Ah! ¡Perra!

La voz aguada de Sebastian y su grito de dolor suenan como música en mis oídos. Aprovecho que está paralizado para dar media vuelta y alejarme de él.

«Tengo que encontrar a Rip». Con una inconsciencia suicida me precipito en su dirección. Ver a los mercenarios abalanzarse sobre él redobla mis fuerzas. Me lanzo sobre ellos como una furia. Salto sobre la espalda del primero con el que me cruzo. Golpeo su cabeza con mis puños,

pero, desafortunadamente, mi tentativa solo lo enoja. Con un grito de rabia, me agarra por la chaqueta y me lanza contra el suelo con una fuerza sobrenatural. El contacto de mi espalda contra el asfalto me arranca un grito de dolor. Tengo la impresión de que me he fracturado el omóplato.

Mi grito llama la atención de Rip. Gira la cabeza hacia mí y entonces me doy cuenta de en qué estado se encuentra. Su ceja está abierta, su labio partido y su mejilla presenta un hematoma violáceo.

Al verme, su mirada se oscurece y no reacciona. Ni siquiera cuando el puño de uno de los mercenarios aterriza en su mandíbula. Parece que... Sí, parece que se niega a defenderse. Tampoco busca esquivar los golpes. ¿Por qué hace eso?

Escucho las risas sádicas de sus torturadores.

—Joder, ¿y esto es un demonio mayor? ¡Menuda estafa!

—Sí, nos han vendido la moto.

Rip continúa mirándome cuando una barra de hierro aterriza en su espalda. Es más de lo que puedo soportar. Cierro los ojos. Sufro por él. Intento levantarme para ayudarlo, pero no lo consigo. El *shock* me ha dejado sin aliento y me mantengo clavada al suelo. El tipo que había agredido se coloca sobre mí y me domina con su altura.

—Eh, tíos. Esta perra ha vuelto. ¿Creéis que él estará más receptivo si jugamos un poco con ella?

Con sus palabras, el rostro de Rip cambia de expresión. Veo su mirada oscurecerse más y su mandíbula tensarse.

—Os he dicho que no la toquéis, hijos de... —dice con voz glacial.

Un mercenario le da una patada en el vientre que lo pliega en dos. Rip escupe sangre, pero su furia permanece intacta.

—Os arrancaré las entrañas...

Su frase se corta por la llegada de cinco nuevos vehículos, llenos de enemigos. La poca esperanza que me quedaba desaparece. Estamos jodidos. Han ganado.

Encuentro la fuerza de moverme y me reincorporo a duras penas.

—De acuerdo, iré con vosotros. Dejadlo, os lo suplico.

La ceja de Rip se alza. Me dirige una pequeña sonrisa provocadora a través de sus labios ensangrentados. Joder, ¿ha perdido la cabeza?

Después, me guiña el ojo. En ese momento, la atmósfera cambia. Con una potencia espectacular, Rip salta, arrojando por los aires a los mercenarios que estaban cerca. Aterriza sobre sus piernas y atrapa al primer hombre a su alcance.

—Ahora podemos pasar a cosas más serias.

La furia ha cambiado su rostro. Sus rasgos han tomado la forma del demonio que habita en él. El tipo que sostiene por el cuello cambia de color al ver a quién tiene delante.

Con una risa diabólica, Rip le rompe el brazo de un solo gesto.

Su grito de dolor me hiela la sangre, pero lo que me asusta más es ver a la horda de combatientes que corre hacia nosotros entre gritos.

—Ponte a cubierto, cariño.

Después, se gira hacia sus adversarios y les advierte con una voz de ultratumba:

—Os voy a destruir a todos.

Con un grito, se lanza sobre ellos con la potencia de un tigre. Parece que en unos pocos segundos ha reencontrado su fuerza. Sus heridas han desaparecido y ahora parece un guerrero en

plena cruzada, lleno de resentimiento y sed de venganza. Me quedo unos segundos contemplándolo antes de reaccionar.

«¡Muévetel!». Sí, tengo que alejarme de aquí si quiero mantenerme a salvo.

Me dirijo hacia el edificio más cercano, pero a medio camino escucho el ruido de una moto. Lanzo una mirada por encima del hombro para ver llegar la Ducati de Parker, seguida del Hummer de Royce. Una sensación de alivio me invade cuando el primero frena a mi lado.

—¡Kat! ¿Estás bien?

«¡Sí, claro! ¡Igual de bien que si estuviera en la playa!». ¡De verdad! ¿Parece que esté bien?

Señalo hacia Rip, que sigue peleando con los mercenarios. No tengo ganas de decir nada, y Parker lo entiende. Desciende de la moto, lanza su casco al suelo y se precipita hacia la batalla. Maxime y Royce hacen lo mismo.

Sigue una oleada de odio. El clan de Rip se desenvuelve sobre sus enemigos con un ardor terrorífico. Los mercenarios son más numerosos, pero Rip, Maxime, Royce y Parker son más poderosos. Aplastan literalmente a sus adversarios en un cuerpo a cuerpo digno de las mejores películas de terror. Rip ha prometido arrancarles las entrañas, ¡y eso es lo que hace!

Me quedo unos minutos paralizada por el espectáculo sangriento que se desenvuelve ante mis ojos. Disgustada, acabo por apartar la mirada y me dirijo hacia la puerta de un depósito. Pero en cuanto giro el pomo, una mano me sujeta del brazo, sobresaltándome.

¡Sebastian! Casi me olvido de él.

—¿Adónde crees que vas, zorra?

Oh, Dios. Su lenguaje demuestra su estado de ánimo. Parece que ha perdido todo sentido del humor.

—Sebastian, ¿has encontrado tu voz de hombre?

Como respuesta, me da una bofetada magistral, que me lanza hacia atrás.

¡Joder, cómo duele!

Sin darme un respiro, me coge por el pelo y me aplasta contra el muro, con el vientre pegado a la pared. Su aliento fétido me cosquillea en la mejilla. Arrugo la nariz con disgusto.

—Entonces, especie de perra del demonio, ¿esperabas poder largarte?

Intento soltarme, pero reafirma su agarre colocando la otra mano sobre mi mejilla para forzarme a girar la cabeza hacia él.

—Tienes suerte de ser tan valiosa; si no, únicamente hubiera llevado tu cuerpo al jefe, después de haberte violado y arrancado la lengua.

—Suéltame, desgraciado. Rip te va a matar por lo que... —No tengo tiempo de terminar la frase al sentir que me liberan del peso de su cuerpo.

Libre de todo agarre, me concedo un segundo para respirar. Cuando me doy la vuelta, descubro a Rip, con su rostro deformado por la cólera. Mantiene a Sebastian a distancia, lo levanta con una mano y lo mantiene a unos centímetros del suelo, como si no pesara más que una pluma.

—Te había dicho que no la tocaras, ¡basura!

Su voz es fría y calmada. Y es mucho peor que si le estuviera gritado.

La palidez de Sebastian delata su miedo, pero Rip no tiene piedad. Lo acerca a él para mantener su mirada en su rostro y lo mira directo a los ojos.

—Recuerdas lo que te he prometido, ¿verdad?

Los ojos de Sebastian se abren de terror ante el demonio que le planta cara.

—Si la tocas...

—¡No! ¡Piedad...! ¡Solo lo he hecho porque el jefe me lo ha pedido! Me habría matado si me hubiera negado. Te lo suplico, no lo hagas... ¡No!

Rip sonríe. Es una sonrisa llena de peligro, una que aterrorizaría a cualquiera que lo viese.

—Dije: «Si la tocas, te arranco la cabeza».

Acompañando la palabra con el gesto, Rip agarra con su mano libre el cráneo de su víctima y, de un movimiento seco, lo arranca de su cuerpo como si se tratara del corcho de una botella de champán. El sonido de los tejidos al romperse y la visión de la sangre chorreando detiene mi corazón y me obliga a cerrar los ojos. Esta escena quedará grabada en mi memoria para el resto de mis días. Y recordaré siempre de lo que Rip es capaz.

Dejando caer el cuerpo de Sebastian, Rip retoma su apariencia humana y lleva su atención hacia mí. Con un desprecio evidente, pasa por encima del cuerpo sin vida del mercenario. En sus ojos no hay remordimiento. ningún brillo de pena. Cuando se acerca a mí, no puedo evitar recular.

Se da cuenta y se mantiene a una distancia razonable.

—¿Estás bien?

Suspiro.

—He tenido días mejores.

Mi voz tiembla y Rip frunce el entrecejo. Da un nuevo paso hacia mí tendiéndome la mano, como lo haría con un animal asustado. Esta vez no retrocedo.

—Quiero saber que estás a salvo, Kataline. No estaré tranquilo si sé que otros pueden atacarte.

Asiento.

—Es difícil estar en un lugar seguro con todos estos tarados...

—Escucha. Tienes que entrar en este edificio. —Me señala la puerta contigua—. Ya lo verás. Hay un pasillo largo. Síguelo. Después, llegarás a un *hall*. Toma la primera puerta a la derecha; luego, las escaleras hasta el primer piso. Ahí es la segunda puerta a la izquierda.

OK. Entonces, si lo he entendido bien, es ahí donde encontraré a mi tía, ¿no? ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

Él asiente, como si hubiera leído mis pensamientos.

—Jess te espera.

Asiento de nuevo con el corazón latiendo a mil por hora. Tengo muchas ganas de verla, pero al mismo tiempo tengo la sensación de tener que encontrarme con alguien desconocido que va a cambiar mi vida.

Doy media vuelta, pero cuando me dispongo a entrar en el edificio, Rip me agarra del brazo. De un movimiento seco, me atrae hacia él. Coloca su mano en mi nuca. Su pulgar me acaricia dulcemente la mejilla. La misma mano que acaba de arrancarle la cabeza a un tío...

—No podía hacerlo de otra forma, preciosa. Iba a hacerte daño. Nadie tiene derecho a hacerte daño. ¿Me culpas?

Su posesividad llega directamente a mi corazón. Este tío es extremo y se supone que es por eso que me atrae tanto.

No, no lo culpo. Si hubiera podido, yo misma le hubiera arrancado la cabeza a Sebastian.

Decido tranquilizarlo.

—No, es solo que... no puedo evitar preguntarme «¿por qué yo?».

Sonríe y pasa su pulgar por mi labio inferior.

—Porque tú eres tú. Porque eres la única persona que quiero proteger en este puto planeta y a

la que pongo por delante de mi vida.

Oh. Tan simple como eso...

Hunde sus ojos en los míos y, con naturalidad, sus labios se unen a los míos. Su beso es dulce y duro al mismo tiempo. Parece que está dividido entre dar rienda suelta a su pasión y preservarme.

Se aparta de mí, pero como empujada por mis pulsiones, lo agarro del cuello para atraerlo de nuevo a mí. Entonces me abandono entre sus brazos, dándole un beso profundo y apasionado. Cuando me separo, tras unos minutos, él todavía mantiene los ojos cerrados durante unos segundos.

—Si continúas besándome así, no podré volver al campo de batalla.

Ups. Me he olvidado por completo de que los demás siguen peleando contra los mercenarios.

—Mierda, será mejor que vuelvas.

Ríe.

—A sus órdenes, jefa. Recuerda, pasillo, puerta a la derecha, escaleras, segunda puerta a la izquierda.

Le hago una señal con la cabeza y, tras guiñarme el ojo, Rip vuelve a la batalla.

«Pasillo...».

Avanzo por un pasillo oscuro que me pone los pelos de punta. La luz pálida de las farolas se filtra a través de las persianas. Tengo la sensación de estar en una película de terror.

«¡Venga, ánimo, Kat!».

Me dirijo como me ha dicho, hacia la puerta de la derecha. Después, conforme a las indicaciones de Rip, subo al piso de arriba.

Aparto las imágenes del hospital psiquiátrico que me vienen a la cabeza.

«Primera puerta a la izquierda, segunda...». Pongo la mano en el pomo y me salta el corazón cuando se abre de repente. Grito.

Me encuentro frente a un tipo bastante alto que lleva ropa rasgada y sucia. Tiene el pelo gris enredado —lo que me indica que no es muy joven— y una barba de varias semanas. Su aspecto desaliñado lo hace parecer un vagabundo.

Me mira con atención sin decir palabra, como si intentara identificarme.

Me pongo en posición de defensa, preparada para huir, pero un brillo cruza sus pupilas cuando sus ojos se cruzan con los míos.

Mi corazón se detiene y las lágrimas inundan mis pestañas. Con un grito de alegría, le salto al cuello.

—¡Papá!

Herencia

Me agarro a mi padre como si mi vida dependiera de ello. Me cuesta creer que sea él quien me estruja fuerte contra su corazón. Escondo mi cabeza en su cuello. Bajo la suciedad, reconozco su olor, ese que me cosquilleaba en la nariz cuando era pequeña y conseguía mantenerme despierta para que viniera a mi habitación a darme un beso de buenas noches.

Reculo para verificar que no sueño. Lo observo con los ojos llenos de incredulidad. Su larga barba le da un aspecto de ermitaño salido de su bosque. Está todavía más delgado de lo que recordaba. La última vez que lo vi por la pantalla de mi ordenador fue hace casi un mes. En ese momento, no me hubiera imaginado que me encontraría aquí con él, y mucho menos en este estado.

—Dios, papá... ¿Qué te ha pasado?

Frunce el ceño, pero no tiene tiempo de responder, porque Maxime aparece de entre una nube de humo, haciéndonos sobresaltar.

—Siento interrumpir el reencuentro, pero tenemos que irnos de aquí rápidamente.

Las alas grandes e inmaculadas de Maxime ocupan todo el espacio y no parecen sorprender a mi padre; no más que la sangre que lo cubre de la cabeza a los pies.

Me precipito hacia él con el corazón latiendo con fuerza.

—¿Va todo bien?

Max agarra mi mano y la aprieta para calmarme.

—Sí, pero fuera la cosa está caliente. Han llegado más mercenarios...

«¿¡Más!?».

—He venido a llevaros a un sitio seguro.

Un sudor frío recorre mi columna vertebral. Atrapo el brazo de Max.

—¿Rip?

—Más bien deberías preocuparte por los pobres tipos que siguen con vida... Lo han cabreado.

Hace una especie de pequeño símbolo en forma cruz que me daría casi ganas de reír si la situación no fuera tan trágica.

—Vámonos, tenemos que salir. Venid.

Max nos tiende la mano, pero mi padre recula. No parece asustado por la presencia de Max, más bien parece desafiarlo. Me precipito hacia él y le atrapo la mano, intentando parecer convincente.

—¡Papá! Tenemos que irnos. Maxime es nuestra única opción.

Se escucha un ruido de chatarra. Son los mercenarios. Sin embargo, he cerrado todas las entradas.

—Han destruido las puertas. Rápido, vayámonos.

—Papá, por favor, confía en mí. Ven.

Con el semblante oscuro, asiente y agarra la mano de Max. Cuando nos adentramos en el abismo, me doy cuenta de que mi padre todavía no ha pronunciado ni una palabra.

Cuando aparecemos en el gran salón de los Saveli, Jess y Kris ya están instalados en el sofá. A nuestra llegada, se precipitan hacia nosotros y mi tía me salta encima.

—Dios mío, cariño. ¿Va todo bien? Oh, lo siento muchísimo. No tenía que haber sido así.

—Tranquila, Jess. Deja que recuperen sus emociones.

Royce llega con un plato cargado de bebidas, seguido de cerca de Parker.

—Tomad, bebed esto. Os pondrá las ideas en su sitio.

Ignoro su comentario. ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué no están con Rip?

—¡Royce! ¡Parker! ¡Tenéis que volver ahí para ayudar a Rip!

Parker se hunde en un sillón y quita el tapón a su cerveza con tranquilidad.

—¿Estás de broma? Rip nos matará si vamos. Además, él solo puede ocuparse perfectamente de todos esos idiotas.

—¡Pero son decenas! Y él está solo...

—Querida, eso no va a evitar que los extermine como cucarachas.

¡Joder! Hay algo que se me escapa.

—Pero estaba en muy mal estado antes. Creía que lo iban a...

Royce estalla en risas.

—¡Qué gracioso! Le podrían dar un Oscar.

Los fulmino con la mirada. No parecen preocupados por su amigo. Maxime pone su mano en mi hombro.

—No te preocupes, Kat. Ese era su plan. Desde el comienzo.

Royce me dirige una sonrisa sádica.

—Rip no se quería contentar con unos cuantos mercenarios..., quería el clan entero.

¡Dios mío! ¡Los va a matar!

Cierro los ojos unos segundos para absorber toda esta información. Mi padre se acerca entonces a mí y pone su mano en mi brazo. Instintivamente, pongo mi cabeza en su hombro.

—Estoy completamente perdida.

Me acaricia el pelo unos segundos. Después, toma finalmente la palabra:

—Tenemos que hablar, princesa. —Su voz es baja y cansada, y no la reconozco.

Escucharlo usar el mote que me dio cuando era una niña me llena de emociones. Sin embargo, no olvido mis preguntas.

Un «sí» es lo menos que puedo decir; espero muchas respuestas. Me aparto y me planto frente a él.

—Papá, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has llegado?

Lanza una mirada furtiva a mi tía, como si esperara su aprobación. Ella asiente imperceptiblemente. Después, se acerca a nosotros y nos dirige hacia un sofá.

—Hemos sido Kris y yo quien lo hemos ido a buscar. Venid. Sentémonos un rato.

Rosa, a quien no he visto llegar, nos tiende unas copas llenas de un líquido azulado.

—Beban esto. El teletransporte tiene efectos secundarios sobre la gente normal. Solo faltaría que enfermaran.

Mira a mi padre, inquieta. Es verdad que está todavía muy pálido. Tengo la sensación de que le han echado diez años encima en pocas semanas.

Me siento sobre el sillón sorbiendo el brebaje, el cual me deja un sabor amargo en la boca. Mi padre y mi tía se colocan frente a mí. Miro a mi progenitor con atención. Tengo ganas de apretarlo entre mis brazos y de decirle cuánto lo he echado de menos. No obstante, hay algo que

me lo impide. Solo siento la necesidad de vaciar mi bolsa, pero no sé por dónde empezar.

—Papá... Han pasado muchas cosas para que llegara aquí. El mundo no es lo que nos pesábamos. Hay... cosas que pasan y que la mayoría de la gente ignora. —Mi padre me deja hablar con la mirada oscura—. Cosas sobrenaturales.

Me detiene con un gesto de mano.

—Ya sé todo esto.

—¿Qué?

Pone los codos sobre las rodillas y me mira con gravedad.

—Estoy al corriente de todo, Kataline. ¿Por qué crees que he aceptado darle la mano a este ángel que nos ha transportado hasta aquí?

Ahora sí que estoy perdida.

—Sé lo de los demonios y las otras criaturas que pueblan el mundo de la noche. Sé sobre ti...

Una pequeña parte de mí se desmorona

—Sé que eres una musa. Igual que lo era tu madre y todas tus antepasadas...

Se me llenan los ojos de lágrimas. Tengo la sensación de que me han traicionado. Estaba al corriente de todo y nunca me lo ha dicho.

—Yo... Tú... ¿lo sabías? ¿Y no me has dicho nada durante todos estos años?

El dolor que veo nacer en sus ojos no disminuye el sentimiento de traición que aprieta mi corazón como un torno.

—No podía. Se lo prometí a tu madre.

Lo miro con los ojos abiertos. Siento que una rabia silenciosa me inunda. Mi tía debe de verlo en mi cara, porque siente la necesidad de añadir:

—Deja que te lo explique, por favor.

La mirada suplicante de mi tía me supera. Me quedo en silencio. Por su parte, mi padre suelta un largo suspiro antes de retomar la palabra:

—Tu madre es una de las últimas musas de sangre pura vivas en el mundo. La última del linaje de raíz. Cuando ella era pequeña, su familia fue atacada por demonios. Se llevaron a tu abuela, pero tu madre consiguió esconderse. Después de muchos años, estuvo encerrada; luego, terminó abandonando su hogar y su país, disimulando su verdadera naturaleza. Eso es lo que la salvó... y a ti también. —Hace una pausa—. Cuando la conocí, estaba aterrada. Desconfiaba de todo y de todo el mundo. Conseguí que confiara en mí y me contó sus orígenes y los peligros de los que huía. Descubrí su mundo, y debo reconocer que, para un científico, no fue fácil admitir que los demonios y otras criaturas existían —sonríe con tristeza, con la mirada hundida en los recuerdos. Después, redirige su atención a mí—. Sabía que arriesgaba mucho amando a una mujer como ella, pero me daba igual; ella era con quien quería pasar mi vida.

»Poco a poco, ella floreció, sobre todo gracias a la danza y al canto. Vivimos tranquilamente durante muchos años, pero, cuando llegaste, empezó a tener miedo.

Alzo una ceja.

—Normalmente, las musas se reproducen únicamente con seres elegidos por las sacerdotisas. Yo no era uno. Así que tú deberías haber sido una humana normal, pero heredaste los genes de tu madre: eras una musa en tu interior. Tu madre estaba aterrorizada con la idea de que seres malignos te descubrieran y se te llevaran, así que aprendió a disimular tu cuerpo, a esconderte y a hacerte invisible a ojos de los demás. Tenías que ser indetectable a los ojos de los demonios.

No sé qué pensar. Durante toda mi infancia sufrí el comportamiento de mi madre: su educación y sus reglas demasiado estrictas y de las que no comprendía su finalidad. Mi rabia se

disipa para dejar paso a una inconmensurable tristeza. Si hubiera sabido las razones por las que mi madre se comportaba así, hubiera podido comprenderlo, y nuestra relación hubiese sido diferente. Culpo todavía más a mis padres por haberme escondido toda esta información.

—Tu madre tenía miedo por ti. Te quería terriblemente y quería protegerte a cualquier precio. El solo hecho de ser una musa representa un peligro, ¿lo entiendes?

Sacudo la cabeza.

—Pero ¿por qué?

Es Jess quien responde:

—Porque atraes a los demonios como la miel a los osos.

Mis ojos pasan de Maxime a Parker y después a Royce, que me dedica un pequeño asentimiento.

—¿Y qué?

Royce suelta un suspiro irónico.

—¿Y qué? Pues que ciertas personas han comprendido muy bien que la debilidad de los demonios son las musas. Las han querido explotar para sus recursos.

Estoy absorta.

—¿Qué quieres decir con «explotar»?

—Perforar su sangre y el líquido cefalorraquídeo llamado «Elixir».

Abro los ojos. ¡Joder! ¡Qué horror!

—Pero ¿por qué? ¿Para qué sirve eso?

—La sangre de las musas es como una droga y, mezclada con el Elixir, permite controlar a los demonios. Quien controla a las musas, controla a los demonios. Así que las explotan como ganado. Ahora casi han desaparecido. Tener una musa otorga un poder inconmensurable.

—¿Quiénes lo hacen?

—La Liga.

Sacudo la cabeza. Pero ¿en qué mundo vivo? Me levanto y doy vueltas por la habitación. Siento sobre mí todas las miradas, esperando mi reacción.

Tengo ganas de irme de esta casa para alejarme de todo esto, pero es imposible, así que me tranquilizo.

—La Liga está compuesta por humanos que han descubierto la existencia de los demonios y buscan controlarlos con las musas. Explotan a los demonios para obtener dinero —explica mi tía.

La idea se abre paso en mi cerebro.

—Los combates...

—Exacto —interviene Royce.

Me lanza una mirada depredadora.

—Las musas son acechadas por La Liga, pero también por los demonios, que quieren exterminarlas para que no los puedan controlar. Hay situaciones más cómodas, ¿no crees?

¡Genial! Soy el objetivo de todos los seres malignos de este planeta.

Ignorando el comentario de Royce, me giro hacia mi padre.

—¿Y mamá? ¿Dónde está?

El rostro de mi padre adquiere un tono grisáceo. Parece que está al borde del desvanecimiento. Asiente, abrumado.

—Tras tu agresión, tu madre sospechó que los miembros de La Liga habían descubierto tu identidad y que ese fue el origen de tu ataque.

Con estas palabras, un *flash* aparece en mi mente: «Sucia musa virgen, tan mojigata, tan

inocente...». Las palabras que me han perseguido durante años cobran de repente un nuevo sentido. Robin y Miguel sabían lo que era cuando me agredieron. Lo sabían desde el principio. «Son miembros de La Liga».

—Es por esta razón por la que tu madre te internó durante todo ese tiempo. Quería que no tuvieras ningún contacto con el exterior. Cuando tuvo la certeza de que tus agresores eran mercenarios, decidió ir al encuentro del Maestro de La Liga para defender tu caso. Pero yo descubrí después que no fue por eso que ella fue ahí. Fue para entregarse; se sacrificó para que te dejaran tranquila. Si lo hubiera sabido...

Se lleva las manos a la cabeza y cierra los ojos. No tengo la fuerza de consolarlo porque estoy absorbida por lo que acabo de escuchar. Todo el puzle de mi vida encaja perfectamente. Por fin he obtenido las respuestas que buscaba. Sin embargo, me siento peor que antes.

Mi padre busca en el bolsillo interior de su chaqueta y saca una pequeña fotografía. Me la tiende.

—Llamé a un husmeador para que encontrara a tu madre. Me dio esto.

Mi mano tiembla cuando agarro el papel. Tengo miedo de lo que voy a descubrir. Es una mujer esquelética con la piel blanca y el pelo oscuro, atada a una cruz. Tiene agujeros por todo el cuerpo: en los brazos, las piernas, en la cabeza y en el pecho. Le están vaciando, desangrando.

Esta escena de horror la reconozco perfectamente. Es mi última pintura.

Un destello rojo pasa por mis ojos. El dolor me hace gritar.

La foto cae en el suelo y yo me adentro en el abismo.

Declaración

—¡Kataline! Cariño...

Esta voz... *Su voz*. Me saca lentamente del vacío. Frunzo el ceño y paso la mano por mi frente.

Tengo la sensación de salir de un sueño. O más bien de una pesadilla.

Siento la cabeza como una sandía pasada por la licuadora y tengo náuseas.

—Kat... Vuelve conmigo... Estoy aquí.

El olor de Rip me llena las fosas nasales. Reconocería este olor entre mil. Me calma. Me tranquiliza. Me devuelve a la vida. Lo inspiro, llenándome los pulmones como si fuera la única forma de volver al mundo real. Tras unos segundos, abro por fin los ojos.

Rip está inclinado sobre mí y me mira. Una arruga inquieta cruza su frente.

—Ya está, nena, vuelve. —Me acaricia el rostro con dulzura.

Me reincorporo a duras penas, avergonzada por las agujetas que hacen que mis gestos sean dolorosos.

Dios mío, conozco demasiado bien esta sensación. Este sentimiento de haberme ausentado varias decenas de minutos. Echo una ojeada a mi alrededor y descubro horrorizada los resultados.

La habitación está literalmente patas arriba: los muebles están rotos; los sofás, destripados, y las paredes presentan estigmas de mi estallido de violencia.

Pongo la cabeza entre mis manos. Espero que nadie esté herido. Mis ojos pasean por la asistencia. Ahogo un hipido cuando veo a mi padre en el suelo, sosteniéndose las costillas. Mi tía y Kris están a su lado, y no parecen en mejor estado: Kris sangra por la ceja y Jess se sostiene el brazo con un pañuelo.

En cuanto a Maxime y a Parker, parecen intactos. Pero Royce tiene el rostro lleno de sangre.

—¡Joder! ¡Me ha reventado la nariz! Maldita sea, duele como el infierno cuando el hueso se suelda.

Se agarra el puente de la nariz lanzándome una mirada asesina.

Rip se inclina hacia mí.

—No le prestes atención, nena. Se recuperará.

Intento levantarme, pero no lo consigo. Mis piernas son de gelatina.

—Lo... siento. Lo siento de veras.

Al ver que he recuperado la conciencia, Jess se precipita hacia mí.

—Kat, cariño. ¿Estás bien?

¡Joder! Es ella quien me pregunta si estoy bien.

—Soy yo quien tiene que preguntarte eso, Jess. Lo siento mucho. He perdido la conciencia y...

Me aparta el pelo, pegado en mi frente por el sudor.

—Lo sé, cariño. No es tu culpa.

—Sí, es completamente mi culpa. Si solo pudiera controlarlo...

Mis puños se aprietan instintivamente. Las uñas se me hunden en las palmas con fuerza.

—Jamás había perdido tanto el control como para pegar a nadie.

Mi tía se inclina un poco más.

—Tranquila, cariño. No nos has tocado. Es solo que todo ha explotado por todos lados y nos han golpeado los escombros.

—Habla por ti, Jess.

Royce se acerca a nosotros a trompicones. Sus ojos lanzan destellos mientras se limpia la nariz con un pañuelo.

Rápidamente, Rip se levanta y se posiciona frente a él.

—¡Cálmate, tío! Me gustaría que me explicara cómo ha hecho eso... Ningún demonio ha podido llegar a mi cara. ¿Cómo es posible que una tía de cincuenta y cinco quilogramos me haya roto la nariz de un golpe?

Le lanzo una mirada de disculpa.

—Lo siento, Royce. No me acuerdo de nada.

Su rostro se está poniendo azul. Me dirige una sonrisa carnicera antes de darme la espalda.

—Sí, bueno, si la musa que vive en ti vuelve a sacar el hocico, dile que me gustaría mucho tener una pequeña discusión con ella. ¡Joder! Creo que tengo más fracturas...

Jess hace una mueca.

—Ha intentado pararte, Kat, pero no ha podido hacer nada. Eras incontrolable. Le has herido el orgullo propio, creo... —me susurra, para que solo lo oiga yo.

Mi padre se nos une agarrándose todavía las costillas.

—Vaya, no recordaba que tus crisis fueran tan violentas. Me pregunto qué ha provocado este exceso de ira.

Suspiro y frunzo las cejas.

—La imagen...

Levanta una ceja. Maxime se acerca a nosotros y nos tiende la foto que ha cogido del suelo.

—Es idéntica al cuadro que Kat pintó el otro día.

La mirada de mi tía pasa de la foto a mí.

—¿Cómo es posible? —pregunta, con una voz ahogada.

—No tengo ni idea.

Llevo mi atención a la imagen que representa mi madre. Su rostro es casi irreconocible; como en mi cuadro, está escondido por su pelo largo, que parece todavía más oscuro. Las perforaciones en su piel están por todas partes... «Dios mío, la están matando».

Mi corazón se tensa y mis cejas se juntan.

—En mi cuadro había demonios...

Rip atrapa la foto.

—Y aquí no hay.

—Sí, es extraño —interviene Royce—. Pero, bueno, podemos esperar cualquier cosa con una musa, ¿no?

La amargura que percibo en su voz no es fingida. Parece que todavía me culpa. Queda por saber si es porque le he pegado o simplemente porque represento un mayor peligro para los demonios.

Me froto el puente de la nariz. De repente, estoy agotada.

Rip me levanta en sus brazos.

—Ven, tienes que descansar.

—Pero todavía tengo que hablar con mi padre...

—Tendrás todo el tiempo que quieras para hablar con tu padre cuando te hayas lavado y hayas descansado.

Noto en su tono que no tengo otra opción que obedecer, así que me acurruco en su cuello y me dejo llevar.

Cuando llegamos a la planta superior, sigo en los brazos de Rip. No me ha querido dejar caminar y yo lo he aceptado; solo tengo ganas de que me deje en la cama para que pueda dormir.

Pero pasa por delante de la puerta de mi habitación sin detenerse. Me dirige hacia... la suya.

Lo miro con la mirada interrogante.

—No voy a dejarte sola ni un minuto. Te quiero conmigo las veinticuatro horas del día. A partir de ahora, te instalas en mi habitación.

Su determinación me halaga y me molesta al mismo tiempo. ¿No puedo decir nada?

—¿Y si me niego?

—No te he dado la opción, preciosa.

—¿Y Mégane?

—Mégane se ha ido

Suspiro y me trago el comentario mordaz que me quema los labios. No quiero empezar una pelea; estoy demasiado cansada para eso. Puede esperar.

Rip empuja la puerta de su habitación y me dirige directamente al baño.

—Primero, un buen baño. Después podrás dormir.

Ojeo el magnífico *jacuzzi* que ocupa una esquina del inmenso baño, pero Rip me pone de pie en la columna de ducha. Su mirada sigue la mía.

—Si nos metemos los dos ahí, no saldremos nunca.

Su mirada desciende sobre mí y me da escalofríos.

—Por ahora, nos contentaremos con una buena ducha.

Empieza a quitarse la camiseta pegajosa. Me doy cuenta en este momento de las numerosas secuelas que tiene de su enfrentamiento con los mercenarios. Muchos golpes parecen estar casi curados, pero algunos parecen todavía recientes. No puedo evitar acariciar un rasguño que cruza su pecho.

—¿Te duele?

Rip detiene sus gestos y se coloca ante mí.

—Sí... Pero no son más que heridas superficiales. Mi cuerpo se regenera rápido.

Suelto la pregunta que tengo en la cabeza.

—¿Qué ha pasado con los mercenarios?

Aparta un mechón de mi pelo que tenía pegado al rostro y lo coloca detrás de mi oreja. Su mano se queda en mi cuello y su pulgar acaricia dulcemente mi mejilla, provocando miríadas de escalofríos por mi piel.

—No son más que la basura de la sociedad, Kat, medio hombres que harían lo que fuera para convertirse en secuaces de Satán... No tienen ninguna piedad, ninguna humanidad.

—Como tú...

¡Uf! Me arrepiento inmediatamente. Pero, contrariamente a lo me esperaba, mi comentario lo hace sonreír.

—Sí, tienes razón. Soy un demonio desde hace demasiado tiempo como para dejar que mis emociones o mi empatía guíen mi conducta. Pero me parece que la musa que vive en ti es más bien una guerrera sanguinaria.

Hago una mueca, pero acabo por conducir el tema a lo que me interesa.

—¿Cómo lo has hecho para salir de esa? Quiero decir, ya eran muchos, y Maxime me ha dicho que todavía estaban llegando más... Y tú estabas solo, Rip. ¿Cómo has podido vencerlos?

Un destello pasa por sus ojos.

—No me faltan recursos. Y tenía una motivación imparable.

Levanto una ceja en señal de pregunta. No sé si llegará a responderla.

—Te atacaron, Kataline. Te querían hacer daño. No podía dejarlos vivir y arriesgarme a que avisaran a otros clanes de tu existencia. Tenían que desaparecer sin dejar rastro. Todos. En su totalidad.

Su respuesta me hiela la sangre.

—¿Están todos muertos? ¿De verdad?

Asiente, mirándome directamente a los ojos. No importa cuánto quiera convencerme de que estos mercenarios no eran más que criminales peligrosos, no me hago a la idea de que Rip pueda ser así de cruel.

Bajo la cabeza, incapaz de sostener más tiempo su mirada. Pero él me levanta el mentón para obligarme a mirarlo. Su voz se vuelve aterciopelada cuando dice:

—Soy un demonio, Kataline. No puedo mentirte diciendo que soy amable y que todo se puede solucionar hablando con el enemigo. Eso sería deshonesto. Vivimos en un mundo bárbaro donde la ley del más fuerte es la que prima. Es lo que nos permite mantenernos con vida. Así que sí, mato gente. Y por ti acabaría con todo un pueblo si eso fuera a salvarte.

Me muerdo el labio para evitar que tiemble.

—Cuando vi a Sebastian sobre ti, creí que iba a explotar.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué yo?

Frunce el ceño y reflexiona unos segundos. Cuando retoma la palabra, tengo la sensación de que se responde a sí mismo.

—Porque eres preciosa para mí... Porque necesito protegerte... Eres la niña de mis ojos, Kataline. Yo... me preocupo más por ti que por mí.

Guau... ¿¡Es una declaración o estoy loca!?

Mi vocecita se deshace, y yo también. Sí, debo admitirlo: creo que estoy enamorándome de un demonio. Este ser sobrenatural, cruel y feroz capaz de matar a sangre fría ha conquistado mi corazón.

Impulsada por esta revelación, pongo mis dedos sobre su torso para acariciar su piel, como si tuviera la necesidad vital de tocarlo. Con mis ojos están clavados en los suyos, me acerco lentamente y le ofrezco mis labios. Cediendo a la invitación, Rip atrapa mis manos y las coloca en mi espalda. Mi busto se pega al suyo y me estremezco de placer bajo su contacto.

Sin desnudarnos, Rip me mete en la ducha y me pega contra la pared. Mi espalda se apoya accidentalmente sobre el grifo que abre el agua. El chorro helado me arranca un grito, pero me olvido rápidamente cuando la boca de Rip se abalanza sobre la mía como un halcón a su presa. Nuestros dientes chocan y la violencia de mi deseo me hace gemir. Me aferro a él y abrazo su muslo con mi pierna.

Él se arranca sus tejanos y los míos en una fracción de segundo. Me atrapa las nalgas y me levanta contra él. Mis piernas se enrollan solas alrededor de su cintura y mis dedos se hunden en su pelo.

—Joder, nena... Hacía demasiado tiempo... No podré contenerme.

Sin avisar, arranca mis bragas y entra en mí con fiereza. Mi boca forma una pequeña «O» y

mis lágrimas se mezclan con las gotas de agua, que se deslizan por mis mejillas.

Rip se detiene unos segundos. Me aparta el pelo de la frente para mirarme a los ojos.

—Es así, Kat... Así es como me gustaría morir.

Con el corazón a punto de salirme por la boca, atrapo su rostro para acercarlo al mío.

—Te quiero —murmuro, antes de poner mi boca contra la suya. Y tan bajo que apenas es audible.

Estrategia

Me despierto con la sensación de haber pasado una buena noche. Mi cuerpo ha descansado y, a pesar de algunas magulladuras, me siento bien. Me desperezco lentamente tanteando mi lado. Las sábanas están vacías.

Me giro estirándome como un gato y hundo la cabeza en el cojín al lado del mío. Hmmm... Huele bien. Huele a Rip.

Inspiro su perfume, llenando mis pulmones cuando los recuerdos de la noche anterior vuelven a mí en una serie de *flashes*. Me pongo roja. Una nueva noche de emociones fuertes...

Después de habernos lavado mutuamente, pasamos la noche durmiendo —poco— y haciendo el amor —muchas veces—.

Sí... Me ha encantado cada instante. Haber confesado en voz alta mis sentimientos me ha liberado. Incluso sin tener la certeza de si Rip los escuchó. En cualquier caso, ahora estoy lista para decírselo claramente: estoy enamorada de Raphaël Saveli. No tengo ganas de disimular y quiero asumir estos sentimientos nacientes. Reconozco que me siento orgullosa de que alguien me atraiga.

«Joder, ¡me he enamorado de un demonio!».

Desde que lo reconocí he perdido toda inhibición. He querido mostrarle cuánto me atrae y cuánto lo deseo. Y sé que he conseguido demostrárselo. Lo he visto en sus ojos cuando me hacía el amor. Lo he leído en sus labios cuando gruñía de placer. Y lo he sentido en mí cuando llegaba al éxtasis.

Este amor..., Rip me lo ha devuelto cien veces más. Me ha transportado, me ha incendiado y me ha embriagado hasta perder toda noción del tiempo y del espacio. Esta noche, mi demonio ha conseguido hacerme olvidar todos los eventos terribles del día anterior.

«Sí, ¡pero ahora se ha ido!».

Lanzo una mirada asesina a mi voz interior. Eh, sí, desafortunadamente no está aquí para evitar que mi cerebro recuerde el horror del ataque de los mercenarios y las terribles noticias que he conocido sobre mi madre.

¿Cómo he podido vivir en la ignorancia durante todos estos años? Toda mi vida he pensado que mi madre era rígida y fría. Toda mi vida he pensado que no era una verdadera madre... Que no me quería y que no quería que estuviera bien. Pero en realidad...

Es terrible esta sensación de haberse perdido algo. Casi he odiado a esta mujer por haberme encerrado en sus grilletes educativos demasiado estrictos, cuando en realidad lo hacía para protegerme. Si lo hubiera sabido...

Mi corazón se tensa instintivamente. Veo en mi mente la imagen de la persona que me ha dado la vida atada a una cruz, completamente anémica, casi vacía de todo soplo de vida...

«¡El paréntesis amoroso y protector ha terminado, amiga!».

No puedo estar más de acuerdo con mi vocecita, así que vuelvo a la dura realidad.

Me uno a los demás en el salón, pero me detengo en el marco de la puerta. No hay únicamente el grupo habitual, también hay muchos desconocidos y caras cruzadas en las noches

de Royce. Definitivamente, han venido a reforzar la guardia después del ataque de los mercenarios.

Desde que he entrado, Rip me envuelve en una mirada de fascinación que me hace enrojecer. Bajo ligeramente los ojos hasta que él viene a mi encuentro.

—Te prohíbo que te avergüences de lo que pasa entre nosotros, preciosa —susurra para que solo yo lo oiga.

Atrapa mi mano y la lleva a sus labios.

—Ahora estás conmigo. Oficialmente. Y quiero que lo sepa todo el mundo.

Entrelaza sus dedos con los míos y me dirige hacia el interior de la sala. A nuestra llegada, siento las miradas dirigirse hacia mí, hacia nosotros, hacia nuestras manos unidas... Veo que los ojos de Maxime se entrecierran, los de mi padre se abren y que los de muchos otros nos miran con una mezcla de curiosidad y sorpresa. Afortunadamente, nadie tiene la indecencia de hacer el más mínimo comentario. Solo Rosa me dirige un pequeño asentimiento.

El silencio se prolonga y el malestar se instala. Por suerte, Parker se acerca y redirige el foco:

—Hmmm... Tendremos que limpiar todo esto ahora.

Señala los muebles rotos con el mentón y rápidamente las personas presentes se ponen manos a la obra. Mi malestar aumenta.

«¿Cómo pueden obedecerle así, con un simple chasquido de dedos? Ah, los demonios y su capacidad de persuasión...».

—De nuevo, siento lo que pasó. Me quiero disculpar. Os ayudaré a ponerlo todo en orden.

Parker pasa un brazo por mis hombros.

—No te preocupes, Kat. Les gusta ayudar. Además, no ha sido realmente tu culpa...

No estoy muy convencida de que sus discípulos aprecien limpiar tal desastre sabiendo que ha sido por mi culpa...

Royce, que todavía lleva un esparadrapo en la nariz, me guiña el ojo.

—Sí, Parker tiene razón. ¡Es tu «alienígena» quien tiene la culpa! ¡Tú nunca habrías podido hacer eso!

Pff... ¡Nadie podría!

Mi padre se acerca a su vez. Siento en su mirada que está igual de avergonzado que yo, tanto por lo que tenga que decirme como por la presencia de Rip a mi lado.

—¿Cómo te encuentras, princesa? —dice con voz ronca.

Sonríó débilmente.

—Todavía un poco en la niebla, pero se me pasará. Y tú, ¿has dormido bien? ¿Te has podido instalar?

Ahoga una pequeña risa.

—Es difícil tener alguna queja de este sitio. Es magnífico. —Sus ojos pasean por la habitación y vuelven a mí—. Vaya, antes de...

Hago una mueca.

—Sí, claro. —Hago una pausa y vuelvo al tema principal—. Papá, tenemos que hablar; todavía tengo muchas preguntas sin respuestas y necesito saber qué pasa con mamá.

Asiente y suelta un pequeño suspiro.

—Sí... Aunque hubiera preferido no tener que hablar de esto contigo. Ven, sentémonos aquí.

Me dirige hacia uno de los pocos sofás que ha tenido la suerte de quedar intacto. Jess se une a nosotros y se sienta delante.

—Entonces, ¿por dónde quieres que empiece? —me pregunta mi padre mirándonos a Rip y a

mí. Ha comprendido que él también asistirá a la reunión.

—¿Cuánto tiempo lleva mamá así?

Frunce el ceño.

—No lo sé, cariño. Como te dije, cuando se fue no sabía que tenía intención de entregarse a sus enemigos. Después de tu... accidente, me dijo que quería alejarse de ti para encontrar pistas y mantenerte a salvo. Pero creo que entonces ya sabía que se sacrificaría. Al principio tenía noticias regularmente; nos llamábamos y nos veíamos en vídeo. Estuvimos bastante tiempo así. Pero después, hace unos seis meses, nada, ninguna noticia, ningún mensaje, ninguna señal de vida. No sé si fue en ese momento cuando decidió entregarse o si su silencio es por su secuestro.

Sus ojos brillan de tristeza y remordimientos. Me duele verlo sufrir así, pero me repito que mi madre está sufriendo mucho más.

—Si lo hubiera sabido, lo habría evitado...

Pongo mi mano sobre su brazo.

—Detente, papá. Sabes perfectamente que no habrías cambiado su decisión. Cuando mamá tiene una idea en la cabeza, nada puede hacerla cambiar de parecer.

Mi padre me mira sin verme y mi corazón se tensa todavía más. Me cuesta reconocerlo a través de la imagen de este hombre delgado y canoso. Tengo la sensación de que han pasado diez años y no unas pocas semanas.

—Tienes mucha razón. He intentado buscarla con la geolocalización de su móvil, pero cuando vi que estaba en Europa, supe que había algo extraño. Se suponía que no debía salir de Estados Unidos.

Levanto una ceja. Seis meses... Hace seis meses que desapareció y que está al corriente. Y no me ha dicho nada. Me muerdo el labio para no decírselo, pero adivina mi pregunta muda.

—No quería preocuparte, Kataline. Por fin parecía que recuperabas una vida normal... Si te hubiera dicho que tu madre había desaparecido, ¿qué hubieras hecho? Hubieras renunciado a todo para buscarla.

Gruño. Si él supiera que en ese momento yo empezaba a descubrir la verdad... Pero tiene razón en una cosa: hubiera renunciado a todo para encontrarla. Hundo mis dientes en mi labio nuevamente para evitar soltar mis pensamientos. No sé si culpo más a mi padre por haberme escondido la verdad o a mi madre por haberse sacrificado sin decir nada.

Me giro hacia mi tía.

—¿Y tú, Jess? ¿Imagino que también estabas al corriente de esto?

Asiente sin decir nada.

—¿Y lo de la musa?

—También lo sabía. Tu madre es mi medio hermana. Estoy al corriente de su naturaleza desde que era pequeña. Siento mucho haberte escondido todo esto, Kat.

Tengo la sensación de tener una daga en el pecho que se hunde cada vez más. Sin embargo, lo disimulo y me giro nuevamente hacia mi padre.

—¿Cómo has conseguido encontrarla?

—No he sido yo quien la ha encontrado. Como te dije, llamé a un husmeador...

—¿Un husmeador?

—Es un mercenario independiente que vende sus servicios. A veces para encontrar gente; otras, para matarlos —responde Rip en su lugar.

Me estremezco. Este mundo está podrido.

—¿Él te dijo dónde estaba?

Asiente.

—En Moldavia.

—¿Estás seguro?

Rip se sienta a mi lado.

—Según el husmeador, está encerrada en un castillo en las afueras de la capital. Chisinau, creo.

Me giro hacia Rip, que permanece quieto.

—¿Hay algún problema?

—Allí es donde el que llamamos «jefe» tiene su guarida. Vive la mayor parte del tiempo en Alemania, pero en Moldavia tiene su refugio. Si tu madre está ahí, es...

No termina la frase, lo que empeora mi aprensión. Este nombre no me es desconocido. Rip y Royce ya lo han nombrado algunas veces, cuando hablaban de los combates clandestinos... ¡Mierda!

—¿Qué? ¡No! Me niego. ¡Tenemos que ir a buscarla!

—Es imposible, cariño —responde mi padre—. El husmeador me ha dicho que la fortaleza es inaccesible. Tuvo que sobornar a varios guardias para hacer una única foto...

—Tiene razón —interviene Royce—. Nunca he visto un sitio tan bien protegido.

—¡No pienso dejar que la torturen! Si nadie quiere ir, ¡iré sola!

Rip me coge la mano.

—Ni lo pienses, Kataline. Te atraparán. Peor, te podrían matar. No dejaré que arriesgues tu vida, cariño. Si quieres ir, iré contigo.

—Yo también —interviene Maxime, acercándose.

Su mirada me abraza y rápidamente me siento más tranquila. Le dirijo un pequeño asentimiento en señal de agradecimiento. Sé que siempre está nervioso con su hermano y que va más allá para ayudarme.

—Yo también voy —dice Parker, antes de darle un buen trago a su cerveza de la mañana—. Necesito acción.

—Deberíamos ir todos —añade Royce con un tono grave—. La fortaleza del jefe es impenetrable.

Rip se levanta y nos mira a todos.

—Muy bien, iremos juntos. Pero si llegamos así, con la cabeza gacha, fracasaremos. No, tenemos que definir una estrategia de ataque digna de su nombre.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunta Royce con un interés renovado.

—Nos falta una buena preparación. Kat tiene que aprender a defenderse. No estaré tranquilo si sé que corre el menor peligro. Y habrá peligro.

¡Joder! No me hubiera imaginado eso.

—Eh, no estoy muy dotada para eso. Ya lo intentamos con Parker y no fue muy bien. Soy muy mala...

—Pero funcionó conmigo, te recuerdo. Así que desde mañana retomamos el entrenamiento.

Royce se frota el mentón, poco convencido.

—Siento decírtelo, tío, pero no sé si será suficiente. Atacar al jefe es como desafiar a nuestro creador. Su fortaleza está llena de mercenarios de La Liga. Nos hará falta refuerzos, astucia y una buena dosis de suerte. Porque sin eso, no podemos esperar salir vivos.

Rip murmura algo. Parece que ya está tramando un plan en su cabeza.

—Sí, no somos suficientes, y es por eso que adelantaremos la fecha de la integración.

Sobre todo, ¡mantén el control!

Me siento en el banco al lado del *ring* de entrenamiento de la cúpula, jadeando y con los músculos deshechos. Hace casi una semana que Rip me entrena todos los días, y estoy aprendiendo nuevas técnicas de defensa personal. Tenía razón, progreso un poco mejor que con Parker. Rip tiene el arte y la forma de inculcarme buenas técnicas y yo consigo reproducir algunos movimientos.

Sin embargo, tengo la certeza de que estoy en gran desventaja frente a ellos o a los mercenarios que puedan atacarme. Me doy cuenta de que no es hasta que pierdo todo el control que realmente consigo defenderme. Solo que aquí no pasa nada.

—Te doy cinco minutos y volvemos —dice Rip, tendiéndome una botella de agua que me apresuro a coger.

Dios, a este ritmo me va a matar... Doy un gran trago. El agua fría me quema el esófago.

—¡Eh, Rip! ¿Puedes venir dos minutos?

Uf, Royce me salva la vida. Rip se dirige hacia él, no sin antes soltar:

—Aprovecha bien la pausa, nena. Después empezaremos con las clases de krav magá.

¡Mierda! No puedo más. Suelto un largo suspiro y dirijo mi atención a la cúpula. La veo todavía más grande que las primeras veces, cuando vine con Parker. Quizás porque hoy está lleno de gente.

Los discípulos del clan de Rip han invadido el espacio y entrenan sin descanso. Es increíble ver a toda esta gente prepararse para una batalla que no es la suya; la lealtad que tienen hacia Rip es alucinante.

Me siento culpable de meterlos en mis problemas. Pero salvar a mi madre es mi prioridad. Sé que es egoísta y que no volveremos todos indemnes de esta cruzada, pero es así. No lo puedo evitar. Mi madre está arriesgando su vida por mí. Por mi culpa se ha convertido en una especie de fábrica de veneno para un tío sin escrúpulos. Tengo que salvarla. Cueste lo que cueste y sea cual sea el precio.

Las imágenes de su cuerpo inerte vuelven a mi mente. Las aparto para no dejarme invadir por la tristeza. No es el momento de debilidades.

Dirijo mi atención hacia los guerreros que entrenan. Algunos pelean con las manos desnudas mientras que otros prefieren armas de todo tipo: cuchillos, espadas, palos e incluso *nunchakus*. Rip tiene un verdadero ejército a su servicio. Es alucinante.

Una pareja que intercambia golpes de espada se acerca a mí. El ruido del hierro es ensordecedor, pero es fascinante ver chocar el metal. Los combatientes manejan sus armas con una facilidad que me impresiona. Contemplo a la chica dar un golpe magistral a su compañero, que termina cayendo sobre sus nalgas.

—Pronto podrás hacer lo mismo.

Rip se instala a mi lado y me señala a la chica del mentón. Río.

—¿Estás de broma? Apenas puedo tocarte, así que...

—Me pegaste una vez, recuerda.

Hago una mueca. Precisamente no me acuerdo.

—Para. Sabes que no controlo nada en esos momentos.

Se levanta y me tiende la mano.

—Bueno, ¿no es el momento de intentar mantener el control?

Mis ojos pasan de su rostro a su mano; después, vuelven a él. Sacudo lentamente la cabeza. Su propuesta es... inconcebible.

—Es imposible.

—Pero nunca lo has intentado.

—Escucha, Rip. No es como si sintiera que puedo hacer algo. Cuando llega... me quedo literalmente en coma. Es un agujero negro.

Reflexiona unos segundos.

—Pero ¿has intentado quedarte? Quiero decir, cuando tu mitad de musa toma el control. Porque es lo que pasa, ¿no? Ella llega y tú desapareces, ¿verdad?

Lo miro con los ojos abiertos. No lo había pensado de esa forma... ¿Y si tuviera razón? Porque, en el fondo, es eso lo que pasa.

«Qué perspicaz, tu demonio...». Le doy una colleja a mi voccecita. ¡Es el momento de que se vaya! Sin embargo, ha llegado en el momento justo. Esta voz en mi cabeza. ¿Es mi conciencia o es algo distinto? ¿Y si Rip y los demás tuvieran razón y la musa está en mi interior como una invitada no deseada? Si yo no fuera mitad musa y esta cosa fuera un ser en toda regla dotado de su propia conciencia y encerrado en mi cuerpo...

Esta revelación me pone los pelos de punta.

Entonces, sin pensarlo, agarro la mano de Rip.

—Vale, empecemos con calma. ¿Recuerdas que cuando entrenamos te provoqué voluntariamente para hacerte reaccionar?

Asiento.

—Bien, pues intentaremos ponernos en las mismas condiciones.

Guau. De repente me siento menos motivada.

—Creo que son tus emociones lo que la hacen aparecer. El deseo... Y sobre todo la cólera. Intentaré empujar un poco tus límites, Kat. Cuando notes que pasa algo o que hay un cambio en ti, quiero que me hagas una señal.

Me sudan las manos y tengo el corazón a mil. Dios, no sé en qué me he metido.

—Lo intentaré, pero te advierto que estoy nerviosa. La última vez que perdí el control destrocé el salón y hubo heridos.

—No te inquietes por eso, cariño. Somos muchos y podremos reaccionar si la cosa se pone demasiado peligrosa.

Sí, una decena de discípulos (además de Royce, Parker y Maxime) se han acercado para mirarnos. En caso de que...

Jess también ha venido a ver mi entrenamiento. Reconozco que, a pesar de mis sentimientos, su presencia me reconforta un poco. Me dirige un pequeño asentimiento para animarme.

Rip se acerca a mí y me toma las manos.

—Sé que no es fácil para ti, pero también sé que esto puede funcionar... Puedo ayudarte. ¿Confías en mí?

Levanto los ojos hacia él y el brillo que veo en sus ojos elimina mis dudas. Asiento y Rip me

da un pequeño beso en la boca.

—Perfecto. Comencemos, entonces. Cuando te forcé a reaccionar la otra vez, ¿hubo alguna cosa que hice o dije que provocara tu crisis?

Rememoro la escena. Sí, sé perfectamente lo que me provocó la cólera ese día.

—Yo... Usaste unas palabras... que me recordaron a un episodio doloroso de mi vida.

Al ver sus ojos sé que ha entendido el episodio en cuestión. Su mirada se oscurece y su mandíbula se tensa.

—¿Quieres decir...?

—Sí.

—Lo siento, cariño.

—No pasa nada. Eso fue lo que desencadenó mi ira. Tienes que volver a hacerlo. —Mi propia determinación me sorprende, pero sé que esta experiencia me va a dar respuestas.

Rip duda, pero me lanza un palo como arma. Se pone a saltar y a dar vueltas a mi alrededor, como un boxeador.

Tomo aire profundamente y me pongo en posición de defensa. Como la primera vez, Rip se lanza sobre mí sin que pueda reaccionar y me sacude violentamente, mandándome a la otra punta del *ring*. El dolor me hace cerrar los ojos, pero me reincorporo.

Al segundo asalto intento parar el golpe, sin conseguirlo. Aterrizo contra la cuerda, que me quema el brazo.

¡Joder! ¡Cómo duele!

—Vamos, nena, ¡defiéndete!

Me reincorporo y me abalanzo sobre él sin previo aviso. Pero no logro darle; esquivo mi ataque con una facilidad desconcertante.

—¡Más rápido! Tienes que ser más combativa.

Hago un nuevo intento, sin mucho éxito. Entonces Rip cambia de táctica.

—Imagina la escena, Kataline. Los dos tipos han salido del coche...

Mi corazón se detiene. No... No iré a...

—Te están persiguiendo... Te llaman...

Es horrible. A medida que describe la escena, las imágenes aparecen en mi cabeza sin que las pueda bloquear.

Me lanzo sobre él con una nueva fuerza. Mi palo roza su torso.

—Ah, mejor. Tus agresores se acercan... Están a unos pocos metros de ti. Puedes escuchar el ruido de sus pasos en el suelo...

«No... Eso no, te lo suplico».

Lanzo una mirada de ruego a Rip; él continúa. Instintivamente, empiezo a tararear mentalmente mi canción, pero las palabras de Rip son más fuertes. Un velo rojo empieza a formarse ante mis ojos.

—Rip... Te lo suplico...

Me quedo ante él, incapaz de atacarlo de nuevo.

Imperturbable, sigue con su recital:

—Te han atrapado. Te quieren hacer daño y te lo van a hacer...

Mis miembros empiezan a entumecerse y el velo rojo se acentúa. Siento que voy a perder el control. Entonces encuentro la fuerza para gritar.

—Rip..., está... viniendo.

Se lanza sobre mí. Me agarra por los hombros con fuerza cuando mi conciencia se

desvanece. Los ojos de Rip se vuelven plateados y empieza a hablarme con una voz de ultratumba.

—Kataline, escucha mi voz.

Su voz se vuelve distante cuando continúa:

—No te dejes sumergir por la cólera.

Mientras, me cuesta distinguir sus rasgos a través del velo, pero me aferro como puedo a su voz.

—Quiero que te quedes conmigo. Eres más fuerte. Intenta mantener el control. Cariño... Quédate conmigo.

Extrañamente, tengo la sensación de volver. No, más bien tengo la sensación de *quedarme* cuando mi visión se vuelve completamente roja.

—¿Estás conmigo?

Asiento.

—Muy bien, preciosa. Mantén la concentración... Ahora intenta darme con el palo.

Mis ojos descienden hacia mis manos, que agarran firmemente el trozo de madera. Intento mover los dedos. Es extraño verse a través de los ojos de otra persona. Como si no fuera realmente yo quien moviera mi cuerpo.

Rip se aparta y se planta frente a mí con los brazos abiertos.

—¡Vamos, musa! ¡Diviértete! ¡Pégale a un demonio!

Respondiendo a su petición, mis brazos se elevan y le dan un violento golpe en pleno vientre. La punta del palo se hunde en su estómago y lo propulsa varios metros hacia atrás.

La fuerza de mi porrazo me sorprende, más cuando tengo la sensación de que no he hecho ni el más mínimo esfuerzo.

Rip aterriza violentamente contra el poste y su visión me hace salir de la niebla. El velo se disipa instantáneamente. Como si despertara de un sueño, recupero el uso de mis miembros y me precipito hacia el demonio, al mismo tiempo que el resto de los asistentes.

—Dios, Rip, lo siento.

Parece un poco aturdido. Se incorpora sobre su codo con dolor.

—Joder, nena... No, no lo sientas. ¡Has estado perfecta!

Aliviada, me dejo caer a su lado.

Varias horas después del entrenamiento, me encuentro sola en los vestuarios femeninos. No hemos vuelto a intentar el ejercicio por miedo a fatigarme. Y lo reconozco: me ha agotado. Psicológicamente más que físicamente. Encontrarme consciente en plena crisis me ha puesto patas arriba.

Ahora me pregunto muchas cosas que quedan, evidentemente, sin responder.

Rip ha intentado tranquilizarme, diciendo que era normal que aprendiera a vivir con mi mitad musa, que era algo nuevo para mí y que tenía que darme un poco de tiempo para acostumbrarme. Yo me pregunto si esta situación es normal. Pero mi vida entera no es normal, ¿no?

Salgo de las duchas y me dirijo hacia mi taquilla torturando mi mente con todas estas preguntas. Me detengo en cuanto veo a Jess esperándome pacientemente sentada en un banco. Al verme, se levanta.

—¿Todavía me culpas?

La tristeza en su voz solo ha quitado una pequeña parte de mi resentimiento. En el fondo sé que Jess ha obedecido lo que mi madre le pidió, por lo que no estaba en poder de decidir nada.

Sacudo la cabeza y la tomo entre mis brazos.

—Ah, si supieras lo mal que me sentía al no ser honesta contigo. Era muy duro.

Suspiro.

—Lo sé, Jess.

Se aparta y se seca rápidamente de su mejilla una pequeña lágrima.

—Tu madre quería protegerte a cualquier precio, ¿sabes? Habría hecho lo que fuera.

«Sí, y es lo que ha hecho». Pero prefiero silenciar el fondo de mis pensamientos. Mi tía me agarra por los hombros.

—¿Te has recuperado?

—Ha sido una prueba bastante rara, pero estoy bien. Es solo que tengo que acostumbrarme...

Me lanza una mirada llena de inquietud.

—Escucha, cariño, tengo que decirte algo.

Pongo los ojos en blanco. Como viene siendo habitual últimamente, no hacen otra cosa que anunciarme cosas... Es agotador.

—Eres diferente a tu madre. Eres diferente a todas las otras musas, de hecho. Desde que eras pequeña, tu manera de actuar ha sido muy atípica, y no creo que sea únicamente porque eres una híbrida.

—¿Qué quieres decir?

Inspira profundamente.

—Desde que naciste tu madre ha intentado esconder tu verdadera naturaleza. Tenía mucho miedo de que alguien descubriera tu existencia. Tu educación no es más que una parte de lo que hizo por protegerte.

Al ver la expresión que hace, tengo la sensación de que va a anunciarme el fin del mundo.

—Llamó a un pensador para que ahogara tu parte de musa. Ha funcionado la mayor parte del tiempo, menos cuando tu verdadera naturaleza se rebela. Creo que el pensador creó una especie de doble personalidad. Tú... y tu musa sois dos seres distintos. Por eso ella tiene un gran poder sobre ti.

Como yo me quedo sin voz, ella continúa:

—Eso puede explicar ciertas cosas, sobre todo el que pierdas el conocimiento cuando tu musa aparece; llega a hacerte perder el control de ti misma y...

¡Es alucinante!

—¿Y?

—Puede influir en tus emociones.

Levanto una ceja. Jess me atrapa las manos y me mira directamente a los ojos.

—¿No te has preguntado nunca por qué te atraen tanto los demonios? ¿Por qué un tío como Rip podía hacerte perder la cabeza? ¿Cuando él representa el mal en estado puro! Solo las musas se unen a los demonios, cariño.

La revelación me golpea como una maza. No, no me había planteado eso. Mi tía se levanta y me acaricia dulcemente la mejilla.

—No quiero perturbarte más de lo que ya lo estás, Kat. Pero era importante advertirte. ¿Quién de las dos está al mando?

Después, sin añadir nada más, me da un beso y sale del vestuario, dejándome a solas con mis dudas.

Celos

Cuando encuentro a Rip en la cocina unos minutos más tarde, todavía no me he recuperado de la charla con Jess. Ella dice que mi musa puede controlar mis acciones y mis emociones, mientras que Rip cree que son mis emociones lo que hacen salir a la musa. Los dos se ponen de acuerdo con versiones opuestas para decirme que somos dos partes completamente distintas... que cohabitan en el mismo cuerpo. ¡Joder! Es horrible. ¡Y eso no ayuda a encontrar respuestas!

¿Cómo es posible que esta voz en mi cabeza exista de manera independiente? ¿Puede ser por el hecho de que mi madre me ha concebido con un humano de lo más normal?

Pff, ¡tenía que pasarme a mí!

Rip se da cuenta de mi llegada en cuanto cruzo la puerta. Se acerca y pone su torso contra mi espalda atrapándome entre sus brazos.

—¿Te preocupa algo, Kataline?

Me coloca la cabeza sobre su hombro y el olor de su perfume hacen temblar mis fosas nasales. Suspiro y me acomodo contra él.

—Acabo de tener una discusión con mi tía, pero nada importante.

«¡Mentirosa!». Cierro la puerta en las narices a mi voz y resigo los tatuajes del brazo de Rip.

—¿Cuándo piensas hacerte el que te diseñé?

Me atrapa la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Tan pronto como hayamos arreglado todo esto.

«Hmmm...».

Vuelvo al tema que ocupa mis pensamientos:

—Rip, ¿puedes hablarme de las relaciones que hay entre los demonios y las musas?

Lo noto tensarse a mi espalda.

—Es una pregunta extraña e... inesperada. Pero sí, puedo hacerlo. No sé mucha cosa aparte de que los demonios y las musas están muy vinculados. Ya sabes que la esencia de las musas afecta mucho a los demonios. Su sangre, y sobre todo el Elixir, tienen un poder sobre ellos... Y es definitivamente por esta razón que las musas atraen a los demonios y al revés. Somos dos especies... muy vinculadas, como te decía.

¡Ah, me he perdido un episodio!

—Espera... ¿Estás diciéndome que los demonios y las musas dependen los unos de los otros?

Me suelta y me gira hacia él. Luego, hunde sus ojos en los míos.

—No exactamente. Más bien diremos que su atracción mutua es inquebrantable.

Estoy perpleja. Eso es lo que me temía.

—Entonces... ¿Nosotros...? Es nuestro instinto el que nos empuja a estar juntos, ¿no? Esta atracción que sentimos el uno por el otro no es racional. No somos nosotros. Es nuestra naturaleza que nos fuerza a actuar. La tuya de demonio y la mía de... medio musa.

Rip atrapa mi rostro entre sus manos y me mira con una especie de adoración.

—Oh, no, preciosa. Tú... Es otra cosa. Eres un ser único. La única híbrida viva en el planeta. No ha sido fácil detectar tu lado de musa. De normal, no hubiera tardado tanto en identificarte.

—¿Quieres decir que tuvisteis dudas?

Me da un sonoro beso en la boca antes de seguir.

—Así es. Es Royce el primero que sintió que había algo especial en ti. Y tuve la confirmación cuando... —Se detiene.

—¿Cuándo...?

—... cuando tuviste tu primer orgasmo en los baños del Blue Bird —sigue, con la voz ronca. Dios. El episodio de las bragas. Me pongo roja hasta en las orejas.

—No tienes que avergonzarte, cariño. Estabas preciosa.

Sin saber qué hacer, me muerdo el labio.

—Al principio, admito que me divertí mucho contigo. Ver que te escondías entre esos harapos y tener que detenerte cuando me saltaste al cuello... me hizo reír mucho. Eras mi desafío del momento.

Le doy un golpe en la espalda.

—Ah, ¡te divertiría torturarme!

Su mirada se oscurece.

—Pero has sido tú quien ha ganado el juego. Cuanto más te provocaba, más te resistías y más me atraías.

Una idea cruza mi mente.

—¿Cómo lo supiste?

Acerca su rostro al mío.

—Tus ojos... toman un color rosado cuando sientes placer.

¡Guau! ¡Si lo hubiera sabido...!

Pego mi frente en su pecho para esconderme; estoy demasiado avergonzada como para afrontar su mirada. Pero me levanta la cabeza con el índice.

—Ey, nena. Eres la cosa más bonita que he visto jamás. No puedes imaginarte cómo me llena verte abandonarte así por mí.

Este tío acabará por matarme.

Se acerca más y pone sus labios sobre los míos con una dulzura que no conocía. Después, recula unos centímetros para observarme con una pequeña sonrisa ladina.

—Mira lo que haces conmigo. Me pongo casi romántico.

Me da pequeños besos en la frente, en las mejillas, en la mandíbula, hasta acabar nuevamente en mi boca, que se abre por sí sola.

Su lengua pasa lentamente por mis labios. Después, Rip me atrapa el pelo para inclinarme la cabeza hacia atrás. Sus ojos se hunden en los míos y mi corazón se detiene. El brillo plateado que veo habitualmente es todavía más luminoso, y refleja su deseo.

—No es tu naturaleza quien provoca esto, nena. Es... Eres tú.

Toma mi boca de nuevo y, esta vez, su beso es más sensual, casi brutal. Gimo y me acerco a él. Sus manos se deslizan sobre mí y de repente mi ropa me parece demasiado abultada. Pero un ruido en la casa me recuerda que estamos en la cocina, en pleno día, y que, aunque todo el mundo esté en la cúpula, alguien podría entrar y sorprendernos.

Me aparto sin querer hacerlo. Como si hubiera leído mis pensamientos, Rip cierra las dos puertas con un gesto de la mano y las bloquea a distancia.

—No vamos a detenernos ahora, preciosa.

Me atrapa por la cintura y me coloca sobre la encimera. Su rostro está lleno de deseo. Sus colmillos sobresalen ligeramente de su boca y tiene esa mirada de depredador que me hace

estremecer.

—He soñado con hacer esto desde el incidente de la uva.

Solo con escucharlo, mi vientre se contrae. ¿Es posible tener un orgasmo solo con escucharlo?

Esta vez, soy yo quien se lanza sobre él como una bestia famélica.

Una hora más tarde salgo de la ducha de Rip ligeramente segura de mis sentimientos.

¿Cómo podría sentir todas estas emociones si fuera mi musa quien estuviera al mando? No, soy yo y solamente yo quien tiene estos sentimientos por Rip. Mi musa no tiene nada que ver. Siempre que sea independiente, evidentemente.

Cojo ropa de deporte del armario —sí, ha llevado mi ropa a su habitación; muy atento—. Debo encontrarme con él en la cúpula para continuar el entrenamiento.

Tengo ganas de que termine y vayamos a Moldavia. Mi madre está en peligro y, aunque Royce me asegura que mi madre estará a salvo mientras el jefe la necesite, me cuesta aceptar que sirva como distribuidora de sangre. A priori, hay una decena de musas en cautividad. En fin, según el último censo, según dice el sabelotodo de Royce. Algunas otras vivirán escondidas para no someterse a las torturas de los productores del Elixir. Por tanto, con mi madre, somos las últimas musas vivas.

La salida está prevista para la semana que viene. Tengo ganas de irnos, pero también tengo que esperar a la famosa noche de integración, que se dará este fin de semana.

La integración... He descubierto que lo que parecía en un principio una fiesta de estudiantes de lo más banal resulta ser un *casting* gigante para futuros discípulos. ¡Qué locura!

Cada dos años, los Saveli organizan esta pequeña fiesta para reclutar y agrandar su clan. Esto corresponde a un ciclo de formación, según me ha contado Parker. Pasados los dos años, ciertos discípulos se convierten en demonios menores. Los demás... Bueno, no sé lo que pasa con ellos.

Esto quiere decir que los discípulos existentes desaparecen para dejar paso a los nuevos.

Cuando estoy en plena reflexión de camino a la cúpula, Maxime me alcanza.

—Ey.

—Hola, Max.

Le dirijo una sonrisa franca. Estoy contenta de verlo. Echo de menos nuestros trabajos de grupo, y todavía más nuestros momentos de creación compartida.

—¿Vas a entrenar?

—Sí, viendo lo que nos espera, nos interesa estar preparados.

No contesto, porque la culpabilidad me impide responder.

De repente, cambio de tema y aprovecho para hacerle preguntas sobre la famosa fiesta.

—Dime, me estaba preguntando... ¿Por qué la noche de integración tiene lugar cada dos años? ¿Y por qué reclutáis solo a estudiantes? ¿Es un ritual?

Me lanza una mirada de sorpresa.

—Más bien es una estrategia. Cuando reclutamos a los nuevos, los viejos dejan su lugar.

No veo la lógica.

—De esta forma, los miembros de nuestro clan siempre son jóvenes y tienen buena salud. Es importante a la hora de unirse.

—Ah. —Todavía no lo entiendo, pero, bueno, no parece muy hablador, así que lo dejo estar por el momento—. ¿Y tú? ¿Cómo vas? Sé que no hemos tenido mucho tiempo para hablar...

—Sí, siempre estás muy ocupada...

Toso. ¿A qué se refiere?

Prefiero no prestar atención a su tono irónico.

—Los entrenamientos son intensos, es verdad. Y no estoy muy dotada para el combate, es mejor que lo admita.

Maxime me mira.

—Ah, pero he visto tus últimos enfrentamientos con Rip. Has progresado mucho.

Suspiro.

—No tengo ningún mérito. Es la musa quien pega.

¡Joder! Diciendo eso me doy cuenta de que hablo de ella en tercera persona. Y yo que me decía hace apenas cinco minutos que no existía como tal...

—Sí, pero la musa eres tú, ¿no? O, al menos, una parte.

Dudo sobre qué responder.

—Sí..., bueno. Oh, no sé qué pensar sobre eso —digo finalmente—. Tengo la sensación de que, cuanto más descubro, más confusa estoy. Me dicen de todo y es todo contradictorio, y ya no sé qué pensar.

Maxime me detiene por el brazo.

—Escucha, Kat, si hay un consejo que te pueda dar, es el de escucharte a ti misma. Solo tú sabes lo que sientes.

El silencio se instala cuando bajamos las escaleras. Luego, Es Maxime quien lo rompe:

—¿Cómo va con Rip?

La sorpresa me hace tropezar y apenas logro sostenerme con la barandilla.

—Oh, perdona. No quería perturbarte, Kat.

Le lanzo una mirada sospechosa.

—No, no. No es nada. Y para responder a tu pregunta, va bien. Estamos... bien. No tienes por qué preocuparte.

—No me preocupo. O, mejor dicho, ya no me preocupo.

Mis cejas se elevan, pero él no dice nada más.

—Eh, podrías precisar tus pensamientos, Max. No tengo telepatía.

—Al principio Rip se interesaba por ti como diversión.

«Sí, eso ya lo sé».

—Pero ahora tengo la sensación de que algo ha cambiado en él. Es... diferente. Oh, no digo que apruebe completamente vuestra relación, ya conoces mi opinión. Pero ahora sé que no te quiere hacer daño. Te trata de forma distinta que a las demás.

«Ah, bien, ¡gracias por decirlo!».

—Gracias por tranquilizarme, Max. Porque yo estoy llena de dudas.

—No tienes por qué tenerlas, te lo aseguro.

Me abraza para calmarme. Apoyo mi cabeza contra él para agradecerse.

Desafortunadamente, ese momento es el que elige Rip para aparecer por la esquina de las escaleras de la cúpula. Nos lanza una mirada asesina y su mandíbula se tensa.

—Ah, por fin te dignas a venir. Pensaba que tenía que ir a buscarte.

Su voz es cortante como una cuchilla de afeitar. Pongo los ojos en blanco para mostrarle mi desaprobación. Pero, en el fondo, lo celebro. ¡Rip está celoso!

La gran noche

¡Ha llegado la gran noche!

Sí, esta noche es la noche de integración. Esa de la que todo el mundo habla desde hace dos semanas y de las que las entradas se venden a precio de oro... Esa que atrae a multitudes de estudiantes ávidos por el sonido de las guitarras eléctricas y de las voces rasposas.

Me cuesta creer que el anuncio de un concierto provoque tal locura. Pero cuando he visto el contador de la venta de entradas en internet he tenido que aceptar la evidencia. Sí, es una locura. Los Cursed actúan en directo y centenares de fans acuden en masa a los mostradores del mercado negro virtual. ¡Guau! Casi me olvido de las verdaderas razones de esta noche al ver que el júbilo general es contagioso.

Cuando encuentro a Jess y a Jennifer en el vestidor de la habitación de invitados, estoy casi emocionada por la fiesta. Debería estar avergonzada de mí misma, pero sería mentir descaradamente. Tengo la sensación de que voy a vivir algo único, algo que solo está abierto a un cierto número de personas privilegiadas.

Mi tía me acoge con una sonrisa.

He decidido perdonar su silencio sobre mi verdadera naturaleza, mi familia y todo lo demás... ¿Cómo podría seguir culpándola de cosas por las que no tiene la culpa? He acabado aceptando el hecho de que ella ha obedecido a la orden de mi madre. En el fondo la entiendo. ¿Quién no haría lo que fuera por lealtad a su hermana?

—Eh, ¡te ves muy alegre! —me interpela mi tía, sentándose sobre un sillón.

—No he tenido muchas ocasiones para darle muchas vueltas a la cabeza en estos momentos, así que sí, creo que esta noche me ayudará a tomar un poco de oxígeno.

Me dirige una sonrisa cálida.

—Eh, bien. Escucha, no soy yo quien te va a decir nada. Sé por lo que has pasado, sé lo que has vivido y sé lo que te espera. Así que si puedes ser una chica joven y despreocupada por una noche, aprovéchalo. Tendremos todo el tiempo del mundo para preocuparnos por los verdaderos problemas.

Asiento. Como respuesta, se acerca a mí y me toma por las espaldas.

—Entonces, dime, cariño... ¿Cómo van los entrenos?

Ah, el entrenamiento... Todavía tengo moretones de mis intercambios con Rip. No me ha dado ni un respiro esta semana, ni de día ni de noche.

—Bueno, diré que son intensos, agotadores y... dolorosos. Pero reconozco que estoy bastante satisfecha conmigo misma. Creo que he progresado desde el primer día. Puedo controlarme más fácilmente, y he conseguido lanzar al suelo a Rip en varias ocasiones, lo que no es poco...

Me mira con atención.

—Eso está bien. Me alegro de que puedas arreglártelas.

—Sí, yo también.

Sé que se refiere al hecho de que consigo controlar mi lado de musa y la hago salir cuando

quiera.

Para mí, es el principio de una respuesta que no llego a obtener. Sí, la musa está aquí, en mí, pero ahora tengo la certeza de que soy yo quien estoy al mando de mi cuerpo y de mi mente. ¡Y eso es una verdadera victoria!

Mi tía me da una palmada en la espalda.

—Estoy contenta de que salgamos esta noche, Kat. ¡Será excepcional! —añade, guiñándome el ojo.

—¡Y parece que el grupo es agradable!

—Sí, ¡los Cursed! Son la bomba —bromea—. Creo que jamás he visto a un grupo así de bueno. Sería un sacrilegio no verlos. Además, tenemos entradas en primera fila, así que...

—Sí, y no es cualquier noche —interviene Jennifer, con su voz dulce. Unas estrellas brillan en sus ojos.

Sí, es verdad. Esta noche es el reclutamiento de los discípulos.

—Tú ya asististe a una noche de integración, ¿verdad? —pregunta Jess.

Ella asiente.

—¿Y bien? ¿Cómo fue?

—Fue el último año, cuando me reclutaron. Tengo pocos recuerdos de esa noche, pero cambió mi vida...

¿Cómo puede afirmar haber olvidado lo que sucedió y al mismo tiempo mencionar tal trastorno?

—Espera, ¿quieres decir que te cambió la vida pero que no recuerdas la noche?

—Así es.

—¿Ningún recuerdo? ¿Nada?

La voz de Jennifer se vuelve lejana, como si buscar en sus recuerdos la llevara dos años atrás.

—Bueno, sí... Más bien una sensación, la de sentirme libre como el aire. Es como si me hubieran quitado un peso enorme del pecho. Pero no sabría decirte cómo fue ni por qué.

El brillo que cruza sus ojos refleja un bienestar indecible, casi como el éxtasis. Lanzo una mirada a mi tía, que mira a la chica con envidia.

—Bueno, ¡me da casi envidia tu historia! ¡Tengo ganas de ver esta fiesta! —dice, con una voz demasiado alegre—. Bueno, ahora pasemos a cosas más serias: ¿qué nos ponemos?

Empieza a hurgar en los armarios de la habitación de invitados y retira varios atuendos demasiado sexis para mi gusto. Pongo los ojos como platos para hacérselo entender.

—¿Qué? ¿No crearás que irás a la fiesta vestida de monja? Ni de broma. Te recuerdo que sales con el líder del clan. Ese con el que todas las chicas sueñan acabar la noche. Serás el centro de atención esta noche, preciosa, así que tienes una imagen que mantener.

¡Por fin veo otra vez a mi tía! La que he conocido desde hace apenas dos años y que se ha ganado mi cariño por su amabilidad y su humor poco convencional.

Me tiende una especie de mono corto de cuero negro y una camiseta de tiras de seda.

—Toma, pruébate esto. ¡Estarás muy buena con este conjunto!

«¡Ni de broma!».

—Eh... Creo que es demasiado... ligero para mí. Todavía tengo frío por las noches.

—Vale, ¿y esto?

Es un vestido tan apretado que no sé cómo podría siquiera ponérmelo. Sacudo la cabeza haciendo una mueca.

—Vaya, ¡no eres nada fácil!

—¿Quizás Kat prefiera algo más sobrio? —interviene Jennifer.

Oh, joder, ¡me dan ganas de darle un beso! ¡Gracias, Dios mío! Asiento vigorosamente.

—Entonces deberíamos dejar de rebuscar entre la ropa de las ex de Rip —dice con una pequeña sonrisa.

¡Qué horror! ¡Y pensar que casi me pongo eso!

Ha llegado la hora. Estoy en el Hummer que nos lleva a Rip, Royce, Jennifer y a mí al concierto. Los demás nos siguen formando una fila de vehículos. Todo el mundo ha venido, menos Rosa y mi padre, que se han quedado en casa.

Es Royce quien conduce. Yo estoy detrás con Rip. Hacemos el trayecto en silencio. La música de los White Stripes invade el espacio y nos impide hablar. Me concentro en las palabras de *Seven Nation Army* para evitar pensar demasiado.

En vano. Tengo el corazón a mil. No sé si es la presencia de Rip a mi lado, con su *look* de estrella del *rock* y su carisma que derrite el hielo o si es el reto de esta noche lo que me tiene en este estado. Es raro. Es como si presintiera algo...

Rip me coge de la mano y siento sobre mí la intensidad de su mirada. Se acerca y me susurra en la oreja, con su boca frotando mi piel sensible.

—Estás espléndida, nena... Si estuviéramos solos en el coche, ya haría rato que te habría arrancado esta ropa tan bonita.

Sin embargo, he renunciado a llevar un atuendo de fiesta y he optado por algo más simple pero efectivo: un tejano básico, unas botas y un top original, ligeramente brillante, para darle un toque festivo. No veo qué hay de atrayente en mi ropa.

A menos que Rip no sea insensible al maquillaje que me ha puesto mi tía. O a los pendientes en mis orejas. ¿Quizás es mi pelo que está recogido en un moño desenfadado?

En este preciso momento, la voz en mi cabeza grita desesperadamente: «¿Cuándo vas a dejar de hacerte la hipócrita, Kat?». Vale, lo admito. Es la espalda desnuda de mi top lo que hace brillar los ojos de Rip. Es tan escotado que deja al descubierto casi toda mi espalda, hasta la cintura. Los tirantes finos se entrelazan y le dan un aire más sexi. Todavía escucho las palabras de Jess cuando me lo he puesto: «Joder, ¡es perfecto, Kat! ¡Ese top te resalta la espalda y ese tejano te hace un culo alucinante! ¡Si no llevas este conjunto, te juro que no voy a la fiesta!». No sé si he hecho bien al escucharla...

—Me encanta esto... Pero me gusta todavía más lo que esconde. —La voz de Rip me da escalofríos. A menos que sea su dedo deslizándose bajo la fina tela del top.

Al morderse el labio, el *piercing* brilla en la penumbra del lugar.

—Me dan ganas de lamerte por todo el cuerpo...

Su lengua sigue lentamente el contorno de su boca.

Oh... ¿Soy yo o la temperatura ha aumentado unos cuantos grados?

Su dedo sube por mi cuello para seguir por mi mandíbula y deslizarse por mi boca, provocando a su paso miles de corrientes eléctricas. Sin pensarlo, con los ojos puestos en los suyos, lo atrapo entre mis labios y lo mordisqueo suavemente. Un brillo plateado pasa furtivamente por sus ojos y abre la boca. Pero cuando va a decir algo, el coche se detiene.

—Ya hemos llegado. Ya haréis cochinas más tarde.

Rip aprieta la mandíbula y se carcajea en su asiento.

—¡Joder! Ahora me aprieta el pantalón.

Siento cómo mi cara se pone roja hasta el nacimiento del pelo, pero, en el fondo, estoy

orgullosa de mi acto. Royce me lanza una sonrisa de entendimiento, señal de que ha comprendido muy bien lo que pasaba detrás de su asiento. Me precipito al exterior con las mejillas ardiendo.

Cuando bajo del Hummer, mi corazón late como loco. Estoy sorprendida al ver la fila de gente que espera para entrar al lugar. Decenas de personas se apresuran a la puerta del edificio.

—¡Guau! ¡Cuánta gente!

Parker, que se une a nosotros junto a Maxime, Jess y Kris, me agarra por los hombros y me lleva hacia él.

—Eh, te recuerdo que son los Cursed quienes tocan esta noche. ¡Las chicas van a mojar las bragas!

Royce le da una colleja.

—Deja de tontear, Park —dice. Luego, señala una puerta de acceso que hay detrás del edificio.

—Venid por aquí. Estaremos más tranquilos si estamos lejos de los candidatos.

Entramos a una especie de antesala que conduce a un vestuario y, después, a una sala que puede acoger a unas cinco mil personas. Al fondo, el escenario se alza fieramente. Está iluminado por numerosos focos, preparados para recibir a los artistas.

En cuanto entramos, un tipo inmenso nos recibe. Lo reconozco. Es el tío del Blue Bird, el que vigilaba la zona VIP.

—Todo está listo, Royce. En nada podremos abrir las puertas. Los líderes están todos ahí.

—Gracias, Yass. Una vez más, podemos contar contigo. Serás recompensado como debes.

Yassine baja la cabeza con respeto.

—Ah, y Marcus ya ha llegado.

Marcus. No lo he vuelto a ver desde el primer altercado con los mercenarios.

—¡Ey!

Hablando del rey de Roma. El arquero llega a nosotros con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja.

En cuanto me ve, se dirige hacia mí y me toma entre sus brazos como si fuéramos los mejores amigos del mundo. Me encuentro completamente rodeada por sus enormes brazos y su gigantesca estatura. Solo mis ojos se elevan por encima de sus hombros, justo lo suficiente para ver la mirada oscura de Rip, que nos fusila.

—¡Kat! Me alegra verte.

Carraspeo, incómoda, e intento separarme como puedo.

—Sí, yo también, Marcus. No pensaba que te vería tras haber desaparecido.

—Ah, nunca estoy lejos. Pero los negocios son los negocios...

Se inclina hacia mí y me susurra en la oreja.

—Entonces, ¿cuál de los dos hermanos ha ganado tu corazón?

Lanzo automáticamente una mirada a Rip. Marcus ríe.

—Lo sospechaba... Es el demonio.

Me dirige una sonrisa maligna y decido cambiar de tema, roja como un tomate.

—¿Y tú? —señala a Rip con el mentón—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que eras un guerrero solitario.

—Me gusta echar una mano a un amigo.

Levanto una ceja.

—No sería la primera vez —prosigue.

Después, Marcus me deja plantada para volverse hacia Rip, con quien intercambia algunas palabras más. Los pillo mirándome varias veces. «Hablan de mí, eso seguro». Molesta, decido ignorarlos y me giro hacia mi tía.

—¿Sabes qué va a pasar ahora?

Jess sacude la cabeza.

—No tengo ni idea.

Jennifer se acerca.

—Creo que van a tocar algunos temas en primicia.

Mi tía me agarra del brazo.

—Vale, pues no perdamos el tiempo. Vamos a sentarnos, porque con la de gente que hay, no tendremos sitio si no vamos ya. Y con estos tacones de quince centímetros no tengo ganas de estar toda la noche de pie.

Echo un vistazo a Rip.

«¿Qué haces? ¿Pides permiso? ¿Y qué vendrá después?». ¡Joder! La vocecita vuelve a la carga. Aunque tiene razón. ¿Qué me pasa?

Rip está en plena discusión con Marcus. No obstante, como si sintiera mis ojos sobre él, se gira hacia mí. Cuando nuestras miradas se cruzan, una especie de electricidad se forma en el ambiente. Sin esperar, deja plantado a su interlocutor para acercarse a mí y atraerme hacia él. Atrapa mi nuca con las dos manos para levantar mi cabeza.

Y, como a cada vez que me toca, estoy completamente paralizada por el deseo que provoca en mí. Mi cuerpo se arquea contra él como si fuera el suyo propio. Mi voluntad desaparece y mi vocecita se ahoga en los ojos de Rip. Se inclina lentamente... y cuando sus labios me rozan, deja libre la pasión que habita en él. Su boca choca con la mía y la fuerza a abrirse.

¡Joder! ¡Todos nos miran!

Es el último pensamiento racional que cruza mi mente antes de sucumbir. Es imposible quedarse impasible cuando su lengua provoca la mía con tanta sensualidad. Me agarro a él y me aprieto contra su torso, respondiendo a la necesidad imperiosa de sentir su cuerpo contra el mío.

Tras varios segundos, Rip se separa de mí y termina su beso con una pequeña lamida sobre mis labios. Cuando me suelta, tengo las mejillas ardiendo, la garganta seca y el cuerpo con temblores incontrolables.

—Tengo que dejarte durante un rato, nena. Pero terminaremos nuestra... discusión más tarde, te lo prometo.

Pasa su pulgar por mi labio inferior antes de apartarse.

—Hazme el favor —dice—, no te alejes mucho. Quiero tener los ojos puestos en ti cuando salga al escenario.

Se marcha. Los otros miembros del grupo lo siguen. Me quedo quieta y lo miro alejarse hacia los vestuarios, si poder pronunciar palabra.

Cuando llega a la puerta, me mira intensamente antes de desaparecer.

Mis ojos permanecen fijos sobre la puerta cerrada. Me siento como una idiota. Estoy dividida entre varias emociones contradictorias. Por un lado, mi falta de fuerza de voluntad me descoloca; por el otro, estoy completamente bajo su encanto. Es terrorífica esta atracción que ejerce sobre mí.

Él quería dejar claro que estamos juntos. Bien, pues ¡ya lo ha hecho! Pero me cuesta creerlo. Esta situación es algo muy nuevo para mí. ¡Tengo pareja! ¡Con el demonio más sexi que existe

sobre la Tierra! Es simple y muy complicado a la vez. ¡Completamente irracional!

—Joder, el primer tío que me mire con esos ojos... me caso con él... —dice una voz a mi lado.

Me giro y, pasado el instante de sorpresa, salto al cuello de la chica, que me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Justine!

Integración

¡Justine está aquí! Con Mat, Marco y Samantha.

—¡Justine! ¿Qué hacéis aquí?

—Bueno, es la noche de integración y, sobre todo, ¡el concierto de los Cursed! ¡No podíamos no venir!

Sacudo sus entradas ante mí.

—Hemos podido entrar antes que los demás, qué bien.

Sus hermanos me miran con los ojos abiertos, como si hubiera descolgado la luna, pero no tengo tiempo de nada antes de que Justine vuelva al tema inicial, algo que me incomoda.

—¿Entonces...? Tú y Rip, ¿eh? Joder, ¡sospechaba que acabaría así! Te tenía en su punto de mira. Se veía solo con la forma en que te devoraba con los ojos... ¿Y tú? ¿Estás loquita? Reconócelo.

Aparto la mirada, roja como un tomate.

—Para, es horrible. Tengo la sensación de no controlar nada.

Es francamente espeluznante.

—Eh, ¡claro que no! Es normal. Es el amor... —responde ella, poniendo la mano sobre el corazón y haciendo una postura dramática.

Hago una mueca. No estoy lista para hacer tal confesión. Ya es un gran esfuerzo mostrarme como pareja de Rip...

—Para. Es más complicado. Rip representa todo lo que me cabrea en un hombre. Es demasiado carismático, demasiado seguro de sí mismo, demasiado vanidoso... Demasiado todo. Y, sin embargo, no puedo resistirme.

—Demasiado guapo, demasiado sexi, demasiado perfecto... —interviene Sam con envidia—. ¡Es barra libre de sexo! Tendrías que ser una monja o lesbiana para decirle que no a un tío como este. Y su reputación en la cama no es infundada, ¿eh? ¡Dímelo!

Me guiña el ojo con entendimiento. ¡Joder! Espero que ella nunca haya...

—No te preocupes, no formo parte de su registro de caza. Pero todas las que están en él solo sueltan elogios. En cualquier caso, estoy sorprendida de que hayas sucumbido. Pensaba que eras una de las excepciones, que le mantendrías a distancia.

—Desafortunadamente, no es el caso. ¡Y eso me asusta! Es simple, ya no me reconozco. Hago cosas que nunca hubiera imaginado que haría. Me provoca, me empuja los límites. —Tengo la sensación de hablarme a mí misma, y es sin filtro como continúo la reflexión—: En general, los hombres me inspiran sentimientos negativos: o me dan asco o quiero matarlos, mientras que con Rip... me atrae como un imán. No sé por qué con él es diferente.

Mi tía levanta una ceja y me dirige una mirada que parece decir: «la explicación es simple. Rip es un demonio y tú... una musa. ¡Ya te dije que no podía ser de otra forma!».

—Ay, Rip consigue deshacer todos los corazones... ¡Mejor dicho, las corazas! —interviene Sam trágicamente.

—En cualquier caso, nunca lo he visto así de... posesivo y exclusivo —responde Mat.

Me muerdo el labio. No sé si debo tomarme su comentario como un cumplido o como un

aviso. (Recuerdo que forma parte de las personas que me advertía del peligro de Rip).

—¡Ahora tengo que renunciar a este macho dominante tan guapo! —dice Sam, con un puchero que lo dice todo—. Pero no pasa nada, ¡iré a por el Omega!

¡Joder! ¿Está hablando de Max?

Me apresuro a intervenir, pero Justine se adelanta:

—¡Si te acercas a Maxime Saveli, te arranco los ojos, Samantha Lockford!

Sam recula, pretendiendo horrorizarse.

—Ey, ¡me tenías que decir que estaba pedido! Vale. ¡Voy a por Parker, entonces!

Justine estalla de risa.

—¡No lo creo! ¡No cambiarás nunca!

Luego, se gira hacia mí y pasa su brazo bajo el mío.

—Ven, vamos a sentarnos. ¡Tienes que contarme muchas cosas!

Cuando Mat y Marco vuelven a nuestra mesa con las consumiciones, la multitud ya ha entrado en la gran sala. No menos de quinientas personas se apresuran a instalarse.

Me alegra tener un sitio en primera fila. Tiene ciertas ventajas salir con el cantante del grupo.

Ignorando el flujo incesante de espectadores que pasan a nuestro alrededor, Justine me pregunta en voz baja:

—Entonces, ¿cómo es salir con un demonio?

Casi me ahogo con mi refresco.

—¿Qué?

—No te preocupes, Kat. Aquí todo el mundo está al corriente. Es por eso que estamos aquí esta noche. La esperábamos desde hace meses.

¡Guau!

—¿Quieres decir que venís... por el reclutamiento?

Ella asiente.

—Como todas las personas presentes aquí esta noche. Aunque no todo el mundo tiene el mismo grado de información. Mis hermanos trabajan para los Saveli desde hace años. Saben lo que son. Y yo sueño con convertirme en una discípula desde que sé que los demonios existen.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Toda esta gente que viene...?

Barro la asistencia con los ojos. Decenas de chicos y chicas son susceptibles de integrarse en el clan de los demonios.

—De hecho, no están realmente al corriente de lo que vienen a hacer aquí. Para ellos, es una noche de fiesta como cualquier otra, y tienen la oportunidad de formar parte de los privilegiados. Las fraternidades de la universidad son un buen medio para que los demonios identifiquen a los reclutas potenciales. Los líderes son los encargados de escoger a personas lo suficiente abiertas y sólidas como para poder encajar la realidad. Me acuerdo de la conversación que tuve con Maxime con ese propósito. Me dijo que la lealtad entre los miembros de una misma fraternidad era infalible. Ahora sé de lo que hablaba.

Esa curiosidad no me satisface. Me gustaría entenderlo.

—Pero ¿tú sabes en lo que consiste la integración, exactamente?

Es Kris quien responde:

—Cuando los demonios quieren reforzar el efectivo de su clan, reclutan discípulos, personas que los sigan con devoción. A cambio, les ofrecen fuerza, resistencia, velocidad... y muchas otras ventajas. Es un pacto, en cierta forma.

Mis ojos caen sobre un grupo de *punks* que no me es desconocido. Estaban en casa de los Saveli la primera vez que fui para trabajar con Maxime. Me parecieron completamente bajo el control carismático de Rip. Ahora entiendo por qué.

—Sí, son discípulos. Los jefes de la fraternidad. Se los reconoce por el tatuaje, que representa el escudo de armas del demonio mayor.

«La mariposa esfinge...». Me doy cuenta ahora que todos la tienen, aunque en distintas partes del cuerpo. Giro la cabeza y mis ojos se plantan en Kris.

—¿Y cómo sucede exactamente?

—Todo lo que puedo decir por ahora es que hay una ceremonia.

Arrugo las cejas.

—¿Y todo el mundo puede ser reclutado?

—No, claro que no. Es precisamente el objetivo de la noche, escoger a los que han pasado los prerequisites.

No reacciono, pero mi pregunta muda encuentra su respuesta.

—Los discípulos tienen que ser fuertes física y psicológicamente, voluntarios y fiables. Son personas de cuerpo y mente sanas —responde Mat, incorporándose para mostrar que él responde a los criterios del reclutamiento.

Guau... Parece una secta.

—¿Pero la gente que está aquí está al corriente de en lo que van a convertirse? ¿Y nadie huye?

Asiente.

—Los demonios tienen una fuerza de persuasión fuera de lo normal. Pueden intervenir directamente en tu mente sin pronunciar palabra.

Kris interviene con voz grave y los ojos vagos, como si estuviera recordando algo.

—Te hacen ver cosas que no te imaginabas ni en tus sueños más locos. Cosas que pueden ser magníficas o... terroríficas. Pueden liberarte o destruirte...

«Joder... Kris...». Le lanzo una mirada inquisidora. Él asiente lentamente.

—Tú eres uno...

—*Era* —precisa él—. Ya no lo soy desde hace tiempo, pero me mantengo en el círculo.

Me sonrío con un brillo de arrepentimiento en sus ojos.

OK, de mal en peor.

Jess pone su mano en su brazo y Kris atrapa la cerveza para beber un largo trago. Se gira hacia el escenario sin decir nada más, justo cuando los Cursed hacen su aparición.

—Ya empieza —dice Justine, aplaudiendo con impaciencia.

La luz se apaga bruscamente en la sala y, de repente, el público grita nervioso. Después, los proyectores se encienden, uno tras otro, e iluminan la escena con sus focos de colores.

Los Cursed se presentan bajo las aclamaciones de los fans. Todo el mundo tiene los ojos clavados en los cuatro miembros del grupo que se instalan con sus instrumentos, pero los míos solo ven a Rip, imantados por su presencia. Agarra la guitarra y enchufa el cable que la conecta con el amplificador con gestos precisos. Observo el mínimo movimiento, hipnotizada por su carisma devastador. Como de costumbre, está guapísimo con su camiseta negra sin mangas, sus tejanos oscuros y rotos y sus botas de cuero con tachuelas. Sus tatuajes parecen cobrar vida al ritmo de sus movimientos y le dan una imagen fascinante. De él emerge tal aura, tal mezcla de poder, de peligrosidad y de sensualidad... Me imagino a todas las chicas presentes fantasear con

él.

Escudriño la sala con una pizca de celos y no puedo obviar que llevo razón. Sí, las chicas —e incluso algunos chicos— miran a Rip con adoración.

Con un suspiro, llevo mi atención al resto del grupo. Max se ajusta la cincha de su bajo, Parker prepara sus baquetas y el cuarto músico ajusta su pedal de efectos. Ahí es cuando me doy cuenta de que el cuarto miembro del grupo es Marcus.

Giro la cabeza hacia Kris.

—Ey, ¿Marcus forma parte de los Cursed?

El chico de mi tía parece sorprendido.

—¡Claro! Siempre ha formado parte.

—Pero...

La única vez que vi a los Cursed no presté mucha atención al guitarrista. Sin embargo, en mi recuerdo era un tío bastante alto con un porte sabio que pasaba bastante desapercibido. Recuerdo sus tejanos simples, su camiseta blanca y su pelo liso con una raya lateral hábilmente dibujada. Contrastaba con el resto del grupo. El Marcus de esta noche es completamente diferente. Más *rock*, más oscuro. Más *cursed*.

Una vez instalado, Rip levanta la cabeza y barre el público como si buscara algo o a alguien. Casi instantáneamente, encuentra su objetivo. Sus ojos se topan con los míos y, como cada vez, mi corazón se acelera. Durante unos segundos, su mirada parece acariciarme, provocándome miles de estremecimientos. Luego, me guiña el ojo y me manda un beso con el puño cerrado.

El significado de su gesto me llega directamente al corazón. Sé que hace todo esto por mí, para ayudarme a encontrar a mi madre. Y eso me toca enormemente.

Le dirijo una pequeña señal y, automáticamente, me acaricio la nuca, en el lugar donde puse su marca. Mi gesto parece gustarle, porque un brillo plateado pasa por sus ojos.

Sin dejar de mirarme, Rip atrapa el micro, bajo los aplausos y los gritos del público.

—¡Ey! ¿Estáis preparados para pasarlo bien esta noche?

Los gritos aumentan de intensidad y Rip se gira hacia sus espectadores.

—¡Pues vamos a dar todo lo que tengamos! ¡Esta noche viviréis algo único! Y eso empieza con...

Con su voz ronca comienza una canción de *rock* endiablado que vuelve loco al público.

A esa le siguen muchas más canciones, unas más rápidas que otras. Tras una buena media hora, la sala está en trance, saltando y vibrando al ritmo de las guitarras y de la batería.

La voz de Rip es poderosa y transporta a la multitud al universo de las sombras y los miedos. Es como si quisiera mandar un mensaje. Como si quisiera avisar de que algo les espera si se unen al clan. Pero, evidentemente, solo algunos pocos saben que pueden ser sensibles a estas cosas.

Los jóvenes presentes no tienen ni idea de lo que va a pasar. En realidad, yo tampoco.

Me pregunto cuándo y cómo va a comenzar la famosa ceremonia, porque, por el momento, la noche parece un concierto normal.

Pero la atmósfera cambia bruscamente cuando Maxime entona una *intro* mucho más calmada que las precedentes. Es lenta, lánguida, casi hipnótica. Marcus y Rip se lanzan una mirada de entendimiento cuando Parker empieza a tocar en su batería un ritmo embriagador.

Me dejo llevar por la música sin prestar demasiada atención a lo que pasa. Pero cuando Rip comienza a cantar, mi corazón se detiene. Su voz ronca y sensual ha dejado paso a una demoníaca y terrorífica.

Empieza a recitar palabras que no entiendo. Y cuando los cuatro músicos levantan la cabeza,

sus ojos brillan peligrosamente en la oscuridad.

Las almas puras

El ruido de decenas de sillas cayendo al suelo me da el efecto de una bofetada. Alucinada, miro a mi alrededor. «¡Joder! ¿Qué pasa?».

El tiempo parece haberse detenido. Nadie se mueve. Todo el mundo está congelado en la misma posición, de pie, con la cabeza levantada hacia el escenario y con los ojos abiertos y fijos...

Presa del pánico, me levanto, haciendo caer la silla. Sin pensarlo, me lanzo sobre mi tía para intentar sacarla de su estado hipnótico.

—¡Jess! ¡Despierta! ¿Qué te pasa?

Después, asustada por su falta de reacción, me precipito sobre Justine.

—Justine...

Intento sacudirla, pero está rígida como un tronco.

—No puedes despertarlas —interviene Kris haciéndome sobresaltar—. Están petrificadas.

Sacudo la cabeza, incrédula, e intento despertar a Mat, Marco y Samantha... sin conseguirlo. No me responden. No reaccionan. Están quietos, como estatuas.

Mis ojos recorren la sala en busca de otras personas que no estén petrificadas. Nada. Soy la única persona junto a Kris que está todavía consciente.

La voz de Rip sigue sonando con su timbre diabólico y monocorde. Rápidamente se unen a él las voces de Maxime, Parker y Marcus. Cantan palabras incomprensibles.

Cuando se detienen, unos minutos más, unos pequeños halos de luz se elevan como por arte de magia sobre cada persona. La luz, de color azul, brilla como una lluvia de estrellas a pocos centímetros de las cabezas, que bailan lentamente al ritmo de las percusiones de Parker.

—La ceremonia empieza...

Me sobresalto otra vez y doy media vuelta.

Royce observa la escena con una especie de fascinación. Cuando se gira hacia mí, reculo instintivamente ante su mirada enloquecida.

—Me alegra ver que el canto no tiene ningún efecto en ti. Eso quiere decir que la musa es más fuerte que la humana... Eso es bueno.

Su voz es más calmada que el brillo diabólico que ilumina sus pupilas. Voluntariamente, no presto atención a sus últimas palabras.

—¿Qué pasa, Royce? ¿Por qué están todos así?

Se coloca a mi lado y me hace una ligera señal con la cabeza hacia el escenario. Sigo el gesto. Lo hago al tiempo de ver a Rip posicionar sus manos una contra la otra, como si rezara. Cuando sus dedos se tocan, algunas de las luces sobre las cabezas del público cambian de color. Unas se vuelven rojas y otras verdes.

Royce me explica en un susurro.

—¿Ves las almas que cambian de color?

Fascinada, asiento mirando las luces, que se mueven como si una brisa las hubiera sacudido.

—Las rojas para los impuros, las verdes para los débiles... Solo los azules son dignos de

convertirse en discípulos. La selección es simple y eficaz.

Guau... Increíble. Las luces reflejan el alma. Mis ojos examinan la sala y me doy cuenta con asombro de que muy pocas han mantenido su azul original. Una oleada de pánico me recorre la columna y me pongo a verificar las llamas coloridas que flotan sobre mis amigos. Son azules.

Royce echa entonces un vistazo sobre su espalda y suelta un silbido. Rápidamente, los *punks* discípulos salen de la nada y se acercan a nosotros.

—Ya sabéis lo que hacer, señores... —les dice con voz solemne.

Todos asienten y desaparecen.

Me inquieta saber qué será lo siguiente.

—¿Y ahora?

—Ahora las almas puras serán marcadas. Se convertirán en discípulos de la noche.

«¿Qué?».

—Pero... ¿Cómo es posible?

Un golpe de aire acaricia mi rostro y Rip aparece ante mí por arte de magia. Mi mira con intensidad.

—¡Kataline! He visto que el salmo no ha tenido efecto sobre ti... ¿Estás bien?

Su voz está llena de inquietud y no puedo evitar encontrarlo mono. «¿Mono? ¿Qué me estás contando? ¿Hablas de un demonio que acaba de transformar a unos humanos en zombis?

¿¡Tú lo ves mono!?» Me muerdo el labio. Definitivamente, cada vez estoy más de acuerdo con mi voz interior. Es mala señal.

—Me temo que estos jueguecitos no funcionan conmigo. Pero no soy la única; Kris también está consciente.

El chico de mi tía arruga la frente. No parece muy alegre por la situación.

—Sí, Kris ya hizo su parte —responde Rip con una especie de remordimiento en la voz. Pero no dice más, y su mirada se dirige unos segundos hacia el escenario, donde Maxime, Parker y Marcus continúan cantando.

—Tengo que seguir con la ceremonia. Tengo para unos minutos.

Asiento.

Cuando pienso que ciertas almas puras se convertirán en discípulos sin quererlo... Tengo la sensación de participar en una gran manipulación. Peor, soy quien la provoca. Sin embargo, me deja indiferente.

Es absurdo. No debería ser así de fría y despiadada. En una situación normal, no lo sería. Esta situación debería aterrorizarme, repugnarme. Pero la vida de mi madre está en juego, y no cederé ante ningún sacrificio para salvarla.

Rip me atrapa la nuca y me da un ligero beso en la parte superior de la cabeza, como si quisiera así mostrarme su compasión.

—Vuelvo enseguida, cariño.

Desaparece igual de rápido que ha aparecido, dejando a su paso una corriente de aire glacial. Lo busco. Tras unos segundos concentrada, lo veo al fin pasando de un alma pura a otra a la velocidad de la luz. Se queda cerca de ellas unos minutos y, después, desaparece para unirse a la siguiente. Camina alrededor de ellas, pero no logro distinguir qué hace exactamente.

Tras haber pasado por toda la sala, termina por pararse ante mis amigos y mi tía. Entonces descubro cómo sucede su «marcaje». Se pone delante de Justine y no puedo evitar temer lo que va a hacer. Pero contrariamente a lo que me había imaginado, sus gestos son infinitamente dulces. Atrapa la nuca de mi amiga y le mueve dulcemente la cabeza. Cuando ella se encuentra

de cara a él, veo en sus ojos que está inconsciente. Entonces Rip murmura unas palabras que no comprendo. La luz azul se debilita ligeramente y veo escapar un poco de humo blanco de los labios de ella, una fina corriente de neblina que entra en la boca de Rip.

Mi corazón se detiene. «¡No! No me digas que...». Presa del pánico, miro a Royce, que asiente a mi pregunta silenciosa.

Una vez ha absorbido el humo, Rip gira a Justine y le levanta el pelo para acceder a su nuca. Seguido, abre la boca y sopla en la base de su cuello. Bajo mis ojos incrédulos, se dibuja una mariposa de tinta, una esfinge que cobra vida bajo la mina de un lápiz invisible. Cuando el diseño termina, brilla durante unos segundos antes de desaparecer completamente, hasta no ser más que una cicatriz blanca. La esfinge es casi invisible.

Entrecierro los ojos.

—Al inicio de la mutación, la marca no es más que una señal casi transparente, pero, después de la confirmación, la esfinge tendrá su color natural —explica Royce.

Automáticamente, paso la mano por mi nuca.

—Verás la tuya en un tiempo.

Rip abandona a Justine y repite la operación con Mat y Marco.

Me tenso cuando Rip se acerca a mi tía.

—No te preocupes, tu tía no forma parte del reclutamiento. Aunque su alma es pura, no será una discípula.

Royce me sonrío. Una vez más, ha adivinado mis inquietudes. Otra pregunta cruza mi mente.

—¿Y los demás? ¿En qué se convierten?

Recorre lentamente la sala con la mirada.

—Los demás vuelven a casa... —interviene Rip, que ha vuelto a mi lado.

Sus ojos se detienen sobre un chico joven con la luz de color rojo sangre, más oscura que la de los demás.

—Salvo algunos —añade, con voz maquiavélica.

Arqueo las cejas y me guiña el ojo.

—¡Tenemos que alimentarnos!

Joder.

«¡No entres en pánico!».

Hace casi media hora que todo el mundo ha retomado la posesión de sus cuerpos y sus mentes y mi corazón sigue latiendo a la velocidad del rayo.

Sin embargo, hago como si nada. Solo Kris y yo sabemos qué ha pasado; los demás no tienen ni idea. No sé si debo decir algo o no.

Es demasiado aterradora esta historia del alma saliendo de tu cuerpo para jugar a las linternas sobre tu cabeza. Increíble.

El concierto de los Cursed ya ha terminado. Con todo, el público sigue divirtiéndose, ayudados por el alcohol y la música de los amplificadores. Jess, Sam y Justine se balancean como locos al ritmo de las guitarras. Las observo de reojo, incapaz de olvidar la imagen de sus cuerpos congelados. No tienen ninguna idea de lo que ha pasado hace unos minutos. No lo puedo creer.

—¿Y bien, Kat? ¿No te estás divirtiendo?

Justine me toma por los hombros y me obliga a moverme. Me aparto y hago una mueca.

—No lo sé... Me cuesta prestarle atención a la música. ¿Y tú? Parece... que estás bien.

—¿Estás de broma? ¡Estoy genial! Tengo la sensación de haber salido de una semana de *fitness* en un centro de talasoterapia. ¡Es de locos!

«Sí, es de locos». Otra cosa en mi cabeza que me cuesta digerir. Pero, bueno, después de lo vivido, me espero de todo. Puede pasar cualquier cosa en este mundo extraño en el que mi vida ha dado un gran giro.

Me acerco a mis amigos.

—Eh, creo que voy a ir a buscar algo para beber... Tengo la garganta seca.

Justine asiente antes de hacer una pirueta y aterrizar en brazos de su hermano. Mat ríe y me dice:

—¡Pídeme una cerveza, Kat! Yo también tengo sed.

Levanto el pulgar en señal de acuerdo y me deslizo entre las mesas para llegar a la barra. Mis ojos buscan a las personas que han sido marcadas. Me cruzo con algunas que he conseguido reconocer. No puedo evitar seguirlas con la mirada para ver si se comportan de manera extraña. Pero no, parecen divertirse como las demás, inconscientes de lo que sucede.

Con tanta reflexión, no presto atención al tipo con el que choco. Se gira y me hace una reverencia.

—Ey, preciosa. ¿Es a mí a quien buscas?

La familiaridad del tipo me molesta y, para evitar ponerlo en su sitio de forma brusca, murmuro una disculpa antes de rodearlo. Pero cuando paso por su lado, me atrapa por el brazo. Me sobresalto al no esperarme el gesto, y pongo mis ojos en su rostro. Se me hiela la sangre al ver de quién se trata... Es el impuro. El del alma con el color de la sangre.

—Suéltame.

El tipo se ríe y, de un gesto brusco, me atrae hacia él.

—Oh, no tengo la intención, muñeca. Sé que podríamos ser buenos amigos tu y yo. Te prometo que te va a encantar lo que voy a hacerte.

Su aliento apesta a alcohol y sus ojos son vidriosos, como los de los que toman algún tipo de droga. Mi sangre deja de circular por mi cuerpo. Siento la cólera tomar el control. Se me nubla la vista y tengo que concentrarme en la respiración para no saltarle a la yugular.

—¿Tengo cara de querer acostarme con un tío como tú? —No reconozco esta voz grave y llena de amenazas que es la mía. Mis manos comienzan a temblar y cierro las manos para intentar controlarme.

Sin soltarme, el tipo me mira con una mirada sombría. Se acerca más a mí, poco intimidado por mi protesta; pero al momento en el que sus labios se abren en una sonrisa repugnante, una fuerza invisible nos golpea.

Siento un cuerpo musculado pegarse al mío y rodearme entera. Apenas tengo tiempo de gritar, ya que me encuentro en un torbellino interminable.

Mi cabeza empieza a girar y me hundo en la nada.

Traición

Cuando retomo la consciencia, estoy sentada en el suelo del camerino de los artistas. Sobre mí, Rip espera a que me despierte, con el rostro deformado por la ira. Sin embargo, sus gestos son infinitamente dulces cuando me recoloca un mechón detrás de la oreja.

—¿Estás bien, preciosa?

Tomo una gran bocanada de aire y asiento lentamente. No me siento preparada para correr cien metros lisos, pero podría ser peor.

—He escuchado al tío que te quería... No he podido controlarme.

Sacudo la cabeza e intento calmarlo.

—No te preocupes, podría habérmelas apañado sola. Pero te agradezco que hayas venido a ayudarme. Aunque el teletransporte... Francamente, no soy muy fan.

Me froto la cabeza. Tendré una buena migraña. Lo bueno es que he calmado la ira instantáneamente.

Rip me da un beso en la frente.

—Lo siento, cariño. Es la única solución que he encontrado para no arrancarle la cabeza ante todo el mundo.

Abro los ojos.

—No... ¿Habrías hecho eso?

—¿No me crees capaz?

Hago una mueca. Recuerdo perfectamente la última vez en la que Rip cumplió su promesa, y todavía recuerdo el ruido del cráneo de Sebastian al ser arrancado de su cuerpo. ¡Ugh!

—Sí. Sé que eres perfectamente capaz. Incluso en público. Has tomado una buena decisión. Ahora el imbécil debe estar pensando qué ha pasado y adónde he ido.

Rip se levanta. Luego, me tiende una mano.

—Ah, no te preocupes por él. Pronto no se acordará de nada.

Me detengo. Tengo miedo de comprender sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

Su voz es dura y glacial cuando responde:

—Quiero decir que su alma está tan podrida por sus actos que es casi negra. Quiero decir que tiene más crímenes en su crédito que muchos gánsteres en prisión. Quiero decir que mis hermanos y yo tenemos tanta hambre que nos lo vamos a pasar muy bien enseñándole el infierno a esa basura.

Sus ojos brillan demoníacamente; hacen que me estremezca. Estupefacta, tardo unos minutos en responder.

—¿Vais a...?

No llego a pronunciar las palabras. No sé qué decir. Sé cómo se alimentan los demonios. Absorben los miedos y las emociones de los mortales, pero a mi parte racional le cuesta mucho aceptarlo y formular la pregunta en voz alta.

Rip asiente.

Inspiro profundamente.

—Joder... ¡Vais a torturarlo! No puede ser...

Rip me detiene con su mano.

—No lo vamos a torturar, vamos a absorber su alma y a vaciarlo de emociones.

—¿Y cuál es la diferencia?

Rip ríe.

—Es peor.

Me estremezco.

—¿Y supongo que todo lo que diga no cambiará nada?

Sacude la cabeza.

—Dime que no querías destruirlo tú misma hace apenas diez minutos. Dime que no querías verlo muerto por querer hacerte daño. Dime que no querías matarlo para que no atacara a ninguna otra chica indefensa.

Me muerdo el labio. Sí, tiene razón.

—Este tío no merece vivir. Se ha pasado la vida agrediendo a mujeres, adolescentes, niños... No tiene piedad, y debería morir en el fondo de un pozo. Te prometo que no le vamos a hacer nada que no les haya hecho a sus víctimas.

Mis manos se cierran. La ira me invade de nuevo. Pero en cuanto me dispongo a responder, se escucha un grito lúgubre, apenas cubierto por el ruido de la música de la sala principal. Las pupilas de Rip brillan y sus dientes se alargan automáticamente.

Vuelvo a ver el rostro del tío, sus ojos de loco mirándome como si fuera un trozo de carne que puede devorar a su gusto, sin pedir permiso. Mis ojos se entrecierran y mi voz suena sin piedad alguna.

—Haz que se arrepienta del daño que ha hecho, Rip.

Con una sonrisa satisfecha, se aleja de mí.

—Te adoro, nena.

Sale del camerino dejándome sola con un gusto amargo en la boca.

Voy al baño impulsada por el deseo de alejarme de la escena de tortura que se desenvuelve cerca de mí. Tengo unas ganas repentinas de ducharme, de lavar las imágenes sórdidas que pasan por mi cabeza, cuando oigo los gritos de mi agresor resonar en el pasillo.

Es horrible.

Tengo la sensación de haber caído en un museo del terror. Todo es sufrimiento, dolor, barbarie... Mi nueva vida se ha convertido en una película de Hitchcock en 3D.

Empujo la puerta del baño. Me alegra encontrar desierto el lugar (a pesar de la afluencia en la sala principal). La insonorización es suficientemente buena como para permitir que me sienta aislada por unos minutos del resto del mundo.

Abro uno de los grifos y me rocío la cara con agua fresca. Cierro los ojos, aprovechando el corto momento de calma. No pienso en nada; solo me dejo sumergir por la sensación agradable de las gotas que se deslizan por mi cuello.

Me quedo así unos minutos, saboreando esta soledad salvadora. Luego me reincorporo sin ganas y, cuando busco el papel absorbente para secarme la cara, el ruido de la puerta al cerrarse llama mi atención. Abro un ojo. Me quedo estupefacta ante el reflejo de Mégane, que, apoyada contra la encimera y con los brazos cruzados sobre el pecho, me mira de mala gana.

Mi mano se queda en el aire y solo el ruido del agua por la tubería perturba el silencio pesado que reina en el baño.

Sin dejar de mirarme, Mégane cierra la puerta con llave. Entonces decido por fin girarme para plantarle cara.

La observo suspicaz, atenta a sus gestos. No me gusta esta chica. Nunca me ha gustado, y huyo de ella como de la peste. Sin embargo, hay algo en ella que me da casi pena. Es diferente que en mis recuerdos. Sus mejillas hundidas y sus pómulos prominentes demuestran que ha perdido varios quilos, y las líneas que rodean sus ojos prueban que no ha dormido demasiado desde la última vez que la vi.

Recupero la compostura y me planto frente a ella.

—Mégane, me sorprende verte aquí esta noche...

Sus ojos se entrecierran y, tras unos segundos, se digna a responder:

—No me perdería esto por nada del mundo. La integración de los discípulos... no podía no venir. Aunque hubiera preferido formar parte de la segunda ola.

Su voz temblorosa revela su falta de confianza. Parece que no está demasiado a gusto. «Sorprendente para una persona habitualmente segura de sí misma».

—Pero no estoy aquí para hablar de mí...

«Ah, ¿no?».

—¿Y de qué quieres que hablemos? Me parece que no tenemos muchos puntos en común...

—Oh, piensa otra vez, Kataline. Nos parecemos más de lo que crees. Aunque seas una musa, tenemos al menos un punto en común... ¡A las dos nos ha jodido el mismo demonio!

Sonríe como si estuviera segura del efecto de su anuncio.

«Quiere hacerte daño... ¡Dale en la boca a esta petarda!». Ignoro el consejo de la vocecita y me contento con mirarla sin decir nada.

—Eres tan ingenua, musa. ¿De verdad crees que un demonio como Rip está enamorado de una semihumana? No. Rip es de otro calibre. No corre el riesgo con sentimientos que pueden distraerlo de su objetivo.

No comprendo lo que insinúa. Sin embargo, no puedo negar que lo que me dice me llama la atención.

—Explícate.

—Es muy fácil de entender. Rip tiene el alma de un guerrero, un jefe combatiente que quiere reinar en su pequeño mundo. Y ahí es donde está enredado, en unas cadenas que le impiden alcanzar su meta. Entonces, encontrarse con una musa es lo mejor que le podía pasar...

Arrugo la frente.

—Deja de hablar con enigmas, por favor. Ve directa al grano.

Suspira, sacudiendo la cabeza, y se acerca a mí.

—Shh... Veo que tendré que darte una explicación de libro. Te creía más espabilada, pero veo que me he equivocado.

Me cabrea. Tengo ganas de darle una bofetada, pero no lo hago; tengo curiosidad por conocer su teoría.

—¡El jefe! ¡Es él quien lo controla! Y lo tiene atado desde hace años a una correa, como a un vulgar perro. Como la mayoría de los demonios, Rip es explotado por sus poderes. Está obligado a combatir por un tío al que odia para que pueda enriquecerse a su costa y ser todavía más poderoso. ¡Y eso Rip no lo soporta!

—¿Qué? ¿Quieres decir que Rip es una especie de esclavo?

Ya sé que es la verdad; es inútil esperar su respuesta.

—Pero ¿qué pasa conmigo? —pregunto—. Quiero decir... Rip es controlado por un tío sin

escrúpulos que se aprovecha de él para sus intereses personales. Muy bien. ¿Eso qué tiene que ver conmigo?

Mégane estalla en una risa nerviosa. Parece que es consciente de los riesgos que toma al decirme todo esto. Sus ojos saltan de mí a la puerta, como si temiera que la sorprendieran. Después, vuelven a mí. En sus pupilas veo el brillo que evidencia su odio hacia mí.

—¡Pobre idiota! ¡Eres una musa! ¡Ese es el objetivo!

Me mantengo estoica.

—Joder, se te tiene que explicar todo —continúa ella—. Francamente, no sé lo que ve en ti.

»Bueno, eres la fuente de un veneno muy poderoso que permite controlar a los demonios. ¿Eso lo sabes?

Asiento. Sí, he entendido que mi cerebro es un centro de producción de droga. Mégane abre los brazos como para significar una evidencia que no veo. Como no reacciono, suelta un suspiro de exasperación.

«¡Siento no ser tan retorcida, petarda!».

—Entonces te lo diré más claro: Rip tiene la intención de llevarte a su jefe y entregarte a cambio de su libertad. ¡Eres la llave de sus grilletes, Kataline! Nada más. Es por eso que te ha llevado a la cama.

Silencio.

Mi corazón se detiene, sale lentamente de mi pecho y cae, cae, cae... y acaba por chocar pesadamente contra el suelo.

Me zumban los oídos. No puedo pensar correctamente. Mégane continúa soltando su cascada de palabras venenosas, pero no la escucho. No escucho nada. Solo sus últimas frases dan vueltas en mi mente torturada. Durante varios minutos, me quedo quieta, incapaz de la menor reacción, con la mirada fija sobre ella, sin realmente verla.

—Ey, ¿me escuchas?

Su voz aguada me saca de mi letargo. Mi corazón vuelve a latir y mi cerebro retoma su actividad poco a poco. Las ideas encajan como un puzle gigante.

Mi encuentro con Maxime. Rip que me empuja al límite para que caiga más en sus redes. Luego, todas las cosas que me ha dicho. Sus confesiones, sus sentimientos desvelados que me hicieron sucumbir. Yo enamorándome...

Empiezo a dudar de todo. De su atracción por mí, de sus sentimientos. ¿Eran verdad? Me decía que era muy preciada para él y que por eso quería protegerme de los otros clanes. ¿Era solo para guardar su moneda de cambio?

Acabo pensando en el secuestro de mi madre. ¿No será un truco para atraerme al dominio de su jefe? «No... no puede ser. Sería demasiado cruel».

La amargura me cierra la garganta. Mi sangre se hiela y se va de mi cuerpo. Duele demasiado todo esto.

De repente, tengo frío. Cruzo los brazos sobre el pecho para intentar entrar en calor, para protegerme de la sensación de vacío que se instala en mi corazón herido, para luchar contra este dolor insostenible, que me remueve las tripas como si hubieran roto una parte de mí.

«Rip me ha traicionado. Me han traicionado todos».

Revuelta

El dolor deja paso a la ira, una ira sorda que se insinúa implacablemente en cada parte de mi cuerpo. El velo rojo invade bruscamente mi visión con un brillo cálido y vivo, casi ardiente.

Mis manos empiezan a temblar y siento una nueva energía latir en mi interior. Se incrusta progresivamente en mis venas y penetra en mi piel como una caricia intrusiva.

Después se intensifica y se vuelve incontrolable. Con ella, el calor aumenta progresivamente, hasta volverse insostenible. Siento arder en mí el fuego que acaba por consumirme.

Me apoyo en el lavamanos y me dejo caer al suelo, agotada por el sufrimiento.

Me escucho gritar cuando el dolor llega al punto crítico. Un destello me petrifica en el sitio y me agarro el pelo para intentar parar los impulsos que, como dos martillos, aporream mis sienes.

Pero eso no calma el dolor. Mi cerebro continúa quemándose en una masa incandescente que amenaza con salirse del cráneo.

Cuando siento que me voy a desmayar, todo se detiene bruscamente, dejándome vacía de cualquier energía.

Retomo lentamente el control con la extraña sensación de no estar sola. El velo rojo ha desaparecido de mis ojos. Sin embargo, la musa sigue aquí. La noto. La noto en lo más profundo de mi ser.

Se ha invitado a sí misma y ha invadido cada parte de mi cuerpo. Pero esta vez es diferente. Tengo el control y ella no intenta quitármelo. No... Esta vez, está conmigo. Ella... soy yo.

Ahora formamos un todo. Único e inseparable. Nos hemos convertido en la misma persona. La pequeña voz ha desaparecido y se ha fusionado con mi propia conciencia.

La cabeza me da vueltas mientras me habitúo al cambio que ha habido en mí. Me reincorporo y tomo conciencia de lo que pasa a mi alrededor. El baño está vacío. Mégame ha desaparecido.

Automáticamente, me giro hacia el espejo. Me quedo bloqueada al ver la imagen que me devuelve: mis ojos se han engrandecido por la sorpresa y mis iris marrón dorado parecen brillar en la penumbra; me hacen parecer una bruja salida de un libro de fantasía. Pero lo más sorprendente es ese mechón de pelo que se ha vuelto blanco, como despigmentado, que me cae sobre el rostro.

Me observo durante unos segundos. Las razones de esta transformación vuelven a mi mente rápidamente.

Mi rabia ha desaparecido. Ha dejado paso a un sentimiento más amargo y más duro. Cierro las manos con determinación. Rip me tiene que dar explicaciones.

Los encuentro cerca de los bastidores. Están acabando con el pobre tipo, que agoniza en el suelo. El desdichado tiene el rostro en una mueca de dolor terrorífica y sus ojos y boca están abiertos de par en par por el miedo, aunque no emite ningún sonido. Royce está inclinado sobre él y lo agarra por el cuello de la camisa para evitar que se derrumbe.

Sin prestar más atención a la víctima, busco a Rip con la mirada, pero no se encuentra aquí.

Maxime cruza mi mirada y se acerca a mí, inquieto.

—Ey... Kat. No deberías estar aquí.

Mis ojos se entrecierran. Maxime... El bueno de Maxime que se hace llamar mi amigo y que me ha metido en toda esta mierda.

—Kat... ¿Pasa algo?

«¡Sí, sí que pasa! Pasa que acabo de descubrir que he sido manipulada por un grupo de demonios crueles y completamente despiadados. Pero, aparte de eso, todo va bien»

Max se detiene en seco. La mirada que le lanzo parece decir más que mis palabras mudas.

—¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está Rip?

Mi voz es ronca y llena de resentimiento. Maxime se congela.

—Eh... Ha vuelto a la sala de concierto. ¿Ha pasado algo?

Eso ya es demasiado.

—¿De verdad te parece que no ha pasado nada, Maxime? —Mi voz tiembla. Siento que mis nervios van fallando poco a poco, pero me trago el resentimiento. No es el momento de romperse. Todavía no.

Doy media vuelta para dirigirme directamente hacia las puertas que dan a la gran sala. No espero a su respuesta. Escucho a Maxime y a los demás precipitarse sobre mis talones, así que acelero el paso.

—¡Ey, Kataline! ¡Espera!

Ignorando la voz de Royce, entro en tromba en la sala.

La música suena a todo volumen y el sonido endiablado de Arctic Monkeys invade el espacio. Pero, extrañamente, suena como un ruido sordo y distante a mis orejas. Como si estuviera dentro de una burbuja de protección que me mantuviese prisionera. Sin embargo, algo llama mi atención cuando barro la sala con los ojos.

Hay mucha menos gente ahora, y los que quedan están inmóviles, con los brazos a ambos lados de sus cuerpos. Parecen esperar no sé qué. Nadie baila en la pista de baile. Es asombroso. Es una atmósfera bastante espeluznante.

Mi mirada recorre la sala. Olvido el extraño espectáculo cuando veo a Rip rodeado por varias chicas. Verlas babear —como si él fuera un pastel de crema— enciende nuevamente mi rencor. Frunzo las cejas. Rip se gira bruscamente hacia mí, como si hubiera sentido el poder de mi mirada. Sus ojos se fijan en los míos... y se oscurecen instantáneamente. Sabe que algo no va bien. Encontrarme con él me duele. Me congelo, incapaz de andar en su dirección. Mi determinación se desmorona, barrida por el dolor de su traición.

Sintiendo mi malestar, Rip se deshace de sus *groupies* y avanza hacia mí, ignorando las manos que se agarran a él en señal de protesta.

Ver su magnífico rostro roído por la inquietud me da el golpe de gracia. Mi corazón se desboca, mis hombros se derrumban y las lágrimas inundan mis ojos. Dolor, decepción, amargura... Todos estos sentimientos se mezclan en mi mente torturada. El amor duele. Pero la traición duele más.

Cuando no está a más de unos metros de mí, se detiene; como si no se atreviera a ir más allá, como si tuviera miedo de la confrontación. Sin embargo, es hora de terminar con esto.

Mi voz es solo un murmullo cuando le pregunto:

—¿Es verdad, Raphaël?

Lee la pregunta en mis labios más que la escucha. Su mirada se oscurece todavía más. No

responde; solo se contenta con observarme con intensidad, como si buscara leerme y no lo consiguiera. Su ausencia de respuesta es una señal. Casi una admisión.

La sangre se va de mis mejillas y un sudor frío recorre mi columna vertebral. Un sentimiento de pánico me invade. Me gustaría que lo negara, que me dijera que no, que no es verdad. Que todo lo que me ha contado Mégane es una maldita mentira. Pero permanece en silencio. Y su silencio es peor que todo.

Una lágrima escapa de mis pestañas y rueda por mi mejilla, dejando tras de sí un recorrido amargo. El dolor me aporrea como un tornado devastador, barriendo mis últimas dudas. Mis manos se cierran y echo la cabeza hacia atrás. Sin que pueda reaccionar, una corriente eléctrica me atraviesa. Y cuando me pregunto qué me sucede, un cortocircuito hace explotar la instalación eléctrica del lugar. Varios altavoces se queman y la música se detiene de golpe.

Un silencio pesado invade el local, transformando la atmósfera en un infierno helado. Todo el mundo se gira hacia nosotros y decenas de ojos brillantes me observan. Me doy cuenta en un segundo de que Rip ha terminado la transformación y que todos se han convertido en sus discípulos. «Su ejército».

Rip da un paso hacia mí.

—Cariño...

Sin darle tiempo a terminar, dejo libre el dolor, que tumba las barreras. Con una voz rota por la emoción, le pregunto:

—¿De verdad tenías intención de entregarme al jefe, Rip?

Me mira como si lo hiciera por primera vez. Durante unos minutos espero una respuesta que no llega. Solo oigo los latidos de mi corazón. Tomo una gran bocanada de aire para no dejar escapar los hipidos. ¿Por qué no responde?

Automáticamente, me giro hacia Maxime, Royce y Parker.

—¿Eso es lo que teníais pensado hacer conmigo?

El dolor que leo en los ojos de Maxime me vale como respuesta. Me estoy rompiendo por dentro. Tengo la sensación de que me han arrancado el corazón y que se están turnando para pisotearlo.

—¿Royce?

Es él quien acaba por romper el silencio.

—¿Quién te lo ha dicho?

Cierro los ojos unos segundos, abrumada por el enorme peso que me aplasta el pecho. Cuando los abro, caen sobre Mégane, quien, con una pequeña sonrisa en los labios, se desliza discretamente detrás de un discípulo.

—Entonces, es verdad. Queréis cambiarme por vuestra libertad. Sacudo la cabeza y dirijo mi atención hacia Rip.

—No lo entiendo... Sois demonios. ¿Por qué tanto teatro para llevarme allí? ¿Por qué no me habéis simplemente secuestrado? ¿No crees que hubiera sido más simple que montar todo este circo? ¿Eres cruel hasta el punto de hacerme sufrir en el camino?

La mandíbula de Rip se tensa.

—Tenías que fusionarte con tu musa.

Su voz neutra me da una bofetada. Me estremezco cuando encajo el golpe.

—¿Y me vas a hacer creer que me tenías que llevar a la cama para conseguir eso? ¿Que era necesario que me enamorara de ti para que funcionara? ¿Es eso?

Rip continúa mirándome con el semblante torturado. Abre la boca unos segundos, pero

parece pensárselo mejor.

—Bueno, te puedes felicitar, Rip. Lo has conseguido. Si era necesario que yo sufriera para fusionarme, puedes estar tranquilo. Lo has conseguido. Porque en este momento te juro que... —
Mi voz se rompe.

Rip avanza un paso hacia mí; yo reculo rápidamente levantando las manos.

—No... no te acerques. Te prohíbo que me toques o que te acerques a mí.

Las lágrimas corren por mis mejillas sin que pueda detenerlas. Me avergüenza romperme así. Me avergüenza porque no se merece que sufra por su culpa. Raphaël Saveli no se merece mis lágrimas.

Me muerdo el labio. Entonces, es la cólera quien toma de nuevo el mando. La siento subir como un líquido caliente. Me da una sensación de poder impresionante.

Voluntariamente, me dejo sumergir. Sin ningún tipo de restricción.

—No te quiero volver a ver, Rip. ¡Nunca!

Doy media vuelta y lo planto. Pero cuando llego a la altura de Royce, este intenta detenerme.

—Kat...

Elevo la mano para detenerlo, pero en vez de pararlo, mi gesto lo proyecta varios metros hacia atrás. Y con él, el mobiliario. Las mesas de nuestro alrededor explotan en mil pedazos, como si se tratara de vulgares muebles de papel.

Me detengo, sorprendida por lo que acabo de hacer.

Royce está tumbado en el suelo y sus gemidos son prueba del daño. Me observo las manos. Un hormigueo recorre mis palmas. La energía que siento correr en mis venas parece inagotable. Ahora sé de lo que es capaz una musa. Me siento henchida de una fuerza increíble, la fuerza que necesito para enfrentarme al jefe y salvar a mi madre.

Con determinación, me dirijo a la salida sin echar un último vistazo a Rip.

Una vez en el exterior, me encuentro sola en la noche. Me quedo un instante en el umbral del edificio, sin saber adónde ir. Rip no ha intentado detenerme, y es mejor así. No habría soportado escucharlo mentir.

Mis lágrimas me emborronan la visión con su amargura. Estoy rota. Tengo un agujero gigante en mi interior que me parece imposible de cerrar. Me siento huérfana, abandonada. Dejo tras de mí a mi familia, mis amigos, mi amante... Mi amor.

Pero no debo pensar en mi desgracia; tengo que concentrarme en mi objetivo. Porque ahora solo tengo uno: salvar a mi madre.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y, con nueva determinación, me dirijo hacia la penumbra de la carretera.

En el momento en el que me entremezclo con la noche, una corriente de frío pasa cerca de mí...

Marcus aparece junto a mí, con el arco en la mano.

—¡Kataline, espera! Voy contigo.

Epílogo

RIP

La integración de los discípulos ha terminado. Todo ha pasado como teníamos previsto. Ahora tengo un verdadero ejército preparado para combatir para mí.

Estoy entre tres chicas para saber cuál hará la función, aunque sé que será difícil remplazar a Kataline. Ninguna de ellas le llega a la suela del zapato, ni mental ni físicamente; Kat es la perfección encarnada.

Con solo evocar a mi alma gemela, mi cuerpo reacciona. Joder, es increíble el efecto que esta chica tiene sobre mí. La llevo en la piel, en el corazón y en el alma.

Me muerdo el labio para evitar que mi cerebro haga desfilar las imágenes de su cuerpo de diosa sobre mi cama. Saber que me pertenece hace que todavía tenga más ganas de ella. Y ella literalmente me abruma. ¡Ella y su culito!

«¡No, joder! ¿Qué me pasa? ¡Soy un demonio, joder! No debería tener estos sentimientos por una humana. ¡Ni aunque sea mitad musa!».

Al principio, el plan era simple: encontrar a la musa, marcarla y cambiarla por mi libertad. En ningún momento estaba escrito que tuviese que meterla en mi cama (y mucho menos sucumbir a su encanto). El gran demonio que enamora a las chicas acaba de encontrar a su maestra.

Llevo mi atención a las chicas demasiado sosas que redoblan sus esfuerzos para ganarse mis favores. Tendré que decidirme rápido.

Pero en cuanto tomo mi decisión, mi plan se desmorona.

Cuando ella entra en la sala, un estremecimiento recorre mi columna.

Sé que está aquí, la noto. Su dulce olor cosquillea en mis fosas nasales y despierta mis sentidos. Me siento como un drogadicto necesitado. Reprimo las ganas de lanzarme sobre ella. Sin embargo, algo enfría mis ardores. Su aura me parece extraña, como si estuviera contrariada.

Siento que me busca, así que espero pacientemente a que ella se acerque. Cuando percibo el calor de su mirada, me giro hacia ella, ignorando a las chicas que continúan ridiculizándose ante mí.

Hundo mis ojos en los de Kataline. La sangre se me hiela. Algo anda mal en su actitud, en su manera de mirarme. Parece... herida.

No puedo saber qué piensa porque no puedo leerla. Es una de las particularidades por las que me atrae tanto. Tiene un jardín secreto y eso me da más ganas de descubrirla. Y ahora, más que nunca, me gustaría poder explorar su mente y ver qué la atormenta tanto.

Kat se congela. Así que, sin prestar atención a las vampiras que me rodean, me acerco a ella.

Dolor, decepción, amargura... Todos esos sentimientos se dibujan en su cara y consiguen inquietarme. «¿Qué pasa, cariño?».

¡Joder! Su mente está completamente bloqueada.

Mi corazón se detiene. Algo en ella ha cambiado. Su apariencia es diferente, como lo demuestra el largo mechón blanco que le cae sobre el hombro. Está todavía más magnífica con sus grandes ojos, que tienen un nuevo brillo. Aparentemente, la musa ahora forma parte de ella.

Se han fusionado.

Sin embargo, en su mirada percibo una tristeza que parece destrozarla por completo. Y cuando veo sus hombros hundidos y escucho el latido frenético de su corazón, una angustia se apodera de mí.

—¿Es verdad, Raphaël?

Su voz temblorosa es apenas audible y demuestra su emoción. Se me hiela la sangre. Ha pasado algo; algo la ha herido. Una oleada de pánico me recorre cuando una pequeña voz se deja oír en el fondo de mi consciencia. «Lo sabe».

No respondo. No puedo responder.

Una lágrima cae por su mejilla. Mi corazón se rompe a medida que se desliza por su piel aterciopelada. Verla sufrir me paraliza. Me gustaría tranquilizarla, consolarla. Pero soy incapaz de hablar, de mentirle... otra vez.

Cuando cierra las manos, un cortocircuito hace explotar la instalación eléctrica. La música se detiene y se instala un pesado silencio en la sala.

—Cariño...

Pero ella me corta:

—¿De verdad tenías intención de entregarme al jefe, Rip?

¡Lo sabe!

Es como si me hundieran un cuchillo en el corazón. En este preciso instante, sé que la he perdido. El miedo que siento es peor que todo lo demás. Porque sé que no me recuperaré. Porque sé que me he enamorado de esta chica. Sí. Esta humana medio musa ha transformado mi vida. Desde el primer día que la conocí —con sus harapos y su aire de gato paralizado frente a los faros de un coche— supe que estaba hecha para mí.

«Mi alma gemela».

Y ahora la acabo de perder. Mi mundo se desmorona.

Se dirige a los demás, pero no escucho lo que dice. Me hundo en mis pensamientos oscuros. Es la voz de Royce la que me saca de mi letargo.

—¿Quién te lo ha dicho?

Kataline no responde, pero su mirada se congela durante un cuarto de segundo al fondo de la sala.

Veo a Mégane deslizarse entre los discípulos como una serpiente.

«¡La perra! Se ha atrevido a...».

—Entonces, es verdad. Queréis cambiarme por vuestra libertad.

Kat me mira. Sus ojos son como mil dagas en mi pecho.

—No lo entiendo... Sois demonios. ¿Por qué tanto teatro para llevarme allí? ¿Por qué no me habéis simplemente secuestrado? ¿No crees que hubiera sido más simple que montar todo este circo? ¿Eres cruel hasta el punto de hacerme sufrir en el camino?

Mi mandíbula se crispa. Me gustaría tanto decirle que no son más que mentiras, pero sería mentirla. Y no tengo la fuerza. Así que reconozco la única cosa que puedo decir:

—Tenías que fusionarte con tu musa.

Ella no se deja engañar.

—¿Y me vas a hacer creer que me tenías que llevar a la cama para conseguir eso? ¿Que era necesario que me enamorara de ti para que funcionara? ¿Es eso?

Su confesión se apodera de la mía. Me confiesa su amor al mismo tiempo que yo lo destruyo. Quiero responderle que la quiero a rabiar y que no podría vivir sin ella. Abro la boca unos

segundos, pero la vuelvo a cerrar. Tengo que dejarla ir.

—Bueno, te puedes felicitar, Rip. Lo has conseguido. Si era necesario que yo sufriera para fusionarme, puedes estar tranquilo. Lo has conseguido. Porque en este momento te juro que... — Su voz se rompe.

Instintivamente, me acerco a ella. Verla sufrir es insoportable. Pero Kat recula levantando las manos.

—No... no te acerques. Te prohíbo que me toques o que te acerques a mí.

Ver sus lágrimas rodar por sus mejillas me provoca el efecto de un tsunami. Tengo la sensación de que me están echando lava en el corazón. Debo luchar para no precipitarme hacia ella, tomarla entre mis brazos y confesárselo todo.

Pero un gesto de Maxime me lo impide. Tiene razón. No puedo retenerla. No tengo derecho. Entonces me da la estacada final.

—No te quiero volver a ver, Rip. ¡Nunca!

Después da media vuelta y se aleja.

Cuando Royce intenta detenerla, ella lo empuja con tal fuerza que lo proyecta a varios metros de distancia.

Los muebles que explotan en mil pedazos son la prueba de que se ha fusionado con su musa. Kataline sale de la sala sin mirar atrás.

El plan ha funcionado perfectamente. Incluso si la noche es diferente a lo que estaba previsto, hemos conseguido hacer renacer a la musa. Ahora tenemos una posibilidad de ganar a nuestros enemigos.

Sin embargo, esta pequeña victoria me deja un gusto amargo. ¿A qué precio vamos a tener éxito?

Hoy he sacrificado mi amor..., pero no pienso sacrificar a Kataline. Le hago una ligera señal con la cabeza a Marcus y este se precipita hacia la mujer que amo. Él sabe qué tiene que hacer.

Me quedo unos minutos observando la puerta cerrada. Royce sigue en el suelo y gime como un bebé. Los discípulos están en alerta, esperando que les dé órdenes.

Maxime me mira con compasión.

—Deja que el tiempo haga su obra, Rip. Volverá.

Jess pone una mano sobre mi brazo. No respondo. No tenía que ser así. El plan había cambiado.

«Pero Mégane se ha asegurado de decírselo...». Con este pensamiento, mis manos se cierran y mis caninos se alargan. El dolor deja paso a la cólera.

Con la determinación fría de un depredador corriendo hacia su presa, me dirijo hacia Mégane con ganas de matarla.

Siento las miradas de los discípulos sobre mí, que se apartan instintivamente para dejarme pasar. Lo que no percibo es a la pareja que me observa con una sonrisa malvada en los labios desde una esquina apartada de la sala.

CONTINUARÁ...

¿Te ha gustado *La última musa*?



¡Déjanos 5 estrellas y un comentario para que otros lectores descubran el libro!

¿No te ha gustado?



¡Escríbenos para proponernos el escenario que te hubiera gustado leer!

<https://cherry-publishing.com/contact/>